



Tú, mi
Navidad
de película

Atenea Winter



Tú. mi
Navidad
de película

Atenea Winter

Tú, mi
Navidad
de película

Atenea Winter

Copyright © 2024 Atenea Winter.
Todos los derechos reservados.

Título: Tú, mi Navidad de película.
Autor: Atenea Winter @atenea_winter_escritora
Corrección y maquetación de @_romanticascorreccion
Diseño de cubierta: Roma García

Depósito legal:
M-21028-2024

Primera edición del libro: octubre 2024

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, copiado o almacenado, utilizando cualquier medio o forma, incluyendo gráfico, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora, excepto en el caso de pequeñas citas utilizadas en artículos y comentarios escritos acerca del libro. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal).

Esta es una obra de ficción. Los nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación de la autora, o son utilizadas ficticiamente. Cualquier similitud con personas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones es pura coincidencia. Los fragmentos de canciones mencionados en el libro se han utilizado para ambientar la historia, en ningún caso se han utilizado con intención de plagio.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright*.

*¿Qué le dice el perro al hueso?
Tú duro estás, pero yo prisa no tengo.*

*Papá, ya está aquí la cuarta y...
¡sumando navidades, siempre echándote de menos!♥*

PRÓLOGO



CARLOS

No doy crédito. Salgo del local donde me encontraba con Isa, mi ex, o, mejor dicho, la chica con la que había empezado a salir semanas atrás, enfadado, rabioso, dolido... pero sobre todo destrozado. Hundido es el término que creo que mejor definiría cómo me estoy sintiendo. Me acaba de partir el corazón en dos.

—No, joder, no... otra vez no —me lamento, cabizbajo, mientras camino mirando al suelo con las manos en los bolsillos, sin rumbo, haciendo todos los esfuerzos del mundo por sujetar las lágrimas que amenazan con escapar de mis ojos, algo que me está costando sobremanera.

A la altura de Plaza de España diviso el banco en el que tantas veces me senté con ella cuando estábamos conociéndonos, cada vez que salíamos a pasear y terminábamos aquí mismo comiendo helado o churros, según la temporada. Se hacía demasiado fácil charlar con ella, hablar de la vida, de nuestros gustos y aficiones, de lo que acontecía en el día a día... Qué lejano veo aquel anochecer del pasado diciembre en el que ahí mismo le pedí que fuese mi novia, que lo intentáramos. Y aceptó. Y me engañó.

—¿Para qué me dijo que sí? ¿Para qué si después me iba a dar la patada sin importarle y se iba a ir con el que seguía siendo el amor de su vida? Como si yo fuera un trapo viejo, una basura que, cuando no hace falta, se desecha sin más...

Me ha tratado como un pañuelo de papel, un *kleenex* de usar y tirar y yo, tonto de mí, creyendo hasta el final que era ella, que por fin la había encontrado, que tenía ante mí a la chica perfecta, la horma de mi zapato, la madre de mis hijos...

Creo que, siendo realista, en el fondo siempre supe que no había olvidado a su ex, un Rubén, que solo la usaba para acostarse con ella desde jovencillos. Me había autoconvencido poniéndome una venda, la misma que acaba de caer de golpe. La veía tan para mí, tan similar al modelo ideal de chica que tenía en mi cabeza, que quise tapar el sol con un dedo, convenciéndome de que podría hacer desaparecer ese fantasma de su vida, sin darme cuenta de que lo que estaba haciendo era jugar en mi propia contra, y al final, como podía esperarse, el gol ha ido a parar en mi portería, sin poder esquivarlo, dejándome jodido y frustrado.

—No me lo merecía, ¡joder!, no podía ni imaginar volver a pasar por lo mismo. ¿Seré yo el culpable por dar todo de mí en cada relación que inicio? Por poner toda la carne en el asador, a riesgo de quemarme por dentro... A lo mejor el problema está en mí, porque se asustan si no buscan esa implicación, quizá sea eso; pero, lo siento, los polvos de una noche no son mi ideal romántico.

Es la tercera maldita vez que me sucede, no puede ser casualidad. Estoy gafado, eso es... Seguro que alguna de mis anteriores novias, antes de ponerme los cuernos con sus respectivos ex, me echó una maldición porque si no, no me lo explico.

—¡Vaya mala suerte la mía! No se puede ser bueno, parece que hay que ser un cabrón con ellas, porque cuanto mejor te portas, peor te tratan. Eso es... cuanto menos caso les haces, más van detrás; en cambio, si te muestras caballeroso, atento, te preocupas por ellas, parece que se aburren y te mandan a pastar a la media vuelta, ¡manda cojones! No sabe uno cómo mierdas acertar con el sexo femenino. Luego dicen que no son complicaditas... ¡las narices!

Pero ¡qué se le va a hacer...! Soy así, de esta manera me educaron y así es como me gusta comportarme. No es nada impostado. Me nace tratar bien a mis parejas, verlas felices y cuidarlas. ¿Antiguo tal vez por cederles el asiento o abrirlas la puerta del coche? Puede ser, pero es una costumbre que tengo y a la que no le guste que salga corriendo. «Si ya lo hacen, ¡hostia!».

Sí, soy de los que mandan mensajes de buenos días, de los que les gusta saber qué tal ha despertado su chica, darle una sorpresa en el trabajo y llevarla a comer para que se despeje; o pasar la tarde con sesiones de comedias románticas y palomitas mientras le acaricio el cabello; adoro enviar flores —me hace feliz imaginar la carita con la que las reciben—, preparar cenas románticas, viajes de fin de semana o vacaciones de verano sorpresa...

Tal vez debería entrar en Tinder y en la descripción ponerlo, para que las que buscan a los típicos cretinos, malotes de tres al cuarto, que solo piensan con la polla, en ir al *gym* a lucir músculo porque de cerebro no pueden presumir, pero sí de cambiar de chica cada sábado —o cada noche—, esas directamente que pasen de largo, cliquen en el botoncito rojo y a mí no se me acerquen en mil kilómetros a la redonda.

—¡Ojalá fuese capaz de hacerlo de verdad! ¡Debería dejarme llevar y crearme un perfil para lograr olvidar que una vez más me han dado la patada y estoy más solo que la una!

Pero ¿a quién quiero engañar? Eso sería lo último que haría y no se trata de algo en lo que ahora mismo podría pensar, aparte de que jamás me fiaría de una persona a la que conozco por una *app* de esas, que hay mucha gente rara y loca suelta. Nunca me llevaría a una desconocida total a mi casa o la subiría a mi coche. Siempre que he salido con alguien ha sido, digamos que, referenciada... compañera de trabajo o amiga de algún amigo, primo o vecina; que, todo sea dicho, luego han estado ahí para ayudar a recomponerme del destrozo que me han hecho.

Porque sí, señores, mis tres últimas parejas me han engañado, me han dejado por sus ex y han utilizado la misma excusa... Estoy hasta el culo de los: «Lo intenté, pero no he podido olvidarlo», «Perdóname, no quería hacerte daño» o «Me gustaría que siguiésemos siendo amigos»... ¿Amigos? ¿Me ven cara de idiota? ¿Tengo una diana en la frente para que vayan todas al mismo sitio? Siempre hay un tonto con el que consolarse mientras se supera una ruptura y, claro está, también siempre hay un iluso que tropieza varias veces con la misma piedra: yo.

Hola, me llamo Carlos. Tengo treinta y tres años y me considero una persona divertida, comprometida, alegre y muy casera. Trabajo en una agencia de *marketing* y en ese campo sí que soy la rehostia, todo hay que decirlo. En cambio, mi vida personal es otra historia. No me ha ido bien en el amor —mi trayectoria es penosa, voy de mal en peor—, hasta ahora no he tenido

suerte y creo que moriré soltero junto a mi pequeña bola de pelo blanco, que para entonces habrá crecido. Se llama Donete y es la única que me entiende. Tiene los ojos claros, como yo, y su mirada felina, visto lo visto, conquista mucho más que la mía, porque una vez la conoces no puedes dejar de adorarla.

¿Que cómo soy físicamente? Alto, atlético, me gusta cuidarme y mi tez es morena. Adoro viajar, la comida italiana, el deporte, los juegos de mesa y vestir bien. Mi estilo es casual los fines de semana y de lunes a viernes pues, según las visitas que tenga y con qué tipo de clientes me reúna, me visto más o menos formal —el traje me sienta cojonudo—.

Igual debería de ser de los de pendientes en las orejas, tatuajes por todos sitios, camisetas de tirantes, cazadora de cuero llena de calaveras y vaqueros rotos llenos de mugre para tener éxito con las mujeres. Pero mejor no, ¡qué mal gusto! No tengo nada en contra de ese estilo, pero no va conmigo. Si buscas a alguien así, sigue a la siguiente página.

¿Que qué busco? Querer y que me quieran, una compañera de vida que encaje en mi rutina diaria y yo en la suya; que me complemente en todo, como yo a ella; y que nos hagamos felices. Tampoco pido tanto, ¿no? ¿O lo veis demasiado?

Ese sería mi mejor anuncio —una campaña brutal— para venderme en una de esas aplicaciones o web de citas, pero quien me conoce sabe que en la vida lo colgaría. De ninguna manera buscaría pareja de ese modo. Y más ahora, que solo quiero olvidarme de que el amor existe, de que alguna vez lo he conocido, porque está claro que no va conmigo. Lo único que quiero es irme a casa, coger un buen libro y abstraerme para no pensar en ella, en Isa. Algún día dejará de dolerme.

Es cierto que han sido pocos meses, pero demasiado fuertes e intensos para mí, donde conforme ella iba avanzando y confiando en nosotros, yo iba ilusionándome más y más, mientras pensaba que iba dejando atrás al susodicho. Y me he caído con todo el equipo, pero en algún momento me levantaré porque soy un experto en la materia, por desgracia.

—Que nadie vuelva a hablarme de citas a ciegas, de conocer amigas de amigas o de ligar. Ahora solo necesito tiempo conmigo mismo —repito para mí, levantándome del banco en el que llevo demasiado rato ya sentado y encaminándome hacia casa.

No pienso gastar más tiempo en otras personas, porque es inútil y son horas perdidas, ya que solo lo que se invierte en uno mismo es fructífero. El resto es incierto, como el futuro, el mismo que ahora veo demasiado negro...

Puede sonar egoísta, pero vivimos en un mundo que no se detiene, al contrario, avanza demasiado rápido a nuestro alrededor. El esfuerzo que invertimos en los demás es un tiro al aire, o lo que es lo mismo, puede salir bien o mal, ser tiempo perdido o no, por eso lo mejor es enfocarme en mí y dejar de hacer el paria para que acaben viéndome la cara de tonto.

CAPÍTULO 1



Diciembre, meses después, Madrid

CARLOS

—¡No me puedo creer que nadie sea capaz de tener listo un maldito informe cuando el potencial cliente está pidiendo brevedad! ¿En serio? ¿Tan complicado es abrir el programa y descargar datos de una hoja de Excel una vez cruzados?

—No, pero... como no estabas...

—Y como yo no estoy, ¿no hay nadie que pueda hacer ese dichoso trabajo? ¡Venga ya! Que somos un jodido equipo... E-QUI-PO..., ¿me entiendes? —bufo contrariado.

—Sí, pero es un cliente tuyo, algo especial, y hemos preferido esperar —contesta Sonia, casi en un hilo de voz.

—¿Hemos? ¿Hemos quiénes? —la corto, furioso, porque me llevan los demonios escuchando sus explicaciones.

—Nico y Ricardo. Bueno, y yo también opiné que era mejor que fueses tú quien lo hiciese...

—Pues déjame decirte que os habéis equivocado. No puedo estar en todo, ¿no lo veis? Si estoy con el expediente de Brunn, preparando la campaña de Navidad, lo de Zapatos para la infancia, que apenas paro en la oficina, ¿cómo se os ocurre esperar y arriesgaros a que perdamos el cliente por un maldito reporte? ¿No veis que en este sector en el que trabajamos el que no corre vuela? Y el que vuela es el que se queda los jodidos proyectos.

—Quizá tengas razón...

—No, Sonia, no... Quizá, no... Yo no puedo estar en todo. Llama a Ricardo y dile que tenemos que arreglar este desastre entre los dos.

—Hoy dijo que no venía... —replica temerosa, puesto que sabe cuándo es un buen momento y cuándo no, y sin duda este no lo es.

—Tampoco yo tendría que estar aquí. Localízalo, por favor, y dile de mi parte que, si no quiere mi dimisión mañana encima de su mesa, lo espero aquí —rebuzno furibundo, ya que estoy que trino y en el trabajo hay que ser comprometido, impecable y riguroso, cosa que mi jefe ha dejado de ser y me toca mucho los cojones.

—Dice que de acuerdo, que en un rato termina y viene para acá —me comunica mi asistente después entrando en la oficina.

—Gracias. Esto... Sonia, discúlpame si me he pasado en el tono que he empleado contigo, ya que tú no tienes nada que ver, pero esto no puede continuar así...

—Lo entiendo, todo el peso de esta agencia recae sobre tus hombros y en algún momento podía pasar...

—No sé cómo demonios hemos llegado a este punto de dejadez. En fin, vamos a preparar el dichoso informe, empecemos a recabar la información, por favor. Ayúdame tú con el expediente de Brunn en cuanto te quedes libre y, con un poco de suerte, mañana podremos tener todo listo.

—Cuenta conmigo. Y respira..., llevas unos meses de trabajo hasta arriba y no es sano... No paras quieto, comes una ensalada o un sándwich deprisa y corriendo; te vas de aquí a las mil... no tienes vida personal y, te lo digo como amiga, vas a acabar petando. Deberías descansar, tomarte unas vacaciones cuando pase lo gordo. Hazme caso, anda, y salgamos a tomar algo luego, Charly.

No me gusta que Sonia se tome esas confianzas. No por el apelativo cariñoso, sino porque no me pasa inadvertida su forma de mirarme, su lenguaje corporal, ese pestañeo que la delata, al igual que el rubor en sus mejillas cuando trabaja codo a codo conmigo... Sé que no le soy indiferente, tampoco es que se corte, pero es mi compañera y, obvio, no tengo ningún interés en ella más allá de que somos «amigos del trabajo», pero ya, sin más. Un lío de faldas en la oficina sería lo último que me faltaría para acabar loco de remate, por lo que siempre trato de guardar las distancias con ella en lo que pueda salirse de nuestra tónica habitual de colegueo. Y la chica es un bomboncito, sí, pero tras lo de Isa ya podrían ponerme delante a *Miss Universo* que estoy seguro de que generaría en mí los mismos efectos que ver a mi jefe.

—No me llames Charly, que sabes que no me gusta.

—Tienes razón, lo siento..., pero piénsalo, anda. Es por tu bien. Salgamos y disfrutemos...

—Lo pensaré, pero otro día, hoy ya venía reventado y no quiero ni imaginar la hora a la que terminaremos... Ahora, a trabajar o acabaremos ahogados entre carpetas y expedientes y acordándonos de todos los antepasados del boss...

Me encanta mi trabajo, sí, pero me fastidia sobremanera que todo el peso del negocio recaiga en mí, que ni siquiera soy el CEO ni es mía la compañía. El dueño —y socio fundador— lleva una temporadita viviendo del cuento, ya que se divorció y no hay día que no vaya de flor en flor conociendo mujeres a través de internet. Y eso está repercutiendo en la rutina de la empresa de manera notable.

—Joder, Ricardo..., ¿te das cuenta de que puede que ese tío ya tenga tres propuestas distintas sobre la mesa? ¿Y qué habéis hecho vosotros al respecto? Yo te lo digo... NADA —le espeto molesto cuando llega.

—Venga, Carlos, no te lo tomes así. Tú eres quien ha tratado con ellos, sabes lo que quieren y eres el único que puede darles lo que de verdad necesitan... Ya sabes que es un cliente un tanto tocapelotas.

—Por eso, coño, por eso... ¿Tanto os costaba sacar unos datos y redactar un informe?

—No es que costase, yo tenía que salir y no lo vimos como una emergencia, aparte de que estuvimos de acuerdo en que tú lo harías mejor, enfocando donde sabes que están sus puntos débiles.

—Pues os habéis columpiado, y que sepas que, si lo perdemos, me va a joder bastante. Han sido muchísimas horas de trabajo invertidas en ese puto proyecto. Llevo dos meses casi sin

parar... Esto no puede seguir así, necesito que vuelvas a implicarte como antes —le digo desde la confianza que nos tenemos, por supuesto.

—Estoy en un punto de mi vida, Carlos, en el que necesito desconectar y tomarme todo de otra manera, no que mi vida gire en torno a la agencia. Chico, nos va bien, muy bien, y no tenemos necesidad de agobiarnos por un cliente molesto del que no hemos visto hasta ahora ni un euro.

—¿Quién te ha visto y quién te ve! ¿Dónde está el Ricardo que yo conocía?

—Se quedó en el despacho del abogado el día que me separé de Conchita. Muchacho, no todo en la vida es trabajo. Me ha costado entenderlo, he perdido a mi mujer por pasar horas y horas, noches en ese despacho preparando campañas para otros... No dejes que a ti te pase lo mismo.

—A mí no me espera nadie en casa, ni falta que me hace.

—No digas eso. Llevas tiempo, desde lo de esa última chica, refugiándote entre estas carpetas llenas de propuestas y no ves más allá. Esto no es vida para ti y, aunque vaya en contra de mi propio negocio, necesito que te relajes y te lo tomes con calma.

—¿Tú pidiéndome que me lo tome con calma?

—Ya ves, yo mismo, tu jefe y dueño de todo esto, lo hago... y mírame. No va tan mal la cosa, ¿no?

—No te jode, porque soy yo quien saca el trabajo rápido para llegar a todo.

—Ese es el error, aquí nunca hemos trabajado rápido, sino bien. Y si no se llega a todo, se seleccionan prioridades. Podemos permitirnoslo. O se contrata a alguien más. Lo que no puede ser es que tú estés desquiciado y te pongas de esta manera por un estúpido informe.

—Si me pongo así es porque podemos perder al cliente y sabes de sobra que no es un simple informe, es todo...

—Pues más se perdió en Cuba y... ¡volvieron cantando, hombre!

—Antes no hubieras pensado igual. Y lo sabes.

—Lo sé, pero te repito que para poder trabajar bien y rendir, también hay que descansar, relajarse y tener vida fuera del trabajo, algo que tú has abandonado por completo y que todos hemos notado y acusado, por cierto.

—No me digas... —ironizo.

—Carlos, aquí somos una familia. Y no puede ser, porque tanto estrés te está pasando factura. Y vas a acabar mal si no paras.

—Me gusta lo que hago, lo que odio es la sobrecarga... pero los proyectos mandan, tenemos las navidades a la vuelta de la esquina como quien dice y las entregas...

—Las entregas nada, las haremos y a continuación, como tu jefe que soy, te ordeno que te cojas unos días y desconectes.

—¿En la época de más trabajo y eventos del año? ¿Has bebido, Ricardo?

—Lo digo en serio, no quiero verte por aquí en unas semanas.

—Ni loco.

—Es una orden.

—Me la paso por el forro. Es una orden que no pienso respetar. No voy a dejar todo tirado porque ahora me salgas con esas.

—Claro que lo harás. Si no quieres ahora, lo acepto porque sé que eres responsable, organizado, cosa que siempre he agradecido, y meticuloso como el que más. Pero además de tu jefe, soy tu amigo, y por eso te ordeno que, en cuanto entregues lo de Brunn, la campaña de zapatos y consigamos al nuevo clientucho de los cojones, te tomes esos días. Por tu bien, por el

de Sonia, que vas a acabar volviéndola loca, y por el de todos, vete a algún sitio tranquilo, descansa, recarga pilas, disfruta y trata de volver como nuevo.

—¿Me vas a decir también a dónde quieres que me vaya y a qué hora ir al baño, papá?

—Seguro que a ti se te ocurre solito. Y búscate quien te acompañe... a poder ser, compañía femenina. Te vendrá de lujo.

—¿Compañía femenina? Ni loco, ¿me oyes? Ni loco. Paso de eso, ya lo sabes... Vamos, sería lo último que haría.

—Pues no deberías pasar.

—Ya quedé escarmentado. Y lo de esas supuestas vacaciones que te estás sacando de la manga, lo pongo en cuarentena.

—Mira que eres cabezón.

—Yo sé hasta dónde puedo, no te preocupes.

—Sí me preocupo, porque has llegado a un punto donde todo es trabajo y no ves más allá. ¿Cuánto hace que no sales con una mujer o te acuestas con ella? ¿Que no vas al cine o al teatro? ¿Cuánto hace que no viajas? Con lo que siempre te ha gustado...

Y es en ese punto donde me doy cuenta de que llevo meses encerrado en mí mismo, y desde la boda de mis amigos Fran y Carlota no he hecho ninguna escapada. La última fue a Montaves.

—Un año, Ricardo..., un año hace que no salgo de Madrid. Desde que estuve en el enlace de unos amigos en un pueblo de Soria. Deberías ir algún día, por cierto, es un sitio precioso.

—¿Y por qué no vas tú? Visitas a tus amigos, desconectas, sales de Madrid, respiras aire puro, te aireas y regresas oxigenado...

—Pues mira, no se me habría ocurrido si no me lo dices... tal vez te tome la palabra y coja esos días —reconozco en voz alta, pues ha sido hablar de ese pequeño rincón perdido y traer a Isa de vuelta a mi cabeza.

He superado la ruptura con ella, a la que por cierto no guardo rencor, porque si algo he entendido es que en el corazón no se manda..., pero no terminamos del todo bien. Ni siquiera volvimos a hablar. Apenas sé nada de ella. Rechacé su amistad de plano cuando me dejó, enfadado por su engaño, y no hemos vuelto a vernos.

Es por mi amigo Fran y por su mujer Carlota, ya que es la mejor amiga de ella, por quienes he sabido alguna información suelta. Al principio me dolía tanto haberla perdido, y cómo había sido todo, que no quería ni preguntar cómo le iba y después cuando la tormenta pasó, ahí sí supe que está feliz y viviendo la vida con su adorado Rubén, el amor de su vida, que siempre me parecerá el mismo gilipollas egocéntrico y egoísta que me robó a la chica que quería para mí.

Pero volver a verla... si viajo a visitarlos coincidiré allí con ella, con su novio... y no sé hasta qué punto es conveniente. O tal vez puede que lo sea, quizá me sirva para corroborar que, igual que me ilusioné rápido, me desilusioné más rápido aún con su forma de actuar. ¡Que se tiró a su ex estando yo a escasos metros mientras nuestros amigos se prometían amor eterno y apenas dos días atrás había aceptado intentarlo conmigo! ¡Manda huevos...! Pero es cierto que debería cerrar ese capítulo.

Igual sí es buena idea aceptar tomar un descanso a principios de diciembre o después del puente, dejarme caer por allí y que salga el sol por donde quiera. Al menos si paso unos días en ese pueblo podré descansar, desconectar de la gran ciudad, de la oficina, del estrés de Madrid y volver con las pilas cargadas... Y encima sin mujeres alrededor, que es lo mejor. Unas vacaciones alejado de todo, descansando en el famoso hotel rural de Carlota en plena época navideña. No suena mal del todo, no.

CAPÍTULO 2



Montaves, unos días después

MARA

—Venga, cariño, deja el teléfono, que te toca a ti tirar los dados —le pide mi amiga Carlota a su marido Fran, mientras los demás esperamos a que termine la conversación para seguir con la partida de Catán que tenemos a medias.

—Voy —responde él gesticulando e indicándonos con señas que continuemos, que tire Rubén, mi mejor amigo y el que me presentó a todo el grupo a los pocos días de aterrizar en Montaves, que es el siguiente.

Desde que llegué al pueblo para trabajar en la cooperativa, esto es lo mejor de todo. Ellos, mis amigos, lo son. Es la familia que me ha acogido con los brazos abiertos desde que puse un pie aquí y fui conociéndolos. Y en tardes de domingo como hoy nos reunimos al calor de la chimenea en el hotel de Carlota, jugamos a juegos de mesa mientras tomamos chocolate y vemos nevar fuera. Y ya en esta época, con villancicos de fondo. Creo que va a ser una Navidad superespecial, porque esta gente adora las fiestas y muero por vivirlas con ellos.

Jamás me hubiera imaginado terminar viviendo en un pueblo de Soria donde nieva y llueve todo el tiempo, hace un frío del carajo y todo es tan diferente al sur, además de que está lejísimos de mi tierra; pero cuando decidí dar un giro a mi vida tenía claro que debía ser algo radical.

Me habían dejado plantada casi que en el altar cuando me iba a casar con mi novio de toda la vida, que a su vez se lo montaba con su compañera de trabajo y amiga mía también, mientras yo, tonta e ilusa de mí, no tenía ni la más mínima sospecha de lo que, en cambio, era *vox populi* en Barcelarrubia, mi localidad natal. Y para rubia —de bote— la guarra que me dejó compuesta y sin novio. Mi hermana del alma se hacía llamar la muy pécora. Menudo zorrón con patas. Cómo debía de disfrutar la muy hija de fruta cuando le contaba que había discutido con mi churri, es decir, con su amante. Se me revuelve hasta el último punto del estómago cada vez que los imagino juntos, retozando...

El caso es que después de semejante culebrón, mi hundimiento llegó a límites insospechados, hasta el punto de no querer pisar la calle por si me encontraba a la feliz pareja y a mí me salía de

dentro el barrio y la liábamos bien liada, porque a buena no me gana nadie, pero a bruta tampoco.

En casa me ahogaba, entre esas cuatro paredes sabía que no podía estar metida para siempre, por lo que cuando un día en junio abrí Infojobs y vi el anuncio de empleo de la cooperativa, no tuve mucho que pensar. Y más cuando busqué fotos de Montaves... Recuerdo que lo primero que me salió fue el hotel rural —justo donde estoy ahora rodeada de todos ellos— y me pareció encantador. Avancé fotos en la página web y me enamoré.

Con don Severiano, el presi de todos los cooperativistas, también fue un flechazo, y antes de darme cuenta estaba haciendo las maletas para desembarcar un día de verano en este encantador pueblo que me recibió con los brazos abiertos y en el que me siento como en casa. Adoro mi trabajo, es sencillo y me encuentro muy a gusto con todos mis compañeros, entre los que está Rubén, con el que tengo una relación especial.

No voy a negar que, como soy lo más enamorado que te puedes echar a la cara, cuando llegué echa polvo como estaba y vi a Rubén en el bar la primera noche me pareció un tipazo. Y cuál fue mi sorpresa cuando al día siguiente, en el patio de la cooperativa, con todo el sol de frente dándome en los ojos, me lo encontré de nuevo. Pensé que no era real y que todo era fruto de mi imaginación. Tuve que abrirlos y cerrarlos para comprobar que era de verdad, que no estaba en el cielo rodeada de angelitos, sino que ese portento que tenía frente a mí era de carne y hueso y encima ¡me estaba sonriendo!, ¡a mí!

Y mientras, una servidora, babeando cual pececillo, deslumbrada no, lo siguiente por los rayos de Lorenzo, tratando de vislumbrarlo y analizarlo bien.

Imaginad la escena: yo con un ojo abierto y el otro cerrado, la mano en la frente cubriéndome, queriendo hacer un poquito de sombra, y él viniendo hacia mí, sin camiseta, con el cuerpo bañado en sudor, con unos vaqueros caídos y esa sonrisa Profidén y perfecta. Un escándalo de tío. Arrebatador. Vamos, que creí estar en el paraíso, levitando. Enseguida nos presentamos y congeniamos.

Nos llevamos bien desde el minuto uno; y sí, como os imaginaréis, en medio de mi dolor y desesperación, no tardé en hacerme ilusiones con que pudiese darse algo entre nosotros en algún momento, rollo romance campestre, cuando empezamos a quedar de vez en cuando para salir a dar una vuelta o a tomar algo. En realidad, quise aferrarme a un clavo ardiendo. Pero todo lo bueno tiene su parte mala.

Y mi nuevo amigo la tenía. Se llama Isabel, y hoy en día es también una de mis mejores amigas, pero meses atrás ella no vivía aquí, y hasta una noche de verano yo no sabía ni que existía la buena mujer. Lo supe por él cuando quiso contarme cómo se sentía, sincerarse y profundizar en nuestra amistad, con el consiguiente cubo de agua fría que me cayó en todo lo alto. Porque sí, ya estaba metidita en mi nueva rutina, el muchacho me atraía y todo podía haber sido perfecto, pero no... porque ¿cómo iba a salirme algo bien —sentimentalmente hablando— a mí?

No conseguí un novio, pero sí un gran amigo, hoy mi confidente, y una pandilla estupenda en la que me integraron como una más desde el principio.

—Mara, Mara... —Oigo que me llaman.

—¿Qué?

—Nada, mujer, que si quieres turrón o figuritas... ¡Estás en la parra!

—Sí, por un momento me ha venido a la cabeza cuando llegué...

—Casi medio año ya, bonita.

—Y las casualidades de la vida, lo primero que vi de Montaves fue esto, y aquí estoy, con todos vosotros; quiero deciros que me siento muy feliz.

Y se escucha un «ohhh» coral que me emociona. Cuando quiero también saco mi corazoncito a pasear.

—Y nosotros de que estés aquí, de que llegases a nuestras vidas y de haberte conocido — responde Natalia, amorosa como siempre.

—¿Qué estoy escuchando? ¿A qué se debe tanto moñerío? —pregunta Rubén, que sale de la cocina con una bandeja de dulces navideños y un platazo de galletas de la señora Maritere, que son las galletas de mantequilla más espectaculares que he comido en mi vida.

—No seas gañán, Ken —le regaña su novia, Isa—, que Mara nos estaba diciendo que está muy feliz en el pueblo.

—Pues menos mal, porque al principio parecías un perrito apaleado.

—Venía hecha una mierda, no esperarías que te bailara un *zapateao* en los descansos del trabajo, ¿no?

—Ni tanto ni tan calvo, muchacha..., pero costó que sonrieras y parecieras una persona...

—Bueno, que sí, que estaba pasándolo horrible, mal, fatal cuando decidí venirme, y creo que es la mejor decisión que he tomado en mi vida.

—¿Brindamos por ello?

—No saquéis alcohol ahora, que bastante fue la juerga de anoche... —les pido, recordando la resaca que tuve esta mañana al levantarme tras la salida del sábado.

—¿Quién ha dicho alcohol? En esta santa casa, en Navidad, se brinda con chocolate caliente..., ¿quién quiere más nubecitas?

—Entonces, brindemos... por vosotros —les digo, levantando mi taza atestada de esponjitas blancas y rosas—, por hacerme sentir de la familia a tantos kilómetros de la mía... y porque aquí en este pueblo he encontrado mi estabilidad y me he recuperado casi del todo.

—Vamos, corazón, que por cómo lo dices, solo te falta un buen novio, casarte y un par de churumbeles...

—Ja, ja, ja. —Me río—. ¡Muy graciosa! Aquí lo tengo todo, pero justo eso no creo que lo vaya a encontrar; aunque, siendo sincera, tampoco lo necesito... Vengo de una boda fallida, un lío de cuernos que ni los vitorinos, casi no quepo por las puertas y, créeme, no tengo ganas de complicarme la vida; encima, soy una contradicción andante porque me encantaría formar una familia en un futuro pese a ya no fiarme del género masculino. ¡Tócate la pera, María Manuela!

—Me parto con esta mujer y sus frases —comenta Carlota—, pero te diré algo: nunca digas de esta agua no beberé ni este cura no es mi padre... Si no mírame a mí, vine a Montaves a pasar unas vacaciones increíbles en una casa rural y sin comerlo ni beberlo conocí al amor de mi vida, y a partir de ahí todo cambió para mí. Y hasta me mudé, me tocó la lotería... las mejores vacaciones que he vivido jamás, vamos, pero que acabaron como el rosario de la Aurora.

—Perdona, cielo —le replico—, esas cosas solo pasan en los culebrones, en los libros... vosotros sois una preciosa excepción; pero, seamos realistas, se lo cuentas a alguien y parece el guion de una peli navideña de Netflix: Chica que llega al pueblo con toda *la jarca* a pasar una Navidad de ensueño, conoce al chico perfecto, se enamoran entre luces de colores, espumillón y paseos navideños, un poquito de salseo, idas y venidas, y un final feliz de los de fueron felices y comieron perdices.

—Hombre, visto así... —replica ella, con una sonrisa de oreja a oreja, mirando a Fran, su marido.

—La madre que me parió, Sustitos —así llamamos a Carlota—, ¡qué pastelona eres!, sigues emocionándote al recordar tu historia de amor... —la pincha Rubén.

—Y seguiré haciéndolo todos los días de mi vida —rebate ella—. Brindo por ello —se jacta alzando su taza.

—Y yo brindo por el amor —añade Isa mirando a Rubén— y por nuestras vacas, que aquí mi chico me lleva de vacaciones navideñas con destino sorpresa y estoy que me muero de contenta.

—Por el amor, por las parejitas... ¡salud! Y es, envidia, pero sana.

—¡Y por que Mara encuentre a su chico de película de Netflix! —Brindan y se ríen mis amigos, mientras yo sueño despierta con que algún día pueda tener esa suerte, sabiendo a ciencia cierta que es imposible porque no me fio de ninguno.

—Bueno, no tiene que ser de película tampoco, me vale con que sea *apañaete*, simpático, morenazo, ojos claros que me vuelvan loca... y romántico, caballeroso, amable, atento, de confianza. Un chavalete normal vaya...

—Chica, ¡para ya!, que tú estás describiendo al príncipe azul y esos sí que no existen —replica Laura convencida.

—Bueno, como es todo hipotético, por pedir que no sea. Es broma, que yo no quiero encontrar na de na, ¡chiquillos! —contesto risueña.

—Bueno, bueno, tan hipotético no es, porque aquí conocemos uno que reúne muchas de esas características, ¿verdad, Isa?

—Carlota, no seas mala...

—Hablan del ex de Isa, para que te enteres, Mara. Que según las señoritas es don perfecto. Pero vamos, a mí me parece un pijo *engominao*, que tampoco es que sea para tanto... —me explica mi amigo.

—¡Qué mala es la envidia, Rubén!

—¿Envidia yo? ¿Y de ese? ¿Vosotras de qué guindo os habéis caído? Además, que se fastidie, que el mejor premio me lo quedé yo, ¿verdad, cariño? —pregunta dirigiéndose a su chica, que está a su lado.

—No era una competición, que yo sepa, y no me gusta que hables mal de él, amor. Es un chico increíble... y a ti no te ha hecho nada.

—Hombre que no, casi me come toda la merienda en mi cara...

—¡Te lo hubieras merecido, majete! —atiza Carlota, muy en su papel de mejor amiga de Copito, que es como llamamos a Isa.

—Bueno, haya paz —media ella—, pero, aunque te moleste, cielo, Carlos es una gran persona y, además, uno de los mejores amigos de Fran; así que no hables mal de él o aquí tu colega te cortará los *huitos* y a ver cómo me das un miniKen después...

—¿A quién tengo que deshuevar dices? —pregunta Fran riéndose, volviendo a sentarse en su lugar, ya que se había retirado para hablar por teléfono tranquilo.

—A Rubén, que se estaba metiendo con Carlos... para variar.

—Tú —le advierte serio—, déjalo en paz. Estás obsesionado con él.

—¡Que te den, anda! —responde el otro ignorándolo.

—Los siete males te van a dar a ti, que lo sepas, porque justo hablaba con él y me ha dicho que viene unos días a vernos. Así que ya puedes comportarte... o tú y yo tendremos un serio problema.

—¿El gominitas viene? ¡No me digas! ¡Qué ilusión! —vocifera Rubén, con ironía y cara de desagrado.

—¿Y eso? —inquiérese incómoda Isa.

—Quiere pasar unas pequeñas vacaciones tranquilo, visitarnos a nosotros... ¿Te parece poco disfrutar de nuestra compañía?

—¿Y cuándo viene?

—No me ha dicho seguro, pero para después del puente...

—Justo cuando nos vamos. —Sonríe triunfal Rubén—. ¡Ohhh, qué pena no poder saludarlo! —ironiza de manera teatral, mientras su chica respira aliviada también.

—Por ver a Carlos no os iba a pasar nada —responde Fran molesto—. Ante todo es un tío que sabe estar, educado, y lo que pasó entre vosotros tres ya es pasado..., así que, dejémoslo.

—De hecho, a mí me gustaría verlo, la última vez que hablamos no fue muy allá que digamos; y bueno, me gustaría arreglar eso, aunque la situación no fuese muy agradable —añade la rubia.

—Pues otra vez será, Copito, porque mientras él viene a relajarse aquí del estrés de la gran ciudad, como buen pijo que es, nosotros estaremos tostándonos en una playa que no pienso decirte, al solecito...

—No cambiaría ese plan junto a ti por nada, mi Ken... —afirma pastelosa Isa, dándole un suave beso en los labios.

—¿No os han dicho nunca a todos que eso de dar de comer frente a un hambriento es de muy mal gusto? —les espeto, guasona—. Además, me habéis creado curiosidad con ese hombre; así que Fran, avísame cuando venga para traerle unos pastelitos de bienvenida.

—Y lo que no son pastelitos, ¿no?

—Anda, anda... pues haríais buena pareja —comenta Carlota.

—Cielo, no empieces, que te temo... —le responde Fran, sonriente y llevándose las manos a la cabeza ante el comentario. Y es que Carlota es una casamentera perfecta.

—Tú, déjame a mí. Yo te lo pienso presentar, Mara —asegura ella, a lo que yo asiento de buena gana, porque oye... ¿a quién le amarga la vista un dulce como ese?

—Cariño, de verdad, deja de presentarle amigas nuestras a Carlos con intenciones ocultas... que el que luego está en medio de toda la tostada soy yo.

—¡Qué soso eres!, tú déjame a mí —sentencia de nuevo ella, muy convencida.

—¿Por qué no seguimos con la partida?, que a este paso nos van a dar las tres y yo tengo que sacar aún a Torrija —mi perrita— de paseo cuando llegue —propongo para cerrar el tema, porque veo que la conversación se nos está saliendo de las manos y Carlota se lo está creyendo de verdad cuando yo paso de hombres.

—¿Por qué le pusiste Torrija? Nunca te lo hemos preguntado...

—*Quilla*, porque en el sur vivimos la Semana Santa como aquí vivís las navidades, y a mí me pierden las torrijas, las natillas, el flan... todo casero, eso sí.

—Carlos tiene una gata que se llama Donete —apunta la mujer de Fran, alcahueta.

—Sustitos, para, o de verdad me enfado; no pienso repetir la experiencia —le pide Fran, y esta vez yo misma cojo el dado y tiro para reanudar el juego y cerrar la conversación.

Llego a casa y Torrija me está esperando detrás de la puerta deseando salir a la calle. Le pongo su abrigo fucsia chillón, porque la pobre no está acostumbrada a los fríos de Soria, y nos encaminamos hacia el parque, donde la suelto y la dejo campar a sus anchas un buen rato, mientras pienso, intrigada, en cómo será el famoso amigo de Fran y ex novio de Isa. Tanta controversia de opiniones sobre él me ha causado curiosidad, aunque igual ni llego a conocer al visitante, porque el marido de Carlota parecía poco predispuesto a ningún encuentro ni presentación...

Total, aunque lo conociera y me jurara amor eterno, no me fiaría de ninguno de su género, así que mejor no remover el avispero y seguir soñando, que es gratis, bonito, hace feliz y no duele.

—Ea, Torrija, vámonos para casita que nos vamos a congelar y estoy deseando meterme en la cama, debajo del nórdico y las siete mantas que tengo puestas.

Y es que esa es la mejor sensación del día. Bueno, y también la de sentarme al lado de la chimenea a leer con un té de nata, porque por si no os habéis dado cuenta me gustan las novelas románticas —que no las cursis— y las películas de amor; vamos, todo lo que huele a romance con final feliz, sin ñoñerías, y no del que estáis pensando... o bueno, sí, porque en las novelas esas escenitas de salseo y toque *spicy* son lo mejor, y quien diga que pasa esas páginas o las lee en diagonal, ¡miente!

CAPÍTULO 3



CARLOS

—Que sepas que pienso hacerte caso y voy a coger esos días que me ofreciste, jefe.

—Me parece perfecto —contesta Ricardo, alegre, mientras celebramos tomando unas copas que hemos conseguido el famoso cliente de marras y la campaña de Zapatos para la infancia está siendo un éxito y se está recaudando muchísimo calzado para donar a países desfavorecidos.

—¿Cuándo te vas?

—Pasado mañana. Y regresar, pues...

—Calla, calla, que no te has ido y estás pensando en volver ya. No tienes remedio. Eres un *workaholic*^[1] de manual —me corta él.

—Tengo obligaciones, en unos días estaré de vuelta.

—Puedes teletrabajar si quieres pasar los días gordos, Nochebuena y Navidad, con tus amigos, ya lo sabes.

—Lo sé, pero no es lo planificado. Para Nochebuena estaré en casa.

—El día que dejes de ser tan cuadriculado y organizado, vivirás mejor y serás más feliz.

—Es tu opinión, no la mía.

—Es un hecho, te lo digo yo... Y recuerda esto: sin relojes la vida es más fácil. Y te lo dice uno que lo sabe por experiencia y por viejo.

—Sí, claro, por aquello de más sabe el diablo por viejo que por diablo, ¿no?

—Exacto, hijo, exacto. Necesitas este parón como el comer. Ahora que vas al campo dedícate a pasear y no vayas con prisas ni mirando la hora. Descansa y desconecta del trabajo. No pienses y siente la naturaleza, piérdete en el silencio del campo, en la vida tranquila y, sobre todo, relájate.

—Lo haré, no dudes que lo haré. No pienso preocuparme de nada hasta que vuelva. Van a ser las vacaciones más tranquilas y relajadas de mi vida. Eso te lo aseguro al 100 %.

Necesito esa desconexión. Cero preocupaciones, ninguna prisa, olvidarme del curro y no pensar. Y el hotel de Carlota es perfecto para todo eso y para disfrutar del ambiente navideño, aunque eso me da un poco más igual. Me gustan estas fechas, pero las vivo siempre tan

acelerado entre campañas, eventos y organizando fiestas de empresa, que no las disfruto nunca e incluso diría que algún año, con tanta saturación de trabajo, he acabado cogiendo un poquito de tirria a la época. Lo contrario a este año, a estas vacaciones que son para mí, para relajarme y no pensar en la oficina ni nada que tenga que ver con la rutina diaria.

Estaré de lujo en Montaves. Hago un repaso mental a lo que recuerdo del pueblo cuando lo visité para la boda en el mismo mes. Y entonces de nuevo... mi ex es la que viene a mi cabeza.

«Isabel estará allí, me la encontraré... ¿Cómo será verla de nuevo? ¿Qué sentiré? ¿Cómo me recibirá?». Es algo que me inquieta respecto al viaje y lo único que me puede perturbar es si me descubro allí y al verla vuelvo a sentir cosas que creo que ya no siento.

Al día siguiente, maleta en mano, me subo al coche y emprendo el camino a Montaves.

—Donete, allá vamos.

Disfruto como un niño pequeño contemplando el paisaje al paso y canturreando las canciones de mi lista de Spotify a pleno pulmón. *I dont want to miss a thing* de Aerosmith suena cuando me estoy acercando a la desviación que lleva a Montaves y veo que el vehículo de delante decrece su velocidad. Entonces observo cómo un ejército de ovejas va cruzando la carretera a velocidad de crucero. «Supongo que aquí es algo normal». Escribo un mensaje que va directo al móvil de Fran, adjuntando una foto de mis vistas a través de la ventanilla del coche:

Carlos:

**Las maravillas del mundo rural...
Igualito que si estuviera parado en un atasco en la M40...
Solo falta el ruido de los cláxones por todos lados...**

Sonrío para mí, incrédulo y dirigiendo la mirada a Donete, que viaja en su transportín demasiado tranquila, mientras las ovejas continúan su camino de un lado a otro.

Fran:

Ni se te ocurra pitar, que las ojaladas se asustan y la lías, macho.

Carlos:

¿Ojaladas?

Fran:

Es ese tipo de oveja que me has mandado en la foto.

Carlos:

Me voy a ir de aquí hecho un experto en estas tierras, lo veo venir.

Fran:

Igual le coges el gusto y acabas quedándote, como Carlota y yo.

Carlos:

Tú sueñas, amigo. Yo soy más de Madrid que el chotis.

Tras el ratito de espera, y cuando la carretera se encuentra libre de ganado ovino, reanudo el camino hasta la casona donde me están esperando mis amigos, pero antes, caigo en la cuenta de que no llevo ningún detalle para Carlota, como anfitriona. Nos acercamos a la hora de comer y casi todo estará cerrado.

—Siri, localízame la tienda más cercana.

—La tienda más cercana se encuentra a un kilómetro y medio de distancia respecto a su ubicación actual.

—Iniciar navegación.

—Ha llegado a su destino.

Y cuando escucho eso y miro alrededor no doy crédito. Siri no se equivoca, pero ante mí no hay ninguna tienda, por lo menos que yo vea. Todo es campo y un gran portón abierto enfrente.

Me bajo del coche y me planto ante la puerta, a una distancia prudencial, pero al estar abierta de par en par decido acercarme. Avanzo cauteloso, mirando a todas partes menos al suelo, pensando que tal vez haya una tienda dentro de esa edificación, con tan mala suerte que justo pocos pasos antes de entrar noto como mi pie derecho se hunde en algo blando. «No, no, no, que no sea lo que estoy pensando».

—Mieeerda, ¡nunca mejor dicho! —exclamo cuando miro hacia abajo y veo mi zapato nuevo enterrado en esa montaña marrón que huele horrible. Acabo de pisar un mojón, que por el tamaño debe de ser de una vaca cuanto menos.

—Empezamos bien... ¡seré torpe! A ver qué hago ahora —medito poniéndome nervioso, porque en mi esquema mental no entra llegar a una casa ajena, por mucho que sea un hotel, de visita, con el zapato lleno de mierda y oliendo como si hubiera pasado el día entre cabras.

Camino hacia delante pisando con la puntera, buscando un bordillo donde poder arreglar el desastre. Y lo encuentro en la pared del fondo, un escalón delante de una puerta vieja... viendo por fin la solución al problema. Pero no me doy cuenta de que alguien me está observando desde un lateral, y justo cuando me quito el zapato y voy a restregarlo contra la esquina para retirar los restos de excremento, una voz con acento andaluz me frena en seco:

—Ey, ey, ey, ey, ¿tú qué te crees que estás haciendo, rey? ¿Qué pasa que no tienes campo de sobra y un pañuelito para limpiar la *moñiga* que llevas en el zapato y tienes que venir a restregarla en la entrada de mi oficina?

—Yo, esto... no quería..., perdón, no sabía que era una oficina... —No sé qué decir, abochornado por la situación, pues me ha pillado con las manos en la masa y está feo.

—¡Será guarro el tío! Yo no sabía... yo no sabía —repite—. Mucho jerseicito y mucho abriguito pijo, y luego a hacer guarrerías donde otros trabajan, sin cortarse un pelo.

—Perdón, no quería importunar, no pensé que ahí hubiese nadie ni que esto fuera propiedad privada. Solo iba a limpiar un poco el zapato —le digo, excusándome, tímido y cortado porque esa mujer está hecha una furia.

—¡Ni perdón ni gaitas, hombre!., eso no se hace en el patio de nadie, ni en ningún *lao*. Anda que no hay campo ahí mismo para haber restregado el zapatito... ¿O qué pasa?, te daba asco sacar un pañuelo después y con la manita terminar de limpiarlo, ¿no?

—Hombre, la verdad es que hacer eso no es muy agradable no es...

—De ciudad tenías que ser, tan señoritingo... Y además, ¿qué haces aquí? ¿Buscas a alguien? —pregunta, brusca y un tanto grosera.

—Cierto, disculpa, no me he presentado... Me llamo... —Y no me deja seguir, pues enseguida me corta.

—Me da igual cómo te llames, ¿que qué haces aquí a estas horas?

—Bueno, yo solo estaba buscando una tienda, iba de paso... y quería comprar un detalle para llevar a donde voy.

—¿Una tienda? Esto es una cooperativa, y solo vendemos producto local. Ya sabes, torrezno, morcilla, embutido en general... y ya estaba a punto de cerrar. Puedo atenderte si te das prisa —añade de mala gana.

—Esto..., muy amable —replico irónico—, pero yo más bien buscaba una planta, flores o bombones..., aunque lo primero que me gustaría es poder limpiarme. ¿Tenéis aseo?

—Pues claro. Somos un establecimiento público, por si no te has dado cuenta todavía.

—Bien... Y ¿dónde está?

—¿Ves aquella flechita en la puerta por donde he salido yo? —Señala con su mano derecha.

—Sí, perfecto. Muchas gracias.

—Che, che, che, che. ¡¡¡Frena, magdalena!!! Para el carro, amigo. ¿No pensarás que te voy a dejar entrar a que me dejes el baño hecho un asco y oliendo a caca de vaca?

—Y entonces, ¿cómo quieres que me limpie?

—¿Qué quieres? ¿Un tutorial?

—Muy simpática.

—Me lo suelen decir a menudo.

—No osaría dudarlo jamás —le digo, perdiendo la paciencia.

—Mira, a mí me da igual si te limpias o no, mientras lo hagas ahí fuera, en el campo y no aquí donde, por si no lo sabes, hay una señora que se ha dejado la espalda fregando el suelo esta mañana. Y mucho menos en mi puerta para dejarme el perfume a mí, majete.

—Lo entiendo, de verdad que no quería molestar a nadie...

—Ya, seguro. Los pijos no pensáis en el trabajo de los demás. ¿No ibas a limpiarte al campo? Tengo que cerrar y si no vas a comprar nada... ¡Encima, *agarrao*! —refunfuña por lo bajo, lo suficientemente alto como para que llegue a mis oídos.

—Perdona, no me conoces de nada para hablar de mí. ¡Además, qué sabrás tú!

—Me atengo a lo que veo... y no te deja en un buen lugar que digamos, chato.

—Mira, chata, soy la persona más paciente del mundo, pero ya me has hecho tocar el límite. Un tutorial no necesito, pero un poquito de amabilidad y educación por tu parte no estaría de más. No pretendía causarte un problema ni incordiar, soy de fuera y no conozco la zona. Entré sin saber... y mira cómo me estás tratando sin conocerme de nada, pudiendo ser un comprador o un comercial ¿No te han dado un curso de modales y atención al cliente?

—¿Y a ti no te han dicho que eres tonto del culo? Además, ¡tendrá morro el tío, que encima no se corta un pelo en ensuciar, me insulta y pretende que le hagan la ola! ¿Quieres también que te quite la caquita del zapato para que no te ensucies las manitas ni la ropita?

—¿Se puede ser más borde? Ya te lo digo yo... Imposible.

—¿Se puede ser más delicadito y pijo? Ya te lo digo yo... no.

—Tranquila *Miss* amabilidad, ya me voy por donde he venido y me las apañaré como pueda.

—Bien hecho, un señoritingo de ciudad como tú seguro que tiene mil recursos para solucionar todo. Ah, y otra cosa... Tranquila estoy, porque no soy yo la que va de visita oliendo a puro estiércol. —Ríe ella de forma malvada.

—¿Siempre eres tan agradable con las visitas a este establecimiento?

—Lo soy con quien lo merece.

—Y la señorita ha considerado que un pobre hombre que iba a limpiar un zapato en un

escalón desvencijado, como siempre se ha hecho, no merece disfrutar de esa amabilidad...

—Como siempre se ha hecho, eso es relativo...; pero, en cualquier caso, ¿a que a tu oficina no va nadie con un perro y te deja el mojón allí?

—Hombre, pues no.

—Pues muy evidente no debe de ser, porque tu querías dejármelo a mí de regalo en la puerta, ¡cochino!

—Yo no te he insultado.

—Ni yo a ti, a las cosas que se ven, por su nombre.

—Entonces, si yo te digo amargada, ¿qué?

—Pues que te calzo una hostia que te vas calentito.

—Estás siendo un poquito bruta a la par que ordinaria, por si no lo sabías.

—Y tú estás siendo un poquito estúpido, por decirlo a tu estilo, de manera fina para que lo comprendas mejor.

—Me marchó, este establecimiento y sus empleados apestan. ¡Dejaré una *review* en Google! —exclamo, a sabiendas de que no lo haré, pero por asustarla.

—¿Sabes lo que apesta, chato? Tu zapatito de marca cagado, estropeadito. —Y me guiña un ojo, y lo cierto es que no sé qué hago aquí discutiendo con esta mujer tan malhumorada y con tanta mala leche junta dentro de ese pequeño cuerpecillo, porque la amiga no debe de llegar al metro sesenta de estatura—. Ah, y deja todas las opiniones que quieras, yo las contesto... Y, por si no lo sabes, aquí las cosas no funcionan así —responde huraña, inflándome las narices.

—Venga, chica, ahí te quedas, y de paso, ríete de tu novio, si es que tienes, porque con ese carácter avinagrado que te gastas dudo que ningún hombre en su sano juicio te aguante.

Y sin darle derecho a réplica, me doy la vuelta y salgo de allí por donde he venido, escuchando de fondo sus gritos según me alejo, un: «Será gilipollas el pijo este», y un: «Pues anda que a ti, ¡pobre la que sea mujer de un tío tan puerco, cursi y descuidado como tú, Gominas», y al oír ese «Gominas» que me arranca una carcajada estoy tentado a volverme para seguir el debate, pero no lo hago.

Lo peor es que la loca esta, histérica de la limpieza, tiene su gracia. Me ha hecho sonreír con su espontaneidad, aunque menuda lengua viperina y mal humor se gasta.

Y ahora a limpiar el maldito zapato..., pero decido que lo mejor es restregarlo contra la hierba y después quitármelos, guardarlos en una de las bolsas que llevo para la ropa interior sucia y sacar mis deportivas. ¡Problema resuelto! Hombre prevenido vale por dos.

Aunque voy a llegar a casa de Fran y Carlota con las manos vacías, siempre podré contarles la anécdota con la lunática esta que me he topado y que vean que mi intención de llevar un detalle o el postre era real.

CAPÍTULO 4



MARA

Siempre me ha molestado la gente irrespetuosa. Y bueno, me ponen negra los señoritingos de ciudad que se creen superiores, esos que miran por encima del hombro y piensan que están por encima del bien y del mal.

Habría que ver si el tipo, tan sibarita y modosito que parece, no es de los que dejan la taza del W. C. con gotillas y la tapa del retrete levantada, ¡que los pijitos son los peores! Y este *atontao* debe de ser de esos...

Y mira que es guapo el condenado, con esa mirada que tiene, que es de las que desnudan y te dejan tiritando... y ese porte, tan alto, tan atlético... Está bueno no, requetebuenísimo...

¡Virgen santísima, qué tiarrón!

En fin, vaya mañanita... Primero me encuentro con que Torrija ha vomitado. Después me topo con que han salido goteras en el almacén y tengo que gestionar todo para que vengan cuanto antes a arreglarlo. Y por último, aparece la señora más pesada del pueblo a comprar viandas para Navidad y después de más de media hora mareándome se lleva solo una bolsa diminuta de torreznos, de las que no llegan ni a cincuenta gramos.

—Vaya usted al guano, carajo.

Me ha sacado los nervios a pasear. Y cuando iba a cerrar, deseando marcharme de una vez aparece este...

Quizá he pagado con él la hartura de día que llevo.

—¡Que se fastidie por guarro! Total, no voy a volver a verlo en mi vida.



SORIANOS Y ADOPTADOS

Mara:

No sabéis lo que me acaba de pasar. Por la cooperativa ha pasado un ángel... el tío más guapo del mundo, pero tb el más pijo y grosero que me podía echar a la cara. Eso sí, se ha ido calentito... ¡No sabéis qué mañana llevo!

Natalia:

Dime dónde está ese hombretón, que voy a buscarlo... Si tú no lo quieres, ya me lo quedo yo...

Mara:

¿A nadie le importa mi mañana?

Laura:

Obvio que entre que nos cuentes tu mañana y nos hables del ángel...

Rubén:

Estáis fatal, por cierto, ¡ya embarcamos!

Mara:

Buen viaje, disfrutad, y a ver si volvéis tres... ☺

Natalia:

Mara, dame más datos de ese encuentro.

Mara:

Prefiero olvidarlo, un tío guarro... Pues no que viene después de pisar una *moñiga* a restregarse contra la puerta de mi ofi. Le regaño, lógicamente, y se ofende. Me ha tocado ponerlo en su lugar...

Natalia:

Pobre hombre, ya te veo, con lo que eres tú, poniéndolo fino filipino... Le habrás ayudado, ¿no?

Mara:

Obvio que no, pretendía limpiarse en el baño... Esos hombres de ciudad no están preparados para pisar el campo...

Natalia:

No seas mala, pobre. ¿Y tan guapo era?

Mara:

**Espectacular, de los que con mirarte te dejan el chichi dando
palmas.**

Laura:

No puedo con la vida JAJAJAJAJAJAJA

Mara:

**En serio, chicas... El hombre más atractivo y guapo que me
he cruzado. Una lástima lo demás.**

Natalia:

A esos se les perdonan los defectillos.

Mara:

**Eso serás tú, yo no quiero marranos. Y pijos de esos tontos
del culo, repeinados, menos aún...**

Laura:

**A mí me encantan así, arregladitos, peinaditos y
perfumaditos.**

Mara:

**Pues todo tuyo, aunque perfumadito... este olía a mierda que
ni te digo :-)**

Natalia:

Serás bruja...

Laura:

Yo le hubiera ofrecido mi ayuda y con poco ¡matrimonio!

Mara:

**Pues yo le he invitado a marcharse con cajas destempladas,
había venido Maripuri antes a marearme, como siempre, y
me pilló de mala baba...**

Natalia:

¿Lo echaste?

Mara:

**Echarlo echarlo, no, pero lo acompañé de un gilipollas que
me salió del alma. ¿Pues no que el muy estirado me llamó
ordinaria?**

Natalia:

**JAJAJAJA... Así te pondrías. Habrás sacado el genio
andaluz y el bombonazo se habrá crecido..., pero no dejarle
limpiarse, ¡te pasaste, mujer!**

Mara:

¡Que se joda! Y encima no compró ni nada... buscaba flores,
¿os podéis creer?

Laura:

Ay, qué monería de hombre... ¡De esos ya no quedan! ¿Y a
dónde iba? ¿Te lo dijo?

Mara:

De paso..., menos mal, porque si me lo vuelvo a encontrar le
llamo Gominas y gilipollas en toda su cara, que cuando se lo
grité, el *tontolculo* ni se volvió para contestar.

Natalia:

Dicen que el mejor desprecio es la ignorancia...

Laura:

Cierto ☺

Mara:

Ya te digo. Me dejó con la palabra en la boca y me ha jodido,
porque llamadme loca, pero en el fondo me lo he pasado bien
metiéndome con él ese ratejo. ¡Lo que hace el aburrimiento!

Laura:

JAJAJAJAJAJA

Mara:

Lo peor fue que me amenazó, el muy pijo, con dejar una
review —en sus palabras— mala de la cooperativa en
Google...

Natalia:

Estás para que te encierren, confirmado. ¡Verás el pobre de
don Severiano como lea un comentario malo! Le da un trus.

Laura:

Me habría gustado ser mosca y ver la escena. ¿Don
Severiano? Se infarta, con lo bueno q es...

Mara:

No me digáis eso, que me siento mal...

Mara:

¿Os dais cuenta de algo?

Laura:

¿De qué?

Mara:

De que es una pena que todos los hombres guapos tengan

tara o sean gilipollas.

Natalia:

¿A qué llamamos tara?

Laura:

A sus novias, obvio.

Mara:

Este fijo que tenía, porque semejante monumento no dura
mucho libre en el mercado...

Natalia:

¡Te ha encantado el Gominas! No lo niegues.

Mara:

No, me ha caído fatal. ¿Guapo, atractivo y sexy? Sí, a
rabiarse..., pero, queridas, de eso no se come.

Félix:

Da asco oídos, que lo sepáis. Estoy a punto de salirme del
grupo... ¿Por qué no os hacéis uno para vosotras solitas, cual
quinceañeras, para criticar al género masculino?

Mara:

No seas *water party*, hombre...

Carlota:

¿Qué está pasando con tanto mensaje? ¿Algo he visto por
encima de un bombón? Luego os leo bien, ahora no puedo
que estamos esperando ya a nuestro amigo, que debe de estar
al caer. ¿Os venís esta tarde a tomar un café y saludarlo?

Laura:

OK, me apetece.

Natalia:

Igual si salgo pronto me acerco.

Mara:

Mmm, claro, que hay que conocer al amigo y ver si está tan
bien como decís.

Laura:

Hoy debe de ser el día de los monumentos por el pueblo... y
¡yo sin ver ninguno!

Mara:

No creo que este chico tenga nada que ver con el espécimen
que ha pasado por aquí. Luego nos vemos, que voy a cerrar

ya y me voy para casa.

Laura:

Isa, Rubén, escribid cuando aterricéis...

Natalia:

Feliz viaje!!! ☺

Termino la jornada agotada, y cuando llego a casa, exhausta, veo que Torrija ha vuelto a vomitar en la alfombra y está tumbada hecha un ovillo.

La pobrecita no se encuentra bien, lleva desde ayer con una especie de tos rara, por lo que cojo el coche y me la llevo al veterinario del pueblo de al lado.

—El día sigue mejorando...

Al llegar a Huérteles, aparco, la tapo para que no coja frío y nos sentamos a esperar en la sala de espera, ya que están operando a un gatito y parece que va para largo.

—¡Adiós al plan de la tarde!



SORIANOS Y ADOPTADOS

Mara:

**Chicos, no me esperéis. Estoy con Torrija en el veterinario...
me la he encontrado peor y no quiero dejarla sola hoy. ¡Ea,
es lo que tiene ser mamá perruna! Ya conoceré a vuestro
amigo mañana o cuando Fran quiera presentarlo...**

Fran:

**¡Que se mejore Torrijilla! Por cierto, sois unas *cascantas*...
800 MENSAJES, y pobre ese hombre al que has
exterminado, Mara.**

Mara:

Me pilló de malas...

Natalia:

Bruja!

CAPÍTULO 5



CARLOS

—Oye, este pueblo es maravilloso, pero pensaba que no llegaba... —exclamo dirigiéndome a mis amigos, que han salido a recibirme en cuanto me han visto bajar del coche. Saco a Donete, me cuelgo el trasportín y me acerco a ellos, fundiéndome en un gran abrazo con Fran y después con Carlota.

—¿Y eso?

—Las ojaladas en mitad de la carretera, lo nunca visto, después he parado y me he topado con una elementa paleta que ni os digo, le ha faltado pegarme... bueno, una historia. Luego os lo cuento bien, ¡que es largo!, y aquí fuera hace un frío que pela y mi pequeña minina se va a congelar...

—Ohh, qué bonita, por favor. Y qué suave... —clama mi amiga metiendo la mano y acariciando a Donete.

—Cierto, entremos dentro, que hemos preparado una buena comilona.

Avanzamos hacia la puerta principal y conforme Carlota abre y piso la estancia me invade en la nariz una mezcla de aromas a canela, chocolate, bollería recién hecha y abeto. Huele a Navidad, tal y como recordaba del año anterior.

—Siempre ofrecemos una taza de chocolate caliente al entrar, pero tú eres de la familia y como vamos a tomarnos un vinito antes de comer... mejor dejamos el chocolate con galletas de mantequilla para la tarde.

—Como digáis estará perfecto. ¡Guauu, esto es genial! —adulo, maravillado, dejando a Donete al lado de las maletas.

Al frente está la gran chimenea de piedra, rodeada por una preciosa guirnalda de abeto verde con lazos rojos brillantes y alguna que otra bola de purpurina. Una valla negra la cerca, y delante, a una distancia prudencial, diviso un sofá lleno de cojines bien mullidos y mantitas de cuadros, con una alfombra de pelo *beige* a los pies, sobre el suelo. A un lado de la chimenea se encuentra ya puesto el árbol de Navidad —que es gigante—, tiene ramas nevadas, con miles de adornos colocados sobre ellas, espumillones de diferentes tonos que lo cruzan y atraviesan, y en el que

además se atisban miles de bombillas de luces de colores por todas partes. No le cabe ni un alfiler. En el vértice tiene colocada una gran estrella brillante de color plata que va a juego con dos más, también repletas de brillantina, que bajan colgando de la escalera. A los pies del pino se acumulan miles de paquetes con lazos en distintos tonos y muchas figuras decorativas de piernas extensibles: renos, papanoeles, duendes... además de alguna luminosa.

A la derecha, sigue el rincón de lectura con dos orejeros de piel marrones, colocados contiguos, geniales para sentarse a leer cualquier libro de la biblioteca que está anclada a la pared, junto a una lámpara de pie retro que ilumina todo; delante una mesita camilla vestida con unas enaguillas con motivo navideño y encima, adornando, una flor de pascua.

Llevo la vista repasando el salón entero y diviso en el lado izquierdo otro sofá en ele, igualmente lleno de cojines y mantas, delante del gran ventanal de madera. Este está cercado por una gran guirnalda de luces y los cristales albergan muchas siluetas de copos de nieve hechas con nieve en *spray*.

La zona del comedor, con las mesas de madera para comer y cenar, sigue intacta. Todo ampliamente decorado siguiendo la misma temática. No falta de nada. «Carlota es una *crack*».

Tal y como recordaba, se trata de una estancia llena de rincones especiales, con mucho encanto. Un hotel ideal, acogedor, que huele a familia y a calor de hogar.

Y me hace gracia cuando observo que de todas las puertas cuelgan los famosos muérdagos tan típicos en las navidades americanas.

Solo que aquí estamos en España en una casona rústica con el techo lleno de vigas de madera vistas y paredes de piedra, ubicada en la comunidad autónoma de Castilla y León, en el pueblo de Montaves, que se encuentra dentro de la provincia de Soria, y que nada tiene que envidiar a otros lugares.

—Esto es fabuloso, chicos —les felicito tras contemplar admirado todo—. De verdad, enhorabuena. La casa está preciosa, el entorno es fabuloso. Parece una cabaña sacada de un cuento. ¡Cómo os lo curráis!

—Y deja que lo veas todo iluminado, porque aún no lo hemos hecho de manera oficial.

—Tras el encendido oficial del pueblo viene el nuestro, es tradición.

—¡Qué maravilla!, estoy deseando ver y conocerlo todo.

—Pues empezarás saludando a la gente porque después de comer vendrá nuestro grupillo a tomar café —me cuenta Fran, lo que me deja un tanto pensativo.

«No contaba con ver a Isa tan pronto, casi recién llegado, ¡cojonudo!».

—Carlos, Isa y Rubén no están en el pueblo. Justo se marcharon ayer de vacaciones. No tendrás que coincidir con ella.

—No me importa verla, Carlota, tranquila. De hecho, creo que hubiera sido bueno reencontrarnos y poder charlar.

—Ella, si te sirve de algo, comentó que le hubiera gustado verte, y, si te apetecía, haber hablado un rato contigo, los dos tranquilamente.

—Peero, como no están, mejor que dejemos a esos dos y nos centremos en nosotros —interviene Fran, cambiando de tercio de manera clara.

—Tienes razón, amigo mío. A ver, ¿dónde está ese vinito con el que vamos a brindar por nosotros? —pregunto y me dirijo al servicio mientras mis amigos preparan el aperitivo.

El cuarto de baño es una mezcla de clásico y moderno. La bañera es antigua con grifos dorados, mientras que los lavabos son de diseño, con pilas redondas colocadas sobre un mueble rústico para las toallas y un espejo de luna irregular bastante grande. *Amenities* temáticas al

servicio de los clientes —el jabón huele a mazapán— y hasta el papel higiénico tiene dibujitos navideños.

«He venido de vacaciones a la casa de Papá Noel y creo que me puedo encontrar en cualquier momento un elfo».

Regreso al salón, pero mis amigos están ultimando el aperitivo en la cocina. Me asomo y lo que veo vuelve a maravillarme. Se trata de un lugar especial. La zona es rústica, con horno de leña, cocina tradicional, despensa típica de pueblo como las de nuestras abuelas, ollas en los fogones y otro horno de repostería. Hay trapos de cuadritos rojos y blancos por todos sitios, delantales navideños en los percheros, un especiero de madera que está lleno de botecitos y una alacena gigante llena de vajilla, vasos, tazas rojas... Además de una mesa grande contra la pared con muchas sillas y repleta de bandejas de comida y turrones.

Al otro lado, y contrastando de nuevo con todo lo rústico que veo, hay una nevera roja brillante último modelo, tipo retro. Fascinante, como lo son las habitaciones, las cabañas donde nos alojamos para la boda y el resto del hotel y del paraje en el que se ubica. Navidad en estado puro sin serlo aún.

Carlota me tiende una copa. Volvemos al salón.

—¡Por la amistad! Bienvenido.

—¡Salud! —brindo, con ganas, porque me encanta ver a esta pareja que tanto quiero tan feliz y unida como el primer día.

—¡Por tus vacaciones, para que sean estupendas! —Alza su copa ella.

—Estoy seguro de eso. Os cuento que todo esto ha sido cosa de mi jefe, que es el que me ha sacado de la oficina.

—Viniedo de ti, no me extraña, colega. Seguro que duermes en el curro, con poco...

—Muy gracioso. ¿Qué le voy a hacer si me encanta mi trabajo?

—Bueno, dormir no, pero apuesto que las mañanas, tardes y fines de semana... vives encerrado entre propuestas y campañas apasionantes sin ver la luz del sol...

—No te burles de mí, anda.

—Pero ¿a que tengo razón?

—Bueno, digamos que han sido unos meses complicados...

—¿Cómo estás? Y queremos la verdad.

—Pues si os digo que no me afectó lo de Isabel, os miento. Lo he pasado muy mal, y tal vez os parezca exagerado porque fueron unos meses solo... pero es la tercera vez que paso por la misma situación y me hundí.

—Lógico y comprensible... Pero de todo se sale, Carlos —afirma Carlota, estrechando mi mano sobre la mesa.

—Lo que no puedes hacer, tío, es encerrarte en lo laboral y aislarte del mundo, de la vida social, que nos conocemos.

—¿Me espías acaso, mamónazo?

—¿Ves? Lo sabía... No me extraña que tu jefe te haya dado vacaciones. En la uni era igual... en la época de exámenes, aquí el amigo ratón de biblioteca desaparecía entre los libros y no se le veía el pelo. Y encima ahora, sumándole una ruptura, no quiero imaginar cómo has estado...

—Pues tocado, sí...

—¿Por qué no has querido hablar en todo este tiempo?

—Porque no quería removerlo. Me había ilusionado mucho con ella... Y bueno..., dolía, me venía todo a la cabeza, por lo que el trabajo ha sido la mejor medicina. Y he tenido para dar y

regalar, así que os aseguro que no me he aburrido.

—¿Y no hay ninguna mujer por ahí esperando por ti en la capital?

—¡Carlota, no seas cotilla! —le regaña Fran, medio en serio, medio en broma.

—Ay, ¡cómo sois las mujeres! Nada, no hay nada en ese sentido. Ni quiero, ¿eh? Vamos, creo que ahora mismo huiría de cualquiera que se me pusiera delante con intenciones de... nada... Estoy enfocado en mí y es lo mejor. Así quiero seguir.

—Me parece sensato por un tiempo, pero no para siempre. ¿No querrás meterte a monje y vivir una vida monacal, ¿verdad?

—Festival del humor, ¿eh, Francisquito? Cómo se nota que estás feliz de la vida...

—Era coña, tío, ahora en serio. Unos meses solo se está de lujo. Pero a la larga, te puede pesar la soledad.

—Más me pesa recuperarme cada vez que me hacen una putada las mujeres. Vamos, que las quiero bien lejos

—¿Has oído, cariño? —Fran se dirige a Carlota con retintín, cosa que no comprendo.

—Bueno, todo depende de con quién te cruces, ¿no? —responde ella, sonriente, mirándome a mí con cara curiosa.

—Nada, no entra en mis planes cruzarme, como tú dices, con ninguna.

—Quién sabe... tal vez te vendría bien un rollito vacacional —insiste ella.

—Pero, cariño, no seas casamentera —le advierte Fran y después se gira hacia mí y dice serio —: Aquí mi mujercita quería presentarte a una amiga, ya sabes...

—Te lo agradezco, Carlota, pero mejor no. Vamos, preséntame a todo el mundo, pero no en el sentido que insinúas. Ahí soy un muro de piedra imposible de atravesar.

—¡Hombresss! —exclama ella resignada.

—Más bien mujeres... que no os comprendo ni os entenderé jamás.

—Eso es porque no has dado aún con la adecuada, macho.

—Y eso ¿cómo se sabe? Cuando es la adecuada digo...

—Se siente, sin más...

—Pues yo ya he sentido demasiadas cosas y no ha habido suerte, así que mejor sentir menos y estar tranquilo.

—Si tú lo dices... No estoy de acuerdo, pero también lo entiendo. Las rupturas no son fáciles, y menos en según qué circunstancias. Pero oye, ninguno sabemos lo que la vida nos tiene preparado. Seguro que hay una larga cola de princesitas de las que te gustan a ti ahí fuera, esperando a que estés receptivo y vuelvas a la vida cual caballero andante...

—Pues si están ahí fuera diles que se marchen o no salgo.

—Es una forma de hablar —se ríe ella—, pero sabes a lo que me refiero. Un buen día se te pondrá delante alguien y no te podrás resistir porque será ella y lo sabrás.

—Pues mientras ese día llega, que espero que sea muy lejano, brindemos de nuevo, pero esta vez por vosotros, por vuestra vida y vuestra felicidad.

—Y mientras... a pinchitos, tío. Que una cosa es cerrarse al amor y otra meterse en un convento y no mojar el churro. No me creo que en todo este tiempo...

—Frannn, no seas cerdo —le regaña su mujer.

—Pues créelo, nada de nada y así pienso seguir. Y deja el tema, que hay damas delante.

—Tiempo al tiempo, ¡no seas remilgado, hombre! —Mi amigo me guiña el ojo mientras seguimos degustando el asado que han preparado.

La comida transcurre tranquila y divertida, poniéndonos al día de nuestras rutinas, de la familia y de los planes que me han preparado para los días siguientes.

—No teníais que haberos molestado en preparar nada. Mi idea era descansar, tratar de dormir bien, pasear, leer... nada extraordinario; esas pequeñas cosas que en el día a día con el estrés del trabajo y las prisas de la ciudad no hacemos tanto por falta de tiempo.

—Ninguna molestia, nosotros organizamos muchas escapadas en grupo a esquiar y actividades varias, no pensamos dejar que te aburras. Que descanses sí, por supuesto. Y estás en el mejor sitio para eso. Aquí nada te molestará ni te quitará el sueño.

Un rato después llaman a la puerta y aparecen dos chicas que recuerdo de la boda. Pese a no tener ojos nada más que para Isa, sí que me fijé en ellas aquel diciembre.

Pasamos una tarde muy agradable, comiendo dulces caseros y una tarta Costrada, típica de la zona, que han preparado para merendar con la familia por mi llegada.

—Qué pena que Mara y los chicos no hayan podido venir —comenta Natalia.

—Sí, a ellos los veremos luego en El refugio, que es el bar del pueblo que tenemos como nuestro centro de reuniones —me explican.

—Es aquel local de piedra, con chimenea, donde nos dieron un vasito de caldo al entrar, ¿verdad? Superacogedor y encantador. Me gustó mucho.

—Sí, ese. Nosotros pasamos muchas horas allí.

—Será genial volver.

—¿Y Mara entonces seguro que no va a bajar? —pregunta Carlota.

—Alguien no ha leído aún el grupo de WhatsApp, ¿eh?

—¿Cómo iba a leer los quinientos mil mensajes que estabais escribiendo y hablando de tíos si estaba ocupada? —responde ella.

—Ya se nota ya... y de tíos no, de un cañón que se ha encontrado Mara y le ha montado un pollo...

Y al escuchar esa frase me viene a la cabeza la loca que me lo ha montado a mí unas horas antes; sin darme cuenta sonrío, pensando en si por casualidades de la vida pueda tratarse de la misma persona. Pero cuando voy a preguntar por la chica en cuestión, Fran me corta.

—Ya le contesté yo en el chat, cariño, diciéndole que se mejorara Torrijilla, porque estaba malita.

—Aun así, luego la llamo, que Mara adora a su perrita... y se agobia cuando enferma.

—Mara es una amiga vuestra entiendo, ¿no? —me intereso yo—. Es normal que se angustie, a mí me pasa cuando Donete se pone mala. Me agobio y enseguida recurro a Urgencias... cuando tengáis hijos sabréis lo que es.

—Sí, es una amiga nuestra que llegó al pueblo hace unos meses. Es lo más bueno que te puedes encontrar por ahí. Un cachito de pan. Simpática, dicharachera, amable, graciosa, tierna... La típica persona que se hace querer y a la que no te puedes resistir.

«No, no son la misma persona la que yo me topé y esta chica de la que hablan, porque la otra de simpática, dicharachera, amable y tierna tenía lo que yo de torero».

—Carlota... —le recrimina Fran.

—Tienes razón, perdón —se disculpa ella por tratar de vendérmela.

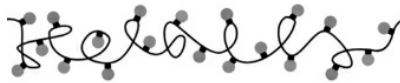
—Pues yo me topé esta mañana con una mujer cuando venía de camino... Vamos, todo lo contrario a vuestra amiga. Paré a comprar una cosilla y casi salgo del sitio apaleado. ¡Vaya carácter se gastan por esta comarca!

—Pero ¿qué pasó?
—Pues que después de las ojaladas famosas...
—No te creo, recién llegado y te pillaron las ovejas de don Zacarías. —Se ríe Laura, divertida, cortándome.
—No sé quién es don Zacarías, pero había como mil ovejas que caminaban más lento que una tortuga y ya es mucho decir...
—¡Qué bueno!
—No estaba la cosa para prisas, no... Y después me topé con la energúmena que os digo —hago de nuevo el inciso— que me puso en mi sitio, más tieso que en el Ejército.
—A saber qué le harías...
—Pues, si os soy sincero, una tontería, pero la chavala me puso de guarro, de pijo, de señorito de ciudad... En fin, mejor dejarlo estar.
Paso de contarles mis aventuras con el mojón hasta que tenga que llevar los zapatos a limpiar, y más delante de toda la familia...



Mientras tanto, Natalia y Laura comentan por lo bajo, apartadas...
—Nena, ¿no te parece mucha casualidad?
—¿El qué?
—Pues eso, que este se haya peleado con una, Mara también... No va a haber dos hombretones justo hoy en la zona. Tiene que ser él.
—Él, ¿quién?
—El portento del que nos ha hablado Mara en el chat...
—Ostras, ¿tú crees?
—Claro, todo encaja... la descripción que nos ha dado... que si el tío más guapo del mundo, que si pijo, que si señorito de ciudad, que se la ha montado gorda... —Se ríe ella.
—¡Ay, mi madre!, que sí que sí, que tiene que ser este el monumento. Como ella no lo conoce...
—Se lo contamos, ¿no? Para que esté sobre aviso...
—¿Qué dices? ¡Ni de coña! —afirma Laura—. Nosotras nos callamos y que pase lo que tenga que pasar.
—Total, ella quería conocerlo...
—Y ya lo conoce sin saberlo, y lo ha puesto como hoja perejil... Verás cuando se encuentren, ¡eso yo no me lo pierdo!
—¡Qué mala eres!
—Que no es ser mala, nena. Que a ella le ha gustado, que lo ha dicho... y él...
—¿Él? Bastante tuvo ya con Isa.
—Por eso, es un corazón roto, sensible, y reúne todas las características que Mara decía ayer.
—De acuerdo, esto va a ser muy divertido.
—Ya te digo... nosotras calladitas y expectantes.
—Y Carlota...

—Carlota no ha leído el grupo y no se ha *pispa*o.
—Pero Fran sí lo ha leído.
—A ver, es Fran... o no lo ha leído o no ha atado cabos, ja, ja, ja.
—Dios, ¿y si se avecina romance?
—¿Te imaginas?
—Y en Navidad...
—Buahhh, lo bien que nos lo vamos a pasar. La historia se repite...
—Bueno, veremos qué sucede. Igual se conocen, se disculpan y chimpún.
—Conociendo a Mara... ¡no creo!



—Oye, a ver, las de los cuchicheos... —las reprende Fran—. Compartid, que nos riamos todos.
—Cosas de mujeres, pasteos de esos que tú no aguantas, querido —contesta Laura.
—Esas risas son de que tramáis algo, par de brujas —asegura Carlota.
—Que no, reina, que hablábamos de un libro que estamos leyendo y nos recuerda a una comedia romántica, una de esas donde los protagonistas se conocen, se odian, pero luego acaban enamorándose...
—A mí me encanta el cine, las comedias románticas —añado yo, cayendo en la cuenta de que hace meses que no veo ninguna—. Me apunto a ver alguna estos días que esté por aquí.
—Genial, pues haremos plan PPPP una tarde-noche.
—¿PPPP? —pregunto sorprendido.
—Claro, coño... Peli Pastelosa, *Pizza* y Palomitas... Solemos hacerlo mucho, y jugar a juegos de mesa las tardes de frío y lluvia, nieve... Como se solía decir: tardes de bota, baraja y brasero... Te gustará.
—Peli navideña, ¿eh? Que es la época...
—Seguro, me chiflan los planes tranquilos. Contad conmigo.
«Van a ser unas vacaciones estupendas, la gente de este pueblo es majísima. Bueno, menos la histérica de la cooperativa...».

CAPÍTULO 6



CARLOS

Regresamos al hotel después de tomar unas cervezas en el pueblo. Carlota quería que ocupase una de las cabañas aledañas a la casona principal, pero he declinado el ofrecimiento. Creo que esas estancias son para disfrutar en pareja, pero en mi caso no lo necesito. Insisto en que me dejen instalarme en una de las habitaciones abuhardilladas de arriba, que son una pasada.

La perfecta anfitriona se retira y Fran y yo tomamos la última en el sofá, frente al fuego. Charlamos un rato como tiempo atrás hacíamos; cuando el sueño me puede, doy por concluida la jornada.

Mi amigo se empeña en ayudarme a sacar todo del coche y subir la maleta, el portátil... y cuando ve en el maletero la famosa bolsita de los zapatos en una esquina, no me queda más remedio que explicarle mi desencuentro con la lunática.

—No me jodas, tío, ¿en serio?

—Hombre, ¡como te lo estoy contando!

—¡Para haberte visto con lo finolis que tú eres! —se mofa él.

—Calla, calla... que eso me dijo la elementa... que si señoritingo de ciudad, que si pijo, me puso de sucio para arriba, vamos, agotó todos los insultos del diccionario...

—¡Y todo por pisar una *moñiga*!

—Locas hay en todos sitios.

—¿Y dónde dices que fue? ¿En qué pueblo?

—¿Cómo que en qué pueblo? ¡Pues aquí, en Montaves! Yo buscaba una tienda para traerle un detalle a tu mujer... y ahí en mitad del campo entré en lo que pensaba que era una industria y me recibió esa..., andaluza, por cierto.

—¿Cómo que andaluza? ¿La chica que te ha regañado era andaluza? ¿La del encontronazo?

—Y con mucho acento, además. Y, sin que salga de aquí, la condenada me ha parecido un espectáculo de mujer. Con una mala leche de espanto, eso sí, pero atractiva y *sexy*, tan peleona... con los labios rojos bien marcados...

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Un tanto faltona, eso sí... ¿Tenías que haberla visto en acción! Pero bueno, yo tampoco me achanté ni me quedé atrás...

—¡Ay, Dios! —exclama mi amigo llevándose la mano a la frente, pensativo, para después atusarse el pelo, nervioso.

—¿Pasa algo?

—Si no te conociera como te conozco diría que esa tía te ha llamado la atención, y aún con todo lo peleona o faltona... te ha resultado interesante.

—Si no fuera porque llevamos un par de copitas encima seguiría diciéndote que es una maleducada y grosera de manual, pero es verdad que indiferente no me ha sido, porque con todo el caos que hemos formado en un momento por una gilipollez... insultándome me ha hecho sonreír...

—¡Madre mía! Y ¿tú eras el que no querías oler una tía a kilómetros?

—Y no quiero, ni por asomo. Esto quedará en una anécdota con una mujer a la que con seguridad no vuelva a ver. Una gracieta sin más.

—No lo creo —susurra Fran.

—Te he escuchado, que lo sepas. Y por supuesto que quedará en algo anecdótico y por allí no pisaré estos días que esté aquí si no quiero que mi integridad física peligre.

—¡Eres un exagerado!

—¿Exagerado? Si solo le ha faltado darme un zapatillazo a la muy histérica. ¡Pobres clientes a los que atienda con semejante carácter!

—Dios, parece una broma del destino. —Se carcajea Fran.

—Coño, no te rías... ¿Por qué te parece tan divertido? Visto cómo te lo estás tomando, no pienso contárselo ni a tu mujer. ¡Que no salga de aquí!

—¡Igual haber pisado una buena mierda te da suerte, oye! Eso dicen, ¿no?

—Muy gracioso, que los zapatos me costaron un jodido pastizal.

—¿Quién te manda pisar el campo con ellos?

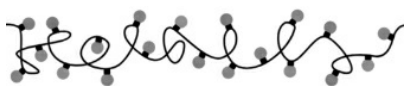
—¡Y yo qué sé! ¡Anda, dejémoslo ya que ha sido un día largo y estoy agotado!

—Sí, vayamos a dormir. El desayuno empieza a las siete de la mañana, para que lo sepas, y cualquier cosa que necesites, nos avisas o llamas a recepción. Nosotros no queremos agobiarte, entendemos que estás de vacas y que has de hacer lo que te apetezca, independiente de que haya planes. Te sumas a lo que quieras...

—Sí, mamá —me burlo—, gracias por la acogida y por pensar en todo. La habitación es fantástica, en serio... y esa cama se ve tan mullida que estoy deseando darme un duchazo y meterme en ella.

—Descansa, amigo, y bienvenido de nuevo —me desea Fran antes de desaparecer por la puerta, sonriente.

Y yo hago lo propio. Deshago mi equipaje, cuelgo la ropa para que no se arrugue más y, tras una ducha caliente, me acuesto a leer, cayendo vencido por el sueño pocos minutos después.



Mientras tanto, Carlota está descansando en su cuarto cuando Fran llega a casa.

—Sustitos, ¿estás dormida? —le susurra al oído su marido.

No hay respuesta...

—Venga, Carlota, anda, despierta, ¡que no sabes lo que tengo que contarte!

—Mmm, mañana, Fran, es tardísimo... —balbucea ella entre sueños.

—Cielo, te encantará saber esto... —insiste él, sin éxito, porque Carlota es un tronco cuando duerme.

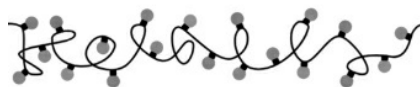
—Mañana, cariño, ya mañana...

—Como quieras, descansa. —La deja tranquila él, chafado, para cambiarse de ropa a continuación e irse a la cama, no sin antes repetir para sí que esa mujer que ha impresionado tanto a su amigo ¡tiene que ser Mara!

Entonces, ya acostado, relee el chat de Sorianos y adoptados y confirma las pocas dudas que le quedaban. «Sin duda, Carlitos ha llegado al pueblo por la puerta grande y con lo que es Mara... puede arder Troya entre esos dos cuando se vean y tengan que convivir con nosotros».

Por la mañana, cuando Fran despierta, Carlota ya no está en la cama ni en casa. «Ha debido de irse temprano a la casona» piensa él, decidiendo pasarse por allí cuando tenga un hueco en el trabajo —Fran es el propietario de una imprenta en Montaves, donde también trabaja Rubén— para ver qué hacen con el #CarlosyMaraGate.

Solo que Fran no saca hueco y cuando quiere darse cuenta es casi la hora de cerrar a mediodía. La mañana se le ha pasado volando sin ser consciente y sin poder contarle el descubrimiento a su esposa. Cuando va a ir a buscarla, se presenta Carlos en la imprenta para tomar algo con él. La revelación del secreto queda pospuesta de nuevo.



Unas horas antes, en la casona...

CARLOS

Me despierto temprano, como siempre, con los primeros rayos de luz que pasan a través de la persiana de madera. He dormido como un bebé. Me levanto, descorro las cortinas y abro los ventanucos, dejando que el aire frío impacte en mi rostro. Es una sensación increíble. Libertad.

Respiro profundamente, como si quisiera inhalar ese aroma a hierba, a campo... llenarme de él y me siento descansado. ¡Está bien no tener que madrugar para trabajar, sino para disfrutar de un día y de unas vistas tan increíbles!

No dudo en ponerme un chándal y mis deportivas para salir a correr un rato. No sin antes bajar a desayunar, por supuesto, ya que hasta mi cuarto llega el olor a bollería recién hecha. En el comedor no hay ni rastro de mis amigos, pero me encuentro con un desayuno *buffet* espectacular con mil tipos de dulces, bizcocho, repostería y galletas navideñas, además de tostadas, una olla de chocolate caliente y un dispensador de zumo de naranja... todo exquisito.

Me sirvo y mientras tanto ojeo el periódico, sin mirar ni una sola vez el reloj, y casi sin darme cuenta me inflo de galletitas de mantequilla con forma de copo de nieve y de estrella a la par que

disfruto de un humeante chocolate con leche que está de muerte.

Cuando voy saliendo del comedor me encuentro con una señora mayor —a la que también recuerdo de pasada de la boda— que se presenta como Maritere y que está bien informada de quién soy.

—Un hombre tan *apañado* como tú, ¿qué hace aquí desayunando tan solo? Haber pasado a la cocina, que estaba yo horneando más magdalenas y bizcochuelos, y te había hecho compañía.

—No se preocupe, he desayunado muy tranquilo. Todo estaba buenísimo. Es usted una repostera estupenda... Ya me dirá la receta de esas deliciosas galletas de Navidad.

—Ay, criatura, esa receta me la llevaré a la tumba, pero antes de irte te prepararé una latita para que te lleves para el camino.

—Muchas gracias, no se moleste.

—Si no es molestia, lo haré con gusto. Y dime, ¿qué te ha traído por aquí?

—Descansar del estrés de la ciudad, el trabajo... de vez en cuando dicen que viene bien parar un poco.

—Las ciudades grandes son muy bonitas, pero son un atentado para los nervios. ¡Como se vive aquí no se vive en ningún sitio! Disfruta del paisaje si vas de salida.

—Iba a correr un rato para respirar aire puro.

—Coge el sendero y por ahí puedes ir a través del campo al pueblo. Si vas por el camino estrecho, es de piedras...

—Gracias por el consejo. Por cierto, ¿a la cooperativa se llega por el camino o por el sendero?

—Por el sendero, todo directo y casi desembocas allí.

—Que tenga buena mañana, señora —me despido saliendo de allí antes de que la buena mujer me haga un interrogatorio, que lo veo venir.

Y lo cierto es que saber que la cooperativa del pueblo se encuentra en esa dirección me motiva aún más para coger el sendero.

«¿De verdad quiero encontrarme con esa mujer? ¿Y tener un segundo asalto?». «Sí, no quería cruzármela, pero lo cierto es que me encantaría ver su reacción al verme en Montaves de nuevo».

CAPÍTULO 7



MARA

Torrija está mejor, aunque me ha dado una noche de aúpa. ¡Cómo un cuerpecillo tan pequeño puede devolver tantísimo! Lo bueno es que después se calmó y ya se encuentra bien, parece.

Me tomo un café bien cargado y siguiendo con mi rutina diaria me pongo los auriculares para escuchar mi música preferida, como siempre hago para poder ir cantando y desfogando mientras hago ejercicio, ya que a estas horas tempranas no hay nadie por el campo. Me encanta hacerlo, me relaja y así empiezo el día de buen humor.

Solo que algo, o mejor dicho alguien, no tarda en amargármelo.

Dejo atrás al paso la cooperativa, continúo recto hasta casi la entrada del pueblo y cuál es mi sorpresa cuando me paro a estirar en uno de los árboles, mientras sigo cantando a pleno pulmón las canciones de uno de mis grupos fetiche, como buena andaluza de pura cepa que soy: Siempre Así.

*Te enviaré un ramo de besos
Que hice con mi corazón
Y en el cielo dormiremos
Entre nubes de algodón
Gritaré a los cuatro vientos
Que eras tú la ilusión que llevaba dentro
Y verás como es posible nuestro amor*

Eso es lo que estoy berreando hasta quedarme a gusto cuando una voz que reconozco y que me deja pasmada me sorprende por detrás, dejándome de piedra. Si me pinchan no sangro. «No puede ser verdad. No me lo puedo creer».

—¿Qué? ¿De concierto matutino? —Escucho petrificada. «No, no, no... y encima burlándose».

—¿En serio? ¿Tú? ¿Otra vez? —Me doy la vuelta, entre sorprendida, avergonzada y rabiosa.

—Yo mismo, el que viste y calza... y hoy sin pisar nada... Mira —bromea levantando su pie

hacia mí, y quiero cogerlo, tirar de él y estamparlo contra el árbol.

—¿Te crees gracioso o qué?

—Lo soy, lo soy. Y tú, por lo que he escuchado, te crees cantante, ¿no? —repite usando mi mismo tono, lo que me chirría aún más.

—Pero, vamos a ver, ¿no era que ibas de paso? ¿Qué lechugas haces aquí? Incordiando, está claro...

—Vaya, gracias. Tan amable como siempre.

—Con quien lo merece sí, y no es el caso. ¿Puedo saber qué haces aquí o no?

—Te veo muy interesada en mí...

—¿A mí? Para nada... Simple cuestión de supervivencia.

—¿A tu supervivencia le influye dónde esté yo? Para no conocernos... cuando decía que eras un tanto rarita, desde luego, no me quedaba corto.

—A mi supervivencia no lo sé, pero desde luego a mis nervios sí.

—¿Te pongo nerviosa? Vaya...

—¿Déjate de idioteces! Negra es lo que me pones.

—Relájate, mujer.

—¿Contigo cerca diciendo sandeces? Imposible.

—Vaya vaya... Te intimida mi presencia.

—No, guapo, me molesta, que no es lo mismo. ¿No ves todo el campo que hay? Espacio de sobra...

—Yo pensaba que estábamos pasando un rato... ¿agradable? Charlando.

—Será para ti que estás pinchándome y, por lo que veo, divirtiéndote mucho riéndote de mí.

—¿De ti? Para nada, contigo.

—Lo que tú digas...

—No te piques, estaba de broma.

—Yo no me pico. —Sonrío falsamente.

—Mucho mejor esa sonrisa, así me iré mucho más tranquilo.

—Todo con tal de que desaparezcas, y no volver a cruzarme contigo mientras estés aquí.

—De acuerdo, me evaporo.

—¿Y cuánto durará la tortura de tenerte por aquí? El fin de semana espero, ¿no?

—¿Y a ti quién te ha dicho que he venido solo el finde?

—Ha sido una forma de hablar, me da igual cuándo te vayas y cuánto estés aquí, mientras no vuelva a coincidir con alguien tan impertinente como tú.

—A ver si te crees que a mí me gusta encontrarme con tu recital de lindeces de buena mañana.

—Has sido tú el que de buenas a primeras ha empezado llamándome rarita. Por no hablar de las confiancitas que te tomas...

—¿Tengo que recordarte todos los improprios que me soltaste ayer?

—¿Y tengo yo que refrescarte quién empezó haciendo lo que no debía donde no debía?

—Cosa que si no fueras una histérica y maníaca de la limpieza te hubiera dado igual... Por no hablar de esa lengua que tienes... que es una escopeta sin seguro.

—Histérica ¿yo? ¿Maníaca?

—Si prefieres lo cambio por... lunática. ¿Te gusta más?

—Mira, mira... Tú me estás buscando las cosquillas, ¿verdad? ¿Quieres que salte?

—Sería interesante verte cantar y saltar en el mismo rato.

—Pues ¿sabes qué te digo...? Que si quieres espectáculo, te vayas al circo. ¡Ah! Y lunática será tu abuela, ¡eh!

—No tengo..., pobrecilla, no te metas con ella... Falleció hace nada —se lamenta cambiando el gesto y... me plancha.

—Oh, vaya, lo siento... Me he pasado —me disculpo—. No pretendía ofender, perdóname.

—Joder, ¡lo que hay que hacer para que por fin me pidas perdón por las formas que empleas! ¡Hasta matar a mi abuela!

—¿¡Cóóómo?! ¿Tu abuela no está muerta?

—No, por favor..., y Dios quiera que dure muchos años. Me entiende muy bien, ¿sabes? —me vacila, sin pudor.

—¿Tú eres idiota o entrenas? —respondo indignada por haber caído en su juego.

—Entreno, entreno... Mira, de vacaciones y a estas horas por el campo estoy, que te estabas preguntando que qué hacía aquí...

—Era una forma de hablar, rico. ¡Cómo se puede ser tan... tan...!

—¿Piropo y todo? Cuidado con esa boquita que dispara sin piedad a diestro y siniestro.

—Uff, no puedo contigo. —Sonríe, liberando lo que tengo por dentro. «Lo que él está provocando en mí, porque el puñetero tiene su gracia».

—Tú estás un tanto chiflada, ¿no te has revisado esos cambios de humor?

—¿Y a ti nadie te ha revisado la tontería que tienes en todo lo alto? No eres gracioso.

—Pues te has reído.

—Es lo que tiene la simplicidad de las personas, que da penita. Te regalé una leve sonrisa por compasión, no por tu pésima broma y mucho menos por tu macabro sentido del humor. Alguien que mata a su abuela no debe de estar en sus cabales, digo yo.

—Fue una bromilla sin mala intención. No te lo tomes así... Luego rezaré tres padrenuestros por si he ofendido a alguien por ahí arriba.

—Por mi como si te rezas siete rosarios, majo, y deja de sonreír así.

—¿Así? ¿Cómo?

—Con cara de tonto, que de lo que se come se cría...

—¿También está prohibido sonreír en la vía pública? Chica, ni que este pueblo fuera tuyo. O espera, ¿eres la alcaldesa? ¿Hay que seguir tus normas y responder a tus órdenes? ¿He de arrodillarme y hacerle reverencia, vuestra merced?

—Si de mí dependiera, personas tan desagradables como tú tendrían el acceso prohibido a Montaves.

—Pues menos mal que no es así, porque esto me gusta... estoy pensando venir más seguido por aquí.

—No, por favor, ¿a qué?

—No es de tu incumbencia, me temo.

—Por supuesto que no, no me importa nada.

—Y, si no te importa, ¿para qué preguntas?

—Yo no pregunté.

—Ah, ¿no? Pues yo lo escuché.

—Sería el subconsciente, una es educada y amable, y la costumbre de alternar con los clientes... interesarse por las vidas de las personas con las que se trata... lo propio, pues me sale de formación profesional.

—No te vi yo ayer muy amable que digamos alternando con los clientes. Búscate otra excusa

para justificar tu interés en saber qué hago aquí.

—Interés cero, figura.

—Que te crea otro. Y, siento desilusionarte, pero te vas a quedar con las ganas de saber.

—Creído...

—Mentirosilla...

—Egocéntrico...

—Cotilla...

—¿Me estás llamando cotilla? ¿Tú?, ¿a mí?

—En efecto, cotilla y no poco...

—¿Sabes qué te digo?

—Pues como será alguna de tus lindezas, casi que prefiero no saberlo y retirarme a tiempo.

Total, con una carrera y un concierto de buena mañana ya tengo energía para todo el día. ¡Eso sí, a ver si el próximo día el repertorio es un poquito más actual! —me dice tarareando la canción que yo cantaba unos minutos atrás, mientras echa a correr de nuevo.

—Serás imbécil, un desaborío como tú no puede ni cantar con arte —le grito.

—No chilles, mujer, que te vas a quedar sin voz y mañana no podré escucharte de nuevo. Eso sí, ¡toma un poco de leche con miel para la garganta a ver si afinas, haz gorgoritos, porque la verdad es que entonas fatal! Diría que un grillo lo hace mejor que tú —me chincha, bravucón, en la lejanía dejándome de nuevo con dos palmos de narices.

—¡Vete a la mierda, pedazo de imbécil!, ¡insípido! —le dedico con todas mis ganas y de nuevo ni se vuelve, sino que sigue su camino dejándome encabronada perdida—. ¿Quién narices es este tío? ¿Y por qué me encorajan tanto sus pullitas?

«De nuevo, no me ha sido indiferente... No he podido evitar perderme en esos ojos verdosos que tiene, profundos, pero diría que tristes e inexpresivos... y en esa piel que asomaba por encima del chándal, esa tez morenita a juego con su pelo castaño, y del cuerpo en chándal mejor ni hablar».

—Menudo capullo, que no se me vuelva a cruzar o no respondo.



SORIANOS Y ADOPTADOS

Isa:

Chicos, ¡¡¡que estamos en Maldivas!!!

Natalia:

Pequeña, todos lo sabíamos...

Isa:

JAJAJA, menos yo!

Víboras, que no me lo habéis contado...

Mara:

Yo estoy ahora mismo como si me hubiera picado una...

¡Ofú!

Laura:

¿Y eso?

Mara:

**¡Que está aquí! Y me lo volví a topar... y ya os lo digo, será
un pecado para la vista, pero es un gilipollas de tomo y
lomo...**

Natalia:

¿El portento sexy y atractivo? ¿El de ayer?

Mara:

El mismo que viste y calza.

Según escribo eso, vuelvo a pensar en esa misma frase que él ha pronunciado minutos atrás. Y vienen de nuevo a mi cabeza esos ojos en los que cualquiera podría perderse y no querer regresar.

Natalia:

¡Qué intriga!, ¿no?

Mara:

A saber quién es y qué narices hace aquí.

Laura:

Muy interesada te veo...

Mara

¿Yo? Qué va, simplemente prefiero no volvérmelo a topar...

Laura:

¿Seguro q es eso?

Mara:

¡¿Qué iba a ser si no?!

Natalia:

**¡Que te ha hecho tilín el bombón! ¡Que esa furia no es
normal!**

Mara:

**Me ha dicho que canto peor que los grillos... Ni en mil años
me fijaría en un tipo como ese, tan maleducado y zafio :-)**

Natalia:

¿Te ha escuchado cantar?

Mara:

**Por la mañana, en el campo... a veces, cuando corro voy
cantando...**

Laura:

Dios... MOMENTAZO. Juas juas ;-)

Mara:

**Sí, los cojones momentazo... de los de tierra trágame y
escúpeme en el Caribe, como dice Carlota.**

Laura:

¿Nos vemos esta tarde un rato y despotricas de lo lindo?

Natalia:

Luego lo vemos...

Mara:

**Me apetece, pero hasta que no vea luego a Torrija no
prometo nada.**

CAPÍTULO 8



CARLOS

Conforme me voy alejando de la fierecilla, me retumba ese «¡payaso!» que me ha dedicado con toda su furia y sus ganas. Quizá me he pasado de vacilón, pero no he podido evitarlo. La busqué por la zona de la cooperativa pero no hubo suerte, aunque luego el destino me la puso delante. Y cantando. He de reconocer que no lo hace tan mal, pero le dije que sonaba horrible para picarla.

Esa muñeca enfadada, pese a su genio, es realmente graciosa, pero también resulta odiosa cuando su lengua viperina reparte a diestro y siniestro. Se encorajina sola de una manera bestial, tanto que se le infla la vena que parece que va a explotar en cualquier momento por los nervios. «Tiene algo...».

Regreso al hotel un rato más tarde, sudado, y como no tengo nada que hacer y no veo a Carlota por allí ni a nadie conocido, decido despojarme de la ropa y probar el *jacuzzi*.

Cuando estoy arrugado como una pasa, me visto para bajar a comer, pero no sé si hacerlo en el hotel o irme al pueblo y buscar la imprenta de Fran, a ver si a mi amigo le apetece una cerveza.

Estoy bajando las escaleras y escucho la voz de Carlota perderse en alguna parte, y diría que la persona con la que conversa es... ¡¡¡es la lunática!!! Pero al llegar al salón no hay ni rastro de ellas...

Me asomo a la cocina y ahí está ella, junto a Maritere, organizando el menú de mediodía.

—Hombre, ¿qué tal la mañana? ¿Has descansado? —me pregunta, atenta.

—Esto es un paraíso. La noche ha sido perfecta y la mañana la he disfrutado mucho. Y sin pensar ni un segundo en el trabajo...

—Ya es un logro... No he querido pasarme por el cuarto para no incordiarte y que estuvieras a tu aire.

—Vosotros no incordiáis nunca, mujer.

—¿Te apetece comer? Estamos preparando unas patatas revolconas con chorizo y morcilla de la tierra.

—Pues lo cierto es que pensaba dar una vuelta por el pueblo y picar algo ligero...

—Pero para esta noche no hagas planes, que hoy sábado es el encendido navideño y hay

chocolatada con churros, villancicos, paseo por todo Montaves para ver las luces y los belenes.

—¿Y yo estoy invitado?

—Todo el mundo lo está... es en la plaza Mayor, así que si te parece, y no coincidimos antes, a las seis nos vemos en la entrada y salimos con el resto de los huéspedes hacia allí, que veremos a todos los amigos...

—Me parece estupendo —le digo antes de despedirme y, por prudente, no me atrevo a preguntarle si por un casual esa persona con la que hablaba por teléfono trabaja en la cooperativa...

No me gustaría para colmo, que la única persona que me ha caído gorda y con la que he discutido en este pueblo —a la que no he parado de vacilar también— fuera amiga de mis amigos. «Dejaría de ser divertido para ser bochornoso».

Me olvido del tema, perdiéndome por las calles de Montaves y lo cierto es que es una delicia de sitio. Las calles bullen de gente, los vecinos están afanados en la colocación de las guirnaldas en los balcones, los comerciantes retocando la decoración de los escaparates, los obreros subidos en grandes escaleras iluminando las copas de los árboles y las farolas... y todos con algo en común: la ilusión; y que me miran como un bicho raro, cual forastero que soy, mientras se deben de preguntar quién soy y qué hago aquí.

—Deberían estar acostumbrados con la cantidad de turismo que atrae el hotel, pero siempre es una novedad para la gente de aquí ver caras nuevas —me explica Fran cuando lo veo y se lo cuento.

—Por eso justo me sorprendió, porque con la cantidad de huéspedes que tenéis siempre... parecía que yo era la novedad —comento una vez estamos ubicados en El refugio para tomar un aperitivo.

Es brutal lo bueno que está el caldito de cocido que nos sirven en primer lugar. Tras eso, unas raciones de torreznos de Soria, embutidos varios... y antes de hincharme, pensando en la famosa chocolatada de apenas tres horas después, declino seguir. «Me quiero ir relajado de este pueblo, sí, pero no como una pelota rodando, joder, y por el camino que voy...».

—No he podido ver a Carlota en todo el día —se queja Fran.

—Yo la he visto un momento, estaba en la cocina cuando yo salía.

—Pues quería hablar con ella para explicarle... bueno, una cosilla... y no he podido. Voy a la puerta a llamarla un minuto.

—Claro, claro, tú tranquilo.

—Nada, no me lo ha cogido... —me explica mientras se vuelve a sentar en la silla—. Me parece que ya no la veo hasta que nos encontremos todos en la plaza.

—Tampoco te vas a morir por un rato...

—Qué gracioso te veo. Ya te digo que quería comentarle algo importante.

—Nada, hombre, luego tendrás tiempo.

—Quizá ya sea tarde —susurra mi amigo, contrariado, y opto por no preguntar para no ser indiscreto. Él es de dar pocos detalles.

Al poco se marcha a su casa y yo me quedo sentado en una de las mesas, con un té para bajar la comida, leyendo durante un buen rato, perdiéndome en las aventuras del protagonista de la historia que tengo entre manos; tanto que, cuando quiero darme cuenta, se me ha hecho tarde y, deprisa, abandono el local y me dirijo raudo de nuevo hacia la casona para arreglarme antes de

salir al evento.

Una vez allí veo el alboroto de la familia y el resto de los huéspedes ante tan magno acontecimiento como es el inicio oficial de la época navideña en el pueblo, y como uno más me sumo a esa alegría y me preparo para vivir —sin saberlo— una noche un tanto intensa.

Hacemos el camino todos juntos, atravesando múltiples calles estrechas, adornadas ya hasta la bandera. De los balcones cuelgan faldas y cortinas de luces aún sin encender. Pegatinas de gel y colores en los cristales, guirnaldas de abeto y bolas brillantes bordeando puertas principales al más puro estilo estadounidense.

Trepan figuras de Papá Noel y de los Reyes Magos por alguna ventana, así como hinchables y figuras luminosas atiborran los balcones de muchos de los hogares.

—Todo se debe al concurso de decoración de fachadas navideñas que todos los años organiza el ayuntamiento y que casi siempre ganamos —explica Carlota, orgullosa, al ver mi sorpresa cuando vamos caminando y voy contemplando las fachadas con gran asombro.

Llegamos a la plaza Mayor y alucino. Antes de las siete ya está gran parte de la población de la localidad congregada allí, según explican, frente al gran árbol de Navidad, ubicado en el centro, que aún está apagado. Es descomunal, asombroso. Delante de la iglesia, decorada con un gran luminoso con forma de estrella dorada que rodea la entrada, hay bastantes grupillos de gente haciéndose fotos, gritando, todos emocionados. Se palpa la magia, la ilusión en el ambiente.

Al otro lado hay dispuestas varias mesas alargadas llenas de bandejas con churros y jarras de chocolate. Hace un frío que pela, pero esa estampa desprende calor, camaradería y sobre todo ilusión porque se ve que este pueblo se desvive en estas fechas tan señaladas. Y me parece increíble, porque yo mismo, que los últimos años pasaba estas fiestas preparando eventos para extraños, y ni caso les hacía, hasta me siento con ganas de ver todo encendido y lleno de luces, color y alegría.

Al corro nuestro se unen las últimas las otras dos chicas con las que estuvimos ayer por la tarde y los amigos que me presentaron de nuevo por la noche.

Carlota está emocionada y Fran se le acerca. Van a juego con gorros de Papá Noel y bufandas, y apuesto que ambos llevan jerséis y atuendo navideño también bajo los abrigos. «Creo que no me pondría un jersey de esos en mi vida».

—Cielo, ¿podemos hablar un momentito a solas? Llevo desde ayer queriendo contarte algo... —le pide él, cogiéndola por el brazo.

—¿Y tiene que ser justo ahora?

—Hombre, me gustaría...

—¿Y por qué no te esperas un ratito? Que mira cómo está esto de gente, lo estamos pasando estupendo, vamos a tomar chocolate...

—Ya, pero, es que quiero que hablemos de un tema...

—¿Es grave?

—No, mujer, tanto como grave no... —le explica delante de todos, escueto.

—Seguro que quiere cariñitos don Francisco... —le vacilan Natalia y Laura juguetonas.

—Fran, si no es grave puede esperar. Además, esto va a empezar enseguida. Seguro que no será nada que no puedas contarme dentro de un rato.

—Bueno, como quieras... No insisto más... Allá tú.

—No te me irás a enfadar, ¿no?

—No, pero luego no quiero quejas. Acuérdate de lo que te estoy diciendo.

—Chico, qué misteriosito. ¡Anímate, que ya es Navidad!

Fran la contempla embelesado, incapaz de negarle nada ante esa sonrisa que lo vuelve loco, y yo me vuelvo a preguntar qué será eso tan importante que quiere decirle a solas con tanta insistencia.

—Casi estamos todos... ¿Alguien sabe dónde está Mara? —Escucho entre la algarabía.

—Estará al llegar. Tardona como siempre.

—¿No falta nadie más?

—Los de las Maldivas... —responde uno de los chicos, y entonces siento las miradas de las chicas sobre mí.

No me preocupa que Isabel y su novio estén de viaje. Si están bien y felices es lo importante. Aunque en algún momento hubiese querido ser yo quien la llevase a un sitio así, «como cuando fuimos al pantano de San Juan en verano...».

—Estoy deseando ver el color del árbol de este año —interviene Carlota, cual niña pequeña, emocionada e ilusionada.

—Me estáis contagiando el entusiasmo hasta a mí. ¡Quién me lo iba a decir! —exclamo, involucrándome en la conversación y dejándome invadir por el espíritu navideño un poquito más.

—Y gracias que ni llueve ni nieva.

—Pero el frío..., ¡madre mía!, ¡menuda rasca hace en este pueblo de noche!, a eso no creo que me acostumbre.

—Vente conmigo, vamos a por un buen chocolate caliente para que entres en calor —me propone Fran.

—Pues mira, a eso no me voy a negar, que por lo menos no se me queden las manos congeladas, porque los pies los tengo ya que ni los siento ni sé cómo me sostienen.

—No me seas blandito, anda.

«Esto ya es otra cosa», pienso cuando tengo el vaso de plástico lleno de chocolate hasta arriba entre mis manos. Tanto que ni me quema, y eso que puedo ver el humo que desprende.

—Bandido, que tú llevas botas de nieve y yo zapatos de ante... —me quejo divertido.

—¿Quién te manda ser tan pijo y venir mal ataviado al campo? —me rebate él, sonriendo mientras caminamos, llegando de nuevo a donde está concentrado el resto del grupo.

—Otro con lo de pijo... no empecemos, que me recuerdas a la lunática... —respondo, sonriendo sin darme cuenta.

—¿A quién? —pregunta él.

—Ya sabes... a la chica de la coo...

Y en ese momento, no soy capaz de seguir la frase porque frente a mí, en medio del grupo, están esos labios pintados de rojo, esa melena castaña peinada con suaves ondas bajo un gorro negro con pompón, esa lengua ponzoñosa que saca ¿lo peor de mí? Y me quedo patidifuso.

«No me lo puedo creer... es ella... está aquí y es amiga de mis amigos. Genial... Vaya metida de pata tamaño XXL. Y aún no se ha dado cuenta de que estoy yo porque está mirando hacia un lado...».

«Y si esta mañana me apetecía encontrarla y vacilarla sabiéndola una desconocida, ahora lo último que me apetece es pasar toda la noche con semejante compañía, dedicándome todos los insultos que se le ocurran», pienso, temblando por unos segundos intuyendo cuál va a ser su reacción cuando su radar me detecte entre la multitud, mientras en los altavoces por megafonía empieza a sonar el ya típico himno navideño que da el pistoletazo de salida a las fiestas.

All I want for Christmas is you resuena en todo el pueblo, y la gente se viene arriba mientras

yo comienzo a venirme abajo y hacerme pequeñito en esta plaza ya rebosante de luz.

CAPÍTULO 9



Unas horas antes de la chocolatada...

MARA

—Dime, Carlota. —Descuelgo el teléfono, afanada.

—Chica, ¿dónde andas? Que no se te ve el pelo.

—No sé si lo leíste, he tenido a Torrija pochilla.

—Sí, me lo dijo Fran ayer. Al final no me dio tiempo a leerlos. ¿Ya está recuperada?

—Eso parece, pero no sabes lo mal que se encontraba...

—Bueno, pues me alegro de que no haya sido nada, ¿eso significa que hoy te dejarás ver?

—Claro, ¡es el encendido! Y con todo lo que me habéis hablado de la Navidad en el pueblo, ¡como para no ir, si lo estoy deseando!

—Allí te vemos entonces, y por fin te presentaré a Carlos... —bromea ella.

—Carlota, no insinúes nada... ¡que estábamos de coña!

—¿Yo? ¿No eras tú la que se moría por conocerlo? De la curiosidad...

—Bueno, sí, por curiosidad y eso, también por la coña marinera, ¡pero sabes que yo no quiero líos, que estoy muy tranquila como estoy!

—Hija, con lo que tú eres, con tu gracia y salero, ¡no seas sosindrona! Tú conócelo, igual te parece majete y ¡quién sabe!

—¿Quién? Yo sé... que no. Además, ¡como si me parece majísimo! Un trato cordial, y ya... y si es tan guapísimo y perfecto como dices, alguna miradita, que por eso no cobran.

—¡Qué boba eres! ¡Tú espérate a verlo y ya me dirás si es tu tipo o no!

—Cómo te gusta el alcahueteo, amiga.

—Ea, ¿hay algo más bonito que el amor? Tú imagínate que surge algo, los dos sois de la misma edad más o menos, vais para los treinta y cinco, estáis solteros y sin compromiso...

—Que no, Carlota, que no te flipes, ¡que yo puedo guasear todo lo que quieras, pero no busco nada, y lo sabes.

—¿Y si surge la llama?

—Pues se apaga el fuego, como hacen los bomberos.

—Y en navidades, ¡con lo bonito que sería!

—Que no, Carlota, ¡olvídate! No te montes películas.

—Pero si tu dijiste...

—Yo hablo mucho, puedo tener un prototipo ideal, imaginario, pero ya... no busco hacerlo realidad.

—Pero es que sí existe. ¡Y lo vas a tener delante! ¿Qué harás?

—¿Yo? Nada en absoluto.

—¿De verdad me lo estás diciendo?

—Yo no sé por qué has cogido esta perra. Tú deja al chico que descanse, a eso venía, ¿no?

—Sí, pero, hija, ¡a quién le amarga un dulce!

—A quien tenga el azúcar alto o el colesterol.

—Bueno, tú me has entendido. ¡Haz lo que quieras!, pero oportunidades así en este pueblo no vas a tener muchas. ¡Nos vemos en la plaza sobre las siete!

—Allí nos vemos, lianta... —me despido pensativa.

Y en el fondo tiene razón, allí en el pueblo tengo claro que no conoceré al amor de mi vida, ese que sé a ciencia cierta ya que mi ex no era, pese a que íbamos a casarnos, pero tampoco quiero andar buscando nada. Una cosa es darse una alegría a la vista y otra meterse en alguna historia más allá, cuando acabo de salir escaldada de una relación que me ha dejado hecha puré, con la autoestima por el suelo y sin ganas de nada. Por muy bueno que esté el señor don Perfecto, ¡estaría yo loca si me metiera en algo con él o con algún otro ahora!

—Y menos con alguien que está aquí de paso, déjate, déjate... —digo para mí, y entonces de la nada, el Gominas y el encontronazo de esa misma mañana vuelven a mi memoria.

Y recuerdo la manera en que me habló, cómo disfrutó picándome y cómo se rio de mi manera de cantar y la bilis me sube a la garganta sin poder remediarlo. Espero que se haya marchado de este pueblo y que no haya un tercer encuentro porque si así fuera me lo cargo, con todas sus buenas maneras y su pijaería, es un maleducado y un gilipollas de tomo y lomo.

—No sé por qué vuelvo a estar pensando en él. Y en su mirada... Y en ese chándal que llevaba y dejaba poco a la imaginación...

Por la tarde, tras ver que Torrija está perfectamente, me arreglo porque nos espera una buena noche de fiesta. Primero el encendido y la chocolatada con todo el pueblo, y después salidita de sábado noche con quien se apunte. ¡Que ha sido una semana de locos y hay que mover un poquito el esqueleto!

Me enfundo un vestido negro de punto, nada del otro mundo, mis botas altas, me ondulo el pelo y, como siempre, utilizo el carmín rojo putón, que como diría Carlota, es mi seña de identidad. Mi sonrisa no sería igual en cualquier otro color. A mí me gusta el rojo. Adoro ese tono para los labios porque es sugerente, porque me evoca a la pasión, a la intensidad, a lo ardiente... y así, arreglada pero informal, me dirijo a la plaza, deseando contemplar el espectáculo de iluminación navideña del que tanto me han hablado desde que Montaves se convirtió en mi hogar.

Llegando a los pies de la iglesia veo que ya casi no cabe ni un alfiler en la plaza Mayor. Recorro con la mirada buscando dónde se han ubicado mis amigos; cuando les diviso de lejos, no veo a Fran, pero sí a Carlota con las chicas y junto al resto del grupo.

Me acerco y comienzo a saludarlos a todos, con alegría, la misma que invade la estancia. Creo

que la palabra adecuada es euforia, ganas, entusiasmo... eso es lo que se respira en el ambiente desde que la gente, hace ya unos días, empezó con los preparativos para las celebraciones navideñas, y eso que no estamos aún ni a quince de diciembre. Creo que va a ser un mes lleno de jolgorio y eso me encanta. Los vecinos esperan con ansias el momento de encender las guirnaldas tarde y noche, de escuchar villancicos, de las reuniones familiares, del famoso mercadillo navideño, del ambiente del pueblo... y estamos a escasos minutos de que empiece la Navidad en la localidad, que hasta yo estoy nerviosa, y pienso pasarlo de lujo durante todas las fiestas, o eso creo.

Y en ese momento mi peor pesadilla se hace realidad. En un instante concreto, tras compartir comentarios con Natalia y Laura al saludarnos, me giro para continuar besando y viendo al resto de gente y es entonces cuando la tierra tiembla bajo mis tacones. No puedo creer que de nuevo tenga esa mirada frente a mí. Y esos labios carnosos dedicándome una tímida y extraña sonrisa.

«Dios mío, qué pesadilla de señor. ¿Me espía? ¿Sabe quiénes son mis amigos...?».

«Esto es una broma, ¿no?».

—¿Qué carajo hace este tipo aquí? —Me vuelvo con cajas destempladas y nadie me responde.

Nos quedamos paralizados, el uno frente al otro, sin mediar palabra, analizándonos. Mi mente se hace un batiburrillo de insultos, podría dedicarle cualquiera..., pero me los guardo para mí y no soy capaz de pronunciar ninguno, ojiplática y nerviosa como estoy. Sus ojos me atraviesan, él se muestra expectante; diría que está esperando una reacción por mi parte, y el ambiente se vuelve tenso, tanto que podría cortarse con cuchillo y tenedor como si de un buen chuletón de vaca soriana se tratase.

—¿Esto es en serio? ¿Nadie va a explicármelo? ¿Qué coño haces tú aquí? ¿Me estás persiguiendo? ¿Es eso? —le espeto, entre atacada y angustiada, pues no entiendo quién es ese señor ni por qué lo tengo hasta en la sopa desde ayer.

«Y además viene arreglado, engominado y con ese abrigo tres cuartos que es un pecado para la vista, la virgen».

—Pero bueno, Mara..., ¿te has vuelto loca?

—No, Carlota, no me he vuelto loca... ¿Qué hace este señor aquí con vosotros como si nada? —grito porque el bullicio es cada vez más grande, la música de Mariah Carey sigue sonando y el alcalde ha cogido el micrófono.

—Estimados vecinos y vecinas de Montaves... Es para mí un honor, un año más, dar la bienvenida a las navidades... —Se oye de fondo bien alto cómo el mandatario comienza su discurso.

—Mara, ¿qué te ocurre? ¿Has bebido? Este es Carlos, ¡nuestro amigo! —dice ella y no doy crédito.

«Ostras. La virgennnn... No puede ser verdad, es demasiada casualidad... y yo me pasé veinte pueblos con él ayer, pero él se ha pasado hoy... Jesusito, ayúdame a arreglar este entuerto y te prometo que no vuelvo a pecar. Deberíamos estar en paz, pero estas miradas que me está lanzando son más bien para empezar un combate de boxeo».

—¿En serio la lunática esta es amiga vuestra? —pregunta él, sorprendido igual, sin cortarse un pelo.

—Pero bueno, Carlos, ¿cómo dices eso? —inquieta asombrado Fran.

—A mí tú no me llamas lunática en mi cara, bonito —contesto ofuscada, viniéndome arriba como un cohete.

—¿Qué está pasando aquí? —nos pregunta Carlota, perpleja, mirando en ambas direcciones.

—Tú sí puedes llamarme a mí pijo, grosero, maleducado..., pero yo no puedo llamarte lunática, que es lo que eres, ¡no te jode la chiflada esta!

—Chiflada tu madre, ¡pedazo de mongolo!

—Sabía que esto iba a pasar, lo sabía —repite Fran para sí, llevándose las manos a la cabeza.

—¿CCCCOOOMMMOOO?

—¡FELIZ NAVIDAD A TODOS! ESPERO QUE UNA VEZ MÁS DISFRUTÉIS DE LAS FIESTAS COMO CADA AÑO... —Se sigue escuchando en toda la plaza a través de la megafonía, mientras observo como mis amigas Natalia y Laura sonríen y cuchichean.

—¿Me podéis explicar a qué viene esto? ¿Os conocíais? —inquire Carlota sin dar crédito.

—Esto es lo que quería explicarte, cariño —interviene Fran, nervioso.

—¿Tú estabas al tanto? —pregunta el susodicho a su amigo—. ¿Sabías que la tía esa en realidad era vuestra amiga? ¡Y no me lo dices! Y mientras yo... insultándola...

—¿Que tú me has estado insultando y tú —me dirijo a Fran— no me has defendido? Alucino...

—A ver, calmaros los dos... Yo solo até cabos anoche, después de que habláramos, Carlos.

—¿Cómo que ataste cabos? Cabos de qué ¿si puede saberse? —vuelve a preguntar Carlota sin dar crédito, y es que no es para menos, porque ni yo misma entiendo lo que está pasando.

—Sí, ellos se conocieron y yo intuí que la chica de la que me había hablado Carlos podía ser Mara.

—Con que te llamas Mara... —repite Carlos, incisivo.

—No pronuncies mi nombre, te queda grande, igual que yo no pienso pronunciar el tuyo, por muy amigo que seas de ellos —afirmo, señalando a la pareja que no calla tampoco.

—Pero, Fran, ¿cómo no me dices...? —deja caer su mujer.

—No me has dejado, anoche traté de despertarte y me mandaste a tomar por culo. Hoy no me has cogido el teléfono y luego aquí, todos lo han visto... ¿cómo iba a decírtelo?

—No era tan complicado. ¡Qué pocas luces!

—Oye oye, no si todavía el culpable soy yo... Te dije que luego no quería sermones ni broncas.

—Pues sí, ves que nuestros amigos se odian por vete tú a saber qué motivo y ¿no haces nada? ¿Te callas y dejas que se maten?

—¿Y qué podía hacer? Son mayorcitos y es una soberana gilipollez.

—¡¿Perdona?! —decimos Carlos y yo a la vez.

—De soberana gilipollez nada, que este aparte de un guarro es un maleducado y un faltón...

—¿Faltón yo? Habló la que me puso a caer de un burro por pisar una caca de vaca...

—Pero estamos locos... ¿Una caca de vaca? ¿Qué coño dices?

NOOOOCHÉ DE PAZ, NOOOOCHÉ DE AMOR... HA NACIDO EL NIÑO DIOS Y LOS ÁNGELES CANTANDO ESTÁN... Sigue oyéndose a todo trapo mientras nosotros discutimos, y es que la situación es surrealista, y el villancico cero apropiado.

—Sí, una *moñiga* que aquí el señoritingo torpe pisó y quiso restregarme encima.

—Bueno, qué exagerada... ¡Encima no! En el quicio del escalón de su oficina, que hay que estar loca para formar esto por eso... ¡menudo delito!

—A ver si me entero, él pisó una mierda y tú te peleaste con él por eso. ¿En serio? ¿Y vosotros tenéis treinta y pico años?

—Ella empezó a insultarme —responde él queriendo salvar su culo.

—Mara... —apremia Carlota para que diga algo.

—Sí, lo insulté porque no aguanto a los que son como él.

—¿Y cómo soy yo, si puede saberse, según tú, so listilla? Bueno, aparte de pijo, grosero, maleducado... y todas las lindezas que me dedicaste...

—Si sirve, también dijo que eras muy atractivo, un portento, un cañón, un pecado para la vista... —apuntan las chicas creyendo que ayudan.

—¿Podéis callaros?! ¿Y vosotras sois mis amigas? —les regaña, abochornada.

—Joder, Mara, ya te vale —me suelta Fran, recriminando, lo que me enfada aún más.

—Yo no sabía que era vuestro amigo... ¡Además, os lo conté por el grupo de WhatsApp!

—¡El chat! —repite Carlota—. Al final no lo llegué a leer. Si llego a saber que hablabais de Carlos... vi lo del buenorro o no sé qué...

—Conque buenorro, portento, ¿eh? —Me traspasa con la mirada de perdonavidas y quiero matarlo por chuleta.

—Igual me pasé, vale, había tenido una mala mañana y él llegó con sus aires de ciudad y mirando por encima del hombro... —trato de justificarme, ignorándolo sin éxito.

—En mi vida he mirado a nadie por encima del hombro, tú solita te hiciste la idea que te dio la gana en tu cabecita loca... —me provoca él y yo vuelvo a repasarlo de arriba abajo con todo mi odio.

—Carlos, ¡para tú también! —le regaña Carlota.

—Yo me limité a lo que vi, que, por cierto, no me gustó nada... y lo de esta mañana menos, te has reído de mí y eso no te lo perdono —afirmo convencida.

—Yo no me he reído de ti, ¡era broma! ¡Qué poco sentido del humor!

—Pues no ha tenido ni puta gracia, bonito.

—Vale, pues, lo siento..., ¡pero si no cantas bien, alguien tenía que decírtelo!

—Parad ya, por favor..., ¡y tú no la chinces ni la enciendas más! —le echa la bronca Carlota, ya saturada por nuestra culpa.

—Que pare él, que sigue ofendiendo, y encima dices que soy yo la que está encendida. ¡Manda pelotas, rico!

—¡Callaos los dos!

—¿Esta mañana también os ha dado tiempo a discutir? Si llevas poco más de un día en el pueblo —le espeta su amigo.

—Es que está hasta en la sopa —contesto yo—, por eso creí que me perseguía.

—¿Ves como eres una lunática? ¿Cómo iba a perseguirte? ¡Estás chalada!

—Chalada ¿yo?

—Sí, tú, y egocéntrica... Jamás me volvería ni siquiera a mirar a una descerebrada, bruta y faltona como tú.

—Lo habéis escuchado, ¿no? Luego dice que yo provoco... Y ¡Ya quisieras tú estar con alguien como yo, majete!

—ANDE, ANDE, ANDE, LA MARIMORENA... —canta la gente a coro mientras disfruta de ese chocolate con churros que todos íbamos a tomar mientras contemplan maravillados las luces ya encendidas.

«Pa marimorena la que hemos liado aquí».

—¿Yo? ¡En la vida! Ya quisieras tú...

—Egocéntrico...

—Presumida...

—Sobrado de mierda... ¡Y nunca mejor dicho!

—Muy graciosa..., pero lo mío fue un accidente y se limpió, lo tuyo, esa mala leche y esas malas formas que te gastas son, por desgracia, para siempre. ¡Cualquiera te aguanta, chica!

—Oye, ya... ¿Podéis parar? ¿Habéis terminado de insultaros?

—Que responda ella.

—Tendrás morro... y ¡además a ver qué narices pintas tú aquí!

—En eso tienes razón, mejor me marchó y no molesto —dice él, dirigiéndose a sus amigos, haciéndome sentir mal en el fondo.

—De aquí no se va nadie, ¡hombre ya! —grita Fran enfadado—. Hemos venido a pasarlo bien, no a veros pelear por una idiotez.

—Yo no he empezado, Fran... —me justifico.

—¿Cómo que no? Si ha sido llegar tú y se ha armado el *titirigai* —replica el Gominas.

—Y la culpa es tuya, Fran, por no hacer nada —le espeta su mujer.

—¡Cómo no! Pero ¿qué quieres que haga yo? Si se caen mal, esto no es el colegio... no puedo obligarlos a que se lleven bien —replica él, desesperado, entre risas—. Por favor, os pido que hagáis las paces y os saludéis como los adultos educados que ambos sois —nos apremia a ambos.

—Está bien. Hola. —Me tiende la mano—. Me llamo Carlos. ¿Olvidamos todo esto?

—Falso..., cretino...

—Esta tía es insoportable, ¡con ella no se puede, ya lo habéis visto! De verdad, si no os importa, prefiero irme que seguir en el mismo sitio que la desquiciada esta.

—Ah, ¿sí? ¿Pues sabes qué te digo? Que te vas a ir, sí, pero calentito y que desquiciada tu abuela —le suelto, aproximándome a él.

«La verdad es que con esa mirada fija y tan corpulento me intimida, pero no me voy a achantar en lo que voy a hacer», y arrebatándole el vaso de chocolate que sostiene entre sus grandes manos, sin pensarlo mucho más, se lo vierto encima, tirándolo sobre su abrigo. Y no se lo lanzo en la cara porque está abrasando, que si no...

—Pero ¿tú estás tonta? —ruge él, porque le manché su abrigo de por lo menos quinientos euros y otros de sus zapatitos de pitiminí.

—Joder, Mara, te has pasado..., tía, eso no se hace, pareces una niña de colegio.

—¿De colegio? ¡Esta está de psiquiátrico! —vocifera enfadado él.

—¿No ibas a limpiarte?, o ¿necesitas ayuda también?, ¿un tutorial tal vez? —respondo ufana, triunfal, a sabiendas de que se me ha ido de las manos la situación.

—Sí, sé cuándo estoy de más. Fran, Carlota, no os preocupéis... vosotros quedaros con vuestros amigos. ¡Hasta luego a todos! —dice él, dándose la vuelta y yéndose por donde ha debido venir.

—Cómo te pasas, Mara. ¡El hombre no te ha hecho nada! —añade Natalia.

—Teníais que haberlo visto esta mañana... y cómo me dejó con la palabra en la boca las dos veces. ¡Le tenía ganas, hostia! ¡No es ningún santito!

—Pues has patinado como veintisiete pueblos, querida.

—Mara, ¿a ti te hubiera gustado que aquella noche que te conocimos en un festival de la mano de Rubén, Isa, por ejemplo, te hubiera tratado así al verte bailando con el que iba a ser su chico? Y frente a todos...

—Obvio que no, pero no es lo mismo.

—Sí, sí es lo mismo. Te has pasado un huevo y te toca pedirle perdón. Si tenías razón en algo, la has perdido con lo que has hecho.

«Carlota tiene razón. He perdido los papeles frente al Gominas, por tonta».

—Yo voy con él, tú quédate, cielo —se dirige Fran a ella, besándola.

—Fran, espera... perdóname —le pido, avergonzada, pese a que sigo enfadada.

—No es a mí a quien tienes que pedir perdón, Mara. Piénsalo. Aquí solemos integrar a los nuevos, hacer sentir bien... no lo contrario.

«Virgen santa, encima de todo, quedo yo como la culpable y la mala...».

—OHHH, BLANCA NAVIDAD... NIEVE... —Es el villancico que suena y se oye por encima del bullicio que sigue generando toda la gente que continúa disfrutando del encendido navideño en la plaza.

Ya se me ha atascado la noche, cuando pensaba disfrutarla al máximo, pero no contaba con lo que ha pasado.

Eso sí, he de decir que es una fantasía lo preciosa que se ve la plaza Mayor engalanada por miles de cortinas de luces amarillas encendidas colgando de los balcones y fachadas; así como el árbol de Navidad alumbrando y brillando en dorado, tan elegante. Los arcos multicolor de las esquinas con motivos navideños son fantásticos, dan muchísima alegría; y por lo que puedo ver la calle principal está tan llena de luz y color como el resto del pueblo, todo resulta una fantasía. El mercadillo navideño es todo colorines. ¡Una maravilla! «Lástima que entre el Gominas y yo nos hemos cargado la noche de todos».

«Y lo peor de todo es que, hasta discutiendo, otra vez le he visto arrebatador y *sexy* a más no poder». Esa mirada encendida, llena de furia cuando le he tirado por encima el chocolate me ha traspasado, casi haciéndome temblar y he sentido dentro de mí algo parecido a fuego que me quemaba, como si un cortocircuito se estuviese expandiendo por mi cuerpo al calor de sus ojos verdes, abrasándome entera.

Dicen que hay miradas que matan y él, si hubiera podido, me habría aniquilado. «Y yo lo hubiera hecho, pero a polvos».

CAPÍTULO 10



CARLOS

Abandono la plaza echando humo por las orejas del enfado que llevo encima. ¡No puede ser que cada encontronazo con esa señora suponga un follón! Ya no somos dos desconocidos que tal vez no vuelvan a verse. Somos amigos comunes de Fran y Carlota y, por ese motivo, estamos condenados a entendernos. Mientras yo esté aquí vamos a vernos y a coincidir más de una vez, y ya no es divertido el pique, sino un marronazo que hay que deshacer.

—Eso me pasa por jugar con fuego... —digo para mí, mientras reniego con la cabeza, cuando oigo que Fran me está casi alcanzando.

—Espera, macho, no vayas tan rápido. No te marches, hoy la noche es larga. Luego iremos todos a tomar algo por ahí.

—¿Has perdido la forma física desde que te has casado? —le vacilo, mientras caminamos, sabiendo que no voy a cambiar de plan.

—Pues si vieras que un poco sí...

—Ya imagino el único deporte que practicas tú.

—Bueno, por lo menos no estás de mal humor... —saca el tema, cauteloso.

—A ver, Fran, mejor dejémoslo. Yo también me he pasado, pero no sabía que era amiga vuestra. Entré al trapo esta mañana porque quería chincharla por lo de ayer... y me vine arriba. Si hubiera sabido quién era...

—Si es que no es para tanto, es una absurda pelea de las que teníamos con dieciséis años; pero, tío, que vamos para los treinta y cinco... ¡Y tú no eres así! ¡A ti esas chorradas te la pelan!

—Ya lo sé... no sé qué tiene esa mujer que saca lo peor de mí y me enciende hasta bajar a esos extremos que habéis podido contemplar.

—Te lo dije anoche, sin saber aún quién era la chavala en cuestión... Mara te ha hecho tilín.

—Que no, Fran, que no es eso, que yo no me fijo en nadie ahora así me maten.

—No digo que te fijas ni que vaya a pasar nada, pero te conozco y sé que te atrae.

—No digas tonterías...

—Trata de negarlo si quieres, pero no cuela. A mí no me engañas.

—Que no, Fran, que te equivocas... solo han sido dos casualidades.

—¿A dos broncas por una mierda lo llamamos ahora dos casualidades? Y esa furia con la que ella te hablaba y tú contestabas, al más puro estilo patio de colegio...

—Qué vergüenza, qué habrán pensado vuestros amigos.

—Pues les ha faltado cantaros eso de los que se pelean se desean, porque anda que no se ha notado...

—¡Venga ya, tío!, no digas paridas.

—Tú sigue tratando de negarlo, y todo lo que quieras, pero eso sí, este embrollo hay que arreglarlo.

—Me acaba de estropear un abrigo carísimo, ¡no es el momento de pedir conciliación!

—Pues mañana se lava, ¡que todo sea eso!

—Tienes razón.

—Es que aquí has venido a descansar, no a pelearte.

—Y yo que creía que iba a pasar los días más tranquilos de todo el año, sin trabajo, sin historias...

—Pues has tropezado justo con la más brava de todas, amigo.

—Qué suerte —respondo levantando una ceja, con ironía.

—Mujeres...

—No, mujeres no, esa chalada que está que no se aguanta ni ella.

—Tú tampoco has estado fino llamándola loca, lunática, desquiciada...

—Joder, lo está.

—No, no lo está, te lo aseguro. Ella es la persona más sencilla, buena, noble y amable que conozco. Además de divertida y alegre, pese a su historia. Todo el mundo la quiere.

—Pues conmigo habrá sacado el demonio que lleva dentro. —«¿Ha dicho pese a su historia?».

—Lo que sea, pero tenéis que hablar y solucionarlo. No te pido que seáis amigos, pero sí que conviváis mientras estéis aquí y llevéis la fiesta en paz. Y que el día de mañana si tengo un hijo, y lo bautizamos, podamos celebrar el banquete sin que vuelen los cuchillos u os saltéis un ojo con un tenedor o un taponazo de champán.

—Tienes razón, y no exageres tanto, pero ya mañana... deja que hoy la odie un poco más. Estoy enfadado con ella y no sé ni si es por la ropa, por su tono, porque me provoca y enciende... ¡pero me parece desquiciante, me saca los nervios a pasear!

—¿Sabes cómo se llama eso?

—Prefiero no oír idioteces... y ahora, si no te importa —digo entrando en la casona—, voy a limpiarme este desastre. No seas tonto y vuelve con tus amigos, yo aprovecharé para ponerme ropa cómoda, leer al calor de la chimenea un ratito, mientras me tomo un vinito y en breve a la cama. Así se me pasará la rabia y mañana ni me acordaré.

—Hecho, mañana te quiero como nuevo, como si no hubiera pasado nada. ¿Prometido? —se despide, dándome una palmada en la espalda.

—O listo para el siguiente *round* —bromeo.

—No me jodas, eso ni de coña —avisa antes de salir por la puerta.

—Jodida lunática desquiciada, ¡vaya nohecita me ha dado! —me quejo, antes de entrar en el hotel.

CAPÍTULO 11



MARA

Llego a casa con un regusto amargo después de lo que ha pasado con el elemento ese amigo de Fran. ¡Aún no puedo creer las casualidades de la vida! «¿Cómo iba yo a saber que...?». En fin, mejor no pensarlo, que me suben los colores y la mala hostia, para qué negarlo.

—Tú solita dijiste que era un portento, el hombre más atractivo que habías visto en la vida, un cañonazo —me recordó Natalia en la plaza Mayor y quise abrir un agujero en la tierra para meterme debajo cual topo.

—Y un pecado, eso soltaste también... un pecado para la vista... —añadió Laura enseguida, ahondando en el temita.

—No me lo recordéis, por favor, que me muero de vergüenza y de horror. Además, será todo eso, pero una cosa no quita la otra y si es tonto del culo yo no tengo la culpa.

—Tonto no es el chico, era tu genio el que no se supo controlar... y a pesar de todo te fascinó, que es lo fuerte, chica. Háztelo mirar.

—Ea, tenía el día *revirao* cuando me lo topé la primera vez y puede que se me fuera un poco... y no me fascinó, solo comenté lo obvio.

—No te preocupes, es normal ante semejante hombretón. A nosotras también nos lo parece, y fíjate a Isa, que hasta salió con él —añadió ella, haciéndome sentir peor al meter a nuestra amiga.

—Te va a tocar arreglarlo si no quieres que Fran te mate por bruja.

—Sí, hombre, encima de puta poner la cama, como decimos en mi tierra... —exclamé sin filtro, ya que no tenía ni pajolera idea de cómo solucionar el bochinche y salir airosa.

—Quieras o no te toca disculparte, Mara —aseguró Carlota—, porque te has pasado muchísimo. Tú no eres esa mujer que has mostrado.

—Con razón te llamó chiflada, estabas fuera de ti.

—Culpa suya, que me pone a mil —reconocí avergonzada.

—Buenooo, si el susodicho te oyese te decía que eso ya para después, ¿no?

—Muy graciosas, ¡no hablaba en ese sentido!

—Ahora valor y al toro por los cuernos...

—Según decís, mejor lo de los cuernos al hablar de él como que no, ¿no? —contesté con sonrisa maliciosa, tratando de destensar.

—Dios, ¡qué bicharraca!

—¡Como te pasas, lagarta!

—Anda, arréglalo y cierra la boca ya, que la vas liando aún más.

—¿Que sea yo la que lo arregle? ¿Y ahora? Ni de coña, os recuerdo que no lo soporto y lo último que me apetece es ver otra vez su careto pijo o escuchar sus lloros por su abriguito de marca.

—No te decimos que te hagas su amiga si no quieres.

—Menos mal, gracias —replico, sarcástica.

—Boba. Al menos una disculpa por todo este cirio, pero sobre todo por lo de esta noche —me pidió mi amiga.

—Lo pensaré —contesté muy digna, a sabiendas de que, en el fondo, todas tenían razón en lo que me estaban diciendo.

Pero mi orgullo estaba ahí y sabía que no iba a ser nada fácil.

Ya solo me queda idear la manera de solucionar el dichoso asunto de marras y cómo salir digna del embrollo, «lo cual veo bastante improbable dado que me toca agachar la cabeza y comer orgullo con papas».

Por la mañana me levanto decidida a echar tierra sobre todo este tema; puesto que sé que si salgo al campo, coincidiré casi seguro, por la hora, con el Carlitos de los cojones, me valgo de Torrija para llevar a cabo mi plan.

Abandonamos la casa las dos bien temprano y nos encaminamos a coger el sendero de la cooperativa hasta llegar a la entrada del pueblo.

—Nada, no hay objetivo a la vista... vaya fracaso —me digo renegada, porque siempre es mejor un encuentro «fortuito» que tener que ir con la cabeza gacha a disculparme con quien no lo merece.

Deshacemos el camino andado y cuando llegamos a la zona de enfrente de mi trabajo nos paramos a hacer algo de espera en la arboleda —por si suena la flauta—. Yo me aposento sobre uno de los troncos y suelto a Torrija para que desfogue.

Un rato después la llamo para que se acerque y poder volver a casa. Está mimosona y como sabe más que los ratones *coloraos* me hace ojitos para que juegue con ella. Lo consigue y es cuando tengo a mi perra sobre el regazo, acariciándola, cuando veo al susodicho venir a lo lejos. «Bingo».

Torrija también detecta que alguien se aproxima y yo la azuzo en su dirección. Esta sale corriendo a su encuentro, buscando investigar y seguir jugando. Para mi sorpresa él se agacha, la caricia con ternura y le entra al trapo. La muy puñetera de mi compañera de piso se tumba en el suelo panza arriba buscando más mimos por su parte. Y se nota que a él le encantan los animales porque la entiende, le sigue el rollo y la consiente, mientras yo los observo y empiezo a derretirme sin ser consciente de ello. «Perra traicionera».

Me levanto de donde estoy y, como quien no quiere la cosa, me voy acercando despacio mientras ideo cómo separar a la criatura peluda de él a la par que aprovecho para sacar el tema sin que se note mucho. «Complicado».

Llego donde están y en silencio me coloco frente a ambos contemplando la escena. Y es en ese momento, cuando él levanta la cabeza en mi dirección y esos ojos verdes claros se

encuentran con la mirada de una servidora fija en él, que no duda en recorrerme de arriba abajo, haciendo que mi piel despierte y note cómo la traspasa, sintiendo cómo algo en mí abrasa a su paso.

Me hace sentir desnuda por muchas capas que lleve puestas. Sin embargo, cuando nuestros ojos vuelven a coincidir, la sonrisa desaparece de su rostro y su rictus se torna serio, con un gesto frío que me deja patidifusa. «Y a ver ahora qué narices le digo».

—Vaya —se queja él, desganado, sin reparar mucho más en mí.

—Hola.

—¿Hola? ¿Es lo mejor que se te ocurre decir?

—Se te dan bien los animales, ¿eh? —trato de romper el hielo.

—Sí, me gustan... Está claro que los animales son más inteligentes que muchas personas.

—¿Eso va por mí?

—¡Qué egocéntrica eres! Por si no lo sabes, la vida no gira en torno a ti. Adiós, pequeña bola peluda —dice acariciando de nuevo la cabecita de Torrija, para a continuación incorporarse con intención de marcharse y dejarme aquí plantada.

—Ey, espera... —le pido cuando ya ha avanzado unos cuantos pasos.

—¿Es a mí? —responde él, extrañado.

—No veo a nadie más aquí.

—¿Y qué quieres? Si es volver a meterte conmigo o insultarme, ahórratelo.

—No, no, la verdad es que ya que nos hemos encontrado por casualidad yo...

—Ya, claro, por casualidad —rezonga por lo bajo, sin creer ni un pimiento, y con razón. «Va a ser que no es tan tonto...».

—Pues eso, que aprovechando que nos hemos cruzado... yo... bueno, nosotros deberíamos...

—Yo... nosotros..., ¿puedes ir al grano? Si querías decirme algo, es el momento.

—Ya podías ponérmelo un poquito fácil.

—¿Debería? ¿Tengo motivos para hacer eso?

—Tal vez poner de tu parte, ser un poquito amable, ya que esto es cosa de dos y no estaría de más una mijita de colaboración porque te recuerdo eso de que dos no se pelean si uno no quiere.

—¿Y bien?

—Sí, claro... esto, yo... bueno, que quería...

—Chica, ¿tanto te cuesta reconocer que te equivocaste y decir las palabras mágicas? Son dos, hasta para ti es fácil... Empieza por lo y acaba por siento... O mira, más fácil para ti, una... solo una... PER-DÓN.

—¿Qué has querido decir? ¿Me estás llamando tonta de nuevo?

—¿Quién yo? Por Dios, jamás haría algo así —replica irónico y vacilante.

—¿Puedes dejar el sarcasmo a un lado? Gracias. Que una es buena, pero no idiota...

—Cuando te escuche al menos dar tu brazo a torcer y reconocer que te pasaste un huevo ayer.

—Ya lo he dicho.

—No, no has dicho nada... mucho yo quería, nosotros... y titubeos varios, pero no eres capaz de hilar lo que quieres pronunciar por orgullosa e infantil.

—¿Infantil yo? —replico mientras la vena del cuello se me va inflando a pasos agigantados —. Y tú ¿qué?

—¿Yo qué de qué?

—Que estás faltándome todo el tiempo. Y tampoco te escuché un perdón.

—Eres tú la que quería hablar, yo pasaba por aquí y me he parado porque tu perra quería jugar

y ella no tiene la culpa de que su dueña sea...

—¿Sea qué?

—Nada, olvídalo. Y si no tienes nada que decir, me marchó. Aquí sobro, ya me quedó claro anoche.

—¡Está bien, tú ganas! Yo quería disculparme por haber sido un poco grosera y haber dicho eso —le digo de carrerilla, todo del tirón casi sin respirar, por aquello de que los malos tragos mejor rapidito, sin vaselina.

—¿Un poco?

—Bueno..., bastante, y sobre todo por lo de tirarte el chocolate. No estuvo bien por mi parte.

—Estuvo fatal quieres decir —me corrige, posando su mirada, esta vez sí, y atravesándome con esos ojos inquisidores—. Me podías haber quemado, solo se le ocurre a una chiflada como tú tirarme un vaso ardiendo.

—Bueno, ni tanto, que te lo tiré sobre la ropa. No quise hacerte nada, solo...

—¿Solo qué? ¿Enfadarme? ¿Joderme la ropa? ¿Espantarme de allí? Qué feo...

—Sí, estuvo horrible, lo sé, pero tú tampoco estuviste muy fino que digamos. Vale que yo tenía un día malo, pero tu postura muy acertada no fue —comento sin filtro, porque hasta ahora la única que se ha rebajado he sido yo y él parece estar de nuevo más pendiente de Torrija que de mis palabras, que por cierto me está costando un mundo dejarlas salir.

—Yo me limité a ver las chifladuras que podías vomitar por tu boca, expectante, y no me equivoqué. Te he visto tres veces, y me sobraron dos para calarte. ¡Sabía que terminarías armando un espolio en público!

—¿Chifladuras? ¡Un espolio! A mí no me trates como si fuera una loca.

—No lo hago. Me eres indiferente. Y por eso prefiero tener cero trato contigo para que no haya problema. Así que, tranquila, *Señorasiempretengoquetenerlarazónentodo*, que me evaporo y así te quedarás a gusto.

—Eres insufrible... Una lo ha intentado, pero contigo no hay manera, así que luego a mí que no me digan que no hice nada por solucionarlo... Torrija, levanta. ¡Nos vamos!

—Vamos, corre, Torrija, no pares y sigue a doña Meenfadoporquemedicenlaverdadynorespiro... —se burla, enfadándose aún más—. El que se va soy yo, y nadie tiene que decir nada, tranquila. No voy a imponer mi presencia a quien no la quiere.

—No, no, ya nos vamos nosotras... no nos gusta estar con gente tan desagradecida, que no es capaz ni de aceptar una disculpa, ni de darla, claro.

—¿A eso lo llamas tú disculparse?

—Por lo menos yo reconozco mi parte de culpa, aunque me cueste... pero lo tuyo ¡es de juzgado de guardia!, el no reconocer un error... eso... eso es de ¡prepotentes como tú!

—¿Prepotente yo? ¡Encima! Lengua de víbora, que si te muerdes te envenenas... —clama encendido.

—Mírate ahí *planta*o, que no te remueve la conciencia ni siquiera un pelo. ¡Soberbio!

—¡Lunática! En serio, revísate con un especialista esos cambios de humor que tienes —repite irónico.

—No te aguanto, ¿sabes?

—Genial, es mutuo. Yo tampoco puedo con tu altanería.

—¿Altanera yo?

—Sí, tú.

—Y digo yo, si tan altanera soy, ¿qué narices haces aquí?, perdiendo tu valioso tiempo con alguien como yo.

—Por fin coincidimos en algo, hablar contigo es perder el tiempo y la energía... así que, *agur*, bonita. Ahí te quedas con tu mala leche...

Y otra vez se marcha dejándome sin opción a réplica. Aunque quiera o no, este se la lleva puesta. Como que me llamo Mara.

—¡Y retiro el perdón, que lo sepas, imbécil, porque no lo mereces y además ni siquiera lo pensaba! —le grito, con todas mis ganas, queriendo quedar por encima.

—Gracias, preciosa... —me contesta él, ya en la lejanía. Si me valiera trincarle por la solapa y darle un buen sopapo, se lo daba por odioso.

«Encima que una lo hace de buena fe, no me toma en serio, vamos, que le ha faltado reírse de mi perdón, con lo que me estaba costando... el subidito de él...».

—¡Será posible! Grrr —gruño saltando sobre mí con los puños cerrados.

Me molesta, porque parecemos adolescentes queriendo quedar uno por encima del otro como el agua y el aceite en una estúpida guerra sin sentido puesto que ni lo conozco ni es mi amigo ni quiero que lo sea, por supuesto, por obvias razones.

Es entonces cuando decido no desgastar más energías en ese señor que dentro de nada se evaporará del pueblo de verdad y no tendré que verlo más.

Y mientras... Torrija ladrando porque se ha marchado. Los perros son más inteligentes que sus dueñas recuerdo que ha dicho... y cuando quiero darme cuenta estoy sonriendo...

—Ya me vale a mí también. Será gilipollas. ¿Cuándo lechugas se irá y dejará de ser una tortura continua?

CAPÍTULO 12



CARLOS

—Joder, joder, joder... Pero ¿qué he hecho? La mujer solo quería disculparse... y yo... ¡me he portado como un energúmeno! ¿Cómo he podido reaccionar así?

Vale que saca lo peor de mí, pero sé a ciencia cierta que esta vez no ha sido así. Esta vez ha sido todo lo contrario. La he visto frágil y a la vez orgullosa, tierna y temerosa, pero tan cobarde que le ha costado sangre, sudor y lágrimas disculparse por algo demasiado evidente, ¡tanto que ha removido algo dentro de mí!

Por un momento no entiendo qué me ha pasado, pero si no me freno a conciencia le hubiera ofrecido mis brazos para aliviarle el mal rato... ¡Sí, cojones, sí!, la hubiera estrechado y protegido con mi cuerpo al verla tan vulnerable, tan cabizbaja y ¿arrepentida? ¿cortada? como la estaba viendo.

Creo que ha sido en ese punto cuando mi cuerpo estaba débil y mi cabeza ha hecho saltar las alarmas. Impensable. Cero cercanía con ninguna mujer, cero acercamiento... pero igual, una cosa no quita la otra y me he pasado.

Por lo menos podía haberle aceptado la disculpa y haber dejado la historia ahí, pero encima soy tonto ya que al comportarme de manera tan grosera la hemos liado más, ¡y esta vez sí que por mi culpa! ¡Porque un perdón no se le niega a nadie!, y menos por un chorrada como esta, que parecemos dos chavalines de colegio con las hormonas en plena efervescencia y ¡tenemos casi cuarenta años!

Lo peor de todo es que soy consciente de que la he jodido y me he equivocado... por lo que tal vez debería volver atrás, desandar lo que he avanzado por el sendero y decirle que acepto sus disculpas y tan amigos.

—No, tan amigos no, que yo no busco amigas... y menos ella que, aunque no esté chiflada, menudo carácter tiene la tía. Más altibajos que una noria, insufrible.

»No, no voy a volver porque sería demasiado incoherente aceptar ahora falsamente su perdón y, viendo cómo es, me empezaría a preguntar por qué el cambio de opinión y, claro está, no me voy a poner a contarle mis motivos ni mi vida, que presumo que ya conocerá a través de las

chicas.

«Bueno, aceptar, aceptaría de verdad las disculpas, porque sé que ella lo ha intentado y yo debería haber recogido ese guante que me ha lanzado y parar este estúpido combate, pero no he sido capaz de corresponder a ese intento de acercamiento porque ¡la hostia!, me he bloqueado, han saltado las alarmas y mi cuerpo se hubiera acercado aún más a ella y eso a día de hoy es prohibido para mí».

—En ningún caso puede pasar algo así... —rezongo, hablando solo mientras camino por el campo inhalando aire puro como si no hubiera un mañana, como si quisiera que ese aire penetrara hasta lo más profundo de mi cuerpo y me limpiara por dentro, purificándome.

Lo cierto es que cuando voy llegando al final no solo no voy relajado, sino que encima no he parado de darle vueltas a cómo arreglar mi metedura de pata, porque esta ha sido mía y solo mía, y ha vuelto a desencadenar la guerra con esa fiera que, por cierto, para mí que no es tan fiera como me ha hecho ver porque más que una leona por su aspecto, un rato atrás parecía un conejito apaleado y triste.

Por no hablar de lo adorable que se veía ahí tirada debajo del árbol, jugando a todo trapo con su perrita Torrija.

—Pero ¿qué mierdas estoy pensando?! Carlos, céntrate, solo ha sido un choque dialéctico porque esa persona, «da igual que sea una mujer preciosa», siempre está dispuesta para discutir... parece que le gusta, por lo que no hay que entrar. Estás aquí de paso, tío, y la tienes que tolerar por Fran y Carlota. No hay más —me repito muy seguro, concienciado y a sabiendas de que en algún momento tendré que ser yo el que ha de disculparse por mi grosería.

Y terminar el problema, dar carpetazo y dedicarme a lo que he venido que es a desconectar, a descansar y a olvidarme del trabajo, de discusiones y problemas.

—Que es lo único que he tenido desde que he llegado a este pueblo.

«Luego dicen que pisar mierda da suerte... Eso será con las de perro, no con las *moñigas* de vaca, porque la que yo pisé solo me ha traído disgustos desde el minuto uno».

Recorro el último tramo a tope con todas mis energías, desfogando, y cuando llego a la casona estoy exhausto. Voy directo a darme una ducha caliente de media hora y a meterme un buen desayuno entre pecho y espalda porque ya llega hasta mis fosas nasales el olor a galleta de mantequilla y a bollo recién horneado por la señora Maritere.

«A esa sería a la única mujer que me llevaría a mi casa ahora mismo. Podría vivir a base de sus *cookies*, magdalenas y *brownies* con forma de abeto. Nota mental: decirle a Carlota que es un puntazo que todo el desayuno sea temático, porque no ha llegado ni el sorteo del Gordo y yo ya me siento metido de lleno en esas fechas, como si fuera navidades, pero es que en Montaves ya lo es y no sé qué tiene este pequeño pueblo que me ha atrapado por completo con su encanto».

Y no me equivoco, porque cuando bajo se abre ante mí un paraíso de dulces navideños que primero me como con los ojos y después degusto mojando en chocolate, y es que los desayunos del hotel de mi amiga son una puta perdición. Bueno, y las meriendas igual.

«No me extraña el éxito que tiene y, de hecho, les propondré mi colaboración más adelante por si la necesitaran, aunque imagino que Isa ya se encarga de todo el tema del *marketing* y publicidad de la casona». Lo bueno de traerla de nuevo a mis pensamientos es que caigo en la cuenta de que no me afecta, de que ya no significa nada, que era uno de los miedos que tenía. El estar aquí, en su tierra, sentirla cerca aunque bueno, cerca lo que se dice cerca... está en Maldivas... con él, con su chico, pero lo cierto es que me es indiferente dónde esté ahora mismo.

Para esta jornada los chicos han preparado una excursión a una pista de hielo que hay en un

municipio cercano, dentro de la comarca, y me apetece un montón, ya que hace mil años que no lo hago y puede ser divertido. No así tanto el saber que de nuevo tendré que enfrentarme a doña *Siempretengoquetenerlarazónyquedarporencima*, cosa que, en efecto, sucede un rato después cuando todos van llegando al punto de encuentro donde nos recogerá el transporte.

Y, tal cual imagino, ocurre. La esperaba fuerte, guerrera, altiva... y no me equivoco ni en una coma. Al ser Mara la que llega, también es la que va saludando uno a uno a los allí presentes.

Cuando se coloca frente a mí —cosa que me sorprende porque pensé que iba a ignorarme— se planta delante y, con mirada desafiante, lanzando un órdago, me tiende la mano con suma delicadeza y pone su sonrisa —falsa— más perfecta.

«¿Y ahora qué pretende la muy loca? Si ha quedado claro que no nos aguantamos».

—Hola, ¿qué tal? —saluda de manera hipócrita.

—Hoooola, me alegro de verte —respondo jugando a su juego, sonriendo aún más falsamente que ella.

—¡Por fin, chicos! —exclama Carlota al observar la escena—, así me gusta veros. Veo que me hiciste caso —le susurra a ella al oído.

Comentario que no me pasa desapercibido, y antes de que Fran intervenga, Mara aclara:

—Sí, esta mañana coincidimos y tuvimos una conversación donde quedó todo claro, ¿verdad? —pregunta dirigiéndose a mí.

—Verdad, verdad —respondo yo siguiéndole el teatrillo—. Todo perfecto, claro y solucionado.

«Y alucinado porque pretende engañar a nuestros amigos haciéndoles creer que todo genial entre los dos, y lo peor es que se lo están creyendo». «Bruja».

—No sabéis lo que me alegro, ya pensaba que en lugar de ir a patinar íbamos a presenciar un combate de boxeo sin *ring* —bromea Fran.

—Para nada, amigo... Como ya hemos dicho, los infantilismos de aquí la señorita quedaron atrás y sin duda será una tarde muy interesante —añado sacando mi mejor cara y sonrío cómplice, levantando la ceja y mirándola a ella, que también ríe con malicia.

«Lo peor es que la veo venir, y me parece tremendamente peligrosa y encantadora “de serpientes”».

—Eso seguro, ni lo dudes que será una tarde memorable. Aquí vuestro amigo se disculpó por lo grosero y maleducado que había sido conmigo. Nada como saber reconocer los errores y saber perdonar también, ¿verdad, Carlitos? —me reta ella, malvada, haciéndome morder la lengua para no saltar.

—Claro, claro, nada como ser transparente, sin mentiras, sin líos y sin salidas de tono. Siempre de frente, ¿cierto, Mara?

—Por supuesto, siempre de frente. —Pone su expresión angelical de niña buena frente al resto, cuando tiene esa mente maquiavélica que seguro que está maquinando hacerme alguna jugarreta.

«Volvemos al jardín de infancia para el siguiente *round*. Si es lo que busca, no pienso achantarme... me va a encontrar».

Va ataviada para la ocasión con unas mallas blancas que le marcan todas las curvas, que las tiene y demasiado bien marcadas, un plumas rosa claro y un gorro blanco. Perfecta para donde vamos, con esos labios carnosos y bien dibujados que siempre lleva pintados, bien delineados en rojo intenso, rojo de la pasión, la misma que desprenden...

«Carlos, coño, ¿otra vez? ¿Qué cojones haces pensando eso?».

Y es que no sé qué me está pasando. Si esta mañana ya había decidido finiquitar esta guerra sin cuartel, no acercarme a esa mujer, ¿por qué le sigo la corriente y me meto al fango con ella? ¿Cómo me dejo envolver por su juego? Y lo que es peor aún, ¿por qué en lugar de verla como lo que es: una bicha, la veo cada vez más atractiva con esa mala baba que se gasta?

Tendría que añadirlo a mi hipotético anuncio de búsqueda de pareja por internet. Pondría algo así como: hombre fácilmente engatusable, sencillamente impresionable, bobo de manual y ser altamente manipulable que se deja llevar por mujeres con garra, fuertes, guerreras, con mal genio y preciosas.

«Como ella».

«No, no y no», pienso mientras me prometo a mí mismo terminar con esto esta misma tarde-noche.

Solo que mis planes se truncan nada más llegar, porque, tal y como me temía, la señorita no tarda en subirse a unos patines y nada más entrar en la pista de hielo y comenzar a deslizarse, me declara una guerra sin cuartel, que mucho me temo que acabará mal, porque si me está buscando, me va a encontrar.

Una sucesión de villancicos anima el lugar, que está atestado de gente. Mayores y más pequeños disfrutan de las instalaciones, de una noria iluminada en mil colores, de un puesto de churros en el que todo tiene un aspecto fabuloso y del patinaje sobre el hielo; siendo este último donde se reflejan las luces que iluminan y dan color a la estancia en una gama cromática que va del azul al morado pasando por el rosa. Una combinación perfecta que cuando se hace de noche crea algo mágico. Y la estampa es de lo más navideña sin lugar a dudas, sacada de cualquier película ambientada en esta época.

Mi idea es ignorarla y escapar de ella, porque no quiero más líos, pero tampoco dejarme pisotear. Y como imaginaba, su diversión de toda la tarde consiste en fastidiar la mía e interrumpir cada uno de mis deslizamientos. Joder el sentido de mis carreras siempre que puede con su presencia a mi paso, logrando, muchas veces, desestabilizarme y hacerme perder el equilibrio para acabar dando con mis huesos contra el suelo. No falla, y cada vez que la miro me dedica una sonrisa de venganza y un guiño de ojo que va directo a mi entrepierna.

—Estás disfrutando, ¿verdad? —la increpo en una de las ocasiones en las que me corta el camino.

—De lo lindo. Espero que tú también —responde irónica con esa sonrisa resplandeciente, que es el jodido indicador de que está pasándoselo pipa a mi costa.

Y es ahí cuando decido que se ha acabado la tontería.

Y en efecto, cuando la veo venir la siguiente vez, no solo no la evito, sino que como si de una moto se tratase, doy gas a mis patines y voy en su dirección.

«O se quita ella o nos comemos». Y se aparta, ¡vaya si se aparta!

Vuelve a intentar interceptarme y que sea yo el que muerda el polvo, pero de nuevo se lo impido y no me dejo amedrentar, siendo ella la que acaba teniendo que sostenerse contra la valla para no caer al suelo.

Paso por su lado fugaz como un rayo y le devuelvo una sonrisa de las suyas, llenas de maldad ¿y complicidad?, que ella entiende, recibe, regalándome como respuesta el dedo corazón, mandándome a la mierda.

Ya no hay tregua que valga, ahora estamos en pleno campo de batalla y solo puede ganar uno. «Y perder otra». Y así será. «¿Quieres jugar? Pues ale, chúpate esa», dice mi niño interior que está pasándolo en grande.

Espero el contrataque paciente, mientras me deslizo sin perderla de vista, a sabiendas de que ella debe de estar planificando cómo acabar con mi espalda sobre el frío hielo. Lo veo venir...

—¿Te suena eso de los que se pelean se desean? —Ríe Fran cuando se pone a mi altura.

—Anda, anda... qué dices, gañán...

—No te creas que no, que mi señora es muy lista y dice que aquí hay tomate. ¿Tienes algo que contarme? ¿Dio para mucho la reconciliación? —pregunta él, curioso, cosa que no es propia de mi amigo.

—Fue un simple cruce de palabras y disculpas.

«Ay, si supierais...».

—¿Solo? Mira que vemos cómo os estáis picando, parecéis criejos jugando, joder... y eso solo puede significar una cosa...

—¿Que lo estamos pasando bien, tal vez?

—No trates de despistar, Carlitos —ataca Carlota al paso, llevándose de la mano a su marido de mi lado.

—Anda, sí, huid que voy a por vosotros —les digo, disfrutando como un enano del patinaje y jugando con mis amigos mientras los persigo.

Hasta que la fierecilla decide que ha llegado el momento de ir a por mí con disimulo, solo que no sabe que mis ojos la siguen de cerca «demasiado», contemplándola fascinado por sus movimientos envolventes y rítmicos en su maniobra de despiste y, antes de que pueda tirarme y hacerme hincar rodilla y dientes en el suelo, la agarro fuerte de la muñeca y, sin soltarla, desafiante, retándola, sin hablar, solo entendiéndonos con la mirada damos unas cuantas vueltas en círculo, con los ojos atrapados los unos en los otros, sin despegarse ni pestañear...

Y no sé qué ocurre, pero por un microsegundo es como si estuviésemos a solas en esa pista llena de humanos y minihumanos que pasan volando veloces sobre los patines a nuestro lado, nos rodean, pero el tiempo se detiene, de fondo suena *Deck the halls* y solo estamos ella y yo, girando sin parar como una rueda hasta que todo empieza a dar vueltas y no tengo claro si es Mara o si soy yo el primero en perder el equilibrio, pero antes de que podamos darnos cuenta estamos tirados con el hielo a mi espalda y tengo su cuerpo sobre el mío; y el abrir los ojos resulta como despertar a un nuevo mundo, porque me pierdo en todo lo que desprenden los suyos.

Me sumerjo en ese fuego que me hace alterar, y no solo por sentir su calor —pese al frío— sobre mi pecho y su rodilla en mis partes, sino por todo lo que me está transmitiendo sin hablar. Esa mezcla de furia, de rabia con la que me mira, pero también ese deseo, esa atracción, porque, cuando todo deja de girar, contemplo el rubor en sus mejillas y cómo tarda pocos segundos en despegar su mirada de la mía, tímida en el fondo.

¿Por el esfuerzo?, siento el latir de su corazón fuerte, atronador, alterado y disparado, clavado al mío, que por un instante creo que va a explotar y se me va a salir por la boca de un plumazo.

Pum. «Qué guapa es», y cada palpitación es más fuerte que la anterior. Y más intensa. Pum. «Esos labios». Pum. «Esa forma de mirarme». Pum. «Que deje de morderse el labio, por Dios». Pum. «Aparta esa mirada de mí, Satán». Pum, vuelvo a cerrar los ojos... «¿Qué coño me está pasando?».

—Esto... deberíamos movernos —comienza a decir ella, cosa que agradezco porque en este jodido instante estoy sin palabras, obnubilado y sin saber ni qué ha sucedido ni qué decirle.

—Sí, perdona...

—¿Estáis bien, chavales? —Oigo a los chicos acercándose a por nosotros mientras ella trata

de levantarse de encima de mí, sin éxito... con sus manos resbalando por el hielo.

Cada vez que lo intenta se restriega, moviéndose sobre mi pelvis —involuntariamente, claro —, provocando que mi cuerpo arda y reaccione al contacto; dejándome noqueado y duro como un bloque de hierro que podría acabar fundiéndose si ella siguiera moviéndose sobre mí. «¡Joder!».

—Sí, tu amiguito, que ya sabía yo que acabaría con la espalda en el suelo... —responde ella, disimulando y provocando también ante mi cara de «te odio».

—Si ya lo decía yo, que tanto jugar... —se burla Fran, tendiéndome la mano a mí tras ayudar a Mara a incorporarse.

—No digas gilipolleces —le bufo, enfadado, no sé si con ella, con él, o conmigo mismo por haber dado lugar a un momento que se me ha vuelto en contra.

Si bien era para fastidiarla a ella, el que ha salido ¿trasquilado? soy yo, porque he sentido cosas que no debería, porque me ha provocado sensaciones que no quiero sentir, me ha despertado...

«Carlos, para, hostia».

No volvemos a cruzar la mirada entre nosotros en lo que resta de tarde. No sé si por pudor, por vergüenza o por cabreo, pero no vuelve a suceder. Seguimos como si nada, en mi caso rayado —en el de Mara no lo sé—, y cuando la sirena suena y acaba nuestro turno en la pista, dejamos los patines en los bancos y disfrutamos de un buen chocolate con churros mientras cantamos villancicos a coro, desgañitándonos entre risas con los niños que corretean, panderetas en mano, a nuestro alrededor. Y qué bien sienta reír en compañía. Y disfrutar.

«Con seguridad si estuviera en Madrid estaría en el despacho con la cabeza enterrada en el pc y detrás de mis torres de carpetas».

Cuando regresamos en el bus y las chicas se bajan en la primera parada del pueblo, me permito levantar la vista y observar cómo ella desciende del vehículo charlando con Laura, pero sin volver los ojos atrás. «¿Encima pretendo que me mire o qué? ¿De verdad, en el fondo, esperaba despedirme de ella? Siempre puedo hacerlo a través de la ventana, pero no, mejor que no».

Me siento en el sofá unos minutos al llegar al hotel y contemplo el chisporrotear del fuego. Me encanta perderme observando las llamas y ese olor que penetra en mis fosas nasales. El salón está en silencio, ya no suenan villancicos ni jaleo de fogones en la cocina, mis amigos se han marchado a dormir y me dedico ese rato para mí.

En la chimenea hay un tronco pequeño, al que las llamaradas van empujando y aproximando al tronco grande, mientras este arde. Se van a juntar en pocos minutos y se van a fundir, ardiendo juntos. Y sucede porque cuando te acercas al fuego, al peligro, te acabas quemando. Y es como la vida misma.

Yo no quiero quemarme, no es mi camino, yo voy en otra dirección, pero tampoco he conseguido evitar lo que ha sucedido un rato atrás y eso me preocupa, porque no he venido aquí para esto. No estoy de vacaciones para fijarme en ninguna mujer. No soportaría una cuarta vez, otra desilusión con nadie...

Pero lo cortés no quita lo valiente. Sé que hemos vivido un momento intenso, especial, peligroso, que no debería haber tenido lugar, pero será mejor hacer como si nada, ignorarlo y disimular como si no hubiera sucedido, disculparme —esta vez yo— y borrón y cuenta nueva.

CAPÍTULO 13



MARA

—Pero, tía, ¿qué ha sido eso?, ¿os teníais que haber visto ahí tirados, tú despanzurrada todo lo larga que eres encima de él y él... que te miraba como se mira a una tableta de chocolate Nestlé de las gigantes metida en pan blanco...

—Veeenga ya, no inventes, Laura.

—No, Mara..., no me invento nada, puede que no te hayas dado cuenta pero, desde fuera, ha sido un pedazo de momento de cine, de esos que vemos en la tele y es un jodido «¡ay!» cuando no hay beso y queda en nada...

—No seas peliculera, anda, nada de casi beso ni de nada.

—¿Cómo que no? Si saltaban chispas, chispitas y chispazos.

—Ni chispas ni chispas... solo nos hemos caído y tocaba recomponerse.

—Después de girar como dos trompos mientras te agarraba y, ojo, que tú no te soltabas; luego, esas miradas, ¡por favor! ¡A ver si te crees que no os vi! ¡Que casi derretís el hielo, por Dios!

—Por su culpa nos hemos caído, eso es... Si no me hubiera cogido...

—Podías haberte soltado, reconócelo, chata, a ti ese hombre te gusta más que comer con los dedos.

—No te flipes...

—Si te quieres engañar, tú misma, pero os he visto y me reafirmo en lo que he dicho.

—Pues te equivocas, pero de plano...

—Si desde el primer día ya te pareció un portento, ¿o eso se te olvida?

—Y un gilipollas, por si no te acuerdas tú.

—Empezasteis con mal pie, bueno, sí. ¡Estamos ante un *enemies to lovers* en toda regla! Por favor, qué emoción, en vivo y en directo... Y sin saber cómo acabará, porque aquí puede pasar de todo... y ¡en Navidad! ¡La historia se repite!

—¿Puedes parar de decir tonterías?

—No te enfades, Mara... ¡Con lo bonito que es ver a alguien enamorarse!

—Tú deliras... ¿Enamorarse?, ¿quién?, ¿yo?

—¡Obvio!

—Créeme, sería lo último que haría en la vida. ¿Se te olvida que me dejaron tirada antes de casarme? ¿Crees que podría volver a fiarme de alguien en ese sentido?

—Nunca digas nunca... No es malo dejarse llevar si aparece la persona indicada y sentir...

—Sí, lo digo y lo repito. Sería lo último que haría en la vida, fijarme en alguien, con la mala suerte que tengo y, vamos, ¿ese la persona indicada? ¡Ni loca! Fijarme yo en semejante...

—¿En semejante qué? ¿A que ya no te salen los insultos tan fluidos como antes que parecías una apisonadora?

—Semejante hombre, que tendría que ser el último sobre la faz de la tierra para que yo pusiera mis ojos en él.

—Sí sí, lo que tú quieras decir... ¡Qué mal mientes, chica!

—¡Vete al carajo! —le digo sacando todo mi acento andaluz, mientras me despido ladeando la cabeza de un lado a otro, caminando hacia mi casa, negándome a mí misma y a ella de fondo lo que es evidente y es que ese momento que hemos vivido esta tarde a mí por lo menos me ha dejado con las piernas temblando y, siendo realistas, con el chichi haciendo aguas.

«¿Qué tiene ese jodido hombre?».

«Debo de estar grillada».

—¿Mara María de los Galanes Fernández de Blas qué narices estás haciendo? ¡Tú no puedes dejar que esa persona te intimide! Además, ¿por qué me va a intimidar? Porque tiene esos ojos verdes en los que te pierdes sin darte cuenta... o esa mirada que traspasa y te deja temblando... o esos labios que son un «¡ven aquí y bésame!» bien grande y en mayúsculas... en ese cul... YA... es un impresentable, eso es lo que es, y que ni siquiera se ha dignado en disculparse... y yo, una ABSOLUTA IDIOTA que encima me he quedado nerviosa perdida pensando en él, mientras que el señorito seguro que está riéndose de cómo ha conseguido que fuésemos a dar contra el hielo y de haber podido quedar por encima de mí una vez más.

»¡Maldito Gominas! Maldito seas... por haberme hecho sentir demasiado en esos pocos instantes. Por esa alteración que me ha entrado que casi no podía hablar, por desbocarme el corazón al verme tumbada sobre él, con esa mirada clara fija en la mía, por esa vergüenza que he pasado tratando de incorporarme, sin poder, sentada sobre toda su dureza, turbada a más no poder por la situación y lo peor ¡es que me hubiera quedado sobre él, encajada en su tronco, sintiéndolo!

»Mara..., estás para que te encierren, hija —me digo, atacada.

«Si luego siempre acabo como el culo». Mejor no pensar, porque muero de la vergüenza y a la vez me come la ira por haber quedado fatal otra vez ante él o frente a él. Y encima las bromitas de Fran, y las palabras de Laura, a la que he querido negar el momento y hacer como si estuviera alucinando, cuando la que alucinaba era yo por esos *jodíos* segundos que han sido un terremoto en toda regla, un movimiento sísmico en mi interior de los de más graduación en la escala de Richter.

Vamos, que ahora mismo me pinchan y no sangro. ¿Cómo puede haberme alterado de esa manera una fracción de tiempo tan breve? ¿Cómo puede hacer tambalear los cimientos de mi ser un tipo así? Unos segundos escasos que no tenían que haberse dado... pero es verdad que quien juega con fuego se acaba quemando, y yo he jugado, lo he buscado toda la tarde para hacerle rabiar y ser molesta... Lo he provocado, y al final, como dice el refrán, he ido tanto a por agua a la fuente que el cántaro me ha estallado en toda la cara.

«¿Y él? ¿Qué habrá sentido él? ¿Se habrá dado cuenta de lo que ha provocado en mí?».

—Mara, bonita, no te montes tramas sin sentido... él estaría deseando que te quitases de encima de él y dejásemos de dar el espectáculo, que, por otra parte, él solito ha propiciado.

No sé con qué cara voy a mirarle la próxima vez que nos encontremos... Y me sorprende a mí misma porque soy consciente de que no estoy enfadada con el Gominas, sino conmigo porque mis pensamientos están yendo por libre y puede más en mí la vergüenza y el corte, que el enfado anterior; y me ruborizo yo sola, cual adolescente en su primera cita con el chico de sus sueños, recordando cómo una corriente eléctrica ha recorrido mi cuerpo cuando he caído sobre él, delante de todo el mundo; pese a que por un instante parecía que estábamos solos, en una burbuja, ajenos a todo y a todos, flotando sin pisar el hielo mientras la música nos envolvía y girábamos como la olla de los cacharritos de la feria.

Y sí, nos hemos quedado enganchados el uno con el otro, cuerpo con cuerpo, hasta que he apartado la mirada porque no podía más y él también ha cerrado los ojos. Ahí es donde he percibido que estaba de más. Sobre él, nada más y nada menos. Y entonces me he sentido ridícula, sí, pero si yo estaba cachonda, él no lo estaba menos.

«Lo estaba notando, virgen santa, ¡qué poderío!».

Y si hubiera podido cabalgar sobre él, lo hubiera hecho, sí, lo reconozco, y me habría puesto mirando a Cuenca.

—Ay, por Dios, ¡qué lío!

«No, no y no... me niego a que esto se convierta en algo más que un tonto pensamiento consecuencia de un momento de ¿bochorno? O de calentón», pienso sin atreverme a verbalizarlo.

CAPÍTULO 14



CARLOS

Es un día de diario común y corriente. Y no tengo que trabajar. Sienta bien no tener que madrugar para meterse en un atasco y tardar una hora en llegar a la oficina. Ni oír los cláxones en todo momento o las sirenas de ambulancias en la calle.

Pese a los días de confusiones y problemas que llevo, lo cierto es que he desconectado a *full* de Madrid y de mi rutina. Me estoy aficionando a abrir las ventanas, escuchar el silencio, a los pájaros cantar... y nada más. Respirar fuerte, profundo, y que el aroma a campo penetre por mis fosas nasales mientras el frío del invierno se estampa contra mi cara y me despeja para todo el día. Y a esos desayunos navideños que me tienen conquistado, casi tanto como Maritere.

«Esto me gusta, y en realidad no estoy echando de menos mi ciudad, pero para nada».

Hoy no salgo a correr. Voy a tomarme la mañana para vagar y disfrutar de que no tengo que trabajar. Me apetece dejarme llevar y observar el día a día del pueblo en una jornada cualquiera. Cuando visito sitios es algo que acostumbro a hacer, porque me dice mucho de los lugares y sus gentes.

—Buenos días, hombretón —me saluda la señora, como ya es tradición, mientras estoy mojando una de sus magdalenas con forma de calcetín de Navidad en leche caliente.

—Muy buenos, diría yo. ¿Sabe una cosa?

—Dime, y con permiso —aclara, tirando de la silla y sentándose a la mesa conmigo, café en mano.

—¡Esto es vida! —afirmo muy convencido—. Me encanta mi trabajo, eso por supuesto, pero hoy es día entre semana y me he alegrado de no tener que ir a trabajar. Incluso de no estar en mi casa, sino aquí. Todo es diferente en este pueblo. Cuando viajo por reuniones o visitas a clientes y me quedo unos días en otros hoteles, nunca he tenido la sensación de paz o de tranquilidad que tengo aquí, alejado de todo.

—Sí que lo es, sí. Este pueblo es diferente, te conquista sin que te des cuenta... A nosotras nos pasó y ¡míranos!

—Es especial. Tiene algo, ¿verdad? Hoy voy a recorrerlo para ver el ambiente, visitar los

monumentos, la iglesia...

—¿Y vas a visitar algo que no sean monumentos? —pregunta con sorna pícara.

—No la entiendo.

—Yo creo que sí. Ya me dijo anoche mi niña Carlota que algo te traes con una moza...

—¿¡Yo!? Para nada, no le haga caso usted. Ni a ella ni a su marido. Sabe que les gusta bromear, pero no es el caso.

—Tú sabrás, pero lo decía muy segura.

—No hay nada, aunque lo que sí es cierto es que debería pedirle perdón a esa chica. Desde que llegué hemos tenido algún malentendido y ayer... —dudo si seguir hablando—, el caso es que no sé cómo arreglarlo.

—Vamos que sí hay algo... —afirma, elevando una ceja mientras me observa—, Mara parece una fiera cuando saca el genio y el coraje, pero la realidad es que es un cachito de pan. Ya te lo digo yo. Como dice el dicho, no es tan fiero el león como lo pintan.

—Si usted lo dice... —contesto, negando y ladeando la cabeza.

—No me digas más, tú te vienes conmigo.

—¿A dónde, Maritere?

—A solucionarlo, hombre, ¡a qué va a ser!

—Pero ¿cómo? ¿Qué quiere que hagamos? Y encima, no lo tome a mal..., ¡los dos juntos!

—No, muchacho, no, yo no cuento. Yo voy a ser tu excusa, tu cebo, nada más. Aunque me encantará ser testigo, tampoco te lo voy a negar, porque a mí estas historias entre vosotros los jóvenes me fascinan.

—No, pero no se equivoque, que aquí historia ninguna. Es un simple perdón, que ella me dedicó antes y yo no supe aceptar. Pero sé que se lo debo.

—Por algo se empieza, ¿no?

—¿Qué insinúa? Que tiene usted un peligro...

—Yo nadita, solo colaboro, ya lo sabes. Vamos a ir los dos a la cooperativa y mientras yo compro los embutidos, tú le das palique, le das conversación, y así aprovechas y charlas con la moza. ¿Qué te parece?

—Pues la verdad me parece que ahí no pinto nada. ¿Cómo voy a ir con usted a eso? Es ridículo, por Dios.

—Sí, hombre, sí... porque tú vienes para cargar con los lomos, los chorizos y todo lo que pesa, como un caballero que eres, y amigo de la familia..., lo pillas, ¿no? —dice cómplice, guiñando un ojo.

—Ya veo, ya; pero de verdad que está pensando lo que no es.

—Tú por eso no te preocupes, que yo soy vieja y cuando vea el turrón te diré lo que pienso. De momento solo tengo el chisme, que, por otro lado, es como empieza todo —explica, risueña ella, que tiene más peligro que mi vecina Radiopatio.

—Pues, si me disculpa, voy a la habitación. Me voy a poner algo más sufrido para cargar con los chorizos y todo lo demás...

—Qué curioso...

—Usted también cree que soy un pijo, ¿verdad? —le pregunto haciendo mías las palabras de Mara.

—A mí siempre me llamaron la atención los hombres hechos y derechos, y se ve que tú eres uno de ellos.

—¿Usted nunca se casó?

—Sííí, hijo, sí, otro día te lo cuento, pero, anda, coge el chambergo y vámonos, que el embutido es para el aperitivo de la comida y tenemos mucho que hacer, pero primero a ver si arreglamos lo tuyo.

—Eso sí, me tiene que prometer guardar el secreto, ¿de acuerdo? Y no hacerse notar, ni nada raro que nos deje en evidencia... Porque ya bastante infantil me siento preparando un plan para yo no sé qué...

—Claro, claro, nuestra visita es puramente necesaria para la casona y tú como el hombre educado y cortés que eres te has ofrecido a echar una mano sin saber ni a dónde íbamos. ¿Hecho?

—Hecho —le respondo agradecido.

Me hace gracia la implicación de la señora, quien me va a ayudar a resolver de una vez por todas el dichoso asunto de las narices, y aunque voy a tener público, no me importa que sea ella. Es demasiado entrañable y ya le he cogido cariño. Mucho. Aunque metiche es un rato.

CAPÍTULO 15



CARLOS

Cuando estamos llegando al lugar donde empezó todo, comienzo a arrepentirme de lo que voy a hacer. Y a acordarme del primer día allí pisando lo que no debía, también. «¿En qué momento he necesitado yo ayuda de nadie, y menos de una septuagenaria, para hacer lo que tengo que hacer? ¿Y por qué estoy atacado?».

Parezco un manojo de nervios como cuando me examinaba en la universidad o como me pasaba en el instituto que, pese a que tenía a varias chavalas detrás de mí, yo siempre tenía pudor y me daba pánico iniciar una conversación con ninguna.

«¡Será posible que me sienta así! ¿Qué narices tiene esa mujer para producirme estas sensaciones? Si es solo una simple disculpa...».

—Cuidado, no vayas a pisar alguna *moñiga*, hijo —me advierte sonriente y puñetera haciendo alusión a mi primera cagada en el pueblo, nunca mejor dicho, y soy consciente de que la tunanta de ella sabe mucho más de lo que me ha dicho.

—Es usted tremenda, ¿eh? ¡La veo bien informada de todo!

—La información es poder. Y aquí también un deporte, nos gusta saber lo que les sucede a unos y otros.

—Y luego un ratito comentando en la merienda con las amigas, ¿no?

—¡Cómo te lo sabes!, ¿eh?

—Espero que esto quede entre nosotros y no sea el tema de la tarde antes de la partidita de cartas...

—¿Por quién me tomas, hombre? Yo ni pío, una tumba, vamos... —Me guiña el ojo y sé que Carlota va a saber que le he pedido perdón a Mara en menos que canta un gallo, porque si Maritere se calla, se ahoga. Pero tiene demasiada gracia como para que la sola idea me moleste.

Volvemos a entrar en el lugar de autos y sonrío. En el fondo fue una situación paradójica, pero mira la que ha traído... en vez de dirigirnos al frente o a la derecha, que están las oficinas —como ya me quedó claro— tiramos hacia la izquierda, donde atravesamos una puerta doble. A la derecha hay un mostrador alargado y frente a nosotros varias hileras de pasillos rebosantes de

productos de alimentación de la tierra. Y al fondo, productos de campo, herramientas, piensos... y ella, que cuando me ve se queda de una pieza. Casi tanto como yo, que solo deseo que me trague la tierra.

—¡Cuánto bueno por aquí! —exclama con salero, mirando solo a Maritere hasta llegar con sus ojos a mí—. Bueno, no todo —añade con sorna.

—Buenos días —saludo, educado, y no recibo respuesta. «Tampoco esperaba que fuese a tirarse a mis brazos, pero jobá, un hola por lo menos».

—Vengo a por una buena carga hoy, tenemos el hotel a tope ya —comenta la señora dirigiéndose a ella—, y me he traído un ayudante. Como es de la familia, hay confianza con él, pues va a echarnos una manita.

—Ya veo ya... Menuda ayuda se ha traído, Maritere, menuda... Espero que no acabe por el suelo con sus compras, por su culpa, como otras...

—¡Deja al hombre, niña, que quiere ayudar! —exclama dicharachera la mujer, mientras yo las observo.

Mara lleva el pelo retirado de la cara, recogido con una pinza por detrás, dejando caer las ondas sobre sus hombros, y los labios, como siempre, pintados en el rojo que llevaba cada día que hemos coincidido. «Rojo pasión, sin duda». «Hasta con el delantal que lleva puesto está guapa».

Y por un momento imagino que la cojo en volandas y la subo al mostrador, abriéndola de piernas, donde me coloco para tener mejor acceso a ella, a su piel, a esa boca carnosa que me tienta —aunque quiera negarlo—, a ese culo redondito y perfecto que dejan ver sus pantalones estrechos, que dan ganas de pellizcarlo; y ahí mismo la devoro con ansia, con millones de ganas por descubrir su sabor y sentir su cercanía...

—Carlos, hijo, ¿me escuchas? —Me saca la señora de mi ensoñación.

—Sí sí, perdona..., me quedé pensando y me dispersé.

—¡En las musarañas, para variar! Como si los demás tuviéramos el tiempo de sobra para perderlo —murmura Mara.

—Que te decía que voy a las neveras del fondo. Espérame por aquí que vuelvo enseguida —asegura, haciéndome un guiño cómplice y moviendo la cabeza en dirección a Mara, como si me estuviera diciendo que tengo vía libre.

—De acuerdo —le digo, llevando la mirada a Mara, que a su vez analiza el suelo como si estuviera contando las partículas de polvo que hay sobre las baldosas. «Al toro».

—Oye, ya que estamos solos y que por casualidad hemos coincidido, yo...

—Bueno, venías a mi lugar de trabajo, así que tan casual no ha sido... O como yo el otro día por el campo, ¿no?

—Sí, es cierto..., pero bueno, no lo sabía... En fin, que sé que te mereces una disculpa por mi parte. Tú me pediste perdón y yo...

—Fuiste un estúpido que no quiso aceptarlo. Lo reconoces, ¿no?

—Lo reconozco. Un perdón no se le debe rechazar a nadie.

—Pues para lo bien que te sabes la teoría, la práctica se te quedó un poquito coja... en mi opinión.

—Tienes razón. Y luego lo de ayer por la tarde, yo...

—Venga, dílo, que nos caímos por tu bromita, como tú decías, ¿no es tan complicado aceptar una culpa!

—Y no lo es, a mí no me cuesta disculparme, pero reconocerás que tú algo tuviste que ver.

Me estuviste buscando las cosquillas toda la santa tarde, Mara.

—Solo un poquito, pero te lo merecías. Estaba mosqueada contigo y no te lo iba a poner fácil.

—No, ya vi, que tu manera de aflojar era intentando que me rompiera cualquier hueso...

—Mira que eres exagerado, Gominas.

—Que no me llames así... Podría yo llamarte lunática, ¿cómo te sentaría?

—Pues no me identificaría para nada porque no lo soy...

—Si tú lo dices... —Carraspeo.

—A ti solo hay que verte, hermoso. Lo mío es tu opinión, que ya sabes lo que me importa y por dónde me la paso... por el arco del triunfo, vaya.

—Tú siempre tan fina, por lo que veo.

—Ya empezamos, guapito de cara.

—Gracias por el piropo, no lo esperaba viniendo de ti. —Y cuando digo esa frase mis ojos no dan crédito, ya que veo a Maritere agazapada detrás de una estantería, cotilleando, con la cabeza camuflada entre los productos, pero la vista puesta en nosotros.

—No te emociones, chato, que era una frase hecha... A ti, siendo consciente y en mi sano juicio, no te piropearía. No hay motivo para ello.

—Ah, ¿no? ¿Y todo eso del portento, el buenorro... que dijiste tú solita a tus amigas cuando me conociste? Era mentira, ¿no?

—Cosas que se dicen de broma, ya sabes, el momento de adrenalina después de la bronca que tuvimos...

—No, no sé. Yo si alguien me parece un portento o preciosa o la mujer más atractiva que he visto, no tengo problema en decirlo y reconocerlo. ¡Lástima que no sea el caso! —le digo mirándola, poniendo mi mejor sonrisa canalla, para chincharla de buen rollo, tras disculparnos.

—Pues ya somos dos... la próxima vez que tenga un cañón, de los de verdad, delante, no dudaré en reconocerlo... pero como todavía no se me ha dado esa situación, pues seguiremos bromeando para matar los ratos muertos con el móvil.

—Pues espero que tengas muchos para que puedas seguir alabando mis virtudes.

—En ese caso, yo espero no tener ninguno. Momentos de enajenación los tenemos todos, tenlo claro.

—No tanto, pero sabía que tus cambios de humor estaban motivados...

—Y yo sabía que eras gilipollas, pero no tanto.

—Venga, mujer, no te enfades, que era broma. ¿No habíamos hecho ya las paces? —le pregunto, tendiéndole mi mano, que ella acepta. Y cuando la siento sobre la mía, encajando a la perfección, percibo algo que no sé definir, pero sé que me gusta. Y no la suelto.

—Dejémoslo en que te has disculpado y yo, que soy educada, no como otros, las he aceptado...

—Esa me ha dolido, que lo sepas. —Sonrío.

—De eso se trataba, no te olvides que donde las dan las toman.

—*Touché*... —reconozco, con mi mejor sonrisa, admirando su belleza y perdiéndome en esos ojazos que transmiten brillo y alegría, pero ya no emanan la furia de estos días de atrás.

—Y ahora, si no te importa, vuelvo al trabajo —rompe el momento ella, decidida a marcharse.

—No, claro que no, por favor. Aunque ambos sabemos que si no te has ido es porque en el fondo te divierte meterte conmigo.

—Lo cierto es que sí, pero sobre todo, ¿sabes por qué no me he ido?

—Soy todo oídos.

CAPÍTULO 16



MARA

—Porque me tienes agarrada y no me sueltas, por si no te habías dado cuenta... —le digo, señalando hacia sus dedazos puestos sobre mi piel—, ¿me devuelves mi mano? —le vacilo, mostrando mi sonrisa más coqueta y pillá.

Y lo cierto es que no querría que me soltase. Me gustan sus manos, grandes, sus finos dedos pero largos, pero sobre todo me gusta cómo han encajado y cómo he sentido protección cuando lo he agarrado con la mía para dársela.

—Claro, claro... qué tonto —se disculpa nervioso—. Perdona. Toda tuya. —«Y diría que está cortado».

—Gracias, si necesitáis cualquier cosa, decidme, que estoy en la caja —me ofrezco, llevando mi mirada hacia donde sé que Maritere se encuentra observándonos, antes de marcharme porque yo no sé lo que me pasa con este hombre que tiene algo demasiado magnético, que atrapa y que podría hacer que me derritiese en 3... 2... 1...

Y me retiro, sí, pero contoneándome todo lo que puedo, juguetona, cosa que no debería, porque sé que Carlos me está mirando sin perder ripio. «Y a ver para qué lo hago si yo no quiero nada con nadie, ni ilusionarme mucho menos». Quién me entienda que me lo aclare, porque yo no...

«Pero ha venido a disculparse, y ayudándose de Maritere... Al final no va a ser tan mal chaval». Y es que encima es tan guapo el *condenao*, tan atractivo se ponga lo que se ponga... que podría engatusar a cualquiera. Y esos ojos verdes que echan fuego como un dragón cuando miran sin pestañear, como si se metieran dentro de una misma... En la cama tiene que ser como un volcán en erupción. Y sí, lo imagino ahí mismo, empotrándome contra el frío cristal de la nevera de los refrescos y vuelvo a sentir lo que sentí al tenerlo debajo de mí en la pista de hielo. Esa culebrilla que me atraviesa de arriba abajo y me deja los pelos como escarpías. «¡Ojú, qué hombre!».

Acaloraíta perdida, lo primero que hago al llegar a la caja es beberme media botella de agua y cambiar la lista de reproducción de villancicos en el pc.

«Espero que cada vez que lo vea, ahora que hemos firmado una tregua, estos pensamientos guarretes, producto de la tirantez, del tira y afloja, del juego de poder, se vayan, porque si no estoy apañada...», me digo mentalmente mientras comienza a sonar *Qué está pasando*, de Siempre así.

¿Qué está pasando? Que la vida es distinta, el mundo sonríe, se alegra la vista mirando a los niños que cuelgan bolitas en un árbol de Navidad.

¿Qué está pasando? La casa calentita, reunión de familia, olor a comida, la gente se escribe y se felicita... regresan a casa porque es Navidad.

Es Navidad, y mi barrio se ilumina se siente la vida en Navidad...

Eso dice la letra y eso mismo me pregunto yo, que qué está pasando porque diría que, igual que a mí él no me es indiferente, he podido atisbar que yo tampoco se lo soy a él. Cuando alguien se pone nervioso o está intimidado, es por algo.

—¡Tiembra Spielberg, que ya me monto yo sola la peli! —susurro, dejando los ojos en blanco.

Arde la leña en la chimenea...

Un montón de ilusiones nuevas para este año que va a empezar...

«Ay, dios mío, no, tengo que desechar esos pensamientos». «Con lo enamoradiza que yo soy... no, no y no».

Entonces avanzo a la siguiente canción y la que sale es peor aún, del mismo grupo, muy poco apropiada para este momento de enajenación mental transitoria que estoy padeciendo con «El monumento» frente a mis ojos, deambulando por los pasillos, mientras yo no le quito la vista de encima...

Si los hombres han llegado hasta la luna

Si desde Sevilla puedo hablar con alguien que esté en Nueva York

Si la medicina cura, lo que antes era una muerte segura

¿Por qué no es posible nuestro amor?

Si la bella con un beso convirtió a la bestia en un galán

Si las flores se marchitan y más tarde vuelven a brillar...

—¡Basta! ¡Suficiente! No necesito ahora mismo todo un canto a la esperanza en las relaciones sentimentales. No no, no quiero escuchar canciones de amor, ni de ilusión ni de nada. ¡A tomar por culo, lo quito y pongo el porompompero!

—¿Decías algo, muchacha? —pregunta Maritere, llegando hacia donde estoy.

—Nada, que voy a ir al ropero a por la chaqueta. Hace frío.

Estoy cagada, llevo días sintiendo todo tipo de cosas raras por un hombre al que apenas conozco pero que por alguna extraña razón me perturba, me altera y saca lo ¿peor? de mí. Y de ahí al resto hay un paso. Y no puede ser. Yo no puedo volver a pasar por eso. No puedo volver a sufrir por nadie.

Y sin dar opción a un nuevo encuentro, le pido cinco minutos a Anselmo, mi compañero, y salgo de allí huyendo de manera clara. Me escondo en mi oficina hasta que, pasados unos minutos, los veo salir por el portón de la cooperativa desde mi ventana, que por suerte da al patio.

Cuando abandono mi escondite, me quedo en la puerta y llevo la vista al escalón que tengo bajo mis pies. Al maldito escalón donde quería dejarme el truño restregado, y entonces su imagen de ese día vuelve a mi cabeza y sonrío. «Me pasé tres pueblos y medio y aun así...».

—Creo que lo mejor será dejar de ir por la casona unos días. Quien evita la ocasión, evita el peligro —me digo, en voz baja, convencida y consciente de que debo alejarme de la tentación o lo que sea que el tal Carlos supone ya para mí. «Otra cosa es que lo consiga».

CAPÍTULO 17



CARLOS

—Lo que yo decía —insiste Maritere—. La zagala te gusta más que comer con los dedos...

—Maritere, yo no como con los dedos.

—Ay, qué hombre este, finolis... Pues la moza te gusta más que comer langostinos con cuchillo y tenedor, o comer caviar de «verruga» de ese que coméis los pijos.

—Es beluga y, para su información, no me gusta. Y no. Ya se lo he dicho...

—Y yo digo que sí, nadie me saca de ahí.

—Y, por cierto, ya le vale espiarnos detrás de una estantería, cual niña chica.

—Hijo, no te enfades, quería estar segura de lo que había y ya no tengo duda. He visto cómo os miráis y, aunque hacéis ver que no, algo hay. Ojo de loca no se equivoca.

—No sé qué ha visto, pero sea lo que sea, se confunde...

—Esa disculpa, ahí entre las luces de colores que caían de la pared, ha sido tan romántica...

—Pero ¿cómo puede hablar de romanticismo? Ha sido una simple disculpa, con unas neveras como telón de fondo... y ya. No se monte historias.

—Y como la has agarrado, con qué ganas, vamos, que no querías ni soltarla. A eso, ¿qué tienes que decir?

—Pues ni cuenta me di... ha sido el fervor del momento...

—Pues eso, hijo, la vida es eso... momentos que uno decide si quiere ver y vivir o prefiere ignorar, piénsalo. Estamos en Navidad, la época más mágica del año. En estas fechas todo puede pasar...

—Yo no necesito ni quiero que pase nada.

—Eso lo dices porque te han roto el corazón y...

—Varias veces —la corto.

—Y justo por eso es por lo que necesitas una nueva ilusión, para acabar de sanarlo y hacer que reviva. Y esa chica, que también tiene su historia, por si no lo sabes, está igual que tú. Y te miraba como una corderita...

—¿Cuál es su historia? Porque algo mencionó Fran... pero no me enteré.

—No debería ser yo quien te la cuente.

—Maritere, sabe que me lo va a acabar contando, no se ande con remilgos a estas alturas, por favor.

—Bueno, por un resumencillo que te haga tampoco pasa nada —se dice ella, para sí, restando importancia—. Tienes razón.

Y viendo cómo le gusta el cotilleo sé que mañana la versión del perdón que acabo de pedir será que hiqué rodilla y con flores le supliqué a una bella dama que me disculpase... y la cosa terminó en beso. «Que ojalá hubiese acabado así. Pero ¿qué digo? NO, así no. Ni ojalá ni hostias».

—Pero ¿me estás escuchando, criatura?

—Sí, sí, siga...

—Pues eso, que ella llegó tan triste después de que el cochino de su prometido llevara años enredado con su mejor amiga. Y a punto de casarse estaban. La pobre lo pasó fatal y decidió largarse de su pueblo para no tener que verlos felices y contentos restregándole la traición por la cara... Y dicen las malas lenguas que llegó aquí y se encaprichó del Rubiales.

—¿El Rubiales? —pregunto, curioso.

—Rubén, el novio de tu ex.

—Increíble que Mara se fijase también en él. Sea sincera, ¿qué tiene ese hombre que las engatusa a todas?

—Es un buen tipo. Yo tenía mis dudas dada la trayectoria y su fama de mujeriego, pero es verdad que cambió y hace muy feliz a Isabelita.

—Algo es algo... —acepto resignado.

—¿Aún te duele ella? —indaga la señora.

—Pues fíjese que no, tenía mis dudas al respecto de este viaje por eso, por si verla suponía un revulsivo para mí. Pero no la he visto y estando aquí, por cómo han sido los acontecimientos, la que no se va de mi cabeza es Mara y en Isa apenas he pensado.

—Entonces, con más razón —apostilla ella.

—Con más razón ¿qué?

—Pues que tu corazón está listo para volver a sentir; y déjame decirte que tú eres el hombre que cualquiera querría como compañero de vida.

—Pues muchas gracias por sus palabras, pero el milagro no se ha dado hasta ahora, sino, míreme aquí, solo...

—Los milagros se producen, no lo dudes, y te repito, estamos en Navidad... donde todo es magia y todo puede ocurrir. Se lo pediré para ti a Papá Noel, y tú deberías hacer lo mismo el día que escribamos los deseos y los colguemos en el árbol.

—Pero, señora, que ya tenemos una edad...

—¿No crees en la magia de la Navidad? ¿Ni en Papá Noel? Pues deberías... Aquí todos lo hacemos y nos va fenomenal.

—Me encanta cómo viven estas fechas, con esas ganas y esa ilusión infantil.

—La ilusión no tiene edades. Pero sí, hijo, llenos de ganas e ilusión. Porque la Navidad está en todos nosotros, en todo lo que hacemos por ser felices, por estar en familia y por disfrutar. Y te repito que es la época ideal para que todo fluya y se dé el milagrito. Cree en la magia y verás...

—Anda, déjese de magia y de historias románticas, que la acompañe al hotel y me voy a dar esa vuelta por Montaves.

—Disfruta del paseo, sí, porque mañana hay pronóstico de nieve y pasado y al otro. Y aquí es fuerte y tarda hasta que amaina.

Y lo curioso es que al oír eso, lo que me viene es que no veré a Mara en los próximos días. Y me vendrá bien para liquidar esos pensamientos. Disfrutaré de la chimenea, del calor de hogar que se siente en el hotel y de las diferentes actividades que cada día hay para los huéspedes.

Pero hoy lo voy a disfrutar. Y cerca de la una de la tarde decido ir por el camino de piedra en dirección al pueblo, porque por el sendero ya conozco la ruta y hoy quiero dedicarme a descubrir.

Y lo hago. Y conforme avanzo y sigo descubriendo los rincones de este pueblo y la cercanía de sus gentes, me atrapa más aún. Y algo dentro de mí no quiere que llegue el día en que mis vacaciones lleguen a su fin. «Aunque tampoco tengo fecha obligatoria».

CAPÍTULO 18



MARA

¡Qué perezosa estoy! ¡Madre mía! No sé cómo salir de la cama. Tengo cero ganas de trabajar y noto que hace demasiado frío.

—El temporal que anunciaban ya está aquí —me digo dando media vuelta sobre mi lado izquierdo para hacerme un sobre con la sábana y el nórdico de grado cuatro que tengo y quedar en posición fetal tapada hasta las orejas, descansando sobre mi lado derecho los pocos minutos que quedan hasta que sí o sí tenga que levantarme para ir a la cooperativa.

La sorpresa es mayúscula al ver todo blanquito cuando abro la ventana.

—¡Pues sí que ha caído buena! Como esto siga así vamos a tener la versión soriana de Filomena en menos que canta un gallo.

Voy directa a poner la bomba de aire caliente para que no nos congelemos Torrija y yo y la sorpresa es mayúscula cuando, por más que subo los grados, el aire sale gélido.

—¿Y a esto qué le pasa ahora?

Llamo al teléfono de mantenimiento que tengo para estas ocasiones y, tras responder las preguntas que el técnico me hace al teléfono, quedo a la espera de una nueva llamada. El buen señor me avisa de que lo más probable es que con la baja temperatura y la noche de nieve, se haya helado el conducto y por eso no funcione.

—Por favor, necesito que vengan a arreglármelo, es urgente con el temporal que tenemos encima.

—Siempre puede tratar de darle calor usted con un secador potente...

—¿Me lo está diciendo en serio? ¿Pretende que lo arregle con un secador de pelo yo misma?

—Es un remedio rudimentario, sí, pero créame que puede funcionarle.

—O achicharrarme y electrocutarme si me descuido... según se mire.

—Pues entonces espere a que la llamemos y cerramos la visita.

—A la mayor brevedad, por favor. Con estas temperaturas es una emergencia.

—Trataremos, señorita, trataremos... pero hay muchos avisos y ya en estas fechas somos pocos técnicos. Y lo suyo grave grave, pues no es...

—Será para usted, para mí no congelarme es fundamental. Inténtenlo, de verdad, cuanto antes —le pido, casi rogando, a punto de echarme a llorar, al otro lado de la línea, porque como la nieve siga cayendo como lo está haciendo, será imposible que de aquí a unas horas los coches puedan circular. Y me veo sin técnico, sin calefacción, sin suficiente leña para la chimenea y con mi Torrijilla y yo muertas de frío.

Y lo peor es que me tengo que ir a trabajar y no puedo dejar a mi pequeña con Laura ni con Natalia porque ellas no quieren animales en casa, pero él no ya lo tengo.



SORIANOS Y ADOPTADOS

Mara:

Quiero morir. Con esta nieve y se me ha roto la calefacción...

Rubén:

Ya me jodería, morena.

Isa:

Te ofrecería mi casa, pero tengo las llaves aquí. Llama a mi madre sin problema y te quedas con ellos.

Mara:

No, mujer, me da fatiguita. Me las apaño.

Laura:

Tú estás invitada... Torrija...

Mara:

Ya sé que tanto tú como Natalia odiáis a Torrija. No os preocupéis.

Laura:

A Torrija no, ella para un rato nos encanta...

Natalia:

Correcto, para un rato... ☺

Carlota:

Vente a la casona y la dejas con nosotros mientras trabajas, sabes que no *problem*. ☺

Mara:

Gracias, me quedo más tranquila, sí.

Carlota:

Además, tenemos por aquí también a Donete...

Mara:

Se matarán, perra y gata...

Carlota:

¡Qué coincidencia! Como sus dueños...

Mara:

Muy graciosa, dejemos el tema, que estoy agobiada.

Carlota:

Aquí te esperamos.

Fran:

Nos la quedamos lo que haga falta, lo tuyo irá para largo y el temporal me temo que también.

Mara:

Gracias, chicos, sois los mejores... no como estas insensibles que tenemos por amigas y odian a los seres perrunos.

Laura:

Nosotras también te queremos. Torrija estará mejor haciéndose amiga de Donete, y tú puedes aprovechar y hacer lo propio con su dueño.

Mara:

Que os den.

Natalia:

Cuidado con lo que desees, que puede ir de vuelta... A lo mejor te dan a ti antes que a nosotras, JAJAJA

Mara:

¡Brujas!

Laura:

¿Como la bruja Mon?

Mara:

¿Y esa quién leches es?

Natalia:

Coño, la del cuento... la del jamón.

Mara:

No sé qué jamón dices...

Laura:

Sí, la de ¡y un jamón!, dijo la bruja Mon... que repetíamos al leer el cuento del Barco de Vapor.

Mara:

Estáis fatal, es demasiado temprano y no me refería a brujas de cuento, sino a bicharracas como vosotras. Ale, ciao.

Y con las mismas dejo el móvil, enfundo a Torrija en su abrigo y salgo en dirección a la casona, justo por donde menos quería aparecer hoy.

Me reciben Carlota y doña Carmen junto a Maritere, quien lo primero que me acerca es una taza de chocolate caliente para entrar en calor.

—No quería molestaros, pero tengo que ir a Soria y me quedo más tranquila si Torrija se queda aquí. Con este tiempo y como ha estado pachucha...

—Pero ¿cómo te vas a ir a Soria? Si sabes que como siga cayendo así de fuerte y con ventisca, en nada no se podrá circular bien...

—Llevo las cadenas para la nieve en la furgoneta del trabajo.

—Aun así, es peligroso. No deberías ir...

—Tengo que hacerlo, ya quedé con don Severiano, pero tranquilas, que si veo que avanza mucho, trataré de tardar poco. E igual deja de nevar entretanto...

—Nada de eso, la previsión es que vaya a más. —Y conforme doña Carmen lo dice a mis pies llega veloz una gata preciosa, que sin duda tiene que ser Donete.

Me agacho y le acaricio la cabeza, el pelaje suave... y cuando levanto la mirada, en la escalera lo veo a él. A ÉL. En pijama, de cuadros, con el pelo revuelto y descalzo. Y si bien no es su mejor estampa, aun así me lo llevaría a mi casa, lo metería en mi cama, pijama incluido para arrancárselo yo misma de un tirón, y no dejarlo salir de allí en un mes.

—Perdonad —dice él desde donde está—. Abrí la puerta y salió volando la muy descarada. —Que en ese momento está rodeando a Torrija, ambas sin interactuar pero respetando sus espacios—. Hola, Mara, no sabía que estabas por aquí.

—Una emergencia...

—Vaya, espero que no sea nada —se lamenta él, sin despegar sus ojos de mí—. Perdonad mis pintas, solo quería asegurarme de que ese bichillo no liara ninguna.

—No te preocupes, hombretón —le contesta Maritere, socarrona—. Donete ya es de la familia y está en casa. No hace nada. Y hoy tendrá compañía para jugar. Se queda con nosotros Torrijilla.

—Tengo que viajar, se me ha estropeado la calefacción...

—¿Con este tiempo?

—Justo eso le estábamos diciendo... que es peligroso.

—¿Necesitas ayuda? —se ofrece él, y me parece demasiado mono.

—Uy, Carlitos, cuanta amabilidad de buena mañana... —suelta mi amiga, de pronto, dejándolo boquiabierto y sin saber qué responder.

—Carlota... —regaña yo, enseguida, para cortar de raíz sus intenciones—. Ya me marchó. Cualquier cosa, llamadme, por favor. ¡Y que no coma porquerías!

—Y tú no seas loca y ten cuidado —me advierten.

Lo cierto es que me siento bien sintiéndome tan querida por esta familia que me ha acogido como a una más. Se preocupan por mi marcha, y es de agradecer. Pero no solo ellos, diría que el rostro de Carlos también tenía una mezcla de contrariedad y preocupación ante mi viaje.

«Deja de hacerte pajas mentales, bonita. A ese le preocupaba más que lo hubiésemos visto desaliñado, despeinado y con la legaña puesta, además de con ese pijama de yayo pasado de

moda, con lo pijotero que es».

CAPÍTULO 19



MARA

Apenas una hora después, tal y como está el tráfico, con la poca visibilidad que hay, y viendo como cada vez nieva más y que la nieve se acumula por todas partes, don Severiano y yo decidimos regresar a Montaves antes de que nos quedemos atrapados en cualquier parte porque corten la carretera comarcal.

Tardamos bastante en volver a vislumbrar el cartel de la entrada del pueblo. Algo malo debía tener este sitio, ya que es uno de los sitios donde más nieva de España.

Y entonces me acuerdo de mi calefacción y sé de sobra que ni me va a llamar ningún técnico ni va a poder llegar hasta aquí nadie para arreglar mi bomba de calor. Y si el temporal es como dicen, esto va para días...

Le pido a mi jefe que me deje en la cooperativa, porque me quedo más tranquila sabiendo que él ya se queda en casa, y yo me marcho andando hasta la casona para recoger a la perra antes de que empiecen a servir la comida del mediodía.

El viento arrecia con fuerza y cuando he avanzado apenas diez metros ya estoy calada hasta el fondo.

Llego a la casona empapada no, lo siguiente además de con el pelo lleno de nieve y la ropa cubierta de blanco. Me castañetean los dientes y mi cuerpo tiritita.

—Pero, hija, ¿cómo vienes así! —exclama doña Carmen, preocupada.

—Será lechuguino Severiano por no traerte hasta la puerta... —se queja Maritere, indignada.

Pero mi mente las escucha de fondo, porque mis ojos nada más atravesar la puerta se han ido a una estampa digna de admirar: junto a la chimenea encendida, tirado en el suelo jugando con Torrija y Donete, sofocado porque le deben de estar dando un palizón, está Carlos, despeinado de nuevo, pero ya vestido. «Y guapo como siempre». Me mira. Lo miro y sonrío ante la ternura de lo que veo. ¿No os conquista ver a alguien que se desvive así por los animales? Dicen que a mucha gente se le gana por el estómago, pues a mí se me gana así.

—Venga, Mara, vamos a cambiarte. Te dejo ropa y te das un baño caliente... —Oigo a Carlota de fondo—. Mara, ¿me oyes?

—Sí, perdona..., es que estoy congelada. Vamos —le digo avanzando tras ella, y al pasar por delante de los animales, cuando Torrija ya se ha tirado sobre mí nada más verme, me paro para achucharles a ambos.

—Me alegro de que hayas vuelto bien, con esta nieve era peligrosa la carretera...

—Bueno, bien... mírame... —bromeo, haciendo alusión a que estoy como una sopa y en un par de días tendré más mocos que una oveja modorra.

—Me refería a... —comienza a explicarse.

—Lo sé —lo corto y sonrío, guiñando un ojo.

«¿Por qué le he guiñado un ojo? Soy boba, pero ¿qué va a pensar?».

Entonces lo veo sonreírme y darme un ligero apretón en el hombro que me reconforta. Continúo el camino detrás de Carlota, por la escalera.

—Vas a estar ideal con uno de mis jerséis navideños, flor.

—No jorobes que me vas a plantar uno, ¿no tienes aquí algo un poco más discretito? Bueno, mientras no me hagas ponerme bragas de renos... —me quejo refunfuñona entrando en la habitación del fondo.

—Hay escenas que derriten, ¿eh, amiga? —me susurra ella, divertida.

—No sé de qué me hablas... La nieve me debe de haber nublado la mente... —replico, haciéndome la tonta.

—Ya, la nieve, seguro... más bien otra cosita es la que te nubla a ti, me temo.

—Voy a la ducha.

—Te preparamos ahora mismo una sopita caliente y aquí te dejo la ropa, sobre la cama —me dice ella a través de la puerta cuando yo ya estoy debajo del agua ardiendo. ¡Y cómo lo necesitaba!

Cuando varios minutos después salgo del cuarto de baño, enfundada en un albornoz rojo con rayas verdes —aquí absolutamente todo es temático—, sobre la cama está un jersey que en la pechera tiene un árbol de Navidad gigante con miles de adornos. Es uno de los preferidos de Carlota, tiene hasta luces y música. Me meo cuando me veo de esta guisa, pero lo cierto es que me gusta. Desde que estoy en el pueblo he sucumbido a los encantos de estas fechas que vienen y estoy en mi salsa. Lo que no me pongo es la diadema de orejas de reno que también ha dejado sobre la cama, porque ya me parece un exceso. «Y menos delante de él».

Cuando bajo al salón principal, hay un par de mesas que ya están comiendo y en la parte del fondo han preparado una en la que al final comemos Carlos, Fran, Carlota, Maritere, doña Carmen y una servidora.

—La sopa está deliciosa. Me está entrando de lujo.

—Normal, con el frío que has cogido... ¡Vaya con Severiano! Si en un par de días tienes gripe y no puedes trabajar, que no se queje.

—No lo hará, es un gran jefe. Ha sido culpa mía, nevaba mucho y preferí que ya se quedara en casa.

—Deberías quedarte con nosotros —apunta Carlota, y veo como Carlos se remueve en su silla.

—No, mujer, no hace falta. No quiero incordiar y lo mío espero que se solucione pronto. Y otra cosa no, pero mantas tengo unas cuantas... si no, moriría en este pueblo —bromeo.

—Tú y yo sabemos que va para largo, porque esta nieve va a cuajar y...

—De verdad, Carlota, no quiero incordiar. Tenéis esto lleno... y no es necesario. En serio.

—Bueno, quédate por lo menos a pasar el resto del día y esta noche ya vemos.



SORIANOS Y ADOPTADOS

Carlota:

Mara y Torrija van a pasar la tarde en la casona. ¿Os apuntáis a una sesión de juegos de mesa?

Laura:

¿Con la que está cayendo? Me quedo en casa, sorry.

Natalia:

No quiero romperme la pierna como Isa.

Isa:

¿Para tanto es el temporal?

Fran:

De los gordos...

Rubén:

Nosotros por aquí solazo y encantados de la vida... ¡No os mojéis mucho y disfrutad! Diría que tengo gana de veros, pero lo cierto es que estamos en la puta gloria y no queremos volver.

Fran:

Normal, cabrones.

Carlota:

Disfrutad mucho, chicos. ¡Maridito, yo quieroooo!

Fran:

En verano, si quieres...

Laura:

¿Y si nos apuntamos todos?

Fran:

No lo veo, Laurita... :-P

Laura:

Serás cretino, Francisco.

Y, sin duda, el plan me apetece y mucho. Pasar toda una tarde allí, con mis amigos, con el monumento, al calor de la chimenea y sin el frío de mi piso, atiborrarme de chocolate con nubecitas asadas, dulces navideños y turrónes... Pese a que quería evitar al Gominas, pese a que no quería aparecer en unos días por el hotel... ¡Jodido destino! Es que no se pueden hacer planes, porque lo cierto es que escupes y te cae encima.

CAPÍTULO 20



CARLOS

Con diferencia, adoro los días como el de hoy. Desde que me desperté esta mañana y lo contemplé todo nevado tras asomar la nariz a la ventana, está siendo perfecto. Desayunar al calor de este «hogar» viendo los copos caer y estrellarse contra el cristal de los ventanales tiñéndolo todo de blanco, pasar la mañana leyendo y jugando con Donete y Torrija, comer de manera distendida con amigos que son familia y ella... luego está ella, que no sé cómo lo hace, ni cómo encaja ahora mismo en el día a día, pero con esa sonrisa que tiene, y viéndola jugar y reír con su pequeña perrita, llena todo de alegría y hace que uno se olvide de los malos rollos anteriores.

Vale que nuestra relación no es que sea fluida, ni de amigos, que tampoco debe serlo, pero cuando ha llegado hecha una sopa y cubierta de nieve, con el pelo chorreando y lleno de copitos enredados en sus rizos, me ha parecido demasiado adorable. Y me ha aliviado, por qué no reconocerlo también. Era una absoluta locura salir a la carretera en una jornada como la de hoy.

Luego la he visto bajar vestida al más puro estilo Carlota, que no le faltaba un detalle, y estaba tan achuchable que casi he tenido que contenerme para no hacerlo, por lo que he preferido soltar una coña que rompiese ese halo de encantamiento transitorio que su presencia me estaba provocando.

—Bueno, bueno, ¡un árbol de Navidad con patas! ¿Por qué no te pones unos espumillones alrededor del cuello y nos cantas un villancico para amenizar el aperitivo? —Fue lo primero que se me ocurrió dejar caer cuando Torrija activó sin querer el botón de la música que el jersey que se ha puesto lleva incorporado.

—Muy gracioso, pero ¿por qué no lo amenizas tú? No, mejor no, porque con ese sentido del humor tan malísimo que tienes nos deprimirías a todos. Mucho mejor calladito.

—Relax, chavales —medió enseguida Fran.

—Estos chicos siempre están como el perro y el gato.

—Nada de eso, los animales se llevan mucho mejor que estos dos, porque mirad a Torrija y Donete lo bien que se han entendido. No se puede generalizar, eso está claro.

—Ahora solo falta que os entendáis vosotros, de verdad, y tengamos la fiesta en paz —dijeron mis amigos a coro.

«Y lo cierto es que yo me entendería con ella, ¡vaya si lo haría! Pero es mejor que no, que ni lo piense, porque ni quiero ni debo nadar a contracorriente de mi camino ni de mis pensamientos y metas, en donde ninguna mujer tiene cabida ahora mismo».

Hemos comido un puchero que ha sido un escándalo, vamos, una locura, con unos torreznos de la tierra que estaban de muerte y, tras el café, llevamos toda la tarde jugando a diferentes juegos de mesa. De dos en dos al Apalabrados y a Hundir la flota; de cuatro en cuatro al Catán y después al Risk; en grupo a La mafia... y está siendo la leche. Tan solo hemos parado al atardecer para merendar unas galletas que ha horneado Maritere, con bizcocho, café y chocolate. Y mientras tanto hemos seguido viendo nevar fuera a través de los cristales con la chimenea crepitando de fondo.

Si dijera que no he deseado que me tocara alguna partida en pareja con ella desde el principio, mentiría, pero me he callado y no lo he propuesto. Hasta que ha llegado el momento de redistribuir los juegos y equipos, acabada una de las rondas, y el azar, o mis amigos, nos ha emparejado y ha sido genial.

De primeras estábamos un tanto cohibidos los dos, tanto ella como yo, porque de matarnos a compartir tablero hay un trecho, pero como uno es competitivo en los juegos, con la segunda palabra me he lanzado espontáneo diciendo un sinsentido y le he arrancado una carcajada que ha sido el preludio de muchas. Y yo las he acompañado de las mías. Estábamos cómodos, se notaba, y ha sido la bomba, ganarle también, porque ella es competitiva, como yo, y ha luchado por la victoria, traviesa y divertida. Con una chispa y una gracia que hasta ahora no había mostrado conmigo, pero que sabía que existía, y que sin duda es capaz de conquistar a cualquiera. Ese gracejo andaluz que tiene cuando se suelta, cuando se ha sentido relajada, bajando la guardia conmigo... casi que preferiría no haberlo notado, porque conforme más la conozco, creo que sería muy difícil resistirse a los encantos de una mujer como ella. «A ella».

Gracias que le caigo mal —o, bueno, por lo menos no muy bien— y simplemente nos encontrábamos aquí por las circunstancias, porque hemos pasado una tarde en grupo, entre bromas con amigos, porque está aquí atrapada y retenida por Carlota con motivo de la nieve... «Y todo lo que quiera decir yo para autoengañarme, pero química entre nosotros hay y no poca, joder». «Y lo he visto». «Y también lo he sentido con cada sonrisa, con cada manotazo que me ha dado, con confianza, en cada ronda tras perder e incluso cuando de manera graciosa se ha visto hundida y, picada como estaba, me ha sacado la lengua —que me hubiera comido en el momento sin duda— y me ha pedido la revancha cual chiquilla rabiosa. Y se la he dado porque, aunque me lo quiera negar a mí mismo, esos ratos son los que con diferencia más he disfrutado y que repetiría mil veces más.

Y me siento mal por ello, por tener pensamientos extraños, ya que, aunque no es lo que quiero, siempre acabo acercándome a ella de una u otra manera en estos días, como si hubiera una fuerza sobrenatural que hiciera que nos aproximásemos y acabásemos coincidiendo... y lo que no es coincidir. Las pelis de romance hablan del famoso hilo rojo... «¿Y si...? No, no, no, no y no». Pero es que primero fue el ir a parar mi coche justo en la cooperativa, luego la *moñiga*, los encuentros mañaneros, la famosa chocolatada y hoy ya, incluso la calefacción rota que la ha traído hasta aquí.

Y por un lado quiero acercarme y por el otro echaría a correr sin mirar atrás. Porque tengo miedo de fijarme demasiado ya que lo que veo me agrada, me llama la atención cada vez más,

me atrae, sí, y sobre todo cuando veo que ese genio de mil demonios deja paso a semejantes risotadas, a una sonrisa que es capaz de iluminar un día gris, a esos chascarrillos y esa lengua afilada, pero llena de chispa... «Para, joder, para ya».

La tarde ha fluido de lo lindo e incluso algunos huéspedes alojados en otras habitaciones se han unido a la sesión improvisada de juegos, que después ha dado paso a una merienda cena espectacular, como cada tarde se hace en el hotel. Galletas decoradas, *cookies*, magdalenas, barquillos, golosinas, cafés, chocolate blanco teñido de colores, chocolate con leche, chocolate negro con naranja y canela, bombones y dulces variados, todo temático hipermeganavideño. Y los famosos chocorreznos, que de primeras no me provocaron mucho deseo, pero una vez los he probado son adictivos. La mezcla de chocolate y torreznos me ha ganado. Pero lo mejor: las galletas de la señora Maritere que me tienen loco perdido. Cuando le digo que con una sencilla campaña de *marketing* la haría famosa se ríe, pero es que estoy convencido de ello.

Después del copioso picoteo y cuando ha anochecido, sin ser conscientes de cómo, yo por lo menos, hemos caído los dos a la vez en el suelo junto a nuestros cachorros, frente a la chimenea, donde se está quemando un grueso tronco que no para de chisporrotear. Compartimos un primer momento íntimo —o de cercanía— y resulta de nuevo increíble. «¿Qué tiene esta mujer que la hace ser tan especial? Es que atrapa...».

—¡Cuánta compañía hacen, ¿verdad?! —susurra ella, hablando de las mascotas, sin levantar la vista, pero sacando tema de conversación, mientras lleva su mano a la pancita del animal, que la recibe gustosa, casi tanto como lo haría yo.

—¡Y cuánto se les quiere! —añado pensativo—. Yo ya no podría vivir sin mi pequeña Donete.

—Ni yo sin Torrija, estos días que se puso pochilla, me daba tanta penita... y es que se pasa mal.

—Claro, son nuestros hijos, y como tal, disfrutamos de sus mejores momentos, de la compañía, pero también sufrimos con y por ellos. Yo haría cualquier cosa por mi gata, y estoy seguro de que tú también.

—No lo dudes. ¿Sabes? Cuando te he visto antes ahí tirado jugando y lidiando con ellos, despeinado, me ha dado mucha ternura porque se ve que te encantan y les entiendes. Y ya con eso me has caído un poquito mejor.

—Vaaaya... ya sabía yo que te caía mal, ¿eh? —«La viiirgen, ahora me dice que le caigo mejor... Pues sí que vamos bien», ironizo mentalmente.

—A ver, no empezamos con buen pie... eso no podemos negarlo.

—Pero tú a mí, pese a todo, mal no me has caído nunca, al contrario, hasta me resultabas graciosa cuando te enfurruñabas.

—¿Pese a ser una lunática?

—Pese a ser una lunática y una chalada —agrego, sonriente—. ¿Y yo, pese a ser un pijo engominado, maleducado, grosero según tú?

—Bueno, pijo y gominas eres, pero no eres tan estirado como creía.

—¿Tan? ¿Eso es bueno o malo? No sé si quieres hacerme un cumplido o si sigo en la cuerda floja. —«¿Qué coño estoy haciendo, acercando posturas con esta mujer que es un peligro para mi integridad y salud mental? Corta, colega, acaba la conversación».

—No quieras saberlo... Confórmate con el aquí y ahora. No mires atrás.

—Puede que tengas razón, para no liarla de nuevo —pronuncio, guiñando un ojo y nos reímos. JUNTOS. Y suena genial en la intimidad. Sonamos.

—¿Qué hacemos con este hombre, Torrija? ¿Lo consideramos nuestro amigo y olvidamos el pasado? ¿Crees que se lo ha ganado? —Y como si de un sexto sentido se tratase, la pequeña pasa de sus brazos a los míos a la velocidad de la luz y se deja acariciar por mí, poniendo celosa a Donete, que también reclama mi atención.

—Pues, no es por nada, pero creo que tu perra lo tiene claro y te acaba de contestar... de hecho, diría que le caigo mejor a ella que a ti.

—Entonces, si es lo que ella quiere, tendremos que ser amigos, porque es la que manda en mi casa —sentencia divertida y vuelve a parecerme encantadora. «Y altamente peligrosa con esos ojos amielados que destellan alegría y que traspasan, dejando ver toda su verdad».

—Lo seremos. —«Pero ¿cómo que lo seremos?, ¿estoy tonto?»—. ¡Brindemos por eso! —le digo, alegre por un lado, pero preocupado en mi foro interno por el cariz que van tomando los acontecimientos, porque se trataba de tomar un poco de distancia, no de hacernos amigos ni de compartir momentos cercanos en los que ella se muestra demasiado adorable y apetecible. «En menudo lío me estoy metiendo yo solo». «Joder».

—Bueno bueno, sentimos molestar por aquí para un rato que no estáis tirándoos los trastos a la cabeza ni vuelan los cuchillos —interrumpen Fran y Carlota, mordaces—, pero ya es de noche, la nieve se ha acumulado mucho a lo largo de la tarde y creemos que lo mejor es que te quedes a dormir, Mara.

—No es necesario, chicos, en serio, no os preocupéis. Podemos llegar a casa sin problema.

—Pero es que no es problema. Puedes quedarte aquí, en una de las cabañas o incluso en el sofá... donde prefieras, pero no es molestia ninguna.

—Además —intervengo yo—, mira a Torrija qué a gustito está aquí con Donete, y sacarla ahora con este frío que hace, te puedes enfermar...

—Después de la caladura del mediodía, eso no creo que pueda evitarlo, pero creo que tienes, bueno, tenéis, razón. —«Podías haberte callado y que se hubiera marchado, no contribuir a tenerla aquí más cerca todavía, de noche... y al despertar. ¡Bocas, que eres un bocas!».

—Mara, no hay más que hablar. Te quedas y punto. Si tan mal y a disgusto te encuentras mañana, no me opondré a que te vayas de día, prometido, pero hoy ya está decidido —añade Fran.

—OK, pero no quiero molestar... así que nada de empantanar la cabaña. Me quedaré en el sofá, y eso sí que no admite discusión.

—Sin problema, mientras estés aquí sin correr peligros fuera, como si te quedas de pie junto a la puerta y haces guardia —bromea Carlota, satisfecha.

Y no sé por qué, pero en este momento tengo meridiano que va a ser una noche diferente y la cosa va a empezar a complicarse.

CAPÍTULO 21



MARA

No hemos dejado de contar batallitas hasta bien entrada la noche, con villancicos de fondo mientras asábamos brochetas de nubecitas al fuego. Carlos nunca lo había hecho y ha disfrutado casi tanto como lo hace el sobrino pequeño de Carlota, que también se llama Carlitos.

Se ha creado una atmósfera de confianza que agradezco tras tantas broncas y hostilidades entre él y yo, y lo cierto es que una vez se le conoce parece un tío majísimo. Es atento, agradable, correcto, educado —mucho— en el trato y encima, aparte de guapo y atractivo resulta muy divertido. Y cuando sonrío relajado le sale un hoyito entre la barba de un par de días que lleva que es para trincarlo por el mentón y comérselo con papas.

Además, tiene algo que cuando lo observo me deja sin palabras. Y es que no deja que haya silencios incómodos en las conversaciones. Trata de rellenar los huecos, y eso es difícil, por ello siempre lo he admirado en las personas, porque solo tiene un fin y es hacer sentir bien al interlocutor. Por lo tanto, también es generoso. Me pregunto por qué Isa lo mandó a volar.

Veo que empatiza conmigo cuando relato a grandes rasgos cómo fue mi decisión de marcharme de casa y el aterrizaje en Montaves, pero es prudente y no hace preguntas incómodas ni se entromete, sino que se limita a escuchar y comentar como uno más. Es una noche de chimenea y chocolate de esas que aflojan la lengua, hasta el punto de que nuestros amigos le interrogan a él también sobre cómo se siente en el pueblo, al llevar ya unos cuantos días —y aunque no lo dicen, se nota que es por Isa, por estar en territorio de su ex—, y lo cierto es que él se explaya y se sincera, dejando cristalino que los días en que le guardaba rencor ya pasaron y que le hubiera gustado de verdad haber podido charlar con ella. «Fijo que aún siente algo».

De sus palabras deduzco que es un tanto adicto al trabajo y que esta ha sido su válvula de escape tras la ruptura. «Yo también me refugié en la lectura, en sumergirme en otras vidas y soñar cuando pasó todo, cuando nada ni nadie más podía consolarme». También percibo que disfruta con lo que hace; y no por dinero, porque se ve que maneja de lo lindo, sino porque le llena en su día a día.

—¿Y no se te hace raro ahora que estás aquí, estos días, mano sobre mano? —le pregunto yo,

curiosa.

—¿A quién le amarga un dulce?

—Cierto, unas buenas vacaciones... ya las querría para mí. —Me río mientras voy mojando mi brocheta en chocolate.

—Aunque es verdad, chicos, teníais razón y este pueblo transmite algo... diferente. Te hace sentir en calma, paz, no sabría decir...

—Atrapa, ¿cierto?

—Y tan cierto. Venía yo escéptico, todo hay que decirlo, pero me ha conquistado.

—Me pasó igual, nada más llegar, caí rendida ante Montaves —aclaro—. Y supe que no me marcharía nunca.

—Pues deja que lo veas bien visto, iluminado de noche, porque la porquería de salida del otro día a la chocolatada obvio que no cuenta —explica Carlota.

—Es una pasada, sí, tienes que volver al centro del pueblo y pasear de noche, ver el mercadillo navideño... —asiento yo, avergonzada aún por mi comportamiento de aquella tarde.

—En general es todo. Tenéis montado aquí un pequeño paraíso invernal. Se siente ese calor de hogar, esa camaradería entre todos, y es algo tan... fascinante.

—Mágico, ¿verdad? —concluye la frase Fran.

—Exacto, amigo. Esa es la palabra —afirma Carlos—. Cualquiera querría vivir en un sitio así. —Y al oír eso, algo dentro de mí se estremece, mientras mis amigos sueltan unas carcajadas tremendas.

—¡Cualquiera menos tú, que ¿cómo era eso que decías...?, que eras más de Madrid que el chotis!

—Vale vale, *touché*... Cualquiera menos yo, que soy demasiado... —Y mi estremecimiento dura poco. «Está de paso».

—Pijo, lo que yo decía —termino la frase por él, sin pensar, de manera natural y tratando de lucir mi mejor sonrisa.

—No, no iba a decir eso —me rebate él, pero sonriendo también y no de malas—, urbanita es la palabra.

—Hasta el más urbanita, pijo o de ciudad puede cambiar de rumbo de la noche a la mañana y si no, mírame a mí —dice Fran, convencido.

—Permíteme que te recuerde cierta motivación extra que te trajo hasta aquí... —contesta su amigo señalando a Carlota.

—No, no, o sea, sí, pero yo ya había decidido que mi vida sería en la imprenta antes de que aquí, doña Sustitos, me perdonase y se convirtiese de nuevo en el centro de mi mundo.

—Eso es verdad —asegura Carlota, enamorada, mirando embelesada a su marido.

—En cualquier caso —reflexiono—, Fran tiene razón, uno no sabe lo que puede suceder de un día para otro... y si no ¡que me lo digan a mí! —apostillo recordando cómo fue el enterarme de que el cerdo ese de mi ex se lo montaba con mi amiga casi en mis narices y adiós boda, adiós luna de miel y adiós a mi idílica vida de cuento.

—Bueno, chavales, nosotros nos vamos a retirar ya a dormir —anuncian mis amigos.

—Nos vamos todos entonces, ¿no? —les sigue Carlos.

—Yo me quedaré un rato más —digo.

—Nada, nada, quedaos charlando vosotros y así os vais conociendo un poquito más. La noche es joven y esta, con este temporal, sin duda es única. Esto no se vive todos los días. Ahí os dejamos... —se despiden, apagando los villancicos, antes de desaparecer escalera arriba

dejándonos en silencio, con el único sonido ya proveniente de los crujidos de la madera al quemarse en la chimenea.

—Tuvo que ser difícil, ¿verdad? —me pregunta pasados unos segundos, con seriedad. «Gracias por romper el hielo».

—Mucho. Eran mi pareja de toda la vida y mi amiga del alma... imagínate.

—Cabrones..., ¿cómo puede alguien hacer ese daño gratuito?

—Pues sí, y yo más tonta aún por no haberme olido el pastel.

—No te culpes, ¿cómo podías saberlo?

—Muchas veces una ve cosas, percibe detalles a los que no presta atención, pero cuando se destapa la tostada, todo cobra sentido...

—Y entonces es cuando te sientes peor aún por no haber terminado con todo y...

—Y nada, porque creo que si no los hubiera descubierto, jamás habría cortado con él. Era toda mi vida. Mi casa, mi pueblo, la boda en puertas, nuestros planes, incluso habíamos hablado de tener hijos... ¡Fíjate hasta dónde llegaba la cosa!

—¿Cómo puede alguien tejer una trama así con esa frialdad tan pasmosa? —pregunta él, desenchajado.

—Y te digo yo que si no les pillo con las manos en la masa, con poco nos casamos con amante incluida —le aseguro, cabizbaja pero serena, como nunca antes.

—¿No te duele hablar de ello?, ¿no te da rabia recordarlo? Porque soy yo y me estoy enfadando...

—Sorprendentemente te lo estoy contando como si estuviera hablando del tiempo. Me temo que este es el mejor aliado, bueno, y el desengaño, claro, el verlo por mí misma, han obrado su magia... y ha dejado de doler, sin ser consciente de ello.

—Tiene sentido... y creo que debemos brindar por ello. Y si quieres cambiamos de tema...

—Me parece muy buena idea —afirmo, contenta de haber confirmado que he dejado de sentir por ese mequetrefe de mi ex y ya ni es rabia ni es odio..., sino indiferencia. «Y qué alivio».

Sí, eso es lo que siento: alivio, calma, paz dentro de mí. Es alucinante cómo sin darte cuenta pasan las cosas y en un momento inesperado todo cobra sentido. Y eso es lo que acaba de pasarme a mí al ser consciente de que lo he superado, de que, como dice la canción de Sanz, ya no duele; estoy relajada y serena, dedicándome tiempo a mí misma, que al final me lo merezco.

Entonces lo veo levantado, poniendo de nuevo el hilo musical, solo que no son villancicos lo que suena, sino lo primero que sale, que justo es un baladón de Chayanne de los de antaño, de los que erizaban la piel.

«Carlota y sus listas de reproducción del año de la banana». Suenan los primeros acordes de fondo, pero su voz por encima de la melodía me llega directa:

—¿Champán o chocolate? —Y lo veo tan grande, tan fornido, tan imponente frente a mí, intimidante en mitad de la noche y sexy, y creo que puedo llegar a derretirme.

*Lo dejaría todo porque te quedaras,
mi credo, mi pasado y mi religión...*

Llega a mis oídos y me embobo en esas palabras.

«Y es que por un hombre así cualquiera dejaría todo, pero de verdad», pienso contemplando la chimenea.

—¿Cómo? —respondo volviendo en mí al escucharlo pronunciar mi nombre un par de veces,

pues mi mente va más rápido que él y ya está elucubrando como él está montando una escena de seducción digna de Hollywood. Ya lo imagino en mi cabeza viniendo con las copas, descorchando la botella y, una vez hecho el brindis, levantándose del sofá y colocándose sobre su regazo para subirme al cielo a la velocidad del tapón de la botella que descorcha con sus fuertes manos y que vuela por el aire, y mientras las burbujillas haciendo su trabajo... «No, no, no».

—Chocolate, chocolate... en navidades, siempre mejor chocolate. Perdona, que me había despistado y perdido yo sola...

—Bueno, hay momentos para todo, ¿no crees?

—El chocolate es perfecto siempre...

—La verdad es que sí, tienes razón, y se puede usar de muchas maneras, ¿cierto? —interroga poniendo una sonrisita pícaro y hablando «hablándome» de un modo que para mí ya es demasiado sensual. De los que llegado el caso, date por follada.

Y la música sigue sonando, es Chayanne de nuevo... todo demasiado íntimo, la luz baja, los diferentes colores que iluminan la estancia a través de las pequeñas guirnaldas, el crepitar del fuego...

*...Si yo pudiera elegir
Me guardaría solo ese momento
Con el más puro de los sentimientos
Que llegué a sentir por ti
Cuando empezaba a recorrer tu cuerpo
Y nos hacíamos mil juramentos
Y ahora necesito tu respiración
Y el beso de tu piel para mi soledad
Decirte que me duele tanto el corazón
Desde que tú no estás...*

«Jolín con la cancioncita».

Y de pronto se ha creado una atmosfera distinta. Más cercana aun que la de un par de horas atrás. Y lo tengo al lado, ambos frente a frente en el sofá, con un brazo reposando sobre el respaldo y la otra mano sosteniendo cada uno su taza, y mirándonos de frente mientras degustamos el chocolate caliente.

Nos observamos, en silencio, tal vez hablando sin hablar.

—¿Y tú? —Esta vez soy yo la que rompo el momento e indago sobre él.

—¿Yo qué?

—El tema de Isa también tuvo que hacerte daño, por poco tiempo que fuese, ¿no?

—A ver, bien no lo pasé. A nadie le gusta que lo engañen y lo tomen por tonto..., pero YA no estoy enfadado.

—Bueno, pero, aunque no estés enfadado, algo sentirás...

—Si dijera que no hubo decepción estaría mintiendo, porque yo soy una persona que se entrega, que lo da todo y si lo hago es porque confío. Entonces, pues cuando pisotean esa confianza, duele.

—Entiendo, claro. Da un poco igual si fue mucho o poco lo que estuvisteis juntos...

—Vale que fue poco tiempo, apenas meses conociéndonos, acercándonos, pero yo soy de los

que piensan que quien te traiciona puede hacerlo igual en un día, que en un mes que en un año... y además, lo doy todo. Quizá es que me encariño rápido, soy enamorado de más... —confiesa, con esos ojos claros destellando miles de chispazos que son como flechas directas a los míos. Y es que madre mía, qué intensidad transmiten, de esa que pone cardíaco al más sereno. «¿Qué está pasando aquí?».

—Ya somos dos, ¿sabes? Yo también me encapricho rápido y lo he descubierto hace poco, porque toda mi vida fue el susodicho..., pero es verdad que en un abrir y cerrar de ojos me ilusiono, cuando en realidad es lo último que quiero o debo hacer —le aclaro, por si las moscas.

—No sabes cómo te comprendo. Llega un momento que te cierras a sentir... —afirma él.

—Porque no quieres que te vuelvan a partir en dos, que te dejen hecho pedazos...

—Y que luego toque volver a empezar, resurgir como el ave fénix, ¿verdad?

—Verdad.

—Pienso igual, de hecho, llevo meses cerrado a todo, a nada que pueda tener implicaciones y connotaciones sentimentales ni de ningún tipo. Y todo es mejor.

—¿Y no lo echas de menos?

—Echo de menos el concepto en sí, porque yo siempre he querido encontrar a alguien y formar una familia, pero sin personificarlo en nadie. —«Madre mía, es clavado a mí, pero en hombre. ¿Mi media naranja?».

—Es bonito lo que dices. El tener tu propia familia. El llegar a casa y que te estén esperando, incluso con la cena hecha; o pedir algo mientras se decide qué ver en Netflix. Salir con tus amigos y ver que todo encaja, que tus universos se funden, que la palabra hogar cobra sentido...

—Exacto. Poder viajar, ir al teatro, al cine, a cenar sin depender del resto de la gente...

—Nunca pensé que justo tú fueras a entenderme tanto y tan bien, Gominas —le digo, sin poder desenganchar mi mirada de la suya, como si nuestros dos pares de ojos se hubieran quedado conectados y no quisieran separarse.

—A veces, la vida te sorprende, Lunática.

—Y te encuentras un buen día viendo nevar, al calor de la chimenea, charlando como si conocieras de toda la vida a la persona a la que más has odiado e insultado en los últimos días —suelto, avergonzada, mirando hacia abajo mientras despego la mano del sofá y la enredo en mi pelo, canalizando a través de mis dedos ese pudor que estoy sintiendo y que me ha hecho ruborizarme.

—Ey, mírame..., no te vayas a poner roja o los mofletes te harán juego con el color de tus labios —dice mirándolos fijamente, casi sin parpadear, mientras se cambia la taza de mano, apoyándola en el sofá a continuación, para después llevar sus dedos a mi mentón, haciéndome levantarlo hacia arriba—. Así mucho mejor —comenta, mientras su mano va derechita a recoger un mechón de pelo que se ha escurrido y a colocarlo, con suavidad, detrás de mi oreja, en un gesto que me resulta lo más íntimo, sensual e intenso del mundo—. El pasado pisado, ¿vale? Mejor olvidémoslo. Ambos. —propone con un tono de voz rasgado, decreciente y sexy... Vamos, mojabragas total que hace que mis partes nobles pasen de sólido a líquido en una rápida ráfaga de calor que me sube de los pies a la cabeza.

—Vale —respondo, cortada, sin saber dónde mirar: si a su mano que reposa en mi mejilla mientras su dedo pulgar pasea acariciándome de manera delicada; a sus labios que me vuelven a decir ven y cómete; a sus ojos que desprenden demasiadas ganas de mí, como seguro que los míos son los que lo están animando a él a que su mano continúe con ese baile de caricias lento que me está llevando al cielo sin haber rezado previamente y a que su dedo gordo esté a punto de

reposar y pasearse sobre mi labio inferior...

—Vale —replica él, jugueteón. «Este tiene más calle... avenidas diría yo, la Gran Vía de Madrid o la Diagonal de Barcelona se le quedan pequeñas a este hombre».

Y no sé qué pasa, solo sé que estamos él y yo. Y aunque estuviese el salón lleno de gente, solo podría mirarlo a él y solo seríamos nosotros. Carlos y Mara. Y nadie más. Bueno, sí, un halo de electricidad y magia que nos rodea. Un ambiente cargado de intensidad, lleno de algo que no sabría descifrar. ¿Cómo era eso de chispas, chispitas y chispazos que decían Laura o Natalia?

Y el caso es que estamos bien. Demasiado bien. «Cachonda como una mona es como estoy, coño». Y sí, en verdad, con la mano en el corazón reconozco que me lo tiraría aquí mismo. Me subiría sobre su cadera de nuevo, esa sobre la que ya sé que encajo demasiado bien, y me restregaría una y millones de veces más sobre todo su esplendor, hasta llevarlo al límite y dejarlo hacer sobre mí todo lo que quisiera. Moriría por sentir esos labios carnosos asaltando mi boca, tomando mis pechos, surcando y disfrutando mis pezones, saboreando cada rincón de mi cuerpo excitado ante su contacto, y le suplicaría sin parar que me hiciese suya sin demorarlo más, sin juego de seducción y sin preliminares ni pollas. Al grano. «Necesito un buen polvo, ¿verdad?».

Pero es este hombre. Es el Gominas. Es amigo de mis amigos. Está igual de dolido que yo y huye de todo de la misma manera que lo hace una servidora. Y no quiero ni puedo vivir más engaños ni que me partan el corazón de nuevo... Tampoco quiero un rollete de una noche porque el amigo llega al higo, y, en mi caso, tengo la certeza de que me encapricharía de semejante portento y no puede ser. «Tengo que parar esto, por más ganas que tenga de que siga aproximándose, de que me acaricie los labios, me los lama con su lengua, me los bese y me...».

—Se ha hecho un poco tarde —interrumpo, jodo el momento— y creo que deberíamos irnos a dormir —susurro mientras me remuevo en mi sitio, tomando una ligera distancia de él, ya que sin darnos cuenta, o sí, nos habíamos aproximado demasiado peligrosamente.

—Tienes razón, sí —asiente él, con el rostro contrariado, cosa que es entendible porque su discurso, al igual que el mío, era hace dos minutos lo más contrario a lo que, si no lo paro, podría haber sucedido—. Como tú vas a dormir aquí, soy yo el que se retira a descansar. ¿Segura de que no quieres usar mi habitación? No me importa nada ser yo el que duerma aquí en el sofá. Y tú puedes estar más cómoda arriba...

—Claro que no, te lo agradezco, pero estaré perfecta aquí. Te veo mañana —me despido, acalorada.

CAPÍTULO 22



CARLOS

—Nos vemos mañana, sí. Descansa —respondo, entre avergonzado, desconcertado y un tanto contrariado por la situación que acabo de vivir, antes de darme la vuelta y desearle buenas noches.

«¿QUÉ COJONES ACABA DE PASAR?».

«¿Cómo puedo ser tan incoherente? Le acabo de soltar una retahíla que ella además ha correspondido y entendido sobre las pocas ganas de tener ninguna historia ni relación sentimental y voy y casi me lanzo a su cuello, a esa boca que tiene que es... vamos, es que si no llega a echar el freno ahora mismo estaríamos retozando sobre ese sillón, en el salón, como dos bestias en celo, hostia», me regaño a mí mismo cuando atravieso la puerta de mi dormitorio, apoyando la frente en la madera, como si eso fuera a aliviarme.

—Me han podido las ganas de ella. Eso ha sido. Un calentón. Somos adultos y estas cosas pasan...

«No. No solo es eso».

Me atrae. Mucho. Esa mujer me tiene cogido por los huevos. ¿Cómo narices puede ser posible esto? Si hace tres días estábamos matándonos y cada vez que nos encontrábamos era como subir al cuadrilátero dispuesto para la batalla.

«¡No me jodas! ¡No me jodas!».

—Que no, que no y que no. Ha debido de ser la situación... esa intimidad, la música, el fuego propiciando esa atmósfera cálida —romántica—, ver cómo tomaba el chocolate relamiéndose con la lengua los restos sobrantes en sus labios, mientras mi corazón empezaba a bombear con fuerza, y lo que no era el corazón también... Una noche demasiado especial, no solo por el clima, sino porque estábamos a gusto, sin más, eso es lo que ha pasado y nada más... una cosa ha llevado a la otra, a sincerarnos, a contarnos...

¡Y LAS GANAS, JODER, LAS GANAS! Porque le tenía más ganas a su boca que a la paella de marisco que hacía mi madre los domingos, y mira que el marisco me gusta. Y entonces Mara regresa a mi pensamiento llamándome pijo.

«No doy crédito... ha sido un impulso, algo pasajero, pero, la hostia, moría porque sucediese».

En ese momento, aunque mi cabeza me decía que no, si ella no llega a parar yo tampoco lo habría hecho. Había algo, cojones, algo... no sabría definir el qué, pero algo que era como si nos empujase a acercarnos de nuevo, a seguir creando esa situación tan cercana, a continuar descubriéndonos, a no querer que llegase la hora de dormir y se rompiese el encantamiento...

En el fondo ha sido mejor así, que no haya sucedido nada, que ella haya puesto la cabeza que a mí me ha faltado, que se me ha ido de manera literal por un segundo y no desviarnos de nuestros caminos. Hubiera sido un error, un craso error fruto de un instante de ¿intimidad?, ¿calentón?

Para calentón el que llevo yo encima. Estoy alterado no, lo siguiente. Tengo una tienda de campaña puesta en los pantalones en la que cabría una familia entera.

«Puff, qué mal suena, hablando de mis partes, de mi erección y a la vez pensar en una familia».

Y no me queda otra que darme una ducha fría y aliviarme a base de tocamientos llenos de deseo la excitación que ahora mismo siento, tanto que poco más y me la arranco por el brío de los movimientos y la fuerza de mi mano. Y es por ella. Por Mara. No puedo negarlo. Porque tiene algo que me engancha demasiado. No sé si es su carácter, su risa contagiosa, sus ojos amielados, o el momento... esa ternura que me ha hecho sentir al verla relatar su historia; o su genio y salero andaluz, sus labios rojos...; pero me ha puesto duro como si de una barra de hierro se tratase, tieso como el mástil de una bandera.

Y aquí estoy en plenas vacaciones navideñas, en un hotel de cuento en un pueblo a tomar por saco de mi casa, idílico, eso sí, tras pasar una noche estupenda, con un calentón del veinticinco, en la ducha, dejándome la mano en trabajitos manuales cual adolescente que no se come un colín, porque estoy cachondo como nunca por una mujer que hasta hace dos días me parecía lo peor del mundo, una loca chiflada, neurótica, lunática y ordinaria.

«Y a ver mañana qué narices le digo yo, ¿que fue un puto calentón? No, porque pensaría que soy un patán... ¿Que fue el momento?... ¿Que fueron esos segundos donde la vi tan frágil y desvalida? ¿Que fue la complicidad que se palpaba en el ambiente?, ¿o ese algo indescriptible que me hacía no poder apartar mis ojos de ella, de su boca... ese algo magnético...? Para ya, joder. Quizá lo mejor sea hacer como si nada de esto hubiese sucedido».

«No te lo crees ni tú».

CAPÍTULO 23



MARA

«Ay, Dios mío, ay, Dios santo..., pero ¿qué leches acaba de pasar? ¿Qué narices he hecho? ¿Por qué demonios he tenido que pararlo? ¿Se puede ser más pava? A mis treinta y pico años... Mara María de los Galanes Fernández de Blas, ¡eres una infantil y una cobarde!».

Lo tenía a huevo y obvio que mis ganas eran casi tantas como las tuyas. Se veía, se palpaba en el ambiente que podía haber ardido Troya si hubiésemos querido. Pero ese es el punto, que unos instantes antes los dos habíamos dicho que estábamos cerrados a cualquier historia, relación o llámalo x. Muy coherente todo, sí, señor. Primero, ambos muy seguros de que solos estamos cojonudo, unos minutos después, casi terminamos trincando aquí mismo. ¡Olé, olé y olé! Con todo mi papo.

«Y digo yo... si él tan cerrado estaba, ¿qué buscaba? ¿Por qué no echaba el freno? Y, sobre todo, ¿pa qué cojones voy yo y me cargo el momento? ¿En qué bendito instante se me ocurre decir que es tarde?».

Sé que he hecho lo correcto, lo sé, estoy ¿segura?... No, no lo estoy ni lo estaré, porque me apetecía continuar y sí, obvio que me arrepiento del todo de lo que acabo de hacer, que no ha sido otra cosa que fastidiar una noche que podía haber sido perfecta, porque encaminada iba, desde luego. Sí, me arrepiento casi tanto como me arrepentí de no haberle cruzado la cara a la zorra de Lourdes cuando se quedó con lo que era mío con toda su cara de buenecita, de mosquita muerta. La tendría que haber agarrado de los pelos grifos esos que tiene y haberla arrastrado...; pero nunca lo hice y me arrepentí. Como me arrepiento ahora de haber echado el freno y haber estropeado lo que estaba surgiendo de la nada. Y de lo que más, sin duda, de perder la oportunidad de estar con Carlos. Y no por el polvo en sí, que también, sino porque no me quedan dudas de que ese hombre tiene mucho por dar.

—Y quería dármele, vaya si quería.

«Que empezamos fatal, sí... pero que el Gominas tiene un aura magnética que hace que te pierdas en su cuerpo, que sus ojos te desnuden, que babeas por él, también. Que la velada se ha tornado mágica cuando nos hemos quedado a solas, por supuesto».

—Y podía haber sido épica.

Yo habría seguido babeando la noche entera porque estábamos muy a gusto. Demasiado tal vez. Es raro, porque hace nada estaba poniéndolo como hoja de perejil, de guarro y maleducado para arriba, cosa que ya no pienso. Al revés, de un plumazo tooodos los defectos que le veía han desaparecido y solo soy capaz de sacarle virtudes. Y llevo un buen rato en ello..., pero no hay manera. ¿Será posible?

«No puede ser tan perfecto, digo yo. Aunque las chicas decían que lo era. Y voy yo y echo el freno. Muy lista, Marita, te has cubierto de gloria». Ya podía haber cerrado la boquita... «No, por un segundo mi cabeza ha sopesado pros y contras, el después, y ha ido más allá, obrando correctamente. Yo no busco nada».

—A ver, Mara, repite: No me he equivocado. He hecho lo correcto. Ese chico está aquí de paso y tú ya te estabas montando la telenovela turca. No puedes volver a ilusionarte y menos con alguien que, al igual que tú, te está diciendo de frente y a la cara que huye a la carrera de todo lo que huele a relación o sentimientos. Sería un suicidio.

«Lo sería».

Deambulo por el salón abrigada con una mantita de cuadros cubriéndome los hombros a modo de toquilla, inquieta, nerviosa y excitada como estoy. Miro por la ventana y contemplo la cantidad tan bárbara de nieve que ha ido acumulándose mientras nosotros pelábamos la pava; las luces de colores que proyectan las figuras navideñas aún encendidas la iluminan en mil tonos diferentes y la estampa es preciosa. Por un segundo desconecto de mi realidad y del arrebatador momento que acabo de vivir y me centro en contemplar maravillada lo que hay ante mis ojos. Un paisaje que es un paraíso invernal. Apoyo la cabeza contra el cristal y siento como el frío me traspasa de la frente al interior al contrastar con mi elevada temperatura corporal. Estoy ardiendo «en llamas». «Menudo calentón llevo, y todo por un casi beso... si llega a meterme mano, exploto ahí mismo delante de él».

«Este hombre es de otro planeta, no puede ser de verdad. Algo malo debe tener», trato de autoconvencerme de nuevo. «Nadie es amable, atento, atractivo, caballeroso, culto, delicado, educado, fiable... y encima guapo, *sexy*...».

—¿Puedes dejar, bonita, de repasar el abecedario enterito y por su orden, sacando piropos que no mejoran la situación? Gracias.

Me da igual cómo sea, el caso es que ha estado a puntito de caramelo y yo le he parado los pies, muy convencida de que hacía lo que debía. Que lo hacía, sí, pero, la virgen, qué complicado todo cuando hay ganas. Y una de piedra no es y más con tanto ayuno. En resumen: como soy una debilucha enamoradiza que se ha ilusionado con el chico perfecto tras la noche que hemos pasado «y después de todos los piques que hemos tenido, telita conmigo», pues así estoy ahora..., arrepentida perdida por no haber sido capaz de dejarme llevar y haber puesto cabeza en lugar de haberme tirado encima de él y haberle dejado hacer lo que quisiera conmigo.

«Valiente idiota estoy hecha... ¿Y si se arrepiente y vuelve a bajar de su cuarto?», pienso mientras me giro y contemplo la estancia desierta y la escalera vacía. No va a volver..., seamos realistas, le he echado el freno y ha pillado que no quería nada. Se acabó.

—Pero y si voy yo... «Ni de coña vas a ir tú a buscarlo... Todo pasa por algo, y si he resistido esa embestida, olé por mí y por mi fuerza de voluntad ante semejante monumento, tremenda tentación... yo ahí, fuerte, porque sí, la carne es débil, pero yo no. Y no quiero pasarlo mal de nuevo, ni por él ni por nadie, pero ojalá bajase y me empotrarse contra la escalera...».

—Estoy grillada, lo mío es para hacérmelo mirar.

«¿Y ahora qué?». Mañana tal vez pueda irme a casa, pero tal y como está esto de nieve, la calefacción rota, el técnico sin llamar... —y no creo que lo haga— aquí estoy mejor. Aunque tenga que enfrentarme a sus ojos y a él mismo tras haberlo parado en seco. Quizá vuelva a darse algún momento parecido y podamos... —pueda— arreglarlo, pero no.

—¡Que no, que no debemos! ¡Que sería de tontos! Tengo que metérmelo en la cabeza.

—Pero ¿y lo bien que estaría y cómo lo pasaríamos?, me digo, y de solo visualizarnos en plena acción... ¡ofú, qué calor!... «Es que qué hombre, qué cuello, qué boca, qué labios, qué mirada de date por follada... y lo demás, qué poderío, madrecita, que parece que todavía lo siento debajo de mí en la pista de patinaje».

«Yo sé de una que no va a pegar el ojo esta noche y mañana va a tener cara de culo. Y él estará durmiendo a pierna suelta... o haciendo manualidades, y no precisamente navideñas, quién sabe...».

Y lo cierto es que imaginar esto último me hace sentir más deseo aún. Y sonrío.

Insatisfecha, me muerdo el labio dando vueltas y vueltas sobre mí. Porque podría tenerlo encima, enredado en mi cuerpo y por tonta no es así.

Y de pronto siento calor, mucho. Tengo el cuello bañado en sudor. Me remuevo. Mi cuerpo está agitado, ardiendo, dejándose llevar por una oleada de placer que lo recorre entero al notar unas manos grandes, calientes, que lo aprisionan y no dejan nada sin tocar a su paso. Y yo me dedico a dejarme hacer. Me estremezco cuando él asalta mi boca, la paladea, enredando su lengua en la mía sin darme tregua. Y yo lo recibo encantada, respondo entregada, tratando de proporcionarle el mismo placer que él me está dando a mí. Le beso como si llevara una vida esperándolo. Devora mis pezones mientras sus manos estrujan con fervor ambos senos, yo gimo tapándome con un cojín para no escandalizar a todo el hotel y evito dejar salir los gemidos que ahogan mi garganta; recorre mi abdomen hasta llegar al límite, a esa parte prohibida que muero porque alcance, porque traspase mi ropa interior y haga suyo mi centro. Y lo hace, atrevido, con la lengua, acompañándose de sus largos dedos, que introduce en mi interior mientras no deja de jugar con su boca, mordisqueando, para hacerme alcanzar el clímax. No puedo contenerme, no aguanto más. Suelto el cojín y enredo mis dedos en su pelo, agarrando fuerte, tirando... pero a su vez llevándolo a él más contra mí, haciendo fuerza; y es que necesito a Carlos, lo quiero todo dentro de mí y que no pare, que continúe hasta llevarme al límite.

—Oh sí, sigue... no pares... Carlosss... —grito, casi en un delirio.

Él me mira con esos ojos en los que es demasiado fácil perderse, y que ahora mismo echan fuego, porque están llenos de lujuria, de hambre de mí, y después de dedicarme una sonrisa canalla y pasear su dedo por mis labios, chistándome y mandándome callar, vuelve a bajar por mi piel, hasta posarse de nuevo en mi intimidad. Y desde ahí, levanta la mirada, seductora, y yo siento que explota; y es que he llegado a donde iba, al límite de mis fuerzas y un instante después, aún sintiendo su contacto, su cabeza entre mis piernas, una ráfaga barre mi cuerpo, estremeciéndome, haciéndome vibrar, flotar, pero sobre todo... ¡sentir!

—Carlossss... —gimo, con todas mis ganas.

Sobresaltada, sudorosa y casi febril, me incorporo, abriendo los ojos como platos.

—No, no, no... Joder... ¡he soñado con él! ¡Esto no me puede estar pasando a mí!

CAPÍTULO 24



MARA

Debí de caer rendida después del sueñecito, de tanto pensar e imaginar, excitada perdida como estaba. Vamos, que no sé ni a qué hora fue ni lo que he dormido. Es día de diario, lo suyo sería ir a trabajar, pero casi seguro que con el temporal don Severiano mantiene la cooperativa cerrada. Si alguien quiere algo urgente se lo pedirá a él. Me levanto y me acerco al cristal para confirmar que, en efecto, vuelve a nevar, lo que significa que hoy tampoco me llamará el técnico y mi caldera continuará estropeada. «Y yo seguiré aquí y él está demasiado cerca».

Es demasiado temprano, apenas está amaneciendo, pero en la cocina ya se oye el jaleo matutino de la preparación del desayuno.

Atravieso la puerta y diviso enseguida a Maritere y a doña Carmen a los mandos, junto al personal de cocina.

—Mmm, ¡huele de maravilla! —exclamo, inhalando lo más profundo que puedo el delicioso aroma que invade toda la estancia. Es una mezcla entre bollería recién hecha, chocolate, pan y mantequilla con azúcar. Sí, huele a gofre recién hecho y no veo el momento de probarlo. «Y de ver a Carlos para comprobar en qué actitud está conmigo. Y de morirme de vergüenza cual adolescente el día después».

Me pongo manos a la obra y ayudo en todo lo que me dicen y en menos que canta un gallo tenemos el *buffet* montado. Los primeros huéspedes no tardan en hacer su aparición y van ocupando las mesas, mientras yo hago lo propio en la que comparte la familia. Solo que quien quiero que baje, no se deja ver.

Al cabo de un rato, por la escalera, recién aseado, aparece cual Adonis él. ÉL. Y la tunanta de Maritere, que no se corta ni con un cuchillo y no puede verse con la boca cerrada, no tarda en hacerle venir hasta nosotras. Mi estómago da un vuelco. Mi pierna temblequea sin parar bajo la mesa.

—Buenos días. ¿Cómo puede ser que cada día estés más guapo, hombretón? —se dirige a él la buena mujer.

—Muchas gracias, Maritere. Usted, que me mira con buenos ojos.

—Nada, nada, el pueblo te está sentando de fábula.

—Puede ser, puede ser...

—Buenos días —le saludo yo, tímida, levantando la mirada hacia él, para encontrarme con la suya, seria y profunda. «Está molesto».

—Buenos días —responde, parco en palabras—. Con permiso —dice, retirando la silla para sentarse.

—¿Qué te apetece hoy, primor? —continúa la doña.

—No hace falta que me pregunte, sabe que tomaré sus galletas. Me tiene conquistado, siempre se lo digo.

—Ahora te traigo chocolate caliente para que las acompañes.

—No, muchas gracias, así estoy bien. Hoy necesito un café bien cargado. Anoche tomamos chocolate... y me empaché un poco.

—Uy, anoche, ¿hubo jarana aquí? Y yo me lo perdí. Me quedé en una de las cabañas. Caí pronto. Si llego a saberlo..., aunque bueno, las noches son para la juventud. Como dice el dicho: ¡juventud divino tesoro!

—Hubiera sido interesante que estuviera usted también, sí —le dice, irónico, con esa sonrisa de medio lado que lo hace demasiado atractivo.

—¿Por qué lo dices? Cuéntale a Maritere, que ya hay confianza —le insta ella.

—Nada, era una forma de hablar —responde lanzándome a mí una mirada de soslayo—, no hay nada que contar.

—Nada en absoluto —contesto yo, metiéndome, viendo cómo él lo ha dicho como si nada. Esta vez no atisbo si hay enfado o molestia en su tono de voz, más bien parece indiferencia—. Carlos, si quieres te traigo yo el café —me ofrezco, amable.

—No te preocupes, ya voy yo. Gracias.

—Hay gofres recién hechos en la cocina, los van a sacar en nada... —le comento, tratando de entablar conversación.

—Ya me he servido galletas de la señora. Lo prefiero.

—A mí es que las crepes y los gofres me privan, aunque las galletas son una delicia. Por ejemplo, en las ferias siempre...

—¿No te gusta desayunar tranquila? —me corta, dejándome caer una indirecta bien directa.

—Yo es que soy de hablar hasta debajo del agua, chiquillo. —Me río, cortada—. No sé verme callada...

—Ya...

¿Ya? Un simple «ya» que poco pie me da para seguir la conversación. Él nunca deja que haya silencios, pero hoy es al revés. Parece que mi charla le sobra. Está enfurruñado, seguro. «Ea, si es que me lo merezco por tontuza».

—El día que repartieron lengua, yo me puse la primera en la fila y me llevé la mayor parte —bromeo, sin obtener respuesta—. Respecto a lo que pasó anoche... —vuelvo a la carga—, bueno, hace un rato, mejor dicho, yo quería...

—Anoche no pasó nada, ¿no? —me vuelve a cortar, sin apenas levantar la vista, concentrándose en una galleta con forma de copo de nieve que está mojando en el café.

—Hombre, yo no diría eso taaampoco... a lo que me refería es...

—Aquí tenéis, juventud, un par de gofres exquisitos. La receta es de mi madre, igualitos que los belgas... venga, probad... —Aparece Maritere, exclamativa como siempre, interrumpiendo la medio conversación, pero se le perdona porque trae gofres redondos con chocolate fundido

teñido en rojo, verde y blanco esparcido por encima, y tienen un pintón.

—¡Salvado por la campana! —exclama él, ahora sí, divertido. «Será bipolar»—. Por dios, esto es un espectáculo. Está buenísimo —la alaba, tras probar el manjar. «Está guapo hasta masticando como un caballo».

—Pensaba que eras más de galletitas —le suelto con retintín, haciendo alusión a su comentario anterior. Y noto como los ojos de Maritere se vuelven raudos y veloces hacia mí. «Genial, le estoy dando material para que cotillee».

—Probar todo lo que cocinan las manos de esta mujer es obligatorio porque todo está exquisito. Y tienen cada detalle... hasta el gofre es navideño. Me encanta —la vuelve a adular, dirigiéndose a ella y solo a ella e ignorándome a mí.

—Gracias, hombre, gracias —responde la doña, oronda como la que más con tanto halago hacia sus dulces navideños—. El caso es que os guste lo que hacemos, disfrutéis y queráis volver a visitarnos. Estoy preparando una cosa para esta tarde que os vais a chupar los dedos.

—Uy, Maritere, él la de chuparse los dedos no se la sabe. Eso es muy basto para Carlos. A él todo con cuchillo y tenedor... —trato de picar, atacando, para ver si lo saco del letargo, pero ni con esas me dirige la palabra. Solo una mirada que me fulmina. Y no para bien.

Ella se marcha y nos deja desayunando en silencio y, en el fondo, hasta lo agradezco, porque soy de buen comer y así puedo centrarme mejor en todas las delicias que tengo ante mis ojos, pero no se me va de la cabeza la nohecita, y más cada vez que veo que ni replica a los escasos comentarios que hago. Hasta el gesto lo tiene serio. Ni responde a un par de chascarrillos... «La cosa pinta mal».

Solo se anima el cotarro cuando estamos terminando y las señoras vuelven con nosotros. También veo que Donete merodea en torno a la mesa y él baja su brazo hasta ella para regalarle una caricia. Y es que le cambia la cara cuando lo hace. «Se ve tan tierno y achuchable...».

—Bueno, chicos —indica Carmen mirándonos—, ¿y cómo se presenta el día? Porque parece que la nieve no va a dar tregua...

—Ayer tampoco y al final lo pasamos de maravilla —responde amable él.

«Creo que hoy sería simpático hasta con una piedra, menos conmigo».

—Ya, pero es una pena para los pocos días que vienes y que te pille el temporal, muchacho —exclama apenada Maritere. «Se va pronto».

—¿Cuándo te marchas? —me atrevo a preguntar como si nada, por si cuela, y tal como me temía, no obtengo respuesta. «Si es que no sé verme callada. Y en boca cerrada no entran moscas».

—Mi hija —apunta doña Carmen refiriéndose a Carlota— está ahí preparando actividades para todos, así que no dudéis de que será un gran día. Creo que empezaremos haciendo muñecos de nieve artificial que fabricaremos nosotros mismos.

—¿Y eso cómo es?

—Se hace con agua, bicarbonato... será divertido, ya lo verás. A los pequeños les encanta.

—Estoy seguro de ello —afirma, sonriente. «Ya podría mirarme, pero no lo hace». No me dedica ni un segundo de atención, por lo que visto el éxito que he tenido, desisto y me levanto de la mesa para ir a ver qué hace Torrija, que la muy puñetera no está a la vista y a saber dónde se ha metido. La encuentro a los pies de Carlota.

—¿Qué tal anoche?

—Bien —respondo seca, renegada como estoy.

—¿Mal día? ¿Ha pasado algo?

—Nada en absoluto —miento, haciendo más sus palabras. Y es que, por desgracia, es la realidad y no pasó nada de nada.

—¿Qué tal anoche cuando nos fuimos? Lo estábamos pasando bien...

—Bien.

—Uuuyyy. Qué raro tú con respuestas escuetas. Huele a mentira de aquí a Lima.

—Mira, Carlota, no tengo el chichi para farolillos...

—Buenooo, seguro que os volvisteis a enganchar. Nosotros que os dejamos a ver si intimabais un poco, os conocíais y os caíais bien... ¡Qué chasco, mujer!

—Ni te preocupes, soy yo, que lo fastidio todo. —«Y sí, casi nos enganchamos, pero de otra manera, vaya».

—¿Por qué dices eso?

—Porque es verdad. ¿Me prestas tu ducha?

—Claro, y coge la ropa que quieras. Y ponte un jersey navideño, que arriba hay miles, ya lo sabes. —Me guiña un ojo, guasona.

—Oído, mamá.

—Y que sepas que luego no te libras. Baja rápido, que empezamos en breve las actividades.

Y lo hago, me ducho, me visto con un jersey que lleva un pingüino gigante en la parte delantera y cuando bajo veo como todo el mundo está ataviado para la ocasión y ya distribuido en mesas con un bote de bicarbonato, un plato y agua delante para hacer la manualidad y pasar una perfecta jornada de navidad.

Ni me fijo en dónde está ubicado el señorito, porque aunque cayese a su lado, no iba a darme bola, por lo que opto por sentarme con los huéspedes más pequeños y disfrutar de la mañana con ellos.

Y cual niña pequeña me involucro en la actividad, casi sin prestar atención a lo que sucede en la sala, ni al individuo en cuestión, sino solo a mis minicompañeros y entre todos hacemos unos muñecos de nieve que adornamos con ojitos de plástico, zanahoria en la nariz y bufanda en el cuello, que oye, está mal decirlo, pero nos quedan remonos.

Tan solo al acabar la actividad, cuando estoy admirando lo bien que ha quedado mi estatuilla, siento una mirada clavada en mí. No sé por qué la noto, pero lo hago y, en efecto, al levantar la vista me encuentro con sus ojos claros fijos en mí. Solo se cruzan apenas un instante, pero en cuanto me ve mirándolo y se siente cazado, se da media vuelta y desaparece de mi campo de visión. «Me estaba observando sin perder detalle, bien mirada. Igual no está todo perdido».

CAPÍTULO 25



CARLOS

Genial, me ha pillado mirándola en un renuncio. En definitiva, me está fallando la estrategia de hacer como si nada y obviar todo, porque justo se ha pasado todo el desayuno tratando de sacarme conversación mientras yo pasaba de ella —o trataba de hacerlo— a propósito; pero es que a mí no me sale ser así, y menos aún con ella. Porque si hay algún culpable de lo que pasó anoche ese soy yo. A ver, para qué me acerqué, si sabía que no..., pero mejor no darle vueltas.

El problema de fondo es que por mucho que me haya jurado mantenerme apartado de Mara para que no vuelvan las ganas de anoche, tampoco lo consigo. Ni ignorarla, eso menos aún.

Ha estado toda la mañana rodeada de pequeñajos haciendo una actividad de las que prepara Carlota como parte de la animación del hotel. Y es que era lo más tierno del mundo contemplarla tan concentrada en su obra y ayudando al resto de los niños, a los que se les dificultaba un poquito el montaje del muñeco en cuestión.

No solo es graciosa, divertida, amable y dicharachera, puesto que sus bromas y chascarrillos con los enanos se oían en todo el salón, sino que también es atenta, cuidadosa, organizada, minuciosa... y tiene mano con los más pequeños. Además de con los animales. Verla después revolcándose con Torrija en la alfombra ha sido más adorable aún. «Y mis ganas de unirme han sido demasiadas, sí».

Aunque cuando se enfada tiene un genio que mejor que te pille lejos, eso ya me quedó claro hace días. Pero es cierto que verla sonreír entre pequeñajos me ha quitado toda la mala leche con la que he bajado a desayunar. Se ha evaporado como la espuma de la leche en el café. La he ido observando y me ha gustado lo que he visto. Igual que un rato después me ha gustado ver como ayudaba a servir la comida a la mesa infantil y compartía con ellos espaguetis navideños de colorines con queso rallado por encima como si de nieve se tratase. Y cuando luego se ha tumbado a jugar con Torrija, poniéndosela encima, me ha hecho sentir como si estuviera viendo una serie de esas de las que no puedes desviar la vista de la pantalla. Adictiva. Eso me ha parecido la escena. Adictiva. Una palabra demasiado fuerte.

Y no estoy yo para que nadie me parezca adictiva...

Después hemos decorado jerséis navideños que Carlota ha dibujado en papel para que todos participásemos, mayores y pequeños. Los hemos llenado de abalorios, pompones y purpurina, entre risas y gritos de júbilo.

Y era un ambiente espectacular, con la gente cantando villancicos a coro mientras cada uno hacía su diseño para competir después y llevarse el premio.

Sobra decir que no he ganado, porque no solo lo he hecho fatal, ya que las manualidades no son lo mío, sino que encima he estado bastante distraído y más pendiente de lo que hacía ella que de lo mío propio, a pesar de que hemos caído en mesas alejadas.

Un rato más tarde, ella, junto a todo el séquito de pequeñajos, algunos de los padres, Fran y un servidor hemos salido a jugar con la nieve y lo hemos pasado como enanos. Carlota ha empezado a provocar, hasta que Fran se ha lanzado y ha iniciado una guerra de bolas de nieve a la que me he sumado sin dudarle. Hemos caído al suelo, hecho la croqueta y después todos nos atacamos a bolazos a troche y moche.

La primera pelota que recibí por su parte vino acompañada de una sonrisa maliciosa, buscándome las cosquillas de manera clara. Solo que yo ya había dejado el plan de ignorarla de lado, ya no buscaba un conflicto bélico, sino jugar y pasarlo bien; pero aun así correspondí con una bola de mayor tamaño que impactó contra su cuerpo desatando una guerra a dos, que no sabría decir quién ha ganado, pero que nos ha regalado muchas miradas cómplices, muchas risas, camaradería y algún que otro revolcón improvisado.

Y joder, en algún momento ha tratado de hacerme morder el polvo y, aunque me he resistido, volver a sentir su contacto sobre mí, pese a los guantes, al frío, a la humedad y pese a todo me ha puesto caliente no, lo siguiente, cual chimenea encendida.

Millones de imágenes de los dos han pasado por mi mente en décimas de segundos. Parecíamos dos críos correteando, huyendo del otro, persiguiéndonos bola de nieve en mano, ataviados con gorros y bufandas como si estuviéramos en el Polo Norte; y es que hacía un frío que pelaba, pero sobre todo, disfrutando y pasándolo bien. Y no solo me ha gustado a mí. Porque ella estaba pasándolo pipa, no dejaba de sonreír y la sonrisa dibujada en su rostro ha resultado contagiosa, o yo me he sentido como un bobo que tampoco dejaba de hacerlo. «Por ella».

Después hemos montado muñecos de nieve, de los de verdad, dejándonos las manos, pero ha sido espectacular el resultado. Zanahorias, bufanda, escobas... toda una equipación para dejarlos perfectos. Y he vuelto a sentirme niño. Y qué jodida maravilla disfrutar de una tarde así «con Mara».

Con los muñecos hechos, hemos vuelto al interior de la casona donde Maritere y doña Carmen nos esperaban con una deliciosa merienda ya servida.

—Venga, todo el mundo a sentarse y a tomar un chocolate caliente.

—Que estaréis heladitos. ¡Válgame los mayores, peor que los muchachos chicos! —nos regaña Maritere, exclamativa como ella sola, pero lo cierto es que nos da igual.

Aunque algo de razón tiene, porque al coger la taza navideña entre mis manos y sentir el calor acariciar mis dedos, creo que voy a morir de gusto; es que hemos entrado con las manos como escarcha. Nos hemos sentado todos a disfrutar de los dulces y golosinas que han servido. Un espectáculo para la vista y que nos viene de perilla porque parece que no hayamos comido en años. Lo devoramos, hambrientos.

Y ahí ha sido cuando ha venido la oportunidad que, aunque no quiera reconocer, ambos estábamos esperando. Porque parece que juntos no nos aguantamos y siempre acaba pasando algo malo, pero separados tampoco funciona la cosa y al final no nos quitamos ojo. Y para

muestra, un botón. Tras el desayuno ella ha pasado de mí como de la mierda, pero entre purpurina y abalorios de los jerséis después de comer, alguna miradita habíamos cruzado ya, y si bien ha sido sin acompañarlas de sonrisa, guiño o gesto alguno, haberlas las ha habido. Y después de la nieve, en la mesa de la merienda navideña, por obra y gracia de Maritere imagino, finalmente hemos caído uno frente al otro.

Y ahí, viéndola meter hasta la naricilla en un copete de nata que se ha echado encima de su taza y que ha llenado de fideíllos de chocolate y *sprinkles* navideños, no he podido más y me he echado a reír con su ocurrencia. Es muy golosa y disfrutona. Y ella se ha dado cuenta de que no me reía de ella, sino con ella, y me ha correspondido el gesto con una sonrisa que la ha delatado.

Le he pasado una servilleta roja llena de papanoes, pero aun así me he inclinado y le he retirado con mis dedos un pegotillo de nata que se había dejado sin limpiar. Después me he chupado el dedo, lamiendo los restos.

—¿Ves? Yo también me chupo los dedos... —la he picado, travieso.

—Ya veo ya. ¿Sabes? Me gustas más en modo no relamido, sin tanto refinamiento, chupándote los dedos... que cuando te comes un torrezno grande con cuchillo y tenedor —me dice con confianza, cosa que me hace sentir bien.

—Qué mala eres, te fijaste en que lo comí con cubiertos.

—Claro, tenía que restregarte lo pijo que eras en algún momento —bromea conmigo y me causa gracia, aparte de que me gusta que me preste tanta atención. Se ve cómoda, a gusto charlando, aunque sea de tonterías.

—Adoro estos bizcochitos y los *pinobrownies*...

—A mí me chiflan los bastones de caramelo y las *cookies* —dice introduciendo uno en su boca. Y, *mecagüentodo*, los bastones tienen una forma alargada que me lleva a pensar en algo demasiado obsceno al verla metérselo en la boca, lamiéndolo con ganas y lujuria, sin parar. Y sí, me pongo nervioso. Me pone nervioso. Y parece que la vuelvo a sentir encima de mí sobre la nieve, como un rato atrás. Y el tacto de sus manos sobre mi cara restregándome los fríos copos y congelándome, y sonrío para mí. «Estoy un tanto jodido». Yo que venía de vacaciones y siento que he venido a meterme en la boca del lobo.

CAPÍTULO 26



CARLOS

—¿De qué te ríes? —me pregunta ella, sacándome de mi ensoñación.

—Eh... esto... de nada.

—¿Estabas pensando en mí? —me vacila. «¿Cómo coño lo ha sabido?».

—Ya quisieras, maja —miento—. Solo estaba pensando en que lo hemos pasado bien, ¿verdad?

—Entonces, yo tenía razón —me la devuelve, sacándome la lengua, pícara—. Verdad, verdad. Lo hemos pasado estupendo.

—Qué mala eres.

—Pero, reconócelo, te diviertes conmigo.

—Sí, eso es cierto —asiento, y es que es la puta verdad. «Con ella los días son geniales y pasan volando. Pero no voy a decirlo en voz alta».

—¿Ves? Al final no vas a ser tan seta como pensaba, Gominas.

—Que no me llames Gominas.

—Te encanta que lo haga, reconócelo.

—La verdad es que no. ¿O acaso te gusta a ti que te diga Lunática?

—No me importa, me hace gracia...

—A ti todo te divierte, Lunática, pero no decías eso las primeras veces que te lo llamaba —la pincho, maligno.

—Las primeras veces me caías como una patada en la boca del estómago y quería echarte a un estanque lleno de cocodrilos para que cerraras la bocota.

—Gracias por la sinceridad. —«En el fondo sería mejor haber seguido así».

—Tú te lo has buscado... —me contesta con gracia y sigue comiendo dulces como si no hubiera un mañana.

Y vuelvo a ver cómo se relame de manera natural los restos de nata con chocolate que le quedan en la comisura de la boca y me pongo malo no, malísimo. Ella es así, espontánea, y lo mismo me dice que le caigo como el culo que me da una palmadita en el hombro acompañada de

cualquier comentario chorra y me hace sonreír y sacar lo mejor de mí, como un idiota.

Me mantengo perdido contemplándola disfrutar del chocolate, tanto que Carlota, desde su lado de la mesa, se da cuenta y me dedica un guiño cómplice. «Cabrona, está en todo».

Cuando anochece, ya cenados, proyectan la peli de un tipo *workaholic* al que partieron el corazón y solo vive por y para su trabajo. «Eso me suena bastante». Es un *film* navideño y, bueno, todo el rollo de que él la contrata como decoradora para ambientar la casa y llenarla de luces y objetos temáticos de la época ante la llegada de su familia. El hombre no ve más allá de sus narices y, sin darse cuenta, acaba enamorándose de ella; pero no es lo que quiere y tras un par de rechazos e idas y venidas terminan juntos prometiéndose amor eterno. «Es ficción. Nada sale así de bien, en la vida real es bien distinto todo», pienso para mí mientras observo a Mara al otro lado del sofá, medio dormida. «¿Y esta era la romántica?».

Me hace gracia contemplarla así, luchando contra sí misma para mantenerse despierta y acabar la peli —de la que no se habrá enterado ni de la mitad—. No como yo, que me la he tragado entera, porque me gusta este tipo de cine. Otra cosa es que ya me lo crea más o menos, y eso que siempre he sido de los que ven las comedias románticas con sus amigas, solo que, después de acumular desengaños, mi percepción ha cambiado un tanto a la parte realista. Fantasía o realidad, como la canción...

Poco a poco la gente se retira, Maritere remolonea, pero al final se cruza a su cabaña y en el salón quedamos Fran, Carlota, una ya despejada Mara y yo. Y no sé si es buena idea, no sé si debería irme a dormir y evitar cercanías como la de ayer, pero me apetece quedarme tomando una copa y charlando con mis amigos. Solo que estos no me lo ponen nada fácil y Carlota al poco rato anuncia lo cansada que está. «Lo ha hecho adrede, estoy seguro. Quiere dejarnos a solas».

—Pues nos vamos a la cama, ¿no? Esto parece el camarote de los hermanos Marx con tanta gente, a ver si encontramos la nuestra.

—No seas bobo, cariño —le gruñe Carlota.

—Fran tiene razón, somos muchos —añade Mara— y yo aquí gorroneándoos sofá y espacio.

—No digas bobadas, si casi te tengo aquí secuestrada en pro de tu seguridad —bromea Carlota, cómplice con ella, mientras desaparecen escalera arriba, dándonos las buenas noches.

—Dios, me siento como una garrapata aquí chupándole la sangre a la pobre Carlota —me comenta ella, ya a solas, casi en un susurro.

—No digas tonterías, es tu amiga... los amigos se hacen favores, es normal. No tienes calefacción en casa, no puedes irte y cogerte una pulmonía con este temporal.

—Ya lo sé, pero eso no quita el hecho de que me sienta un tanto chupóptera.

—Pues cuando todo esto pase, la invitas a una buena cena que seguro que le encantará; o a un plan para ellos dos, algo romántico, con música, flores y velitas, a solas... ya sabes, que lo disfrutarán más aún.

—Cómo se nota que eres experto en organizar eventos, majo. ¡Tus novias deben de haber estado locas al dejarte escapar! —suelta, espontánea, saliéndole de dentro, sin pensar, y veo como el rubor invade sus mejillas de golpe. «Es una monada».

—Vaya, muchas gracias... —contesto, encantado.

—Lo siento, quería decir que eres muy detallista... —se justifica— y eso siempre gusta.

—¿A ti te gusta?

—Sí, a mí y a cualquier persona, hombre o mujer, creo yo.

—Pienso igual. Me gusta ser detallista y atento, pero vamos..., me sirve de poco —explico,

rellenándome una copa de vino.

—¿Por qué dices eso?

—Porque mi suerte con vosotras, las mujeres... va en picado.

—Por un tropiezo no se acaba el mundo... dicen...

—Yo ya llevo tres gordos..., igual es hora de desistir...

—Pa gordo el mío y aquí estoy, vivita y coleando. Todo se supera y te das cuenta cuando menos te lo esperas.

—Sí, si no te digo que no, pero la vida es una rueda que va girando y es una y otra vez. Todo cansa, por lo menos a mí.

—Eso es porque no has dado aún con la adecuada —me dice, sentándose a mi lado, en la misma posición de ayer. «Peligro».

—Tal vez ni exista —afirmo.

—En alguna parte estará tu media naranja, hombre.

—Sí, hecha zumo del que tomamos en el desayuno —bromeo yo, deseando cambiar de tema.

—Con galletitas, porque el señorito solo toma café y gofres de la mano de Maritere... —me recrimina con ironía, en alusión a la mañana.

—Lo siento, sí..., estaba algo molesto cuando me levanté y fui un poco borde.

—¿Un poco solo?

—Bueno, bastante, pero es que...

—No hace falta que lo expliques, lo entiendo. Yo jodí un momento, me eché atrás y es lógico que te molestases conmigo.

—¿Contigo? No, no, más bien estaba enfadado conmigo mismo.

—¿Y eso por qué? —pregunta ella, acercando de forma peligrosa su mano a mi pelo, enredando sus dedos en él y colocándome la parte del flequillo que había caído sobre la frente. «Joder».

—Por incoherente y cabeza de chorlito. Un rato antes estábamos contándonos lo que rehuimos de según qué cosas...

—Tienes toda la razón —me corta—, pero no solo fue culpa tuya, hay veces que pasan cosas...

—¿Cosas? —Me río.

—Sí, cosas como esta —asegura, certera, acercándose aún más a mí, poniéndome nervioso por su proximidad.

—Como esta —repito yo, como si fuera tonto viendo cómo va acabando con la poca distancia que ya queda entre nosotros en el sofá. «Me está buscando y me va a encontrar».

—Como te decía..., hay veces que las cosas surgen, vienen como vienen y no se deben parar —vuelve a la carga cogiéndome por el mentón y haciendo que la mire de frente.

—Siempre se puede parar todo y no hay que molestarse por ello, de verdad que no iba por ahí, sino porque no estaba bien lo que pasó.

—No pasó nada según tú —concluye sugerente, mientras su mano se pasea por mi mejilla a la par que mi cabeza la busca. Y ya no estoy nervioso, sino alterado y asustado.

—Bueno, algo pasó... —respondo, con algo de titubeo, sabiendo que me muero de ganas por cogerla y sentarla sobre mí y que esa mano con la que me está enloqueciendo baje más, mucho más, hasta el sitio desde donde se la está reclamando ya con fuerza.

—Algo... —Sonríe demasiado traviesa, cogiendo mi copa de vino y levantándose, para dejarla en la mesa baja que tenemos delante, frente a la chimenea.

—¡Mara! —digo entremezclando una exclamación y una advertencia cuando no deja pasar dos segundos y, sin necesidad de ser yo quien la ponga sobre mí, es ella la que se sienta a horcajadas sobre mi regazo, posando su trasero en todo mi esplendor.

—Vaya, veo que soy bienvenida —bromea, al notar mi dureza en su culo, mientras se recoloca haciéndome estremecer más aún. «Estoy cachondo perdido, esta mujer me vuelve loco como ninguna otra».

—Muy graciosa... —replico ya casi sin aliento, mientras ella juega conmigo como quiere. Primero con sus manos, que continúan enredadas en mi pelo, hasta que una de ellas comienza a bajar y se para en mi pecho, sosteniéndose sobre mi pectoral mientras desliza la otra por debajo de mi jersey...

—Mara —repito la advertencia.

—Shhh, calla... —contesta acercando su cuerpo a mí y llevando su cabeza a ese perfecto hueco entre la oreja y el hombro, que parece que esté hecho para ella, pues encaja a la perfección. Solo que no me roza, sino que se queda a un escaso milímetro de mí, y puedo sentir su aliento en mi piel, el roce imperceptible de la punta de su nariz paseando por mi cuello mientras eriza todo el vello de mi cuerpo y a ella excitada buscando mi rubor, mi perdición.

—Mara, me estás buscando y me vas a encontrar —adviento por tercera vez, llevando mi mano hacia su cabeza, para enterrar mis dedos en sus ondas y llegar al fondo, conteniéndome aún, puesto que por ningún motivo quiero dar pie a algo y que pase lo de anoche para volver a quedarme con las ganas...; aunque ya mi voluntad ha cedido y solo necesito el pistoletazo de salida para dejarme llevar y hacer con ella todo lo que he visualizado mil veces la pasada noche. «Y desde que la conocí...».

—Es lo que pretendo —susurra en mi oído, con un tono demasiado juguetón, dejando un suave mordisquito en el lóbulo de mi oreja que es la puta señal que necesitaba para saber que la voy a hacer tocar el cielo. Que vamos a llegar a lo más alto, donde ya vamos tarde.

Y ya no puedo más y con mi otra mano la aprieto contra mí, reposándola en su cachete y haciendo que su cuerpo haga fuerza sobre mi miembro, que la reclama sin pensar en otra cosa. Y la atraigo hacia mí más aun, con ganas, con deseo, y tras mirarnos sin hablar unos segundos, cuando su boca está a escasos milímetros de la mía, la alcanzo y la beso, colisionando mis labios contra los suyos. Nos besamos y nuestros mundos se funden. Y de qué manera. Su lengua ávida de la mía. Mis labios la succionan, la buscan desesperados en cada roce y bailan al son que ella marca, y con cada movimiento me enloquece un poquito más. Mis manos se deslizan por su cuerpo, inquietas, sin parar de un lado a otro, como si necesitaran sentir el contacto sin desprenderse de mi piel en ningún momento, con las palmas bien abiertas para tocar y abarcar cuanto más mejor. Atrevido, las meto por debajo de su jersey navideño, acariciando su espalda tanto que creo que voy a sacarle brillo. Es suave, delicada y su aroma es dulce. Más adictiva todavía.

Su boca recorre mi cuello mientras mi cabeza descansa en el borde del sofá y ella con sus movimientos está a punto de hacerme estallar. Mis manos desabrochan tímidas el corchete de su sujetador y se pasean por debajo de la ropa interior, llegando a sus pechos, a tocar y agarrar sus pezones y es lo que me faltaba para perder la cabeza y desear aún más, si es que se puede, hundirme en ella.

—Vamos a tu cuarto —me pide, oyendo mis deseos a gritos, y no necesito que diga más para levantarnos, con ella encaramada a mí como si de un chimpancé se tratase, y dirigiéndonos a mi habitación, sin dejar de besarnos y parándonos para sentirnos aún más. Contra la chimenea,

contra el árbol de Navidad, al que damos un buen tantarantán (tanto que Carlota nos mataría si nos viera), en cada escalón... hasta llegar arriba, donde no tengo más remedio que dejarla en el suelo para abrir.

Está igual de excitada que yo y me lo demuestra colocándose a mi espalda, llevando sus manos a sobar mi culo, agarrar y pellizcar, para luego, mientras yo atino a meter la llave en la cerradura, subir sus dos manos hasta arribar al pecho, haciendo suyos esos dos botones de placer que hacen vibrar mi cuerpo entero al contacto de sus dedos calientes y ansiosos de mi piel y de mí, como yo lo estoy por seguir perdiéndome en la suya y saborear todos y cada uno de los rincones de su piel.

Su mano va deslizándose por mis oblicuos... y creo que voy a morir.

—Me comería entera tu tableta de chocolate —asegura, enloquecida, mientras continúa dirigiendo su mano en dirección a mi ropa interior, esa que asalta sin piedad para agarrar mi miembro y hacerlo suyo.

—¡Joder! —gruño, extasiado, mientras por fin la puerta se abre y, como si de un vendaval se tratase, entramos con furia, desatados, cerrando la puerta de golpe, cual corriente de aire, que casi hace que la chapa con el nombre del cuarto caiga al suelo. Lo siento por ti, «Rudolph el reno» como reza el cartelito.

Una vez dentro, nos desnudamos a toda prisa... no necesitamos más preliminares, porque venimos los dos a punto de una combustión extrema y aun así seguimos...

Libres de ropa, frente a frente, es ella la que toma la iniciativa y con su lengua atrevida comienza a pasearse por cada rincón de mi torso, mientras mis manos se pierden por su cuerpo. Su lengua sube, baja, pasea sin descanso, sin dejarse ni un centímetro al recorrerme, mientras yo trato de que no se escape de entre mis manos, pero la dejo hacer hasta que no puedo más y tiro de nosotros para acabar cayendo sobre el colchón, encima del edredón, que es una sucesión de renos de mil tipos dibujados, y ahí es donde me coloco sobre ella y tomo el control.

Mara no para de gemir con mis besos, con mi lengua dibujando círculos sobre su piel, con mis manos desgastando su silueta sin piedad, sin dejar ningún rincón por conquistar, hasta que no puede más y me pide que la haga suya. Sus palabras, alteradas, concisas y directas son música celestial para mis oídos, y para mi cerebro, que recibe encantado la orden. Y yo cumplo sus deseos, complaciéndola, mientras me hundo en ella y siento que estoy en el puto mejor lugar del universo.

No puedo parar, nos dejamos llevar, estamos demasiado agitados, encendidos, nuestras pieles siguen ardiendo y reclamando la atención del otro. Gemidos. Sexo. Pasión. Giramos sobre la cama, revolcándonos sin control entre exclamaciones de deseo. Nuestros cuerpos se reclaman, anclados el uno en el otro y la lascivia nos gana la partida. Desenfreno. Un huracán de deseo nos envuelve, ya no somos dueños de nuestros actos.

Hemos perdido la cabeza entre acometidas profundas, movimientos descontrolados y los besos más llenos de erotismo que me han dado nunca y que podría haber hecho que me fuese a la primera de cambio. Una manera fascinante y salvaje de encontrarnos, de sentirnos, que nos eleva a lo más alto a ambos. Y entonces sucede. Explotamos. Juntos. Y guau. Confirmando que esta mujer es una jodida bomba. Y que estoy en el paraíso. Con ella. «Estamos como cabras».

Me dejo caer, exhausto, agotado, sobre ella, que no tarda en hacernos girar para quedarnos bocarriba, yo mirando al techo y ella abrazada a mi cuerpo, a mi derecha, mientras nuestras respiraciones se calman.

Pero no puedo calmarme. Y mucho menos cuando escucho un comentario que hace antes de

quedarse dormida mientras acaricia con delicadeza y suavidad, con sus uñas, mi piel del tronco para arriba y para abajo.

—Por Dios, me quedaría aquí contigo para siempre. No necesito nada más. —Exhala, ante un silencio que resulta atronador.

Estoy alterado y ya no es por la excitación, sino por ella. Por sus palabras. Porque me ha sonado a demasiado. «Siempre... Ha dicho para siempre».

—Joder —bufo, hierático, sin poder moverme para no despertarla.

«¿Qué coño hemos hecho? Se nos ha ido la cabeza...».

Entonces la miro, la veo dormida y creo que yo también podría quedarme ahí pegado a ella para siempre; y la sola idea me asusta, puede conmigo. «No, no, no y no. No puedo pensar así, no puede ser. Esto no es lo que quiero. No quiero tener nada con nadie. No quiero sentir. No puedo hacerlo. No me atrevo. No necesito esto en mi vida. No puedo ni quiero volver a pasarlo mal por nadie. Me niego. No, no y no».

El reloj de mi móvil apenas marca las seis de la mañana.

«¿Qué cojones hago aquí con ella?» Vuelvo a mirarla. Se la ve descansando, tranquila, con la tez relajada y quiero ver un atisbo de sonrisa en su rostro.

«No, no, no, maldición», me regaño, ahora sí, sacando mi brazo de debajo de su cuerpo y llevando las manos a mi rostro. No sé qué estoy sintiendo, no sé si me arrepiento o no, pero lo que sí sé es que la hemos liado. Esto no puede ser. No es lo que queremos ninguno de los dos. «Se nos fue la olla, estábamos tomando una copa, el ambiente íntimo, nos habíamos quedado con ganas la noche pasada, ella empezó y yo seguí... Exacto, sí, estábamos cachondos perdidos, ha sido un polvo, un jodido polvo de una noche y somos adultos. En eso ha de quedar».

Con las mismas, para tratar de poner cabeza fría al asunto, decido levantarme y darme una ducha, porque mi mente va a mil y necesito pensar con claridad. Solo que no lo hago porque en la ducha lo único que recuerdo es la noche que hemos pasado y nos visualizo en todas las posiciones posibles debajo del agua. Y no. No es lo que quiero.

—Voy a salir a correr y así desfogo —me digo mientras anudo una toalla a mi cintura, saliendo de la bañera.

Y dicho y hecho, la dejo ahí en mi cama, sabiendo que es un gesto horroroso, nada propio de mi ni de ningún hombre que se vista por los pies, y salgo de la habitación con mi chándal puesto, directo al campo, a respirar aire puro y dejar volar mi mente, asustado perdido como estoy después de lo que hemos hecho y de lo que he sentido. «Algo demasiado fuerte, profundo e intenso para ser solo un primer encuentro sexual».

CAPÍTULO 27



MARA

Oigo un ruido de fondo entre sueños. Estoy soñando. Levito... Somos Carlos y yo de pícnic en un parque, rodeados de flores. Hay mariposas aleteando a nuestro alrededor y somos felices... Él. Es él. Tardó en llegar, pero ya está aquí. Conmigo.

Siento que voy despertando con una sonrisa de oreja a oreja dibujada en mi rostro. De esas veces que te despiertas en lo mejor de un sueño, pero pese a eso te quedas con la buena vibra para todo el día. No quiero levantarme...

Apenas abro los ojos, de lado en la cama, en un parpadeo enfoco a la pared de enfrente con la legaña puesta y entonces detecto que no se oye nada. «No ronca..., sigue siendo perfecto. Y es real. Y estamos aquí después de una noche de diez». Por un microsegundo no sé cómo girarme ni qué decir o qué cara poner después de la cantidad de cochinadas que hemos hecho por todas partes de esta preciosa habitación. «Pero, joder, somos adultos y es lo normal, así que, venga, Mara, valor y a por el mañanero».

Espero encontrármelo al otro lado del colchón y por eso aleteo con la pierna, pero no me topo con nada. Me voy volviendo despacio y cuando me giro por completo soy consciente de que estoy sola en esa cama llena de renos. Y me invade un sentimiento de tristeza que me hace sentir como el culo. «No, no era el despertar que esperaba después de la noche que hemos pasado».

Abro y cierro de nuevo los ojos, creyendo que sigo dormida y que se trata de un mal sueño, pero no.

—No estaba soñando, no —respiro y repito en voz alta.

«No era un sueño. Otra vez... otra jodida decepción. Otro chasco más que sumar a la lista. ¿Quién me mandaría a mí...?». Y un nudo en la garganta me aprieta, y hace que se me salten las lágrimas. «Ha huido sin dejar ni una nota».

«No tiene por qué... igual solo ha bajado a desayunar y no se ha marchado y yo soy una peliculera de tomo y lomo».

—¿A quién pretendo engañar? Se ha pirado de su propia habitación, acojonado seguro —me digo, recordando sus palabras de dos noches atrás: «él ni buscaba ni quería nada con nadie,

estaba totalmente cerrado a todo».

«Y entonces ¿qué narices hago en su cama? ¿Cómo se me puede haber ido la pinza de semejante manera? Si yo tampoco quería nada... ¡Vaya hostiazo me daba en toda la cara!».

«¿Quería? ¿He dicho quería?».

—Quiero... —digo para mí—. Yo no quiero nada con nadie y mucho, muchísimo menos, con él... Con el Gominas, con... «¿Porque no quiero, ¿verdad?», dudo una y otra vez, ya que en medio del enfado del despertar me queda el recuerdo de anoche.

«Ojú, estoy metida en un buen follón... ¡Fui yo solita la que empezó! Tonta, tonta y más que tonta —grito, abochornada al recordar cómo le eché cojones a la vida, y al momento, y provoqué lo que acabó pasando. Si me hubiera estado quietecita... «Sí, lo hice y no me arrepiento porque me encantó y ambos teníamos ganas».

»Pero no era lo que queríamos, joder... lo sabía, lo sabíamos... y está en su derecho de haber salido huyendo, pero no, eso no se le hace a nadie, ¡qué feo! —bramo, empezando a echar humo por las orejas... Mi cabreo comienza a ir en aumento conforme me despejo y lo voy procesando todo.

»Pero para follar sí, ¿eh? Como todos... uno más del montón, de los de un polvo y hasta luego y eso que parecía especial. ¡Un cuerno!

«¿Detallista? ¿Atento? Se definía así... ¡JA! Y hablaban maravillas de él... ¡No me extraña que Isa le diera boleta pronto, por impresentable! Ahora lo entiendo, los que van de buenecitos son los peores —trato de despotricar para sentirme mejor, pero ni con esas.

»No voy a llorar, no voy a derramar ni una sola lágrima porque después de una noche fantástica me haya dejado aquí tirada como un perro, en su propia cama. Bueno, por lo menos no me invitó a marcharme... «Porque me quedé dormida, que si no...».

Me visto de prisa, con furia y deseos locos de salir de esta habitación que huele a él, a nosotros, a fluidos y látex...; de marcharme ya de la casona y volver con Torrija a mi piso. No quiero tener que verlo a él después del desplante. Espero no volver a cruzármelo. No hace falta ser muy lista para intuir lo que tiene que estar pasando por su cabeza ahora y no, no quiero tener que hacer frente a ese encuentro incómodo ni a ese rechazo. No voy a mostrarme ante él como la boba que se encapricha del chico guapo y que, luego de tirárselo, quiere más y más, pero él le para los pies dejando claro que solo ha sido una más, otra muesca del revólver.

—Esa no voy a ser yo ni harta de vino.

Y sé que este coraje es fruto del momento, de la humillación que he experimentado, pero que en verdad cuando esté tirada en el sofá de mi casa me va a venir de golpe el bajón y voy a llorar lo llorable por su causa. Porque me siento boba, utilizada; y, lo que es peor, soy consciente de que me encantó lo que pasó anoche, me alucinó cómo me trató y me maravilló lo especial que me hizo sentir todo el tiempo.

Algo demasiado dentro de mí respondió a todas y cada una de sus caricias, de sus besos apasionados, y fue una sensación de estar donde debía. No soy capaz de explicarlo bien, pero no dejé de percibir esa conexión que se nota cuando hay algo o, mejor aún, cuando ese algo es importante; ese jodido *feeling* de no tener que pedir, de no tener que hablar y entenderte con una mirada... Esa sensación burbujeante en el estómago cuando nos quedamos abrazados en la cama, porque no quería dormirme para seguir disfrutando de él.

Pero lo hice y fue como el cuento de *La Cenicienta* o de *La bella durmiente*, porque al despertar el hechizo se ha deshecho y aquí está la tonta y enamoradiza doncella del cuento, sola, tirada en la cama del príncipe, solo que sin el príncipe, con uno más de los de: si te he visto no

me acuerdo, de los cabrones mujeriegos de polvo de una noche por mucho que se haya dibujado como el galán de la telenovela. Y eso es lo peor de todo. «Valiente galanucho de medio pelo».

—Me he ilusionado, joder... y el despertar ha sido una puta mierda. —«Rastrero, más que rastrero. Si las primeras intuiciones no fallan... ya sabía yo que este tipo no era legal... ¡je imbécil de mí que me he dejado envolver por él, hasta el punto de buscarlo y propiciar esto!».

No son las siete y media aún, por lo que aprovecho la tranquilidad del amanecer para coger a Torrija y tratar de marcharme sin ser vista, tras dejar una nota a Carlota en la recepción. Solo que mi intento se frustra cuando de la puerta de la cocina, bandeja en mano llena de *cupcakes* con copete en forma de abeto navideño de color verde con *sprinkles* de colores y perlitas de azúcar, sale Maritere con su canturreo mañanero. «Fun, fun, fun».

—Buenos días nos dé Dios, tesoro —me saluda y quiero morir, porque no me apetece darle charleta, pero no me queda de otra...

—Buenos días, Maritere. Espero que haya descansado.

—Poco, yo soy de dormir entre poco y menos, pero bueno, se hace lo que se puede. ¿Te marchabas?

—Sí, me acaba de llamar el técnico de la calefacción y en un rato estará aquí...

—¿Te llamó de madrugada? ¿Y con toda la nieve que aún hay en la calle?

—Eh, sí, bueno, me ha dejado un mensaje... —miento, sintiéndome cazada—, por las horas, claro. El hombre no habrá querido molestar.

—Claaaro —responde ella, a sabiendas de que le estoy contando una milonga—. ¿Y tú? ¿Descansaste?

—Sí sí, gracias. Bueno...

—Nada de bueno, anda, siéntate a desayunar, que no te dé vergüenza conmigo. Sé que no has dormido aquí..., pero yo no digo ni mu. Será nuestro secreto, pero no te vayas a hurtadillas, mujer, como si hubieras cometido un crimen.

—Ay, Maritere, no es eso.

—Ah, ¿no?

—Es decir, sí... —Es ahí cuando, de la mano de la buena mujer, me derrumbo y le cuento todo. No lo he podido sujetar por más tiempo. Y ella ha colaborado sacándomelo, todo hay que decirlo.

—¡Todos son iguales! ¡Todos! ¡No se salva ninguno, niña! Y este parecía de fiar...

—Yo también tengo mi parte de culpa.

—Qué culpa ni qué culpa. ¿Cuál? ¿El ilusionarte? ¿El caer? No hay culpas, sois mayorcitos, pero habéis jugado a un juego peligroso... los dos.

—Lo sé.

—¿Y qué pasa en los juegos?

—¿Que son divertidos?

—Mucho, vaya si lo son, pero no va por ahí. Cuando juegas a una partida de dos, sabes que siempre va a haber uno que gana y por tanto...

—El otro, en este caso yo misma, es el que pierde.

—Equilicúa —dice la doña, muy próspera y con naturalidad, haciéndome sonreír por su ingenuidad.

—Pues tiene usted razón. Toda la del mundo.

—Mas que un santo, diría yo. Porque el diablo más sabe por viejo que por diablo. Y hazme caso y no te vayas así, y menos a congelarte a tu casa.

—Tengo que irme, no me siento capaz de quedarme y pasar otro día aquí, codo con codo con él.

—Pero tienes que hablar con Carlos, muchacha. Escucharlo y ver a qué se debe esa actitud. No sois niños, no puedes escurrir el bulto, irte y ya...

—Sí, sí puedo y es lo que voy a hacer. No quiero verlo, no quiero explicaciones... no quiero nada suyo. Solo no verlo, y para eso con no aparecer por aquí hasta que se vaya lo tengo fácil.

—Pero no eres una niña, eres una mujer hecha y derecha que afronta sus actos y, por ende, sus consecuencias. Y yo que tú, lo escuchaba y si te falta el respeto, pues le soplas una *guantá*.

—No sea bruta, Maritere.

—Si lo merece, oye... Y eso que en nada es Navidad, tiempo de amor y perdón.

—Pues yo a ese ya le he perdonado bastante.

—Tú le gustas a él más que comer con los dedos. Ya te lo digo yo... Lo he visto ir a pedirte perdón, titubear al disculparse..., pero estos hombres, ya sabes tú que para cosas del corazón no son los más listos...

—¿De verdad?

—Pues claro, hermosa. Solo falta ver qué cable se le ha cruzado para tratarte así. Parece un buen hombre. Y está claro que te ha calado bien hondo.

—Bueno, no tanto —le miento, porque no sé si bien hondo, pero de que se me ha metido dentro y me he ilusionado, de eso no tengo duda ninguna.

—Anda, deja de mentirme y si te empeñas en irte, por lo menos llévate unas magdalenas adornadas, que me han salido de rechupete.

—*Cupcakes*, se llaman *cupcakes*... y ya veo que tienen una pinta maravillosa.

—Otra como mi niña Carlota. No os enteráis de que a mí las palabras inglesas se me resisten y no sé pronunciarlas...

—De acuerdo, me las llevaré, pero dese prisa, por favor, que quiero salir de aquí —le pido mientras ella va camino de la cocina para hacerme un túper.

Y justo a mis pies se acerca Donete, buscando jugar y que la acaricie. Y lo hago, porque esa gata es lo más amoroso del mundo. Y, sobre todo, porque no es su culpa el dueño que tiene.

—Bonita —le digo mientras acaricio su pelaje—, es la última vez que te veo. Pórtate bien. Eres una gatita preciosa. —Y justo cuando Maritere está atravesando la puerta que da al salón, y yo levantándome para coger el desayuno e irme, la puerta principal se abre. «No, no... que no sea él».

—Buenos días. —Suenan su voz tras el golpe que da la puerta al cerrar.

«ÉL. MIERDA».

CAPÍTULO 28



CARLOS

«ELLA. JODER». «AHÍ ESTÁ».

No es que me dé miedo. «Bueno, un poco sí, pero un cobarde no soy». Ni que pretendiese huir y escapar de dar la cara, «si me valiera lo haría para borrarlo todo», solo que no esperaba verla nada más cruzar el umbral de la puerta. Creí que tal vez podía seguir dormida después de la noche que hemos pasado...

—Buenos días —saludo y solo recibo respuesta de Maritere y, por el tono, diría que para variar ya la han puesto al día o se ha enterado de algo y me lo está recriminando.

«Viene tormenta y no floja».

Entonces veo que, tras darle una cajita blanca a Mara, la mujer se da la vuelta y desaparece por la misma puerta por la que ha salido segundos atrás tras decirle algo que no atino a escuchar, dejándonos solos en el silencio de la mañana tan solo con el crepitar del fuego de fondo. «Cómo agradecería ahora unos villancicos sonando que destensasen el ambiente, que ahora mismo puede cortarse con un cuchillo».

Entonces Mara se gira y, casi sin cruzar sus ojos con los míos, pasa por mi lado como un huracán y cuando va a abrir la puerta, mi cabeza hace clic, reacciono y la freno, agarrándola por el brazo. «Coño, haz algo, macho, tú no eres así... esto no es propio de ti. Tú eres de mandar un mensaje bonito al día siguiente y de cuidar a las personas, no de acobardarse como un gallina...».

—Suéltame, por favor —me pide, sin elevar el tono, con cajas destempladas, sacándome de mis pensamientos.

—¿Podemos hablar?

—No. —«Genial».

—Por favor. Entiendo que estés enfadada..., pero déjame hablar.

—No quiero escucharte. Mejor me marchó y todos tan contentos.

—No quiero que te vayas sin que charlemos.

—No hay nada de qué hablar, ¿te enteras?

—Yo creo que sí lo hay.

—Pues te equivocas. Ya no. El momento no es este —me recrimina, haciendo clara alusión a su despertar y a mi desaparición.

—Lo siento, yo...

—Tú nada. No quiero saber nada. No quiero oírte. No quiero justificaciones baratas.

—Por favor, cálmate y sentémonos.

—Ni por favor ni gaitas, y estoy muy calmada, no me trates como una loca. Si querías charlar con tanto interés, haberme despertado, en lugar de dejarme ahí tirada y sola en tu cama, como se deja a un animal en cualquier establo.

—No exageres, mujer —le pido y conforme lo digo, me arrepiento. «No paro de meter la pata con ella».

—¿Que no exagere? ¡Que te lo hagan a ti a ver qué tal te sienta! ¡Tú que tanto lloriqueas luego de que te han hecho daño... ¿Qué te piensas? Que lo que tú haces no daña, ¿no?

—Lo siento, tienes razón, ¿vale? No debí haberme ido así...

—Tarde. Llegas tarde.

—No creo que sea tarde. Estamos aquí, tú y yo, a solas, aún tenemos tiempo...

—Si lo que quieres es echar un polvo, búscate a otra pava a la que envolver y endulzar la oreja. Conmigo ya no cuela.

—No quiero endulzar nada a nadie, ni mucho menos busco nada de sexo. Solo quiero hablar contigo, disculparme de verdad por no haber estado, pero yo...

—Repito: no necesito tus disculpas.

—Pero para mí es importante dártelas y explicarte mi posición.

—Yo, yo y yo. Los tíos tenéis un alto concepto de vosotros mismos siempre. Os cuidáis bien. Siempre el burro por delante... ¿Ves como eres un egocéntrico? ¿Sabes lo que hago yo con tus disculpas? Me las paso por el arco del triunfo.

—Cuando te pones así no se puede razonar contigo, mujer.

—¿Por qué no razones con tu abuela, te olvidas de mí y me dejasirme tranquila? —lanza al aire, alterada, esta vez sí que elevando el tono.

—Porque con la que me he acostado esta noche ha sido contigo y con la que quiero hablar de ello es contigo, porque dudo que mi abuela tenga mucho que decir al respecto...

—¿Qué? ¿Estás de coña? A mí no me vaciles que te calzo una hostia.

—Disculpa, mujer, era solo una bromita...

—Pues las bromas te las puedes meter en el culo y gastárselas a la próxima incauta que enredas a base de palabrería, venderte bien y con mentiras. Como comercial no tendrías precio...

—Lo que pasó fue cosa de dos, no solo mía. Sabes que yo no buscaba... —le rebato, molesto, tratando de ajustar la situación a la realidad.

—En eso tienes razón, por mi parte después de tu comportamiento ya me he arrepentido bastante y me he echado la bronca unas cuantas veces.

Me duele en lo más profundo que diga que se arrepiente, pero está enfadada y con ese genio que tiene cuando se pone así puede soltar cualquier cosa ofensiva.

—Ya te he dicho que lo siento, ¿qué más quieres que haga o diga?

—No quiero nada, solo irme a mi casa, que es lo que voy a hacer ahora mismo.

—¿Sin que hablemos de verdad? Así, de manera tranquila, a solas..., tomemos un café, ¿te parece?

—No, no me parece ni me apetece tomar nada contigo. ¿Te queda claro ya o te lo paso por

escrito?

—Entonces... ¿te vas?

—Veo que lo has entendido por fin. Ha costado, pero ya está...

—No, no lo entiendo. Y no hace falta ser borde.

—Pues busca a alguien que te explique lo obvio amablemente después de tus comportamientos tan preciosísimos. Que los actos tienen consecuencias, coño. Que hay que pensar antes de actuar y, sobre todo, no hay que hacer al resto lo que luego te duele que te hagan a ti. Que ya tenemos una edad y hay que actuar como adultos y no como niños caprichosos que se asustan y salen corriendo a la falda de mamá para que los cobije.

—Yo... Yo...

—Tú... Tú... háztelo mirar, anda. Y, si me permites un consejo, ¡madura un poco! Te irá mejor. Buenos días —se despide soltándose de mi agarre, dándose la vuelta y sale de la casona, mientras Torrija se queda quieta entre mis piernas.

—Torrija, vámonos —la llama, pero el animalito está disfrutando de mis caricias y no se mueve.

Silencio.

—Torrija, vienes o me voy sin ti —amenaza, viendo como retengo a la pobre perra con mimos, adrede.

—Perra traidora —farfulla por lo bajo y yo sonrío con su espontaneidad.

—Venga, mujer, si hasta tu perra te está pidiendo que te quedes... hay mucha nieve aún ahí fuera.

—Haz lo que te dé la gana, Torrija. Si no quieres venir, te quedas aquí con Carlota. Yo me voy.

Y al verla alejarse, el pequeño animal sale corriendo, veloz, tras su dueña. Yo la veo alejarse y soy consciente de lo mucho, muchísimo, que he metido la pata. «Hasta el fondo».

Cuando me doy la vuelta, ahí está una justiciera Maritere, mirándome fatal, y antes de que pueda decirme nada, soy yo el que se adelanta:

—No me lo tome a mal, pero no estoy para sermones ni monsergas.

—No he dicho ni esta boca es mía.

—Pero me está mirando de manera inquisitoria y, si le valiera, me regañaba —adivino.

—Exacto, y no poco, porque has hecho llorar a esa mujer que es más buena que el pan. Y no lo merece, porque ya te dije que ha sufrido demasiado... y vas tú y le haces daño.

—Yo no quería hacerle daño a nadie. Somos adultos y estas cosas, que yo sepa, son de dos... quería hablar con ella y, bueno, disculparme.

—No debía de ser tan importante cuando te largaste bien temprano, que me percaté.

—Me agobié, estaba nervioso, perdido... no sabía qué habíamos hecho... No sé, yo no buscaba...

—Vaya, pobrecito... Si quieres te explico yo lo que habéis hecho, ¿te hago un esquema?

—No se burle, quiere...

—No me burlo, ni más faltaba, solo te ayudo.

—Y no me mire así, que no soy un crío al que castigar ni reprender...

—Pues has actuado como tal y te lo merecerías, pero ¿sabes qué te digo?, que ni eso. El mejor desprecio es la ignorancia. Ahí te quedas, majó. Y te digo una cosa más... ten claro que el que busca encuentra...

«Jolín con la señora, es de armas tomar. La prefiero mil veces amorosa y cotilla a enfadada».

Venía hambriento, pero ya se me han quitado las ganas de desayunar. Y eso que veo de refilón unos *cupcakes* navideños que no había visto nunca, pero aun así paso de largo del *buffet* de dulces y enfilo la escalera en dirección al piso de arriba sin ver a nadie más. No quiero preguntas y no quiero tener que responder cuestiones incómodas o argumentar algo que ni yo mismo sé qué es. Subo a mi habitación. Necesito pensar, poner en orden y aclarar las ideas. Saber qué narices estoy haciendo para haberme complicado así.

«Manda cojones, que vine a descansar y desestresarme y estoy que me subo por las paredes». «Los dos nos hemos buscado, voluntaria o involuntariamente, pero ambos hemos jugado al mismo juego peligroso... cuando no queríamos nada».

—Mal, Carlos, mal...

Y veo mi camisa de ayer, llena de carmín rojo de sus labios, sobre el sillón, y las sábanas de la cama huelen a ella, al igual que la habitación, a dulce y a su perfume. Y es una absoluta tortura china, porque ahora todo son instantáneas de los dos. Nos veo juntos, comiéndonos con lascivia, dejando salir el deseo acumulado, devorando nuestras pieles y nuestros cuerpos como si no hubiera un mañana. La imagen de los dos enredados, retozando, en todas las posturas posibles, no se va... Contra la puerta, en el lavabo, sobre la cama... y pese a la preocupación, pese al sentimiento de culpabilidad que albergo, pese a saber que las cosas no marchan bien y pese a todo, recordar todo eso me excita sobremanera y, antes de que quiera darme cuenta, se levanta en mi entrepierna una tienda de campaña que me temo que ni con agua fría se va a bajar.

—Esta sí que es buena, jodido y a la vez cachondo como un mono... ¡la hostia! —digo antes de abrir el botón de mi pantalón, que está a punto de estallar y reventar cualquier cristal de la ventana al impactar, dejando a mi mano adentrarse y surcar dentro de mi ropa interior. Lo necesito.

Y me autoconsuelo. Y será primario, instintivo, y estará mal, pero recordar su boca, su lengua, sus labios sobre mi torso, sobre mi erección un rato antes, sentirla sentada sobre mí, piel con piel, enredar mis dedos en su pelo, insertar mi cabeza en ese hueco entre su hombro y su cuello y lamerla una y otra vez, morderla, succionarla como si necesitara más, mucho más, hace que me vaya sin apenas enterarme. Como un jodido niño principiante... «Así me he comportado en eso también».

CAPÍTULO 29



MARA

—Ya no tiene remedio... la he vuelto a pifiar, Carlota.

—Si lo que me estás contando es tal cual, no creo que hayáis jodido nada, Mara —responde mi amiga al otro lado del teléfono.

—¿Cómo que no? ¡Y no poco! ¡Que yo no quería na! ¡Na de naaa! ¿Tú me estás escuchando?

—Pues claro que te estoy oyendo, pero no veo el problema. ¿Cuál es el drama? ¿Que dos personas que se han conocido y se han atraído han echado un polvo? Que todos los problemas fueran ese... yo firmaba, ya te lo digo.

—No es tan fácil... Yo..., bueno, con él...

—Ay, Mara, joder, suéltalo todo, hija mía... Sin titubeos, dime la verdad.

—Pues eso, que ya sabes que yo soy un tanto enamoradiza y..., bueno, una se empieza a acercar...

—Y a ilusionar, ¿no?

—También y... eso...

—A ver, un encoñamiento es lo más normal del mundo, tía. Respira. No te rayes.

—No es solo un encoñamiento, ni un calentón...

—No me digas que en estos días te has colgado de él.

—Ayyy.

—¿En serio?

—Por Dios, sí... sé que es una puta locura y no tengo ni idea, te juro que no sé cómo ha pasado. Si desde que lo vi le tuve tirria, sacaba lo peor de mi persona... ¡y me lo he tirado! Joder, que me lo he follado y bien follado además... debo de estar loca.

—Pero del amor al odio hay un paso, amiga, recuérdalo...

—Yo no quería esto, no quería, mejor dicho, no puedo ni quiero volver a sufrir por un hombre. Bastante he penado ya. Me niego a más.

—Pues siento decirte que él piensa igual.

—¿Habéis hablado? —le pregunto queriendo saber, porque aunque no lo dejé hablar esta

mañana cuando salí de la casona porque necesitaba sentirme por encima, «puto orgullo», en el fondo quiero escuchar lo que piensa él.

—No, no ha dicho nada. Ha estado toda la mañana en el cuarto. Bajó a comer, pero está leyendo en la chimenea, un tanto pensativo. Ahora le diré a Fran a ver si habla con él, porque como mi marido tenga que darse cuenta de que algo pasa... ¡ya podemos llegar a la cabalgata de Reyes y seguir esperando!

—Entonces, está ¿mustio?

—A ver, no sé si mustio, pero alegre desde luego no. Diría que está preocupado, dándole vueltas al asunto. Rayado como tú, vaya. Igualito.

—Ea, pues que se joda... —replico, con ganas, demasiado molesta con él, y de paso conmigo, por haber dejado que mi cabeza se pirara y que el deseo ganara la batalla.

—A ver, Mara, no lo tomes a mal, pero si tú estás jodida, piensa que él puede estar igual. Lo primero que nos contó al llegar fue que estaba cerrado a todo sentimentalmente hablando, venía a desconectar... y mira en un momento qué lío tenéis formado.

—Yo no le obligué a nada, Carlota.

—Ya lo sé, mujer, pero al final habéis tenido algo y eso no entraba en sus planes. Ponte en su lugar, viene de una ruptura; no es la primera vez que lo engañan, sino la tercera, una detrás de otra, sale de su rutina después de meses encerrado en la oficina, refugiándose en el trabajo y convirtiéndolo en su válvula de escape, y por una vez que sale a airearse, a desconectar, te conoce a ti y vuelta a empezar. Cuando además él huía de algo parecido, así que tiene que estar más liado que una madeja de lana. Y eso contando con que él no se haya ilusionado también, porque en ese sentido yo le conozco menos, pero diría que igual que le pasó con Isa, puede haber sentido algo. No es un chico de los de una noche y ya...

—No creo, si alguien siente no se va así, desapareciendo de la nada...

—No sé, no puedo opinar. Solo digo lo que veo y trato de ponerme en el pellejo.

—Qué lío, vaya follón, Carlota.

—Lío ninguno, hablad... aclarad las cosas. No hay nada de malo en ello.

—Sí, hombre, después de cómo ha sido de cobarde, con tal de no afrontar lo que había pasado, voy a ir yo a hablar con él... ¡Ni en broma!

—Eso ha estado mal, horrible, pero supongo que se vio sobrepasado por la situación... —trata de justificarlo Carlota, pero no, lo siento, no tiene razón.

—Por muy sobrepasado o nervioso... no se hacen así las cosas, tía.

—Lo sé, y tienes razón... lo ha hecho mal y estoy segura de que él lo sabe y se disculpará. Carlos es de las personas más educadas, amables y correctas que conozco.

—Sí, ya... eso decís vosotros, pero mira...

—Lo decimos porque lo es, de verdad. Es una de las mejores personas que conocemos. Un error lo tiene cualquiera. Piénsalo.

—Que sí, que todos cometemos errores y lo que quieras, pero la ha cagado.

—Sí, la ha cagado y fijo que está arrepentido y sintiéndose fatal por ello; además, te imagino hecha un basilisco y con poco se habrá asustado... que algo me ha contado mi Marite, por lo poco que pudo escucharos desde la cocina.

—Caramba con Maritere, está siempre con la antena desplegada.

—Pues menos mal, porque todavía podía estar esperando a que me lo contases tú...

—No te enfades, yo tenía que procesar todo el jardín en el que me he metido.

—Claro que no me enfado. ¿Estás bien? Que eso es lo importante.

—No, no lo estoy, porque, aunque te parezca una tontería, me ha decepcionado su comportamiento. No conoces a las personas... Cuando ya me estaba abriendo, cuando me estaba dejando llevar, porque sentía que me gustaba, aunque fuera una locura... ¡cataplum! Y ha sido otro chasco, vale, no al nivel de mi ex..., pero decepción sí. Otra más, lo cual me hace pensar que no voy a ser capaz de volver a confiar en ninguno... porque no lo merecen, porque todos son iguales, y todos acaban rompiendo los corazones de idiotas enamoradizas como yo. Y yo tengo miedo. Miedo a no ser capaz de rehacer mi vida, porque voy de mal en peor.

—No digas eso...

—Sí, porque es el primero con el que me lío la manta a la cabeza y decido jugármela después de casi un año, y mira..., bien rana me ha salido una vez más... ¿Seré yo que atraigo lo malo y lo gafo?

—No digas tonterías, anda.

—Es lo que pienso...

—Es que tú también para probar podías haberte fijado en alguno más facilito, en los de polvo de una noche para desquitarte, pero no... vas y te fijas en el amigo de mi marido, que no solo está de paso, sino que también es de los que con mucha probabilidad se enganchan y buscan el amor de verdad... Y encima, para colmo, encabezonado y cerrado a todo por lo mismo. Sois tal para cual en el fondo... y lo que estáis es muertos de miedo. Los dos.

—La he liado buena, ¡vaya mierda! ¿Qué coño estoy haciendo? —me lamento entre sollozos, hecha polvo, con una mezcla certera de enfado y temor ante lo que estoy sintiendo. Y sé que es una locura, lo sé...

—Los dos... la habéis liado los dos, porque dos no follan si uno no quiere, te lo recuerdo, pero insisto en que no tiene por qué ser una liada. Podéis hablar, sois adultos, y comentar lo sucedido y el punto en el que ahora mismo os habéis puesto tras la noche salvaje... Que por lo menos habrá sido de diez para este encoñamiento que tienes.

—De once, Carlota, de once...

—Qué tendrá Carlitos, joder...

—Mejor no te lo cuento. ¿Qué hago, amiga?

—No lo sé... tú eres la única que sabe lo que ha supuesto en ti, de verdad, vuestro encuentro. Sé sincera contigo misma. Analízalo.

—¿Y él qué pensará?

—¿Él? Yo si fuera él, con sus circunstancias y las ideas tan claras que tenía cuando llegó, querría meterme debajo de la cama y no salir en un mes, pero Carlos es un hombre de los pies a la cabeza y dará la cara. De eso estoy segura.

—Pues se merece que se la parta...

—No seas bruta, anda, que al final las chicas tenían razón... Te gusta, y no poco.

—¿Cómo me he podido complicar así? Yo no quiero sentir nada. No quiero que me guste.

—Ya, pero en el corazón no se manda y si has tenido un flechazo, lo has tenido...

—Bueno, un flechazo como tal... te recuerdo que discutimos nada más vernos...

—Por eso mismo, desde el principio algo pasó y ya no os fuisteis indiferentes...

—¿Por qué me ha tenido que suceder esto?

—Hombre..., algo de tu parte has puesto, cabrona...

—No me refería a lo de anoche, sino a todo el conjunto. Lo de anoche lo recuerdo y me enveneno de la mala hostia...

—Es que no es malo...

—Sí lo es, porque no es lo que quiero y él me ha dejado mucho que desear..., pero tú no lo ves porque estás felizmente casada, no lo has pasado mal, Fran te adora, te cuida, te mimas, te protege...

—Claro que lo pasé mal en su día, pero no por eso dejé de vivir ni de sentir.

—Yo no dejé de vivir con lo de mi ex, solo me encerré en mí misma. Me armé una coraza, y ahora resulta que no me ha servido de nada... abro un agujerito y pum, me la llevo. ¿Se puede ser más tonta y desgraciada?

—Mara, cielo, llevas muchos meses, desde que ocurrió aquello, sin estar con nadie, poniendo pegos a todos los hombres, porque ninguno te encaja ni te cuadra y es porque no te fías. No te dejas conocer. Tienes miedo.

—Tampoco es que aquí haya habido un amplio abanico de oportunidades...

—Venga ya, a otro perro con ese hueso. En serio, por el hotel han pasado cañonazos... y te ha dado igual. Tan solo pusiste los ojos en Rubén al llegar y ¿qué fueron? ¿Dos días?

—Porque no estaba abierta a nada, ni a conocer a nadie, ni mucho menos a encapricharme. Fue una chuminada. Y mira ahora, siento cosas que no debería, que no quiero sentir. Y eso me enfada y me duele. Y mis preocupaciones tendrían que ser Torrija, mi trabajo, mi familia... Y no un desconocido que me ha tratado como una mierda esta mañana. Pero ahí estoy, dándole vueltas en lugar de hacer borrón y cuenta nueva...

—Ay, las mariposillas haciendo de las suyas...

—No te burles, Carlota, que estoy muy agobiada.

—No es burla, ¿cómo iba a burlarme? Es que creo que te estás ahogando en un vaso de agua por algo que no tiene tanta importancia ni es tan grave. Vamos, que no es malo tener un rollito navideño.

—Ah, no es malo según tú... ¿Y qué es entonces?

—Para mí... es bonito. Piénsalo. Has conocido a un hombre que merece muchísimo la pena, que te ha correspondido, todo esto en la época más bonita del año. Y, oye, nunca se sabe lo que puede surgir o salir de ahí. Quizá nada, quizá todo... Es un cuento de Navidad, un romance en un entorno idílico. Todo lleno de magia. ¿No lo ves? ¿Quién pide más?

—Visto así, muy bonito, muy de color de rosa y pastelón... muy tú, Carlota. Pero te olvidas del pequeño detalle de que soy yo, una fracasada sentimental que vino huyendo de un ex que la dejó tirada como una colilla por el zorrón de su mejor amiga. Que a mí estas cosas no me salen bien. Y encima no paro de meter la pata y complicarme.

—No digas eso.

—Sí, porque fue llegar aquí, toda hecha polvo, y voy y pongo mis ojos en el Rubiales.

—Lo dicho, eso fue un visto y no visto. Rubén está bueno, te fijaste en la fachada y ya...

—Lo que quieras, otro tiro al aire, otra cosa mal hecha por tonta que fuese... Encima es que no me fío de ellos porque al final siempre sale mal, y para muestra un botón. Y mira que lo sabía. Que no, que no... Y toma ya, he caído hasta el fondo.

—Carlos es de fiar...

—A ti no te ha dejado en la cama sola y se ha pirado después de una noche de lujuria... Si vieras cómo me he sentido al verme ahí tirada...

—No, a mí no, pero le conozco un poco y no es de esos. Algo muy chungo se le habrá pasado por la cabeza para hacer algo tan feo...

—Tú misma me estás dando la razón.

—En eso sí, y por eso te digo que lo arreglaré, que le des la oportunidad de explicarse y

disculparse. No todos son malos, no todos engañan, no todos son unos cerdos, hay tíos que merecen la pena de verdad. Y yo apuesto a que Carlos es uno de ellos.

—Si tú lo dices...

—Claro que sí. Piensa, reflexiona y no te machaques. No has, habéis —corrige—, hecho nada malo, joder. Sois adultos, os atraéis y ya está. Yo os animo a descubrirlos...

—Y si no es malo, ¿por qué me siento así de mal?

—Porque tienes miedo, estás asustada porque te gusta, porque ya revuelan mariposillas, aunque no sea lo que quieres y te acojona saber que él no busca nada, y sobre todo porque no entraba en tus planes.

—Qué rayada...

—Y tú que querías que te lo presentásemos cuando supiste que venía... —me recuerda, riendo.

—Anda ya, eso fue coña aquella tarde...

—Dice mi madre que no se puede hablar de nada ni de nadie, porque luego escupes y te cae encima.

—Pues va a tener más razón que un santo, ¡¡¡la virgen!!!

—Yo sigo diciendo que es bonito, me recuerda a Fran y a mí. Un amor en Navidad es lo mejor del mundo...

—Será muy bonito si hay amor y si es correspondido, pero en mi caso... ¡como que no! Yo no le he pedido a Papá Noel un rollito invernal.

—Coño, ¿y para qué te lo tiraste?

—¡Eso digo yo! Qué malos son los calentones, cuando se actúa sin pensar con la cabeza, sino con el chichi.

—En tu caso nada, chata, piensa, medita y no te cierres ni te mientas justificándote con calentones inexistentes. Déjate llevar. Disfruta del momento. De lo que sea que estés sintiendo. Y ojalá te atrevas a lanzarte. Y a vivirlo.

—Insisto... Qué fácil es decirlo y recomendarlo.

—No, es que estás complicando lo sencillo. No hay que poner puertas al campo... ¿Por qué no vienes a hablar con él?

—¡Ja! ¡Y un cuerno! Ya te he dicho que ni de broma voy a ir a buscarlo.

—Muy madura tú, sí..., ya veo...

—Por lo menos deja que procese y lo digiera todo.

—Se te acabará haciendo bola, como un filete duro, como sigas dándole tantas vueltas... y luego vienen los atragantamientos.

—Entonces, vomitaré y así me quedaré a gusto, aliviada, vacía.

—No te vas a quedar a gusto porque ambas sabemos que tú no eres de rollos y que él tampoco, por lo que algo más hay... esto no es un rollo de una noche, amiga.

—Un polvo navideño...

—Polvazo... o polvorón... Eso, eso, llamémoslo polvorón, con lo que a ti te gusta el mazapán y esta noche bien que te has hinchado...

—No seas guarra, Carlota.

—Hay que poner el toque de humor al dramón que te has montado, hija mía.

—Sí, tú te ríes porque no te pasa a ti...

—No, yo me río porque veo lo que tú no ves y me emociona ver que puede estar gestándose algo bonito, cosa que no veis porque sois dos melocotones. Pero yo soy experta en estas cosas,

sois mis amigos y me alegro de que esto haya pasado, aunque ahora ambos estéis al borde del colapso...

—Luego la que se monta historias soy yo, ¿no? Deja de hacerte novelas románticas en la cabeza, que esto es mi vida y es un puto desastre. No estamos hablando del culebrón de la uno, sino de aquí tu amiga que es un caos total...

—Pues tienes pocos días para deshacer la maraña y hacer que no sea un fracaso, porque tu hombre está de vacaciones y se marcha pronto.

—¿Cuándo? —pregunto asustada, sintiendo un vuelco por dentro al oír a mi amiga decir que se va en breve.

—El domingo por la mañana que es Nochebuena, supongo que querrá cenar en casa y pasar la semana de Navidad con su familia.

—¿Tan pronto?

—Así que, ya sabes, agóbiate, piensa todo lo que quieras, pero yo que tú aprovechaba y disfrutaba estos días del rollito navideño... y me hartaría a polvorones y mazapán, me lo comería a dos carrillos hasta hartarme, sin pensar más allá —bromea, antes de colgar el auricular.

Y por más que trato de no pensar en ello, mi cabeza es un hervidero todo el día y nada hace que saque a Carlos de mis pensamientos, para mal, sobre todo, pero para bien en algún momento porque, aunque vocifere sobre él, lo insulte y piense lo peor del dichoso Gominas, algo dentro de mí me dice que no es mal tío. Y es ahora cuando estoy tentada a ir y aclarar las cosas, pero enseguida desisto porque si alguien tiene que disculparse de verdad y explicarse es él; pero mejor en frío, cuando mi cabreo ceda. Y quizá dejándolo estar sea mejor y todo quede en eso, en una comida de mazapán de una noche, en un atiborramiento de polvorones que se resuelva como las indigestiones, con un par de días malos y luego como nueva.

CAPÍTULO 30



CARLOS

Han pasado dos días, lunes 18 y martes 19 de diciembre. Dos jodidos días que no sé nada de Mara. Desde nuestra última medio conversación, cuando se marchó del hotel el domingo, no hemos vuelto a coincidir. No se ha pasado por la casona ni a saludar a sus amigos, ni a las actividades... nada. Me está evitando. Tal vez sea mejor así. El problema es que, aunque lo intento, no se me va de la cabeza. Porque sé que la cagué. No es propio de mí hacer esas cosas por muy asustado o acojonado que estuviese por lo que había pasado entre nosotros esa noche. Y por lo que había sentido sobre todo.

Me afecta más de lo que hubiera pensado nunca. Pasé el domingo como un zombi, pegado a la chimenea, con mi fiel Donete, que tiene ese poder especial para saber cuándo no es mi mejor momento. Traté también después de comer de refugiarme en la lectura y aclararme, pero no conseguí ni lo uno ni lo otro. Ni el lunes tampoco. Otra mañana que transcurrió sin pena ni gloria, mientras a mi alrededor seguía el bullicio, pero yo solo podía pensar en lo sucedido.

Veía a la gente en el salón principal del hotel con las actividades navideñas, y sin gana ninguna de participar decidí ser un mero espectador. «La echaba de menos, me faltaba ella». Me pareció curioso ver —desde una esquina, sentado en el sillón orejero— a todo el mundo decorando y pintando bolas de Navidad, rellenándolas de nieve y abalorios con pincel y témpera, tanto los mayores como más pequeños, pero todos con la misma ilusión y ganas.

Y, pese a que no tenía cuerpo, un rato después, terminé sumándome al grupo y dejando al Grinch que ese día habitaba en mí de lado. Algo tiene esta gente que me está contagiando el inmenso espíritu navideño que albergan en estas fechas a pasos agigantados. Y lo mejor es que me vino bien y acabé evadiéndome. Resultó divertido jugar con la purpurina, los pompones brillantes y los pequeños dijes decorativos. Y así la tarde transcurrió mucho más deprisa y entretenida. Incluso me sorprendí cantando villancicos con el resto, en grupo, acompañándonos del hilo musical que en todo momento suena.

Y aun así, parecía que la estaba viendo allí. Me acordaba de ella un par de días atrás, rodeada de chavales, convirtiéndose en la reina del mambo y llevando la voz cantante en las actividades,

ayudándolos a todos con sus trabajos artísticos, y una sensación de vacío me inundó. Me pesaba la culpabilidad. —¿O su ausencia?—. No podía ser que estuviese echando tanto de menos a una persona que había conocido hacía apenas... ¿Cuánto hacía? ¿Seis o siete días? Todo era de locos. Una locura total. Pero allí faltaba ella. Ella y su alegría. Ella y esa sonrisa que los últimos días la acompañaba. Ella y sus labios rojos. Ella y su carácter bipolar. Ella llamándome Gominas mientras yo le digo lo lunática que me parece. ¡Joder!

Antes de la cena terminamos colgando nuestras bolas en el abeto como fin de la jornada, atestándolo más aún. Ver la ilusión de los niños, haciendo cada actividad con todas sus ganas, no tiene precio; y al final sí o sí te hace convertirte en uno más. En un niño más. Te acaba invadiendo esa misma alegría y te dejas llevar por esa magia que tiene Montaves.

—¿Te hace tomar algo esta noche? —me preguntó Fran, tras finalizar la jornada de manualidades del lunes.

—La verdad es que no. Me apetece estar aquí tranquilo, retomar la lectura donde la dejé por la tarde. Quizá, como mucho, vaya a dar una vuelta para airearme, pero la verdad es que hoy quiero tranquilidad y estar solo. «Para seguir torturándome».

—De acuerdo, como prefieras. Son tus vacas. Pero ponte las pilas para mañana, que tenemos planazo.

—¿Qué habéis pensado? Además, tú mañana trabajas, ¿no?

—Lo bueno de ser jefe es que puedo delegar, Carlitos, y en las semanas de Navidad lo hago mucho —respondió Fran en tono vacilón—. Además, no te digo lo que haremos porque con lo rancio que te veo desde ayer capaz que me dices que no te apuntas. Y ahí sí que no hay discusión que valga.

Y no, no lo hice. No me rajé. Simplemente me apunté al plan y en efecto, al día siguiente, martes, disfrutamos de una gran jornada en la nieve, recordando viejos tiempos y viajes estudiantiles. Las pistas estaban de lujo con todo lo que el temporal había dejado. Cero calvas. Ante nuestros ojos todo era blanco. Como si estuviéramos en el Polo Norte. Y fue divertido y desestresante 100 % . Iba *chuscao*, obvio, no como un kamikaze, siempre respetando a los de mi alrededor, pero alcanzando demasiada velocidad en algunos momentos. Y me sentí libre, desatado, dejándome llevar, sin cargas ni ataduras, mientras el frío me daba en la cara y no pensaba en nada más que en volar, en sentir la rapidez con la que me deslizaba y descendía. Esa adrenalina que llevaba demasiado tiempo sin palpar, pues hacía años que no iba a Sierra Nevada o a Baqueira. Y ¡cómo disfruté!

Una vez terminamos, y nos deshicimos de las botas, del casco, los guantes, los palos, los protectores y los esquís, nos quitamos la ropa y nos fuimos a comer todo el grupo a un asador cercano, donde degustamos una carne a la leña espectacular. Y terminó siendo un gran día. Pese a que seguía echándola en falta a ella. A las chicas les extrañó que la andaluza no se sumara al plan. Y yo me sentí el malo de la peli, el causante de esa baja, el culpable de que no hubiera ido a esquiar con sus amigos para no verme cuando lo comentaron y me hice pequeño en mi asiento. Deseé volver al hotel, cosa que hicimos un par de horas más tarde. Y allí esas adorables mujeres que siempre estaban pendientes de que a los huéspedes no les faltara de nada ya nos esperaban con una taza de chocolate caliente y galletitas para acompañar, según ellas para que entrásemos en calor después de la jornada de nieve.

Y de nuevo ese sentimiento de hogar, esa sensación de tranquilidad, de estar en casa, en territorio seguro y conocido que tanto me gustaba. Y es que Montaves era especial y esta familia más aún.

Contemplé secándose sobre las mesas diferentes figuras de Papá Noel en arcilla, además de otras en cartón, que eran cuadradas y que estaban adornadas con limpiapipas brillantes iguales que el espumillón. Como actividad del día, los huéspedes que no habían asistido a la excursión de esquí habían elaborado unos preciosos regalos navideños esa tarde. Y sonreí al admirar la creatividad que allí, en ese hotel de pueblo había... casi como en mi oficina, aunque de distinta manera. Y esa sonrisa se desdibujó cuando caí en la cuenta de que el domingo por la mañana, Nochebuena, me marchaba de allí. Las vacaciones llegaban pronto a su fin y tocaba volver a la rutina. Pero ¿quería irme? No me apetecía nada. Y desde luego, no sin verla antes. Y arreglarlo. Y...

—Demasiado pensativo tú, ¿eh? —me picó Fran.

—Exhausto diría yo, con tanta nieve y tanta actividad —mentí, mientras le mostraba una de las cajitas que tenía en la mano—. Hay verdaderos artistas por aquí, alucino con las ideas de tu mujer. Sería una perfecta organizadora de grandes eventos, congresos, viajes...

—No dudes que lo es. No sé cómo se las apaña, pero cada año, además de repetir las actividades más reclamadas del hotel, se inventa millones de cosas nuevas. Siempre nos sorprende. Lo mismo pone a la gente a hacer bolas de madera para escribir deseos que a tejer calcetines navideños, esculpir papanoeles, decorar jerséis, hacer galletas para luego decorarlas o escribir cartas a los Reyes.

—Es maravillosa, una todoterreno que se nota que ama lo que hace. Bueno, lo que hacéis... de verdad, felicidades. Es increíble cómo atrapáis a la gente y lo bien que nos hacéis sentir.

—¿Podemos dejar de alabar a mi señora esposa y al hotel, que ya sabemos que ambos son estupendos, y centrarnos en lo importante? —pregunta mi amigo, incisivo y directo, y ahí... justo en ese punto, sé que no tengo escapatoria. Y la verdad, en el fondo, me apetece hablar. Soltar todo lo que tengo en la cabeza taladrándome estos días.

—Se te ha pegado de Carlota lo de ir al grano, ¿eh, figura?

—No siempre, solo cuando veo que la ocasión lo merece.

—Con lo que tú eras, mamón.

—Anda, larga de una vez...

—Y ahora es cuando nos tenemos que tomar una cerveza y confesarnos...

—Iba a proponer salir al *pub* y tomar una copa los dos, pero como tú eres rollo cultureta más de vinito, libro y chimenea, si quieres nos quedamos aquí.

—Nah..., me vendrá bien salir... Vamos.

CAPÍTULO 31



CARLOS

—Estoy cagado. Muerto de miedo. Esa chica me gusta. —Y conforme lo digo, me libero. No quiero dar rodeos, ni entrar en divagaciones o preámbulos. Fran quiere saber qué pasa y yo necesito verbalizar lo que tanto me ha costado tener claro.

—Joder, no esperaba semejante confesión así a bocajarro y más aún, a palo seco.

—Era lo que querías oír, ¿no?

—Bueno, lo que quería saber era qué te pasa, cómo estás, pero si ese es el resumen, sí.

—Ya lo sabes. ¿Recuerdas mis palabras del día que llegué? Pues a la mierda todo. No sé cómo ha pasado, te lo juro, pero ha pasado. Mara tiene algo que... no sé qué es, pero me ha engatusado por completo.

—Es divertida, arrolladora, alegre, me parece normal que te hayas sentido atraído por ella...

—Es más que eso, ella es... Mara es especial. En verdad lo supe desde que llegué, solo que empezamos ese juego estúpido de piques y peleas absurdas por todo...

—¿Y entonces? ¿Dónde quedó aquello de que estabas cerrado a todo?

—Lo estoy, ese es el problema. Yo no quiero líos. No confío en las mujeres. Sigo sin entenderlas y no puedo abrirme a nada. No quiero exponerme y volver a salir trasquilado.

—Pues, amigo mío, no deberías. Si estás reconociendo que la chavala te atrae, te gusta ¿qué coño dices? ¿No vas a hacer nada? ¿De verdad no vas a intentar ver qué sucede?

—¿Qué va a suceder? Pues lo de siempre, que acabaría mal... Vivimos a cientos de kilómetros, ella viene de un desengaño fortísimo, yo vengo también de varios, aunque en menor medida el último, lo sé, pero siento que no estamos preparados, porque ninguno buscábamos ni queríamos nada de lo que ha pasado... ni siquiera sé qué estará pensando.

—Eh... pues, conociéndola, en hostiarte y hacerte picadillo. Pero vamos, frena, que dos no se lían si uno no quiere.

—¡¡¡No me digas!!! Ya lo sé. Eso está claro, y que Carlota te ha puesto al día también. Ellas han hablado... ¿Sabes si le ha comentado algo más? Parezco una tía indagando y rayándome...

—No, la verdad es que no sé en qué punto está ella. Aparte de jodida y molesta contigo, claro.

—Es lógico. —«¿Qué esperaba? Me lo merezco».

—Por capullo. ¿Cómo se te ocurre pirarte después de tirártela? Eso es un error de los gordos, vamos, de primer curso. No se hace. Y tú... menos. De ti no me lo esperaba. Tú no haces esas cafradas, colega. Tú que siempre eras el que nos dabas lecciones de conquista y fíjate.

—Me acojoné. Me agobié. Me asusté. Sí. Lo reconozco. Me dio miedo verme metido de nuevo en algo, con alguien... con ella. El momento, la situación. Los dos allí... tan a gusto, tan bien, conectados, con esa química tan bestial y tan poco propia de las primeras veces con alguien desconocido... No sé, no tengo excusa ni explicación.

—Y tanto que no la tienes, pero haz algo, macho. Inténtalo. Mirad a ver qué pasa, a dónde os lleva esto.

—A nada, ya te lo digo yo.

—O a mucho, no puedes saberlo.

—Sí, sí lo sé. A hundirme de nuevo y a pasarlo mal. A otro chasco descomunal. Repito: las mujeres no son para mí. Creo que no las conseguiré entender nunca. No tengo suerte. Soy un puto desastre.

—No digas chorradas.

—No lo son. Son cuernos. Engaños. Me toman por tonto y yo me dejo engañar. No se puede ser bueno. Mi destino es estar solo. Con mi trabajo. Y con Donete, que es la única mujer que de verdad me entiende, me quiere y me comprende.

—Ni tan desconfiado, macho. Sí, se puede ser bueno, no todas son malas, ni todas mienten o engañan con otros. Muchas veces son las propias circunstancias de la vida las que nos hacen cometer según qué cosas. En tu caso es solo que no has dado con la adecuada. Todos lo hemos pasado mejor o peor, pero, créeme, cuando menos te lo esperas o lo buscas, llega. De hecho, igual ha llegado ya y no quieres verlo.

—Lo que veo es una cagada como la copa de un pino de grande. ¿Cómo se puede ir algo tanto de las manos?

—No es una cagada, no seas gilipollas. Sois dos personas que os habéis conocido y os habéis gustado, congeniáis de locos y esto ha sido un rollito navideño. Es bonito, tío, no digas que no. Por mucho miedo que tengas, mucho acojone, y muchas ganas de salir huyendo... reconócelo, es una puta suerte que te cagas el vivir algo así.

—Digamos que ha sido todo un tanto particular. Y, por cierto, cada vez me recuerdas más a tu mujer... tú hablando de que un rollito navideño es bonito, ¡manda cojones! —me burlo, por destensar y vacilarlo. «Pero tiene toda la razón, vivir algo así en un lugar de cuento como este es demasiado especial».

—Coño, ¿lo es o no lo es?

—Sí, podemos decir que sí lo es. Esto ha surgido aquí, en este pueblo que es tan encantador, tan de ensueño, que sin duda envuelve. En el hotel, en un ambiente acogedor, se han dado circunstancias que, bueno, al final han sido casualidades... como muy de película, no me digas que no. La pelea, la nieve, su calefacción...

—Mi mujer diría que es obra de la época, que la magia de la Navidad ha hecho de las suyas... y ¿sabes qué? Yo también lo creo. Todo pasa por algo. Llámalo destino o magia, como quieras..., pero aquí estáis, coincidiendo en tiempo y en lugar y más liados que la pata de un romano.

—Pues yo lo que creo es que esto ha sido lo que es y ya. De ahí no va a pasar.

—No te lo crees ni tú. Eres tú, Carlos el moñas. El que siempre se veía las pelis románticas con las chicas mientras nosotros nos íbamos a ver las de acción. El que preparaba cenitas a la luz de las velas a las chatis cuando el resto las invitábamos al Burger. El que dejaba notitas de amor y escribía poemas para declararse. No puedo creer lo que estoy oyendo.

—Carlos el moñas ya no existe. Se quedó en aquella cafetería en la que tu amiga Isa me dejó. O en aquella habitación donde Lucía me partió el corazón... o...

—No digas sandeces. Eres tú y lo único que tienes que hacer es ser valiente, dejarte de miedos e intentarlo. Aunque sea solo esta vez. Volver a confiar y dejarte llevar. No es tan difícil. Es sentir.

—¿Para qué? ¿Para fracasar? Olvídalo. No tengo ganas ni cuerpo.

—¿Y si no fracasas? ¿Y si ella también quiere intentarlo?

—¿Y si nada?

—¿Y si todo? Es Navidad, todo puede pasar... Igual Papá Noel te hace el milagrito...

—Sí, ya... Papá Noel. Bueno, pues yo ni a ese señor barrigón, ni a los tres Reyes de Oriente les he pedido una relación, ni mucho menos estas complicaciones.

—Esas cosas vienen solas, parece mentira que no lo sepas. Y eres afortunado, aunque ahora no lo veas, porque Mara es una tía de puta madre. La has conocido y te encanta. ¿Qué más quieres? No seas cobarde. Déjate de mierdas, de miedos y actúa ya. Mara lo merece. Es una chica diez. Y tú también lo eres. Y lo mereces. En serio.

—Y yo soy un mierda que la dejó tirada... Qué vergüenza me doy.

—Todo tiene arreglo, menos la muerte. Siempre que te dejes de tonterías y le echas huevos. Hazme caso, te repito: déjate de miedos absurdos, la vida es para vivirla, para sentirla y si nos caemos, nos levantamos, con dos cojones y un palito. No nos quedamos pensando en lo que pudo haber sido y no fue.

—Qué fácil se ven los toros desde la barrera.

—Porque lo es.

—No, no lo es y lo sabemos.

—Pero es mi papel animarte a que lo intentes y a que lo arregles, porque en serio creo que puede funcionar.

—¿Un rollo fugaz en navidades? ¿O un rollo a trescientos kilómetros?, ¿estamos locos? ¿Lo dices de verdad?

—Eso da igual, es lo de menos. No le pongas nombre. Lo importante es la química que habéis tenido, y de eso vais *sobraos*. Y que te gusta ella, lo cual, dado lo cerrado que venías, es casi un milagro navideño, aunque no lo creas tampoco.

—¡Qué putada, no sé cómo no lo he visto venir! Estoy de mierda hasta las orejas.

—¡A que te doy una hostia!, ¿cómo que qué putada? No digas qué putada cuando sentir por alguien que siente por ti lo mismo es algo cojonudo. Ya lo quisiera mucha gente, muchos de todos estos que están a nuestro alrededor.

—Y en Navidad, ¿no? —ironizo—. Si ni siquiera sabemos de ella, qué piensa, qué opina, qué ha sentido después de todo...

—Claro, es el espíritu de la Navidad. Esa magia que nos hace más felices a todos. El saber que es época de amor, de perdón... todo puede pasar. Solo hay que sentirlo, vivirlo y dejarse llevar. Y te perdonará. Estoy seguro de ello.

—Dios, Fran, escupe a Carlota y vuelve en ti...

—No seas gilipollas anda, y actúa... Ya sabes, florecitas, bombones, todas esas cosas que a

las mujeres las vuelven locas... y consigue ese perdón, que no se diga...

—¿Y si nos emborrachamos? —pregunto como última opción, desesperado.

—¿Y si nos comportamos como adultos? Que ya no tenemos dieciocho...

—Das asco desde que eres un hombre casado, ¿lo sabías? Tan maduro, tan centrado, con lo que has sido, cabronazo.

—¿Sabes? Soy mucho mejor ahora. Y mucho más feliz también.

—Me alegro. Brindemos por eso.

—Y por el destino... Yo no creía en esas cosas, pero por algo tuve que coincidir con Carlota en este pueblo. Fíjate la casualidad de que ella eligiese Montaves para sus vacaciones. Que yo justo adelantase mi viaje para desconectar... Que fuese con mi abuela aquel día en que ella llegó a la casona... todo pasa por algo, créeme.

—Puede que tengas razón... Igual el hilo rojo ese que mencionan tanto en las novelas y las pelis románticas existe.

—Eso ya es muy pro para mí. Lo que está claro es que ahora tu momento es Mara. Por algo la conociste al llegar. Y por algo habéis seguido coincidiendo y forjando esto que no sabemos que es. Lo que sea, da igual. Por poco que parezca o quede en nada. Pero ahora mismo es algo que en mi opinión merece la oportunidad. Y la pena.

—Para ya, anda. Brindemos por Carlota y por ti.

—No quieres oírme porque sabes que tengo razón.

—La tienes. Pero eso no quita que vaya a pasar nada.

—Deja el miedo a un lado, coño. Que no te paralice. Ambos sabemos que estás desando verla, ir a buscarla. No te frenes. Que te perdone. Que suceda lo que tenga que suceder. Pero no te quedes con las ganas o te arrepentirás.

—Me jode darte la razón a ti.

—Brindemos por nosotros, sí, aunque no me la des, y por que dejes de ser un gallina. Y bájatelos, que los tienes de corbata...

—No te burles de mí.

—No lo hago, hermano. Venga, por las segundas oportunidades, que ya te digo yo que existen y son la rehostia.

—Por las segundas oportunidades. —Choco mi copa mientras una sonrisa se escapa de entre mis labios, a la par que mi cabeza niega de un lado a otro, pensando en todo lo que viene a pocos días de irme. «Navidad, Navidad, dulce Navidad...».

CAPÍTULO 32



MARA

Qué rabia me dio tener que decirle a Carlota que no iba a la excursión de esquí, ¡con lo que me gusta esquiar! Cuando vivía en el sur no me perdía ni una sola bajada a Sierra Nevada con mis amigos... pero preferí decir que no y dejar mi orgullo en un altar antes que bajarme las bragas e ir corriendo a ver a Carlos, que seguro que fue el primero en apuntarse al plan. «¡Y que pensase que iba por él! ¡JA! Ni eso, a él se la pica lo que ha pasado entre nosotros».

—No vengas a esquiar si no quieres, pero prométeme que el miércoles por la tarde noche te animarás a venir a la casona, que llegan mis sobris.

—Anda, qué prontito.

—Sí, porque el jueves y viernes en el cole e instituto tienen la semana blanca y no van a ir, así que ya sabes, te esperamos porque esa tarde noche escribiremos los deseos y los pondremos. Me dijo Alejandra que tenía muchas ganas de verte. Le caíste muy bien en verano. Tú y tu neceser de maquillaje, que la conquistó.

—Es un encanto tu sobrina... y está en la edad de esas cosas, déjala.

—¿Entonces, vendrás? ¿Contamos contigo? También estarán las chicas y el resto de los huéspedes, no tienes ni que mirar a Carlos si no quieres.

—Él me da igual, paso. No es el primer desengaño de mi vida, ya no afecta tanto como cuando eres novatilla. —Me hago la fuerte, sin serlo.

—Me alegro de que digas esto, aunque ambas sabemos que no es cierto, porque este finde tenemos las mejores actividades y cuento contigo también.

—¿Qué se te ha ocurrido para el viernes y el sábado?

—El viernes celebraremos el concurso de decoración de pinos de madera con brillantina. Esa sí que es una tradición anual y tienes que estar. Nunca lo has visto, te va a encantar el ambiente y todo lo demás.

—De acuerdo, no me lo vendas que iré de todas maneras. Me apetece mucho. ¿*Dress code*?

—Obvio, si traes un jersey medianamente navideño te comeré toda la cara —bromea mi amiga, emocionada porque vaya a asistir.

—Siempre puedo ponerme uno rojo liso y luego me prestas tú un gorrito o unas orejeras de renos, ¿no?

—Aceptamos barco como animal de compañía. Y te comeré la cara igual porque estarás adorable con lo que lleves... Y ya lo siento ser yo, sé que preferirías que fuera otro quien te comiera otras cositas...

—Carlota, ni me lo nombres. ESE ya no existe para mí, ¿*capisci*?

—Entendido, entendido, no te enfades, que cuando sacas el genio creo que me vas a trincar por los pelos... menos mal que estamos al teléfono.

—Nos vemos mañana, exagerada. Disfrutad de la nieve, haced algún buen descenso por mí y manda vídeo a Sorianos y adoptados.

—De eso no nada, no vienes, pues te jodes. Y ya sabes, si te decides a dejar la cobardía y esconderte, estás a tiempo de llegar al bus. Si no, nos vemos mañana y puntual...

Y obvio que a esquiar no aparecí esa tarde, pero ya que Alejandra llegaba con el resto de la familia y tenía ganas de verme, no le iba a hacer el feo de no presentarme a saludarla en la casona. Y aunque no me apalanqué allí toda la tarde, tampoco fui temprano, sino a la hora que ya sabía que estaría todo el revuelo formado y pasaría más desapercibida entre la multitud que abarrotaba el salón.

Según me habían contado en alguna de nuestras tardes de bota, baraja y brasero a lo largo del año, la tradición de escribir deseos empezó como algo de la familia de Carlota. Escribían dos, uno para compartir en alto con el resto y otro privado. Pero después, año tras año empezaron a sumarse amigos primero, vecinos después, huéspedes y ahora va cualquiera que quiere. Todo el mundo está invitado. Y de ahí, por la cantidad de gente que se juntaba, dejaron de leerlos uno a uno en público y Carlota y Alejandra se inventaron el pino de la suerte, para que cada uno colgase su papelito donde quisiera. Es una actividad bonita con un ambiente espectacular. Y ese pequeño pino lo han colocado al otro lado de la chimenea, cerca del sillón de lectura, porque el abeto gigante ya está lleno hasta la bandera de adornos navideños y manualidades varias.

Ale no tarda en asaltarme mientras hablo con Laura y con Natalia. Después vienen hacia nosotras Fran y Carlota, Félix y el susodicho. «Cómo echo de menos a Rubén en estos eventos cuando no está, porque con sus bromas y las risas me estaría cobijando y protegiendo». El corro de gente se va ampliando y me esfuerzo en que mis ojos no se crucen con los suyos ni por equivocación. De hecho, aprovecho su llegada para escabullirme y centrarme de nuevo en la jovencita haciéndonos a un lado, momento que aprovecho y le entrego un regalito: un labial que creo que va a encantarle. No quiero estar cerca de él, porque tengo claro que quien evita la ocasión evita el peligro.

Los villancicos suenan por la megafonía del hotel. Todo está encendido e iluminado, desde el exterior al interior, donde hay millones de luces de colores y amarillas por todas partes, no solo en el árbol, sino alrededor de la chimenea, o cruzando las guirnaldas de acebo que decoran los marcos de las puertas, también alrededor de la escalera... todo está precioso, es una explosión de luz y color, y lo cierto es que se respira el espíritu navideño y me encanta estar, formar parte de ello. Yo misma me dirijo a la mesa donde hay diademas y abalorios temáticos, y selecciono una que tiene dos papanoeles saltarines a ambos lados de la cabeza y que me va que ni pintada. No me siento fuera de lugar, al contrario, una más de la familia, y me apunto un tanto por haber ido con mi suéter rojo y no ser seta.

Los chavales van repartiendo las tarjetas blancas y los bolis, y mientras todo el salón a coro canturrea *Los peces en el río*, *A Belén pastores* o *Campana sobre campana*, con panderetas y

zambombas, comen turrón y figuritas de mazapán de las bandejas que hay por todas las mesas, y vamos escribiendo los deseos.

Despertar pronto de este mal sueño
y que nadie más me tome el pelo nunca.

Mi deseo.

No es alegre lo que escribo, pero es como me siento ahora. Ahí sí que me permito levantar la vista de la pequeña tarjeta y llevarla hacia donde sé que él se ha colocado para escribir el suyo. No puedo evitarlo. Nadie olvida en horas... «¿Qué estará poniendo?».

Lo veo concentrado y un tanto pensativo, tampoco muy alegre; y antes de que él levante sus ojos hacia mí, retiro la mirada y me dirijo al pino, donde, tras cortar una cinta roja y anudarla a cada extremo, deposito mi trozo de papel. Me hace ilusión, ojalá hacer esto me dé suerte y se cumpla lo que pido.

Es bonito ver cómo mayores y más pequeños una vez más, entusiasmados, llevan a cabo la actividad dando lo mejor de sí en todo momento, participativos y eufóricos.

Vuelvo con Alejandra y me refugio otra vez de la tentación en darle conversación para evitar estar donde el resto de mis amigos. Prefiero que no se dé la oportunidad de que él me dirija la palabra. Ya jodimos la noche el día de la chocolatada del pueblo y por mi parte no quiero ser borde ni fastidiar a mis amigos, que con tanta ilusión y dedicación preparan cada evento.

Solo que mi coartada dura poco porque Javi, el hermano de Alejandra y sobrino mayor de Carlota, llega hacia ella para anunciar que se marcha ya al *pub* del pueblo. Ambos han quedado con su amigo Gonzalo para salir esa noche. La jovencita, emocionada, no tarda en retocarse para unirse a él.

—Ay, Mara, otro día seguimos hablando y nos hacemos las uñas ¿vale? —se despide de mí, la coqueta de ella.

—Pasadlo bien, juventud. Cuidadito con lo que hacéis —les digo sonriendo, ya que me recuerda a mí cuando tenía dieciocho añitos y salía de rumba con mis amigas a bailar sevillanas hasta el amanecer. Bueno, y lo que no eran sevillanas también.

Y al venir a mi mente mis niñas, también lo hace el pendón *desorejao* que me la jugó. Y todas las que no le retiraron el saludo ni hicieron frente común por mí. «Que la vida le dé a cada uno lo que se merece». Y por una décima de segundo el coraje toma mi cuerpo, como si no lo hubiera superado, pero no permito que su traición me agrie la velada y por ello vuelvo con las chicas. Ellas sí me han demostrado que son mis amigas de verdad; me entremezclo con ellas, ya que a escasos metros tengo otro frente abierto que también puede joderme la noche y no pienso permitirlo, por lo que con Laura y Natalia como barrera infranqueable disfrutamos de la noche brindando a cada rato y poniéndonos tifas de chocolate, polvorones, marquesitas, empiñonados y turrones de mil tipos. Es una foto perfecta para el recuerdo vernos a todas con orejeras, boas de espumillón multicolor al cuello, como si fuera Nochevieja... y cómo no, ropa navideña, riendo hasta la extenuación mientras contamos batallitas y nos dejamos embriagar del espíritu navideño.

—Para mi niña un polvorón, que como te encantan... —Se acerca Carlota y me lo entrega,

guasona.

—Muy graciosa tú, ¿eh, capulla?

—Solo quería verte sonreír, que has estado un poco mustia esta tarde, por no decir esquivia.

—Estaba entretenida hablando con tu sobri, como ahora con las chicas, que lo estamos pasando genial. Esto es maravilloso, Carlota, te lo has currado...

—Ya ya..., tú hazme la pelota...

Y sé que no ha colado, pero lo bueno de los amigos de verdad es que saben cuándo quieres hablar y cuándo han de respetar los silencios... y ella me entiende y lo sabe, por eso se limita a brindar conmigo porque se cumplan nuestros deseos. Y de refilón lo miro a él, a Carlos, tan guapo, tan perfecto, tan sexy hasta con ese gorro rojo que lleva, que me enfado conmigo misma por encima estar alabándole y babeando como si fuera Adán, el único hombre en la tierra y no hubiera ningún otro en el que poner mis ojitos.

Miro a Carlota, que está escribiendo muy atenta en su papelito. Me pregunto qué estará anotando ella, puesto que para mí, lo tiene todo. Pero como los deseos no se dicen, me quedo con la duda y solo espero que sea lo que sea, se le cumpla. Porque lo merece todo.

¡Feliz Navidad! ¡Feliz Navidad! Próspero año y felicidad. I wanna wish you a Merry Christmaasss suena a todo trapo y las horas continúan transcurriendo hasta que al amanecer nos recibe el nuevo día.



SORIANOS Y ADOPTADOS

Rubén:

Esto es la puta hostia, chavales... alguna vez tenéis que venir. Lástima que todo lo bueno se acaba...

Carlota:

Buenos y tempraneros días. Isa, di algo, ¡cuéntanos!

Rubén:

La diferencia horaria... ya sabéis... ¿Cómo va todo por allí?

Fran:

En la cama, se nos ha hecho de día...

Carlota:

Ayer tuvimos la noche de los deseos. ¿Cuándo llegáis?

Rubén:

El 23 después de comer calculamos estar ya en Montaves.

Carlota:

Si a la descastada de mi amiga le apetece pronunciarse y queréis todos, hacemos cenita y celebramos vuestra vuelta.

Isa:

Déjame terminar de disfrutar, jaja... y no, no quiero volver.

Esto es maravilloso.

Fran:

**Deja de dar envidia, coño. Teníamos que haber ido,
@sustitos**

Carlota:

No seas niño, Francisco.

Rubén:

UUUhhh, se pone brava la jefa

**Fran: No vaciles, cabrón, que tengo sueño y mala leche
porque nos has despertado.**

Rubén:

**No seas nenaza, anda. Nos vemos pronto. Ya podéis seguir
durmiendo.**

Fran:

A buenas horas...

Isa:

**Y preparad esa cenita, nos apetece muchísimo contaros todo
el viaje. Besos**

Carlota:

Hecho.

Laura:

**La de no hablar tan temprano ¿la sabéis? Os silencio ahora
mismo, panda de cotorras.**

Carlota:

Jajajaja, buen día a *tutti*. No seáis gruñicas, que es Navidad

☺

CAPÍTULO 33



CARLOS

—Sí, me lo merezco, por idiota.

«¿Cómo iba a querer hablar conmigo? ¿Cómo iba a dedicarme ni siquiera una de sus sonrisas? Pero es que ni mirarme, oye, ni una sola vez pude atrapar su mirada para tratar de descifrar lo que estaba sintiendo... Mis ojos no se cruzaron con los suyos en toda la velada. Y lo sentí, hubo momentos que noté como discretamente esos ojos amielados atravesaban mi piel, provocándome un calor extraño, una quemazón rara, difícil de explicar, que aun sin estar viéndola pude notarla, y estuve seguro de que me contemplaba. Lo sabía, me estaba atravesando. Aunque no pude saber qué tenían para decirme esos ojos de tigresa que me vuelven loco. Qué palabras me habría dedicado su preciosa y atrayente boca si no hubiera sido tan esquiva. Que lo fue y no poco. No, no hubo ni siquiera un atisbo, ni un solo instante en que pudiera aprovechar para acercarme».

—Total, tampoco hubiera atinado a qué decirle. «Tal vez un piropo, porque lo cierto es que con esas orejeras que se puso estaba igual de hipnotizante y divertida, tan preciosa como siempre... y esa tira de espumillón al cuello, que para mí estorbaba y bastante, ya que no dejaba ver esa piel que tantas veces lamí la otra noche, que tantas veces besé y mordí con ansia de más, de mucho más. Pero si la hubiera piroleado me habría mandado a pastar, y con razón, así que entendí el mensaje y me mantuve al acecho, pero en la lejanía. No iba a molestarla ni a invadir ese espacio que ella misma, junto a sus amigas, había delimitado a la perfección.

—Ya habrá otra ocasión para poder disculparme por lo idiota que he sido. «Espero».

Hoy, cuando me levanto tras la fiesta de anoche, hay más actividad que nunca en el hotel, y es que Alejandra es un torbellino y por lo que observo tanto Carlota, como su abuela Carmen y mi querida Maritere bailan al son que ella les toca y lo hacen encantadas de la vida. Se les nota. En el desayuno se percibe esa alegría, ese ir y venir de gente que hace que mi pequeña Donete se muestre retraída en un rincón hasta que el sobrino pequeño de Carlota, mi tocayo Carlitos, se pone a jugar con ella y congenian a la perfección.

Parece que, pese al jaleo, va a ser una jornada de lo más tranquila. Tras el subidón del desayuno, Alejandra se marcha a la residencia de ancianos de Montaves a hacer una visita como

parece que suele hacer siempre que está en el pueblo, según comentan... Y la mañana transcurre en paz, con la rutina del hotel, por lo que yo, en modo vago total, tras darme una buena ducha con hidromasaje me decido por salir a pasear de *chill* porque estoy reventado para correr. Después, cuando vuelvo para tomar el aperitivo, estoy activo y como nuevo.

Con la sobremesa, tras una succulenta comida, llega la manualidad de la jornada: acuarelas y lienzos para crear una bonita estampa navideña. No sé dibujar bien, pero sin necesidad de darle muchas vueltas, vislumbro la imagen que ya contemplé tardes atrás desde un sillón, y sin duda tengo claro lo que voy a plasmar. Y es que al final, los últimos días, quiera o no, todo se resume y acaba en ella. En Mara. Mi mayor tentación pero mi peor pesadilla también. Y a mi mente viene de nuevo ella... rodeada de los más pequeños... riendo, con sus ojazos, con la boca abierta hablándoles y jugando. Y es justo eso lo que trato de reproducir, en mayor o menor medida y con más o menos éxito, sobre mi lienzo, lo que con tanta admiración observé durante las horas que dedicamos a la actividad.

Cada vez que la puerta principal se abre, mi cuerpo se pone en alerta y mi corazón pega un vuelco. Deseo que sea ella quien aparezca, pero no lo hace en ningún momento de la tarde. Y me jode porque pensé que volvería tras haber asistido ayer.

—Wow... ¿esa es...? —adivina Fran, divertido, mirando mi acuarela al acabar—. Estás peor de lo que pensaba, ¿eh?

—Cierra el pico, anda —le suplico, cómplice, sintiéndome descubierto.

—Tranquilo, estaba de coña —susurra él, agachándose hacia mí—. Regálaselo a Mara, le encantará. Adora a los niños... y, aunque seas un capullo, en el fondo seguro que a ti también, así que le parecerá un precioso detalle por tu parte.

—Ya veremos si lo ve...

—Es una moñada, a las tías eso les encanta. Dásela, hazme caso.

—Lo pensaré.

—Bueno, bueno, la chavalería se va al pueblo, a El refugio a jugar al billar —anuncia Carlota a bombo y platillo picando a sus sobrinos—. ¿Qué hacemos nosotros? ¿Nos apuntamos y tomamos unas copas? —añade, mirándonos a las chicas, a su marido y a mí. Y lo cierto es que no tengo gana ninguna de salir, me quedaría con un vinito al calor de la chimenea tan feliz, pero algo dentro de mí necesita intentar verla a ella, coincidir por el pueblo, por cualquier bar, por donde sea... y por ello me apunto a la salida, con la esperanza de un encuentro casual o fortuito. «Cual niñato pringado y cobarde».

—Claro, salgamos un rato y nos despejamos de toda la tarde pintando —exclamo, aceptando.

—Titaaa, hay más bares en el pueblo —replica Alejandra, molesta, dirigiéndose a Carlota.

—Quien algo teme, algo debe... —la vacilan—. Cariño, ¿hay algo que no quieres que veamos?

—Claro que no... solo que no tenemos que salir todos al mismo sitio, sino... vaya rollo.

—Ale tiene razón, anda, id al *pub* y dejadnos un poco a nuestra bola en El refugio —la secunda Javi.

Y está claro que, en efecto, quien algo debe, algo teme, y eso es justo lo que motiva más a mis amigos a investigar, razón por la que un par de horas después nos dejamos caer junto a Laura y Natalia por allí. Sé que Carlota y Fran están viendo lo que yo... y no sé hasta qué punto les está gustando. La sobrina de Carlota se deja querer por un notas un tanto chuleta, Gonzalo dicen que se llama, que aprovecha a la más mínima para arrimarse a la chavala mientras cerca un rubiejo —Martín—, claramente molesto con la situación, les observa. Cada vez que la pareja mete una

bola del billar, las celebraciones son más y más efusivas, y ello conlleva que el enfado del otro muchacho vaya en aumento. «Vaya con la sobrinísima».

Al lado del chico en cuestión está Javi con una chiquita bastante monilla. Por cómo mira ella al hermano de Alejandra, como se mira a un buen plato de marisco o de *foie* con mermelada y tostas, diría que algo hay... ¿Qué tiene este pueblo? ¿Todo el mundo está enredado entre sí? El amor está en el aire, como los virus... «Si lo sé, no vengo».

—Carlota, tus sobrinos triunfan aquí por lo que veo...

—Eso parece, sí... —responde ella, contrariada.

—¿Y quién es el afortunado para la sobri..., el rubio o el moreno?

—El rubio siempre le ha gustado, toda la vida lo ha mirado con ojitos... es una historia larga. Y el moreno... lo intenta una y otra vez.

—Pues yo diría que el moreno le ha tomado la delantera, por lo menos esta noche.

—Acuérdate cuando nosotros salíamos... —le recuerda su marido, quitando hierro.

—Mira, Fran, mejor no hablar de tus correrías en este momento —replica Carlota, medio en broma medio en serio—. Esta niña está jugando con fuego y me preocupa.

—Déjala, mujer, es joven... que se divierta. Tanto Gonzalo como Martín son buenos chavales —comenta Fran dirigiéndose a ella, que sigue mirando hacia la zona del billar.

Y si alguna duda me había quedado respecto a los integrantes más jóvenes de la familia, al día siguiente se despejaron cuando tras ver el sorteo de lotería de Navidad todos juntos, mientras desayunábamos chocolate con churros —tradición que repetían cada año desde que el Gordo cayó en la familia en dos mil quince—, llegó el famoso concurso de decoración de pinitos navideños. ¡Vaya intensidad de tarde!

Y lo mejor fue que por fin Mara hizo acto de presencia en la casona. Y allí estaba yo, ilusionado como un niño, por ver a la chica que me tenía cogido por el escroto. Me había puesto un jersey granatado para ir acorde con todo el mundo, y nada más bajar me coloqué el gorro de Papá Noel que ya había hecho mío. Me sentía tan habituado a las costumbres y tradiciones que disfrutaba como uno más. Como ella. Y como todos los presentes cada día.

Y no solo llegó Mara, sino Laura y Natalia. Y Alejandra y Javi recibieron a Gonzalo y a Martín, este último ataviado de pies a cabeza, 100x100 navideño para la ocasión, tanto que hasta Carlota lo felicitó. Pero el chavalín no tuvo suerte, porque mientras en el salón se estaba empezando con la repartición de los pinos de madera, se formó un alboroto tremendo en la estancia del que todos fuimos parte.

—¡¡¡MUÉRDAGO!!! —gritaron varios de los presentes.

Y ahí, queriendo o sin querer, estaba el famoso Gonzalo tan feliz al lado de una Alejandra un tanto incómoda, debajo de la planta que colgaba de la puerta. Y desde cerca los observaba un Martín lleno de ira, que si no llega a ser porque Javi interrumpió el beso con un comentario, se hubiera abalanzado sobre ellos para separarlos.

«La tarde se había puesto interesante». Y en ese instante, justo en ese, mis ojos se encontraron con los de una asombrada Mara, que observaba la escena con atención. Y sentí una descarga eléctrica invadirme por completo. Y mi corazón bombear más deprisa y mucho más fuerte, que parecía que se me iba a salir por la boca. Muy intenso todo, demasiado para mí. «¿Qué me estaba pasando... era para tanto aquella atracción?».

Mientras el hermano de Alejandra le decía cuatro cosas a su colega Gonzalo, yo ya no escuchaba, sino que solo existía Mara en ese momento. Mara y sus labios rojos. Mara y su jersey navideño. Mara y su espumillón de nuevo al cuello. Mara y sus orejeras de pingüino. MARA.

TODA ELLA. Y lo peor es que mientras yo me quedaba en mi burbuja, pensando en esa mujer mientras la contemplaba, sin oír nada ni a nadie, ella tardó menos de un segundo en apartar sus ojos de los míos y romper el contacto visual, arrasando con la corriente eléctrica, fundiéndome los plomos y haciéndome saber que pasaba de mí. Tenía que resignarme a saber que no me iba a dar chance de disculparme de verdad y arreglarlo. Pero como le decía el perro al hueso: tú duro estás, pero yo prisa no tengo.

—¡Que os divirtáis! —exclamó un apenado Martín, sacándome de mi ensoñación, poniendo, triste, su pino en la mano de la joven, para después despedirse.

—¿Te vas? —le preguntó Alejandra, sorprendida.

—Sí, no tengo nada que hacer aquí. Ya he perdido, antes de empezar la partida... ¡sin ni siquiera jugarla! —admitió resignado él, dirigiéndose a una confundida Ale que no sabía qué decir.

«El muchacho está celoso. Mucho. Pobre. Se va con el rabo entre las piernas».

Y entonces escuché a Alejandra dirigir una gran y certera puñalada a Martín. «Joder con la niña», pensé para mí.

—A veces se rechazan las partidas por miedo o porque creemos que las tenemos ganadas de antemano y, cuando llega el momento y uno se arrepiente es tarde y ya no hay nada que jugar, porque ni hay participantes ni partida en curso —asestó el golpe definitivo ella a un hundido rubio que no supo dónde meterse y que con un sutil «*Capisci*» se dio media vuelta y se marchó.

«Hostia, la tía». Menudo derecho le había metido al pobre hombre. Sin manos. Y se había ido tocado y hundido. Ahí había una intrahistoria que los allí presentes, o por lo menos algunos no conocíamos, estaba claro, pero tenía miga y bastante según se veía.

El resto, mientras tanto, seguía a lo suyo, Mara se acercó a Alejandra y a Carlota, pasando por delante de mí sin ni siquiera decirme un hola o volver a mirarme de frente. «Joder».

Y a mí me quedó sonando la jodida frase de la chiquilla, me martilleó toda la tarde, porque tenía más razón que un santo. Y yo no quería que me pasara lo mismo que a Martín. ¿Que tenía miedo? Sí. Mucho. Muchísimo. Todo el del mundo, porque me había enganchado en apenas unos días a una mujer de armas tomar que se me había metido muy dentro —bastante más de lo que pensaba—, y que para más inri vive en la otra punta del mapa y he tardado en cagarla con ella menos de lo que tardó mi ex en darme la patada a mí. «Cojonudo todo».

La tarde continuó sin sobresaltos. El bullicio volvió a superponerse a los villancicos que sonaban para amenizar el concurso. Y allí todos, distribuidos en mesas, con nuestro pegamento, un palito y un pino enano de madera clara, además de la cantidad industrial que había de purpurinas de mil colores diferentes, comenzamos con las elaboraciones y a decorar los pequeños arbolitos. Y fue sorprendentemente entretenido. De nuevo era una estampa navideña increíble, demasiado familiar, llena de paz, de calor de hogar, de dicha y de magia. Esa era la palabra. Aquello que tenía ante mis ojos era magia, la familia reunida haciendo una actividad, con alegría, tarareando canciones populares al unísono, destilando ilusión por todos los poros de sus pieles y juntos. Porque eso era la Navidad, tiempo de familia, de amor... y de perdón. «¿Conseguirían Alejandra y Martín solucionarlo? ¿Y yo podría arreglarlo con Mara?».

La gente lo pasó fenomenal, les salía de manera innata y se tomaban muy en serio el concurso, tanto que era competitividad pura porque era todo un evento el participar. Se había instaurado en el pueblo como uno de los más importantes en esas fechas, junto a la competición de decoración de fachadas navideñas que siempre ganaba el hotel rural.

Y disfruté como un enano, fue una tarde estupenda, aunque mi pino salió un tanto deforme y lleno de calvas. En cambio, observé el de la andaluza, que era rojo brillante con toques dorados muy sutiles —cómo no—, y estaba perfecto. «Para todo tiene arte y gracia». Y la veía cantar villancicos y era puro desparpajo y salero. Es un ser de luz sin ninguna duda. Hay personas que con su sola presencia tienen la facilidad de alegrar el día a otras. De iluminar. Personas que dan paz. Un alma pura. Personas que lo llenan todo. Personas vitamina. Y esa era ella. Era Mara. Y no quería ni dirigirme la palabra. Y eso que lo intenté en un par de ocasiones.

«Y me estaba bien empleado».

—Enhorabuena, tu pino ha quedado precioso. Y es rojo... Cómo te gusta ese color, ¿eh?... —la alabé, tratando de sacar tema de conversación.

—Muy observador. Gracias —respondió seco.

—Me gustaría...

—A mí no —me cortó.

Y el segundo intento fue al final de la tarde, cuando sacaron las bandejas de galletas y turrones con las tazas de chocolate. Elegí una de las rojas y se la fui a llevar. Pero cuando me vio acercarme, huyó.

—Era para ti.

—Estoy empachada.

—Vaya, lo siento —respondí, apenado, pero es que me merecía su indiferencia por garrulo.

Y se marchó rápido, dejándome, con dos palmos de narices. «Como la dejé yo tirada en mi cama la otra mañana».

Y con un chocolate con nata lleno de nubecitas dulces en la dichosa taza roja, unos cuantos villancicos más y muchas galletas de las de la receta secreta de Maritere, el día llegó a su fin y me fui a la cama, que me recibió envolviéndome con esas suaves sábanas blancas y ese nórdico de grado cinco sobre el confortable colchón de plumas en el que se descansaba de maravilla.

A la mañana siguiente, al bajar a desayunar, escucho con claridad a la sobrina de Carlota pedirle a su tía que proyecten dos pelis seguidas después de comer, como actividad del día. *Solo en casa* y *The holiday*. «Ambas me encantan». Y ella acepta, y unas horas después lo hace como parte del plan de la chiquilla, que se había dado cuenta de que su *crush* estaba celoso.

No sé si tiene mucho éxito o no, lo único que sé es lo que me importa a mí y es que Mara no aparece, por lo que me dedico a disfrutar del cine, eso sí, escuchando en algún momento como Martín y Alejandra se dedican algún que otro insulto jugando: «Engreído», «Sobrada», «Mentiroso», «Picada», pero también veo como se cogen de la mano en una escena romántica que protagoniza la rubia de *Algo pasa con Mery*, Cameron Díaz. «Mmm». Y para mí, que soy un moñas de libro, esa es la verdad, aunque haga ver que ya no, resulta como estar viendo dos pelis navideñas, una en la pantalla y otra en vivo y en directo.

Esos dos jovencillos se gustan mucho, está claro, y verlos abandonar juntos la casona esa noche para salir a pasear por el mercadillo navideño me hace sonreír y me genera cierto puntito de envidia sana. «Al final todo tiene solución, menos lo mío».

La gente ajena a la familia comienza a dispersarse porque esa misma noche, en unas horas, se celebra una cena especial, ya que Isa y Rubén han regresado de su viaje y el grupo se junta para el reencuentro.

Me apetece cero asistir a ese evento al que me han invitado, pero en el que me sentiría de más seguro y por eso, sin siquiera saber si Mara acudirá o no a la casona, rehúso el plan y decido

sobre la marcha salir a pasear yo también por el pueblo, pese al frío que hace y a que por la tarde ha empezado a nevar y no ha parado todavía. «Sí que estaba siendo una blanca Navidad, sí». Me iba a congelar, pero prefería eso a contemplar a la feliz pareja de mi ex contar batallitas de su «luna de miel» en Maldivas mientras yo estoy jodido por ser un puto fracasado. «Y ella ya no me duele, no..., pero picar la situación, un poco sí».

Y al irme mañana, igual estoy desperdiciando el poder charlar con Isa, pero no se podía tener todo en esta vida y, convencido, opto por priorizarme y disfrutar de la noche a solas y tranquilo, contemplando ese mercadillo tan maravilloso del que todos hablaban y viendo el pueblo iluminado, que entre unas cosas y otras no había podido hacerlo salvo lo poco que vi la noche del encendido navideño.

«Mara y su reacción desencajada al verme. Mara tirándome el chocolate encima del abrigo. Mara berreando enfurecida y montando una tangana de la leche. Mara con su genio y su rabieta».

—Joder.

Salgo de la casona enfundado en mi abrigo más gordo y con un gorro de lana para resguardarme del frío.

Llego al pueblo y contemplo asombrado, con admiración, la maravilla que tengo ante mis ojos. Ya lo había podido observar un poco aquella noche del principio de mis vacaciones, pero resultaba impresionante ver la plaza Mayor engalanada por miles de luces amarillas y cortinas encendidas colgando de los balcones y de las fachadas, así como el colosal árbol de Navidad iluminado en tonos dorados o la gran bola de decoración en la que la gente hace cola para hacerse fotos o meterse dentro, también alumbrando en los mismos colores. En la puerta de la iglesia hay colocada en lo alto del pórtico una estrella que lo atraviesa, gigante y reluciente, tanto que resulta imponente.

Los arcos de las cuatro esquinas de la plaza, con motivos navideños, destellan una barbaridad y pese al frío, la nieve y pese a todo la gente disfruta, todo es algarabía y miles de *flashes* de los móviles saltan por todas partes. Conforme avanzo admiro encandilado las calles del centro, cómo relucen llenas de guirnaldas que recorren los balcones y fachadas, alegrando todo a su paso. Los villancicos se escuchan por todas partes a través de la megafonía del consistorio. El mercadillo navideño que es todo color, alegría y bullicio está ubicado a ambos lados de la calle principal. Los puestos en fila, vivos y coloridos, con los tejados de madera sombreados también por una iluminación de color y repletos de figuritas artesanales, objetos de marroquinería, gorros y demás enseres temáticos, así como miles de espumillones yartilugios de fiesta.

Continúo bajando y, aunque sí percibo que poco a poco la gente va dispersándose —por el frío este que se mete hasta el corvejón—, los que quedan están asombrados como yo y se dejan llevar del ambiente, incluidos dos jóvenes rubitos que me son conocidos, a los que veo desde lejos besarse en mitad de la calle con pasión, con ganas y sobre todo con amor. No me doy a vistas para no estropear el momento de Alejandra y Martín, pues es para ellos y solo para ellos. Pero me alegro.

Llego a la casa de la cultura del pueblo y me quedo anonadado ante semejante espectáculo y explosión de decoración multicolor. Me detengo frente a la fachada y observo los bastones que cuelgan de los balcones, los regalos de mentira colocados en torres, un trono vestido en terciopelo, un Papá Noel... Todo está iluminado y es inevitable no recordar esos escenarios de las producciones navideñas americanas, con esas fachadas atestadas de luces y ornamentación, iluminadas enteras, y es fabuloso poder ver y vivir tan de cerca algo así.

Al final de la calle vislumbro una plazoleta copada de árboles encendidos en mil tonos con un

belén artesanal ubicado en el centro y acordonado para que las visitas no puedan estropearlo, pero sí admirar toda la delicadeza con la que está elaborado al detalle.

Impecable. Puestos de comida, de gofres... una mezcla de mercadillo alsaciano y de feria con sus atracciones para los más peques, sus puestos culinarios también, con turrónes artesanos, garrapiñadas, manzanas de caramelo o mazorcas de maíz asadas. Y me encanta. Es hechizante.

Hago unas cuantas fotografías, immortalizo todo lo que me parece curioso y no sé cuánto tiempo pasa. Hasta me compro un gofre de nata y chocolate y me detengo en un puesto cualquiera para comprar unos detalles que llevar a casa y a la oficina.

Cuando decido emprender el camino de vuelta me fijo también en los escaparates de las tiendas, a los que no les falta detalle, pero ni eso me distrae, porque el único pensamiento que se instala en mi mente es como sería haber dado este paseo con Mara, bajo la nieve, metidos de lleno en un ambiente así, en un sitio como este, tan especial como lo es ella. Y soy consciente de que la estoy echando de menos. De buena gana la habría cogido y llevado de la mano por estas calles, que un rato atrás estaban atestadas de gente, familias con peques, parejas... y ahora están casi vacías, pero siguen llenas de magia, de ilusión y de colorines brillantes por todas partes. Y la habría besado, como Martín besaba a Alejandra un rato antes... solo que es imposible. Porque lo he hecho fatal y no quiere ni verme. Y ya no hay caso. Me duele en el alma marcharme mañana de Montaves sin haber podido solucionarlo con ella.

—¿Y si me presentase en su casa? Me echaría a patadas, y tampoco sé dónde vive.

—¿Y si pasara a despedirme mañana tras conseguir su dirección o por la cooperativa? No estaría, es Nochebuena. Y, además, ¿para qué ya? Es tarde... y no creo que tenga arreglo, por mucho que sienta que quiero hacerlo, que necesito volver a verla antes de abandonar el pueblo.

Hago el camino de vuelta sin dejar que salga de mis pensamientos, como si con eso fuera a conseguir algo o atraerla junto a mí... La recuerdo y la imagino sin parar y me doy cuenta de lo tonto que he sido y lo mucho que me he perdido de ella estos días. Parece que recorrer estas calles, adentrarme en ellas, ver tantas parejas disfrutando de sus vacaciones y de lo que sienten me ha puesto tontorrón. Aunque haya demostrado todo lo contrario con mi proceder de mierda, soy sensible y en este ambiente tan perfecto hubiera disfrutado como un enano de ella y con ella.

Atravieso la calle principal algo más rápido porque vuelve a nevar más fuerte y cuando llego a la plaza, que está desierta, niego con la cabeza direccionando la cabeza varias veces al imaginarme allí, imaginarnos haciéndonos una foto en el maravilloso árbol que tengo enfrente, negando, sabiendo lo que pudo ser y no fue con Mara. Aun así tomo la fotografía, de recuerdo.

—Imbécil —me digo una y otra vez, culpándome de nuevo.

—En eso estamos de acuerdo, *quillo* —responde una voz a mi espalda y ¡la hostia!, no puedo creer esa música celestial que llega a mis oídos y que reconozco a la perfección. La esperaba tanto... es como un puto sueño que esté allí.

«Es ella, y parece que la he traído con la mente». Mi cuerpo tiembla, mi corazón se vuelve arrítmico y late desbocado; algo dentro de mí brota y, aunque lleno de dudas, de miedo y temor, como un jovencito, me doy la vuelta despacio sabiendo lo que deseo y lo que quiero hacer, por mucho miedo que me dé. Todo en una décima de segundo en la que pasa por mi cabeza un resumen a modo de tráiler de todos estos días, de nuestros encuentros y desencuentros, de nuestra noche... de nosotros... Y de lo que aún no soy consciente es de que ahora empieza de verdad mi película romántica, mi romance navideño, como decía Fran. «Justo la noche antes de mi partida. Puta mierda».

Y al girarme solo puedo contemplarla emocionado. Nos quedamos quietos, sin movernos, con

los pensamientos a mil y nuestros ojos fijos, sin parpadear ni un segundo. Frente a mí está Mara, con los brazos en jarras y su gesto desenfadado. Lleva su abrigo fucsia y su gorro de lana blanco, con las ondas de su pelo tomadas por los copos de nieve que se le han enredado entre los mechones. De primeras su rictus es nervioso, pero se torna a sonriente, y cuando me dedica esa sonrisa reluciente en sus labios, creo que voy a morir de alegría. Me fijo en sus ojos, en cómo destellan magia... esa mirada brilla como estrellas fugaces de las que más reflejan en las madrugadas de agosto, del verano. En definitiva, esos ojos deberían estar prohibidos. Toda ella. Toda ella es un pecado. Y yo tengo claro que pecaría para siempre. Y parafraseando a Shakespeare, esto sí que es un sueño en una noche, pero no de verano, sino de invierno, sin duda.

Y por ello no lo dudo. Ya no. Dejo los pensamientos a un lado y me dedico a sentir. Y corro hacia ella, decidido, porque la vida, el destino o la casualidad, como dice la canción, me la ha puesto en el camino de nuevo y eso debe de tener un significado, seguro que es por algo, porque nada sucede porque sí. Y no voy a desaprovechar esta oportunidad, ya sea una noche o una vida. Tendría que estar loco para hacerlo. Y no lo estoy, o sí, pero por ella y nada más que por Mara.

CAPÍTULO 34



MARA

—Tenía que haber ido a la cena. Me he equivocado no asistiendo, pero ya... poca solución tiene. Tal vez si me arreglase rápido para llegar a la mitad, pero no me parece buena idea presentarme a medias y tener que andar explicando qué ha pasado... paso. Pero tampoco sé qué lechugas hago aquí y en qué momento se me ocurrió decir que no podía ir a recibir a Isa y Rubén. Se me calentó la boca y aquí estoy, amargada acordándome de todos ellos. Pero es que hubiera sido... ¿Por qué narices lo he hecho?

»Está claro... por no verlo, por no coincidir otra vez con Carlos, esa ha sido la única razón, el mismo motivo por el que llevo sin pasarme por la casona desde la noche de los deseos, y el mismo por el que me he perdido la sesión de cine navideño, la tarde de pintura... y hoy la cena de Navidad con mis amigos. Pava. Obtusa. Más que tonta del bote, privarme de un plan guay por un tío. Mara María de los Galanes Fernández de Blas, ¿dónde quedó tu cabecita en esos segundos...? ¿Y el coraje, el sacar pecho, el pintar de color las situaciones grises?, ¿todo eso dónde está?

»Enajenación mental transitoria, como cuando tonteamos o esa noche que me acosté con él y también cuando... nah, mejor no seguir. Moraleja: nunca volver a dejar de hacer algo que me apetece por nadie y menos por un hombre, porque esos van y vienen, pero yo siempre estaré conmigo y es por mí por quien tengo que mirar, única y exclusivamente, y en quien tengo que pensar. Y, obvio, hacerme feliz haciendo lo que a mí me apetece en cada momento. No en función de lo que hagan otros. Pero ¡qué fácil es decirlo y qué difícil aplicarlo!, porque si no no estaría toda la tarde como una leona enjaulada, casi subiéndome por las paredes; vamos, que me falta rugir y colgarme de las cortinas...

He ocupado mi tiempo deambulando por casa, más aburrida que un hongo, escuchando todos los villancicos habidos y por haber, y, al calor de la chimenea. «Menos mal que tras lo de la bomba de calor conseguí algo de leña, si no estaría como una estatua de hielo y más colgada que un pimiento secándose, y encima sola...».

—Bueno, sola sola no —digo mirando a mi perrita, mientras le acaricio la barriga, y es que es

ella la única que me ha hecho compañía estos últimos días—. Menos mal que te tengo a ti, Torrijilla. Y a nosotras no nos hace falta nada ni nadie más.

«Tal vez hubiera sido mejor haber vuelto a casa, con mi familia, por Navidad «como el Almendro», pienso con un punto de nostalgia adueñándose de mí, pero enseguida recapacito, «pero no, porque tampoco sabía lo que podía encontrarme en mi pueblo y quizá habría sido ir de Guatemala a Guatepeor. Y no tengo el chichi pa farolillos. Y además, tampoco quería irme de aquí justo ahora».

Y la cabeza no para, echa humo ya... está en pleno funcionamiento, ya ni siquiera como la rueda de un hámster, que gira sin cesar con su movimiento, sino que ya es una jodida batidora a toda potencia, un molinillo de café a máxima velocidad, una picadora de galletas para hacer la base de una tarta de queso que las convierte en polvo en un abrir y cerrar de ojos... y solo cabe un nombre: CARLOS y dos ideas: LA DE IGNORARLO —que es la que estoy llevando a cabo y me está costando la vida— Y LA DE IR A BUSCARLO ANTES DE QUE SE VAYA MAÑANA —que es la que en el fondo, muy en el fondo haría, pero estoy resistiendo como una jabata por mi orgullo propio—. De ahí, el no haber ido a la cena y lo del león. De momento ha ganado la primera opción, solo que no sé por cuánto tiempo conseguiré sujetar las ganas de llevar a cabo la segunda.

Y es que me gusta, sí..., me gusta y no poco. Me gusta como me gusta la horchata fría, el color rojo o las tortillitas fritas de camarones en un chiringo de la playa, los guarromanes o el salmorejo...; el olor a tierra mojada o a césped recién regado en verano, los paseos por la noche o el correr al alba —como a él— o tantas otras cosas de las que me vuelven loca. Porque eso es lo que ha hecho ese ser en pocos días. Volverme loca, pero por él, por sus huesos, por ese culo que tiene que dan ganas de comérselo a *bocaítos*, por esos ojos que son un pecado, esos brazos... ese todo él en conjunto que si no es la perfección hecha hombre le falta poco.

Y no, no es atracción física, bueno, de eso también hay y mucha... muchísima, pero no es solo eso. Es él. Y es que el *condenao* se me ha metido dentro, bajo la piel, como si me lo hubieran inyectado como se mete el plasma rico en plaquetas, hasta el fondo y bien profundo. Y por eso campa a sus anchas dentro de mí y su recuerdo no se va ni con agua caliente. Quizá sea exagerado, pero lo que es, es. Recuerdo aquello del desodorante Rexona, que no te abandona. Pues esto igual. Tengo su recuerdo tan grabado a fuego, su sabor... que aún soy capaz de paladearlo, de sentir su aliento en mi cuello erizándome hasta el último pelillo del cuerpo, sus labios rozándome, poniéndome cardíaca, sus manos acariciándome, su lengua penetrándome de mil maneras... su olor a perfume caro, demasiado dulce y goloso; y es que lo pienso y me derrito. Sí, me pone. Se me hace el chichi agua. «Ea, es la verdad y es lo que hay».

Porque no es normal cómo me siento, cómo se me cae la baba cuando lo tengo delante, la manera tan desorbitada en la que me saca el genio por cualquier sandez, porque eso sí, también me sobran ganas de querer matarlo. Y no, no puede ser. No puede pasar nada más entre nosotros. Primero porque, como dice Alaska, no quiero más dramas en mi vida, segundo porque no tenemos tiempo de arreglarlo —ya no— y mucho menos es viable... Lo que fue ya pasó, ha quedado en eso, en un polvo navideño y finito, no hay más, *the end*, se acabó... como decía esa *influencer* de mi tierra, que es muy graciosa; además, en tercer lugar, y no menos importante, porque él pasa de mí, sino no hubiera sido todo como ha sido.

«Pero es que realmente este embrollo no ha sido tan horroroso ni mucho menos, sino divertido, elocuente, mordaz, cachondo, vivo, ardiente, un tira y afloja que me ha dado vidilla, aunque me haya hecho pasar malos ratos y corajes», pienso, en modo positivo, siendo consciente

de que, en efecto, han sido pocos días pero demasiado intensos, inesperados..., y esto aquí y en mi pueblo se llama flechazo, *instalove* o como coño se diga, igual que en las novelas de amor que leemos y nos hacen soñar, pero sobre todo sentir miles de emociones. Y me ha pasado a mí. Lo he vivido yo y por tanto lo he sentido todo, dentro, muy dentro y ahora, lo echo de menos. Y me gustaría verlo antes de que se marche y se olvide de mí.

«Y de lo que hemos tenido».

Hasta los villancicos acaban cansándome. Los quito. Pongo una lista de reproducción *random*, que empieza a sonar...

A las dos o tres canciones, reparo en la letra de una que me hace detenerme y centrar los cinco sentidos en ella:

*Alguien le ha dado la vuelta a mi vida,
alguien me ha hecho volver a sentir
ese pellizco que te hace cosquillas
cuando el amor se decide a venir
Alguien que llega para quedarse
Y que te enseña un camino sin fin
Alguien que hace que mire adelante
con alegría y ganas de vivir
Alguien que ha hecho que me ilusione
Y que me quiere tal como soy
Alguien que me hace sentir emociones
Y me abre puertas por donde voy
Alguien que sueña lo que yo sueño
Y que despierta lo mejor de mí
Alguien que sabe llevarme al cielo
Alguien con quien no me sé resistir*

...

«Ese alguien... ese alguien es él... jolín, vaya con mis queridos Siempre así, siempre tienen la canción perfecta, de eso no hay duda, pero no es el momento para esta cancioncita. ¡Qué puntería! Y qué putada porque cuando una letra te trae a alguien a la cabeza, estás jodido».

—Oficialmente, lo estoy. Y pillada. Por él. Por el *jodío* Gominas de las narices. Por el monumento andante. ¡Quién me lo iba a decir! Vaya tela.

Avanzo a la siguiente pista porque está claro que esa letra no me beneficia en absoluto ahora y mejor correr un tupido velo para no sentirme mal... ¡Será por canciones!

Y resulta que es peor el remedio que la enfermedad, porque a mis oídos llega El arrebato con su flamenquito pop para rematarme:

*No es normal vivir así
Callando al corazón cuando nos habla
No es normal vivir así
Con puertas y ventanas cerradas
No es normal vivir así
El miedo no nos libra del peligro
El miedo nos libra de vivir*

*No es normal vivir así
Sin escuchar lo que nos pide el alma
No es normal vivir así
Con las emociones enjauladas
No es normal vivir así
El miedo no nos libra del ridículo
Vivimos para vivir
Ha llegado el momento de subir la cabeza,
caminar contra el viento, enterrar la tristeza,
de gritar un te quiero donde nos apetezca
De sentirnos tan libres que las alas nos crezcan
Ha llegado la hora de sentirnos más fuertes
De empujar hacia un lado a quien nos diga no puedes
De saltar en los charcos
De bailar en las fuentes
De gritarle a la vida
¡Cómo me alegro de verte!
Ha llegado el momento*

...

«Vaya con la música del demonio... ¿Será una señal? ¿Será este mi momento después de tanto? ¿Y si es él y lo dejo escapar mañana?».

Miro el reloj, son apenas las 23:30 y mis amigos deben de seguir cenando. Decido salir a dar un paseo a ver si con el frío dándome en la cara consigo pensar en otras cosas y que la cabeza deje de dolerme. Son unas horas las que le quedan en el pueblo. Unas horas y se habrá marchado, y con él la tentación. Y todo lo demás.

¿Dónde quedó mi enfado? ¿Mi ira contra él? Esa rabia tan grande que sentía porque me hubiese dejado tirada... Esa es la que me tenía que ayudar ahora para que lo malo pesase sobre lo bueno, pero ya no está. Ha desaparecido. Se ha borrado, como se borra nuestro nombre en la arena de la playa al paso de la ola que desemboca en la orilla y lo arrastra. Así. Se ha evaporado como lo hace un vaso de agua bajo un sol de justicia. Y justo cuando no tocaba. Porque he sentido mi enfado en plena efervescencia estos días. Rechacé hablar con él y sus disculpas porque me pudo el orgullo, el anteponerme. Y en cambio ahora me debato en si dejarlo marchar o ir a buscarlo y que pase lo que tenga que pasar.

—Y es que es eso —me digo, hecha un lío entre todos los pensamientos que bullen en mi cabeza, trayendo de nuevo en la letra de la canción que acabo de escuchar—, justamente eso... venimos a este mundo, a la vida, para vivirla... y para sufrirla, y esto segundo ya lo he experimentado. Ahora quizá me toca vivir, sentir, volar, soñar...

Cojo mi plumas gordo, mi gorro de lana y, con prisa, salgo a la calle, dejando que sean mis pies los que guíen mis pasos, sin rumbo claro, por las calles de Montaves. Necesito airearme. Dejarlo correr. A estas horas un día normal estaría todo lleno de gente, como lo está de luces encendidas, pero continúa nevando bastante y hace un aire que te lleva. La ventisca trae toda la nieve de frente y siento el frío de los copos estamparse en mi rostro. Me siento libre, aliviada, despejada...

¡Cómo necesitaba notar el frío en la cara, respirar aire puro y dejar de pensar!

—Chata, ya lo tienes claro... solo estás resistiéndote con todas tus fuerzas a lo que podría pasar si lo ves, si vas y lo buscas...

»¿Cómo pueden dos letras de dos autores distintos hacerte verlo todo de otra manera? O será tal vez la excusa, el empujoncito que necesitaba para aclararme, para reconocer que me apetecería verlo... para no sentir que está mal haberme pillado por el Gominas de los cojones.

»¿Y no dicen que el destino existe y todas esas cosas? Ya podía ponérmelo delante, llevármelo a casa envuelto con un lazo rojo grande o algo... Carlota, que hablaba de las películas y la magia de la Navidad... a ver si es verdad que hace sus funciones —me voy diciendo yo sola, en bajito, mientras atravieso la parte trasera de la iglesia, para desembocar en la plaza Mayor.

—Ostras, ostras, pimpín... ¡No puedo creerlo! Me cago las patas abajo del susto... Pues sí que era mi momento, sí. Ahí, frente al árbol, está él. ÉL. Joder, ¿y ahora qué? ¿Qué hago? ¿Qué le digo? ¿Paso de largo? ¿Huyo?... Con esto no contaba, por mucho que lo deseara. Nunca piensas que va a pasar...

«Viva mi madurez, sí, señor. Y a todo esto..., ¿este no estaba en la cena? Y yo mientras en mi casa porque estaba él con el resto del grupo, manda narices», pienso para después agradecer mentalmente por facilitarme las cosas: «Gracias, gracias, gracias, Señor, por ponérmelo delante. Esto sí que es el destino, y si me han puesto al tiarrón ahí mismito tiene que ser por algo. Yo no lo busqué, pero vino solito a mi encuentro. Y si es así es porque todo pasa por algo... Una señal, jolín. ¿No había yo pedido verlo? Pues ea, ¿quieres caldo? Pues toma dos tazas, hermosa. Sea lo que sea todo esto, esta es la oportunidad que estaba esperando. Gominas, esta noche no te escapas».

CAPÍTULO 35



MARA

Camino despacio, bordeando la plaza sin que él me haya visto aún, y menos mal porque estoy muerta de miedo no, lo siguiente. Voy con decisión sí, pero acojonada también, esa es la verdad. ¿Dónde queda mi carácter *echao* pa'lante cuando hace falta? Y mi fuerza, mi raza para echarle dos cojones a la situación...

—Me los he debido de dejar en casa porque me siento como un flan, en este momento me puedo desintegrar con facilidad. Si me valiera evaporarme, convertirme en invisible y desaparecer... No, mejor no, porque me perdería lo que va a pasar... lo que espero que pase... lo que quiero que pase, mejor dicho.

Siento el impulso de ir hacia él, decirle que por mí todo está bien, que me gusta, que sea lo que sea esto —llámese de una u otra manera—, lo que siento, o que sentimos, quiero vivirlo a tope, pero me asusta lo que pueda salir por su boca después de todas mis negativas.

«¿Y si me rechaza? Que se va mañana, ¡la virgen santa! ¿En serio quiero complicarme de esta manera? Está claro que sí». Ya no hay vuelta atrás, pero que alguien me ilumine porque no sé qué decir, qué palabras usar, por dónde empezar... «Qué difícil». Y entonces veo el cielo abierto cuando lo escucho haciéndose recriminaciones a sí mismo y decido que esa es la mía, la ocasión la pintan calva dicen... «Y tanto que sí».

Colocada tal y como estoy y donde mis pies me han llevado por inercia, a esa plaza vacía pero llena con su presencia, desierta pero alegre, fría a bajo cero, pero cálida entre tanta luz amarilla y tanto espíritu y decoración navideña. Y es justo aquí y ahora, donde no hay vuelta atrás.

—Virgencita, ya sé que te tengo frita, pero ayúdame una vez más y te prometo que dejo de molestarte con mis tontunas —me encomiendo, y echándole valor y arrojo... contesto a su exclamación, esperando el instante en que se dé la vuelta y nos quedemos frente a frente.

—Imbécil —repite él, para sí mismo.

—En eso estamos de acuerdo, *quillo* —respondo yo a su espalda, delatando mi presencia con mi voz firme.

Sabiendo que de un momento a otro se va a dar la vuelta y me voy a encontrar de frente con

esos ojos que me tienen presa de ellos, pero que igual que han destellado furia otras veces cuando me ha tenido delante o hemos discutido, espero que no desprendan frialdad ahora, porque si eso pasara soy capaz de echarme a llorar como una magdalena con lo sensibilera y tontorrón que me pongo yo con estas cosas. Y es que no estoy preparada, bueno sí, porque quiero verlo, observar su reacción, escuchar lo que tenga que decirme, y acabar con estos segundos que se me hacen eternos. Me mata la incertidumbre de saber por dónde va a salirme. Y me abrazo a mí misma, tiritando como estoy, con las palmas de las manos acunando mis brazos para darme calor y para calmarme, mientras mis dientes empiezan a castañetear y mis labios han decidido ir por libre y se han puesto a temblar como si no hubiera un mañana.

Y entonces sucede.

Carlos se da la vuelta y me observa ojiplático, con los ojos bien abiertos, pero su gesto no es de enfado, sino que diría que está alucinado, sorprendido y un tanto emocionado. Su mirada está enjugada en lágrimas; no sabría descifrar lo que está pensando o sintiendo, lo que se le pasa por la cabeza teniéndome enfrente, pero percibo que se alegra de que esté aquí y que tenía las mismas ganas de verme que yo a él. Es un libro abierto para mí.

Nos miramos, parando el mundo a nuestro alrededor; aunque no hay nadie, si lo hubiera tampoco lo hubiéramos notado porque en este instante solo somos él y yo, y nuestros corazones bombeando a punto de salirse por la boca, por lo menos el mío, y espero que el suyo esté parecido. Y saltan chispazos que podrían provocar incendios. Estamos a unos pasos, me contempla pero no se mueve, sigue hierático, y yo miro en su dirección, y cuando por fin sonrío, respiro y dejo salir todo el aire contenido en mis pulmones, llegando a mí una sensación de gusto increíble, por lo que dibujo una gran sonrisa en mi cara que no puedo ocultar, sino todo lo contrario, y se la dedico con todas mis ganas a modo de invitación a acercarse. Y pasa. No tardamos en acortar la distancia que nos separa. No sé quién da el primer paso, quién se mueve primero, solo sé que sin darnos cuenta corremos y nos fundimos en un cálido abrazo que alargamos de forma consciente.

Estamos aquí, en mitad de la desértica plaza, con nuestros cuerpos entrelazados, agarrándonos sin soltarnos, bajo el gigantesco árbol de Navidad que nos ilumina. Y ya me siento tranquila. Sus brazos rodeándome me calman. Su mano acariciando mi cabeza, deslizándose por mi pelo me tranquiliza aún más. Me acuna y descanso. Solo que ya no contengo la respiración, sino que la dejo fluir en paz. Y aprovecho para arrebujar mi cabeza contra su pecho, pegándome lo más que puedo para sentirlo, ¡y vaya si lo hago! «Está igual de nervioso y acelerado que estaba yo, los latidos de su corazón no engañan».

Y es ahí cuando, subiendo mis manos hacia arriba, me agarro decidida a su espalda aún con más fuerza, cogiendo entre mis dedos la tela de su abrigo y lo acerco más hacia mí. «Como si no quisiera dejarlo escapar nunca».

Calma. Paz. Plenitud. Alegría. Intensidad. «Jo, no quiero que me suelte ni soltarle yo».

Pero hay que hacerlo, y muy despacio tras sentir dos o tres besos suaves y calmantes en mi pelo, en la zona de la coronilla, deshago el abrazo, quedando agarrada a él por ambas manos, que entrelazamos con decisión y un firme pero tierno agarre. Es como si necesitáramos sentir ese contacto, piel con piel, tocarnos... Y nos tanteamos, jugueteamos con ellas sin deshacer esa unión, mientras seguimos rozando nuestros dedos, dejando sutiles caricias... mantengo las manos aferradas a él, necesitando las suyas como el comer para poder así canalizar todo lo que estoy sintiendo a través de este contacto, por poco que sea.

—No sé bien qué decir —empiezo, de nuevo, titubeante y temerosa.

—No digas nada —me corta él, cosa que agradezco—. No hace falta. Estás aquí. Estamos aquí.

—Te parecerá incoherente mi reacción... que pase de no hablar contigo a esto... ahora, que nos hemos encontrado por casualidad, y que me acerque sin avisar y te abrace así. Con razón me llamas luego loca y lunática...

—Bueno, un poquito lunática eres, ya lo sabemos —bromea—, y sí, estoy descolocado, pero yo también te he abrazado a ti y ¿sabes? Me encanta que lo hayas hecho, que haya pasado esto, poder tenerte así, cerquita... verte esta noche ha sido toda una sorpresa, no lo esperaba... Moría por ir a buscarte, pero no me atrevía y, bueno, al final me voy y... es complicado, Mara.

—A mí también me encanta haberte encontrado, ya pensaba que te irías sin poder despedirnos y tal y como acabamos... y en cambio estamos aquí, por casualidad o por el destino o por la magia de la Navidad que ha hecho que nos juntemos ahora, por lo que sea, pero me alegro infinito.

—Bueno, dicen que los momentos los creamos nosotros, y en cierta parte es verdad, pero aquí una ayudita hemos tenido... al final va a ser verdad que en Navidad todo puede pasar.

—Anda, pues claro que es verdad... eso o me pediste como deseo navideño...

—Tal vez me pediste tú, confiésalo, te morías porque esto sucediese.

—Sí —asiento, sonriendo—, me moría por que pasase, pero pedí todo lo contrario, que nadie más me hiciera polvo.

—Joder, Mara, lo siento, lo siento..., no me cansaría de pedirte perdón.

—Carlos, no tienes que hacerlo, de verdad...

—Vaya, ya no soy ¿cómo era... el Gominas?

—Siempre serás el Gominas, tenlo claro, pero hasta no ver si estabas enfadado no me atrevía a llamarte así, que bastante la he cagado ya...

—Los dos lo hemos hecho mal, sobre todo yo. Aunque me disculpé, creo que merecía que no quisieras ni escucharme. Mil perdones de nuevo.

—No hace falta, en serio..., entiendo que te asustases, esto nos ha sobrepasado a los dos por igual. ¿Que estuvo feo que te marcharas? Sí, pero creo que no estábamos preparados en absoluto y yo por lo menos estoy...

—Estuve horroroso. Y yo también lo estoy...

—¿Cómo sabes lo que iba a decir?

—Porque es lo mismo que yo siento, ese miedo... y por eso mismo anhelaba esto, verte, disculparme, sentirte de nuevo...

—Lo necesitaba tanto... y, aunque sea una locura, que lo es...

—Lo es —me corta.

—Yo —prosigo, envalentonada— quiero ver qué pasa, qué sucede... quiero vivirlo y ya está.

—Mara, me marcho mañana... en apenas un rato.

—Pues quiero vivirlo, aunque sean unas horas, ese rato, creo que nos lo debemos.

—Es difícil, tal vez sea peor el después, ¿no te parece?

—A ver, todo tiene implicaciones.

—Muchas, y puede que nos equivoquemos, o no, pero yo también quiero. Si no lo hiciera, me arrepentiría aún más y para siempre. He sentido tanto que te echaba de menos esta noche, no sé... te extrañaba, y es que todo esto me parece mentira, pero...

—Pero nada —le corto, para a continuación cogerlo por las solapas del abrigo y estampar mi boca contra la suya, con poderío, con decisión, para que mis labios se hagan dueños y señores de

los suyos, que me reciben encantados y deseosos de mí. «¡Olé!».

Nuestras lenguas, juguetonas, no tardan en buscarse y en encontrarse y cuando lo hacen se enredan, iniciando un baile demasiado erótico de movimientos sensuales que no tiene freno. Ambas luchan por el poder, por llevar la voz cantante y, sin ser conscientes, llega un punto que empezamos a dar un poquito el cante, pese a que estamos solos. Mis manos no tardan en subir y resguardarse en su pelo, mis dedos se entierran en él llegando a acariciarlo con ganas. Y sus manos... sus manos suben y bajan primero sobre la tela de mi abrigo, pero después me levanta y me coge en brazos, haciéndome colocar mis piernas bordeando sus caderas, sintiendo todo el contacto de su cuerpo pegado al mío y después siguen bajando reposando sobre mis nalgas, sosteniéndome, mientras nuestras bocas continúan enlazadas, ansiosas, y no se sueltan, igual que nuestras respiraciones, tan agitadas y entrecortadas, porque ambos estamos como locos, excitados, y aunque sobrepasados por lo que ya estamos viviendo, también estamos decididos a dejarnos llevar, aunque sea por esta noche... y mañana, mañana ya veremos qué pasa. «Nada, se va».

Él manosea mi culo y yo creo que voy a arder por combustión espontánea o a estallar como lo hacen los petardos una vez prendidos cuando llegan a lo más alto. Y ahí y así estoy yo, en lo más alto, prendida y sorprendida también por su acogida, por ese recibimiento que me ha dado demostrándome que se encuentra igual de enganchado que yo, y por cómo me ha cortado cuando iba a decirlo, igual de asustado y acojonado que una servidora.

—¡Buscaos un hotel! —nos vocean de lejos unos chavales que pasan por la plaza, rompiendo el momento, y es que ¡ya se podían haber metido la lengua en su santo culo!

—¡Que os follen! —les grito yo, enfadada y un tanto brusca, dejando caer mi frente sobre el hombro de Carlos, instante que aprovecho para volver a respirar cerquita de su ancho cuello, porque quiero que su aroma me inunde, quiero quedarme con ese olor guardado en mis fosas nasales, en mi memoria para no olvidarlo.

—Tienen razón, estamos dando el espectáculo... —corrige él, sacando esa parte suya tan correcta que todos dicen que tiene.

—Que les den, son tres niñatos que irán hasta arriba...

—Da igual, Mara, no somos quinceañeros para estar aquí a punto de revolcarnos como si no tuviéramos casa. Tenemos una edad y hay que saber estar...

—Ya salió don *Correctolohagotodobien* —le vacilo, riéndome.

—Acaso a la señorita *Siempretengoquetenerrazón* ¿le da igual el escándalo público?

—Pero mira que eres exagerado, Gominas... ¿Escándalo público? ¿En serio?

—Qué bien suena eso de Gominas en tus labios, aunque seas un poquitín descarada. Hasta lo echaba de menos...

—Pues acostúmbrate, porque pienso llamarte siempre así... —«¿Siempre? Unas horas».

—Mientras que no te enfades y me montes un pollo del quince si te digo Lunática, no hay problema.

—Llámame como quieras, al final creo que como menos nos hemos llamado es por nuestros nombres...

—No tenemos arreglo, somos un jodido desastre.

—Navideño... un jodido pero perfecto desastre navideño. Suena a título de novela, ¿verdad?

—Pues habla con doña Carmen, la madre de Carlota, por si le interesa para alguna de sus historias. Quién sabe, igual hasta nos compra los derechos de todo esto.

—¿Y qué es todo esto?

—¿Un lío navideño?
—Mas bien una Navidad ¿de película?...
—No sabría ponerle nombre.
—Yo tampoco. Sé que es algo... de locos.
—Inesperado.
—Intenso.
—Divertido.
—Atrevido.
—Hechizante.
—Atrapante.
—Morboso.
—Picante.
—Peligroso.
—Mucho.

—Muchísimo diría yo. —Y corto, porque podríamos seguir hasta mañana describiendo ese algo que no sabemos ni denominar, pero que como queda claro es mucho más que ALGO sin importancia. Y un polvo no es. No es solo sexo. Es bastante más que eso.

—Y aun así queremos jugárnosla esta noche.

—Hasta el final.

—¿Sin pensar en mañana?

—Eso es, sin pensar en el mañana. Solo en el hoy. En el ahora...

—Tengo miedo.

—Yo también, pero tengo más miedo a no vivirlo. A dejarlo estar y que te vayas. Y a echarte de menos.

—Nena, me echarás de menos igualmente, y lo sabes.

—Serás creído, Gominas. Tú me echarás de menos a mí.

—Y tú egocéntrica, Lunática.

—Ambos sabemos que tengo razón... No habrás pasado aún del cartel del pueblo con tu cochecito pijo y tus maletitas de marca y ya estarás echando una lagrimilla por mí, queriendo volver.

—¡Qué sabrás tú! ¿Eh? Siempre puedo pisar otra *moñiga* e ir a limpiarme mis zapatitos caros, como tú dices, a tu puerta para dejártela de recuerdo y que así no te olvides de mí.

—Cochino.

—Serás faltona —sonríe—, que has empezado tú...

—¿Yo?

—Sí, tú y tu lengua viperina llamándome pijo.

—Porque lo eres, no lo niegues, mentirosillo.

—¿Y tú qué eres?

—¿Yo? No sé... dime tú lo que soy.

—Tú eres demasiado, en todos los sentidos... Jamás me había encontrado una mujer como tú, con esa facilidad para volverme loco.

—Loco por mí, ¿eh? Suena bien. Puedes decirlo, me encanta saberlo.

—Anda, mira qué lista la niña, reconoce tú que te encanto, desde el principio, por muy pijo que sea...

—Me encantas, por muy pijo que seas y por muchas *moñigas* que pises con tus zapatitos de

pitiminí.

—A mí me encantas tú, pese a tus cajas destempladas, a tus bruterías y a tu lengua desatada, que, por cierto, señorita, muero por volver a comerme. ¿Y si nos vamos de aquí?

—¿A mi casa o a la tuya?

—Dado que la mía es el hotel y que todos nuestros amigos están allí, no la veo como la mejor opción...

Y no hace falta decir mucho más, porque de nuevo nos quedamos en silencio y tras volver a sentir que la tierra se tambalea bajo nuestros pies, nos besamos cual adolescentes en plena efervescencia durante otro buen rato y, de la mano, abandonamos la plaza Mayor derechos y veloces a dar rienda suelta a lo mucho que estamos sintiendo, pese a que los dos somos presos del miedo al mañana y a lo que está pasando, pero como la vida es para vivirla, vamos a hacerlo hasta que se nos cierren los ojos y sea un nuevo día, ese en el que nuestros caminos se van a separar cuando apenas se acaban de cruzar.

Y lo hacemos. Pasamos una noche indescriptible, como nunca antes había vivido ni sentido. Tímidos de primeras, pero percibiendo que recorreremos de la mano un camino conocido. El camino a casa. Y es que es alucinante lo que se produce en mi cuerpo al contacto del suyo. Me derribo cada vez que me besa, me chupa, me muerde y sé que el efecto es el mismo cuando soy yo la que lo subo al cielo con mi lengua desvergonzada, con mis manos vivas que ansían rozar su piel sin dejar de notar ese contacto tan caliente y encendido como estamos nosotros. Mis lametazos lo vuelven loco, casi tanto como él a mí. Húmeda como estoy, siento cientos de palpitaciones con cada caricia suya, que son el preludio a los millones que voy a sentir cuando vuelva a tenerlo en mi interior. Y cuando sucede, la primera vez, es recordar y alcanzar la plenitud. Es confirmar que me siento en mi hogar. Que no puede haber ningún sitio donde encaje mejor. Cabalgamos juntos, enloquecidos, exaltados y aullamos de placer al alcanzar uno de los mejores orgasmos de nuestra vida. Sino el mejor. Y detrás van muchos, porque nos regalamos una velada de amor sin medida hasta que el amanecer nos saluda y ajenos a todo no dudamos en seguir disfrutando de nosotros.

CAPÍTULO 36



CARLOS

Llegamos a su casa presos del deseo, ansiosos, anhelantes de tenernos hasta que los colores de la noche se fundan con el nuevo día. Y es lo que hacemos.

Solo que lo que tenía pinta de polvazo del quince se convierte en una velada especial e intensa donde las haya. «¿En una noche de amor?». No solo acaba siendo sexo desenfrenado. Desde el mismo instante en que cruzamos el pequeño umbral de su hogar es un no parar de sentir de golpe cientos de emociones diferentes y sensaciones indescriptibles, de las que harían perder la cabeza a más de uno dado el caso.

Nos deshacemos de la ropa despacio, saboreándonos, incendiando el ambiente en un juego de morbo y seducción que hace que nos calentemos más aún y nos pongamos no a mil, a diez mil. «Creo que con un solo roce suyo, liviano, podría dejarme ir en cualquier momento».

Nos besamos. Una vez. Y otra. Y otra más. Nos lamemos. Primero ella y yo la sigo. Dejamos que nuestras manos vuelen libres sobre el cuerpo del otro. No hay frenos ni límites que valgan. Aquí se trata de disfrutar, de sentir. Nos abrazamos mientras nuestros dedos hacen caer las primeras capas de ropa al suelo. Todo nos sobra. Solo buscamos el contacto, ese piel con piel que es una puta locura y que nos hace saltar todas las alarmas por lo que produce en ambos. Ese éxtasis tan desconocido. Ese placer sin necesidad de llegar hasta el final. Porque cada minuto, cada segundo, cada instante sintiéndola es puro oro. Manos que queman, piel erizada. Todo son caricias llenas de erotismo, que deposito sobre su cuerpo mientras la voy desvistiendo lento, pero seguro. Quiero hacerla gozar. Y acompaño de nuevo con mi lengua, que perfilando su silueta no deja ni un milímetro de su cuerpo sin recorrer. La rodeo, apresándola entre mis brazos, porque no tengo suficiente de ella y necesito llegar a todas partes.

La abrazo por detrás mientras Mara deja caer, relajada, su cabeza en mi hombro. Le aparto la ondulada y salvaje melena a un lado, tras perderme dentro de ella e inhalarla como si se tratase del primer y único perfume del mundo, y me empleo con ganas en su cuello, devorándolo, poniendo todos mis sentidos en degustarlo hasta saciarme mientras mis dedos llegan a su boca, donde, tras recorrerla, los introduzco para calmar su ansia y su reclamo de mí, de más.

Y lo hace, lo noto cuando empieza a lamer las yemas como si no hubiera un mañana, algo que repercute de forma directa en mi nivel de excitación, el cual aumenta de manera considerable. Y me pego más a ella para que me sienta a su espalda de nuevo, para que disfrute y para que se percate de esa anticipación sabiendo lo que viene, mientras mi otra mano continúa acariciando sus pechos libres y firmes, pasando de uno a otro, deteniéndose en sus pequeños botones de placer que están en alerta máxima porque se encuentra aún más enloquecida que yo.

Y voy a complacerla. Quiero que lo disfrute, que esto no sea algo rápido, un encuentro sin más, sino que deseo regalarle una noche perfecta. Quiero jugar y que juegue conmigo. Y por eso mismo bajo mis manos hasta su cintura y la hago girar, quedando de frente ambos, otra vez.

—No quiero que pares —me ordena, con la voz entrecortada y diría que, en el fondo, algo tímida.

—Estaría loco si lo hiciera. Solo quiero que goces, con calma, sin prisa...

—No necesito preliminares, estoy más que lista —indica, ansiosa.

—Lo sé, pero quiero regalártelos, regalárnoslos, y que no olvidemos esta noche y, en tu caso, todo lo que voy a hacerte.

—No creo que pudiera... —Y la callo, no la dejo seguir, sino que me estampo de nuevo contra su maravillosa y apetecible boca, enredándome en ella sin piedad y haciéndola vibrar. Porque eso es lo que quiero. Que sienta, que vibre, que sueñe, que vuele entre mis brazos. Como sé que yo estoy haciéndolo ya entre los suyos. Y es alucinante. Una jodida pasada.

La llevo hasta el sofá, donde me coloco y la deposito a ella encima. Y es Mara quien, dominando, toma el mando decidida a hacerme subir al cielo a mí con sus movimientos de cadera insinuantes, con una cantidad de roces demasiado sugerentes, que sacarían de sus casillas a cualquiera; y con sus besos, que recorren todo mi pecho, haciendo a sus labios pasear por mi torso ya desnudo hasta llegar a ese perfecto hueco entre mi hombro y mi oreja, que parece que es para ella, y es ahí donde se encaja a la perfección y se dedica a hacerme enloquecer, a agitarme a base de lamidos, a llevarme al éxtasis sin remedio mientras me susurra al oído lo caliente que está, para después ser yo el que tome el control de la situación y me deshaga en atenciones con ella durante todo lo que resta de noche.

La tengo debajo de mí sobre ese sillón que vamos a hacer arder igual que la primera vez que estuvimos juntos, de la misma manera en que arden nuestros cuerpos, bañados en sudor, febriles y brillantes, con la piel perlada, fruto de la fogosidad que desprendemos. Y no una vez, sino dos, tres o las que hagan falta hasta quedarnos saciados. «Si es que es posible».

Y ella recibe mis caricias sonrosada, cerrando los ojos para disfrutar más intensamente, y yo me deleito en ella, en el rubor de sus mejillas; en los labios hinchados por mis besos; en sus ojos que desprenden una intensidad especial; en su pelo revuelto gracias al jugueteo de mis dedos; en su pecho, que no me canso de tocar y acariciar...; y en todo su cuerpo en el que me perdería una y otra vez. La sensación que noto cuando la siento debajo de mí, vibrando, exaltada, convulsionando al alcanzar el clímax es flipante.

Y es que no es solo sexo, es mucho, muchísimo más que eso. Son descargas eléctricas las que me recorren de la cabeza a los pies cuando la toco o cuando lo hace ella. Es una corriente de aire que me lleva. Un latigazo placentero. Una llamarada que me abrasa sin poder evitarlo. El mejor de los orgasmos. La noche de mi vida. La segunda mejor.

Todo es tan cercano, demasiado íntimo, una atmósfera cargada de intensidad, de lujuria, pero también de ternura, porque hay besos salvajes, pero otros muchos nos los damos con el corazón. Nos tocamos con lujuria, sí, pero también nos acariciamos con devoción, como si fuéramos

muñecos de porcelana y fuésemos a rompernos al contacto. Recorremos nuestros cuerpos ciegos de pasión, pero también con admiración y veneración.

Es que la miro y me pierdo en ella, mientras la siento dentro de mí en sentido literal y abstracto. Y en cada balanceo, en cada acometida quiero sumergirme más y más y ella lo facilita, porque también quiere sentirme en lo más profundo de su ser. Estamos en la gloria.

Y cuando terminamos, casi sin poder hablar, exhaustos, respiramos y nos calmamos juntos, abrazados, entre suaves caricias que no tardan en volverse tórridas para dar paso al segundo asalto, que tiene lugar en su cuarto, sobre su cama, entre esas sábanas que huelen demasiado a ella y en las que me dejo ir al cielo de su mano una y otra vez hasta que, en efecto, la noche se vuelve día y nos sorprende antes de lo previsto, demasiado pronto, porque sin darnos cuenta, mientras nos volvíamos locos y nos emborrachábamos de nosotros, el tiempo ha volado, se ha fugado y nos ha dejado vendidos a ese momento que nos lleva acechando desde que nos hemos encontrado horas atrás en la plaza Mayor, frente a ese árbol que destellaba luz por los cuatro costados, la misma que desprende ella aquí tumbada sobre mí, con su cuerpo enredado en el mío, mientras siento su respiración en mi pecho y al mío latir por ella. «El paraíso existe». «Lo que daría porque este instante se hiciera eterno y nos quedáramos así, congelados, tal cual estamos, en esta posición, para poder tenerla sobre mí siempre».

No quiero dejar de sumergir mis dedos en su cabellera densa, en esos rizos que acaricio de principio a fin. No quiero dejar de recorrer su piel, su espalda, toda ella con el dorso de mis manos. No quiero dejar de darle suaves besos ni de acunarla en mis brazos. Quiero más amaneceres así. Y más noches sin dormir, pero a su lado. Todas a poder ser. «¿Todas?». Quiero millones de orgasmos que me dejen seco, si son provocados por ella. Quiero que goce conmigo. Quiero verla radiante como la he visto esta noche, con esos ojos brillando y diciendo tanto sin necesidad de palabras. «Sí, necesito más de ella».

Y esta vez sí es un polvo, bueno dos, no porque sean mañaneros, sino porque creo, erróneamente, que así saciaré las ganas de ella que aún tengo y no se han ido, sustituyendo lo romántico por lo instintivo, lo tierno por lo pasional, lo bonito por lo primario, a base de fuertes acometidas, besos salvajes, tocamientos incendiarios, caricias prohibidas y despertar a todo el vecindario cuando llegamos juntos al orgasmo, pero ni con esas consigo hacer desaparecer el ansia que su cuerpo me produce, las ganas tremendas de volver a estar dentro de ella y hacerla mía una y otra vez hasta que llegue la hora de marcharme de regreso al hotel y a Madrid... «¿No voy a saciarme nunca o qué?», me pregunto en silencio, torturándome, a la par que sigo llevando mi mano por todos los recovecos de su cuerpo, mientras yacemos desnudos sobre el colchón con el único sonido de fondo del crepitar y del chisporroteo del fuego proveniente de la chimenea, que continúa encendida y ardiendo igual que lo hacemos nosotros.

—¿Y si te quedaras? —lanza de pronto al aire una valiente Mara, incorporándose en mi dirección, para fijar sus ojos bien en mí, mientras yo me quedo sin saber qué carajo decir ante semejante propuesta que me deja fuera de juego.

—¿Quedarme? —repito. «Sería una locura».

—Por lo menos unos días más... Podrías pasar la Navidad aquí, con todos nosotros, conmigo... no sé, piénsalo. Me gustaría —afirma sonriendo. «Y así a ver quién es capaz de resistirse».

CAPÍTULO 37



MARA

—¿De verdad quieres eso? —me interroga Carlos, pensativo, con seriedad en el rostro, aunque diría que él también ha tenido en su cabeza la idea que le acabo de proponer.

—Sí, me encantaría... siempre que tú también quieras, claro —contesto, valiente como nunca. «No quiero que se vaya. No todavía por lo menos».

—Tengo que volver al trabajo —medita— y, no sé si sería buena idea...

—Vaya, qué poco entusiasmo... déjalo, ha sido una idea pésima —me arrepiento, dándome la vuelta en la cama para quedar bocabajo mirando a la pared, contrariada.

—Eh, Lunática, vamos... no te enfades. No quería decir que fuese mala idea por ti, por nosotros, al revés... me parece una propuesta increíble —asegura, devolviéndome la sonrisa, mientras apoya su frente en mi espalda, regalándome otro momento inolvidable.

—Y entonces, ¿cuál es la pega? ¿Acaso no podrías por el trabajo?

—Tendría que hablar con mi jefe, obvio, pero...

—Entonces, no hay peros que valgan, ¿no?

—Hay uno, grande...

—A ver, ¿qué tripa se te ha roto ahora, Gominas?

—Eres increíble..., no tienes filtro. —Sonríe divertido.

—No has respondido a mi pregunta... ¿Cuál es ese grandííísimo pero?

—Tú, yo, nosotros... ya sabes. Lo que empieza jugando, termina gustando.

—Esa frase me suena...

—Será porque no es mía, pero es muy certera.

—Creo que ambos sabemos que esto dejó de ser un juego hace mucho...

—Pero quedarme implicaría complicarlo más, bastante más.

—Ya es complicado, ¿no te parece?

—No lo sé, o por lo menos, no me gustaría que lo fuese.

—Lo que hay es lo que es... y si a los dos nos apetece, ¿por qué pararlo y cortarlo aquí? Tenemos unos días estupendos por delante.

—Porque antes o después va a pasar... y, bueno, quizá alargarlo lo dificulte aún más.

—¿Qué pasa, chato? ¿Crees que no podré sobrevivir sin ti?

—Ja, ja, no he dicho eso, pero creo que esto es como la droga... pruebas una rayita y corres el riesgo de engancharte de por vida.

—Guau, no sé si decir que qué bonito o echarme a llorar de miedo.

—¿Miedo?

—A no superar tu marcha, a volverme una yonqui, una adicta a ti —bromeo, dramatizando para destensar el ambiente.

—No hagas eso, Lunática. No es ninguna broma.

—Vale, perdona. Gominas, no te rayes ni te agobies. Son unos días, sí, ambos lo sabemos. Con un tiempo de descuento.

—Eso es.

—Pero está claro que nos gustamos.

—Mucho.

—Que nos atraemos.

—Demasiado.

—Que lo pasamos bien juntos.

—Bien no, de maravilla. —afirmo mientras nos acercamos más y más, volviendo a sentirnos.

—Que conectamos sexualmente hablando.

—Hacemos saltar chispas, sí.

—¿Y entonces? ¿Por qué no disfrutarlo un poco más ya que hemos perdido tantos días discutiendo por tonterías?

—La verdad es que si llego a saber lo encantadora que eres y lo deslumbrante que estás por la mañana, con carita de recién levantada, ya te digo yo que no habríamos perdido el tiempo de la manera en la que lo hemos hecho... —me asegura, picarón, llevando su mano a retirar un mechón rebelde que se ha escapado.

—¿Eso es un sí?

—Es un claro, un ¡cómo no aceptar! Un me encanta que te hayas atrevido a proponérmelo porque yo también he pensado en estos días en que no quería marcharme aún.

—¿Ves? Hombres..., capullos y cobardes. Todos igualitos —asevero haciéndome la enfurruñada, pero guasona.

—Ala, ya me he llevado otra bronca...

—Si no me besas de nuevo sí que te vas a llevar una bien grande, avisado estás, rey.

—Si yo soy rey, tú eres mi reina, y pienso tratarte como tal estos días.

—Pero sin cursiladas, eh, Gominas.

—Tranquila, preciosa, que ya sé que a ti te va más el rollo cañero que el rollo princesita.

—Exacto. Yo más que reina sería la princesa rebelde, la que iría al baile con vestido rojo fuerte y quemaría todo lo rosita ñoño. Mejor prender fuego y desatar un incendio interior que generar ternura, ¿no?

—Bueno, hay momentos para todo...

—Si tú lo dices, pedazo de moñas... ¿Y mi beso?

—¿Tú no sabes eso de que los besos no se piden, sino que se dan?

—¿Ahora te vas a hacer el estrecho y negarme los besos?

—Claro, ya te tengo en el bote, me has pedido que me quede... te lo dije, que acabarías muertecita por mis huesos, por muy pijo que fuese.

—Eres un pedazo de creído, que lo sepas.

—Y a ti bien que te gusta, pero déjame decirte que a diferencia de ti, yo sí te alabo, y por eso te digo que eres una mujer increíble a la que muero por saborear de nuevo...

—Menos mal que te decides, hijo mío. Mira que si no te mando para Madrid de una patada en ese increíble culo que Dios te ha dado.

—Pero tendrá que ser luego, porque ahora voy a llamar al jefe y a mi familia. Ya casi que tendría que estar saliendo para Madrid, porque por si no lo recuerdas esta noche es Nochebuena y mañana es Navidad, y mira dónde estoy...

—Pensaba que estabas cantando un villancico... —bromeo, entonando la melodía para acompañar mis palabras—. Pues estás en la cama con una mujer espectacular que, con seguridad, te ha hecho pasar la mejor noche de tu vida —suelto convencida, viniéndome arriba, sintiéndome sexy y seductora—, y que si consigue que te concentres en el aquí y ahora va a hacer que te olvides del teléfono, de llamadas a nadie, para que solo puedas gozar y sentir como nunca. Vas a pasar unas navidades de fábula, nene.

—Una mujer que no tiene abuela por lo que veo... —contesta, descarado.

—Una mujer de verdad, una que no quiere que perdamos más tiempo.

—No lo haremos, te prometo que estos días no cabrá ni una sola mala palabra. Todo será para disfrutar juntos, para vivirlo...

—Pues, ea, empecemos a vivirnos...

—¿Cómo que empecemos? Si llevamos toda la noche aquí y que yo sepa, haciendo macramé no.

—Pues entonces sigamos sintiéndonos, descubriéndonos, ¿eso te gusta más?, pero sin pensar en el final.

—El final llegará más pronto que tarde, no lo olvides.

—Pero no tenemos que hablar de ello. Hasta que no llegue, la despedida será algo que está ahí, como una nebulosa, sin más. Si no lo mencionamos es como si no existiera. De eso se trata el disfrutar sin agobios, sin reloj, sin cuenta atrás...

—¿De verdad no tienes miedo a que luego sea peor?

—No, soy una moñas blandengue como tú, Gominas. Además, tengo claro que tendría más miedo si ese momento fuera este momento, porque siento que necesitamos ese tiempo de descuento. Esto se me ha hecho demasiado corto, ha pasado muy deprisa todo y aunque, sí, sé lo que estás pensando y es una locura total, insisto en que prefiero jugárnosla a dejarlo aquí.

—Juguémonosla y que pase lo que tenga que pasar.

—No tengo la culpa de que me pidieses a Papá Noel...

—Te repito que a lo mejor me pediste tú a mí...

—¡Quién sabe!

—Pues lo que está claro es que hay que tener cuidado con lo que se desea, porque a veces, esos deseos se cumplen...

—Y más en estas fechas.

—¿Otra vez con que todo esto es obra de la Navidad?

—¿Y qué tiene de malo? En Navidad todo puede pasar, esa es la magia.

—Magia es lo que tú y yo hemos hecho juntos esta noche, nena... Eso sí que es magia, ¿no crees?

—¿Sabes lo que creo?

—A ver, cualquier cosa... sorpréndeme.

—¡Que hablas demasiado! Ahora, calla y déjate llevar —me ordena con toda la gracia del mundo para acto seguido volver a rodar sobre esa cama que ha sido testigo de tanto durante las últimas horas.

CAPÍTULO 38



CARLOS

Un rato después conseguimos salir de la cama de Mara y, tras decirle que prepare una pequeña maleta con algo de ropa, salgo de su casa en dirección a la casona, donde imagino el alboroto y el ambiente de fiesta que debe de haber en un día grande como hoy. Sin embargo, no me encuentro el jolgorio que esperaba, sino que nada más abrir la puerta siento el bullicio, sí, pero también veo caras de preocupación y a Alejandra y Javi llorosos, mientras su familia, en un apartado del salón ajeno al resto de huéspedes, les rodea con rostros serios. «Algo ha debido de ocurrir».

Cuando el hotel abrió, la semana de Nochebuena a Nochevieja era solo para la familia, ahora ya con las cabañas todo es distinto y los huéspedes podemos disfrutar de todo esto en la semana más mágica del año para mis amigos y sus familiares.

—¿Ha pasado algo? —pregunto, acercándome al grupo, sin quitar el ojo de la sobrinísima que llora sin consuelo.

—Ha habido un accidente esta madrugada y ha fallecido una vecina de este pueblo, joven y muy querida, que es la madre de un amigo de los chavales —me explica Fran, apesadumbrado.

—Oh, vaya, menuda tragedia. Siento lo de vuestro amigo, la vida a veces es demasiado injusta —les digo a los muchachos, y por cómo llora Alejandra y cómo la consuela Tina, no me cabe duda de que se trata de la madre del rubio, Martín, y me quedo pensativo, sí, porque joder, es cierto y qué puta es la vida a veces.

Apenas unas horas atrás, la noche pasada, los jóvenes habían conseguido acercarse, dejar atrás sus rencillas y se besaban felices paseando por el mercadillo navideño ajenos al resto del mundo; y con este revés, con seguridad todo se les ha ido a la mierda. Por eso hay que aprovechar y vivir al día, porque hoy estamos aquí, pero mañana nadie sabe lo que puede pasar. Y yo me siento feliz. «Sí, es horrible en medio de las lágrimas que me rodean». Y, aunque me sabe mal, yo me alegro por fin de haberme dejado llevar y haber dado rienda suelta a lo mío con Mara. Y como hemos dicho, de vivirlo.

—¿Y tú? ¿Dónde andabas, bribón? —me pregunta mi amigo, apartándonos.

—Imagínatelo —contesto dibujando de manera discreta mi mejor sonrisa, aunque en estos momentos no deba.

—Bien hecho, *champion* —se alegra Fran, dándome una palmada, gesto que no le pasa desapercibido a Carlota, que se acerca enseguida.

—¿Me he perdido algo? —pregunta ella, curiosa.

—Aquí nuestro amigo y nuestra querida Mara... que han estado jugando al teto.

—¡FRAN! —exclamamos los dos a la vez.

—Bueno, perdón, si digo que habéis arreglado vuestras diferencias no hará daño a vuestros delicados oídos, ¿no?

—Exacto —le replico, riendo.

—Bueno, venga, repetimos: pues aquí el señorito y nuestra querida Mara por fin han decidido dejarse de tonterías y piques adolescentes para lanzarse a la piscina.

—Me alegro, de verdad. Mara lo merece, es una tía genial, y oye, quién sabe lo que pueda pasar...

—Sabemos que son días, y puede que sea peor, puede que esa piscina esté vacía y nos peguemos la leche del quince. Tengo ese miedo...

—No lo tengas, dedícate a otras cosas más satisfactorias y productivas que a poner la tiritita antes de tener la herida hecha.

—Eso dice ella y tiene razón. Quiero hacerlo. Siento que necesito vivir esta locura.

—Olé por ti, valiente.

—Y quería pedirte, Carlota, si puedes reservarme una cabaña, como me ofreciste al llegar... porque ya me iba hoy y, bueno, estoy sin habitación y tampoco me parece correcto invadirle su espacio. Al final esto es un tanto..., un experimento mejor dicho...

—Pues claro, ¡para mis amigos la mejor! Y no digas experimento, melón, esto es mágico, precioso, maravilloso...

—Carlota, deja las moñadas que míralo cómo levita. Lo cierto es que, siendo realistas, te vas a hinchar, chaval —se mofa Fran, burlón—. Dales la última, cariño, para que no despierten a la familia y al resto de los huéspedes.

—Fran, déjalos, no estropees la magia. Carlos, ni caso... claro que sí. Sube a recoger tus cosas y ahora te doy la llave.

—Vale, las recojo y voy a por ella para darle la sorpresa.

—Os dejaré algún detallito de los que te gustan a ti.

—Pero ella no es muy de detalles de ese tipo...

—Tranquilo, que yo la conozco y en el fondo, aunque vaya de dura, también le gusta que la mimen. Y sé que no es de cursiladas, créeme.

—Entonces, lo típico, fresas, champán, una *fondue* de chocolate... ¡y rosas, pero rojas! Intensas, vivas, como ella...

—¡Cuánto da de sí el chocolate, carambaa!

—Fran, calla —le regaña Carlota y no me hace falta imaginar el motivo de su comentario.

—Gracias, chicos, os debo una.

—Como esto salga bien, sí que nos vas a deber...

—¿Y si no?

—Pues te irás tras haber pasado unas vacaciones bien completas, romance navideño incluido.

—Eso espero, que no nos estemos equivocando.

—Ya verás que no —me aseguran ambos a coro, y es que dos que duermen en el mismo

colchón, ya se sabe...

—Eso sí, si podéis parar de fornicar como conejos, venid a las actividades por la tarde, ¿eh?
—suelta Fran, entre risas y guiños mientras Carlota le atiza un collejón. «Gracias».

—Mira que eres animal... —le abronco.

—Pero ¿tengo razón o no?

—No pienso contestar a esa pregunta, soy un caballero —aseguro, dándole un puño flojo esta vez yo mismo en el estómago.

—Demuéstraselo a ella —me apremia Carlota, con un guiño sincero—. Y sobra decir que estáis invitados a la cena de esta noche, salvo que preferáis una Nochebuena romántica solo para dos.

«Y claro que lo voy a hacer. Pienso borrar y compensarle lo que hice la otra mañana con creces». Y lo digo como si fuera a quedarme aquí una eternidad, cuando apenas son unos días, tenemos solo días, pero voy a exprimirlos al máximo, que es lo que más me apetece ahora mismo. Y después... «Mejor no pensar en el después».

Recojo mis cosas, las meto en el maletero y me voy a por Mara sin pasar por la cabaña, pero con la llave en el bolsillo. Quiero descubrirla a la vez que ella. Hacerla nuestra. Y disfrutarla con ella.

La recojo y deshacemos el camino que he hecho solo un rato antes. Ella no esperaba venir al hotel, pero la engaño y le cuento que me he dejado algo. Es solo cuando me dirijo hacia la última de las cabañas cuando ella, siguiéndome, me pregunta a dónde vamos.

—¡Sorpresa! —exclamo, parándome frente a la puerta.

—¡No te creo! ¿Una cabaña para nosotros?

—Una cabaña, sí, ¿no te parece perfecto?

—Me parece de peli americana, ¿qué quieres que te diga? Solo falta que aparezca aquí el típico ejecutivo agresivo que va camino de una reunión de trabajo y se queda tirado en mitad de la carretera por la nieve.

—¿Cómo que ejecutivo agresivo? —Me río—. Espero que tengas suficiente conmigo, nena.

—Eso ni lo dudes, además..., en el fondo, es lo que tú eres... un ejecutivo agresivo, trajeado, que vino a relajarse y a huir del ajetreo del trabajo, de los problemas y de la gran ciudad.

—Exacto... ¡Y mira!

—Mira ¿qué? ¿No te estarás arrepintiendo de esto?

—De lo que me estoy arrepintiendo es de que esto no haya pasado antes... de eso no dudes que sí. —Vuelvo a lanzarme y fundo mis labios con los suyos.

—Vamos, vamos, abre que empieza a nevar otra vez y hace un frío que pela.

Atravesamos la puerta ansiosos y frente a nuestros ojos aparece la casa de Papá Noel. Una cabaña construida en madera y piedra, acogedora no, lo siguiente, con unos grandes ventanales, al lado de los que hay un gran abeto repleto de bolas, estrellas y espumillones que se encuentra justo detrás de unos sofás llenos de mullidos cojines navideños, frente a una chimenea también de piedra, encendida, repleta de decoración, calcetines rojos colgados en el frontal y cadenas de luces amarillas que la recorren hasta iluminarla por completo. Delante una pequeña mesita baja con un centro de bolas de colores brillantes y velas, y el techo, conformado por vigas de madera también está repleto de guirnaldas de acebo y luces de colores. Es perfecta.

Llevamos la vista al otro lado y nos topamos con la *suite*: una cama *kingsize*, cubierta como no podía ser de otra manera por un edredón lleno de copos de nieve, y con baño incorporado, además de una bañera blanca, supermoderna, al otro lado de la cama, pegada a la ventana. Y mi

mente no tarda en imaginarnos dándonos un baño, juntos, con esos jabones con forma de copo también que huelen a mazapán, mientras vemos como nieva fuera, con dos copas de champán, dejando que las burbujas suban y nos hagan flotar al calor del agua y de la chimenea, que da un toque demasiado íntimo y especial.

Además, Carlota ha dejado sobre la mesa una botella de vino con dos copas, un surtido de dulces navideños y sobre la cama un ramo de rosas como le pedí, y solo hay que ver la sonrisa de Mara y sus ojos brillantes, destellando reflejos de alegría e ilusión por todas partes, para saber que la estoy haciendo feliz. Y me siento bien, demasiado bien. Contento. Como un niño con la última Play Station y la versión más nueva del Fifa en las manos.

CAPÍTULO 39



MARA

Que mi Gominas era romántico ya lo sabía por comentarios de las chicas en otros tiempos, sobre todo tras haber estado con Isa —«quién me iba a decir a mí...»—, pero experimentarlo en mis carnes es harina de otro costal, como dicen en el pueblo de mi familia.

Aún estoy flotando con la sorpresa que me ha preparado en complicidad con Carlota. Estoy segura de que ella ha tenido mucho que ver y en cuanto pueda se lo agradeceré porque, pase lo que pase, esto se va a quedar en mi corazón para siempre. Es uno de esos momentos que se guardan en la retina, de esas *vibes* que después vienen a ti una y otra vez, porque el subidón de adrenalina que he sentido y esa dicha interior, repito, pase lo que pase, nadie me la va a quitar y pienso retroalimentarme de ella a cada rato, sabiendo que alguien me ha dedicado todo esto a mí. A MÍ.

Aunque estábamos invitados a la cena en la casona, decidimos pasar una Nochebuena a la luz de las velas, en la intimidad, con villancicos de fondo, cenando como plato principal dulces navideños y los mil tipos de turrones que nos dejó preparados mi amiga; y para el postre, ya más entrada la madrugada, nos dimos un festín de fresas con chocolate fundido, tras habernos hecho el amor de la manera más tierna posible. Yacíamos sobre la alfombra, un rato después, desnudos, con nuestros cuerpos entrelazados a pocos pasos de la chimenea, y mientras yo descansaba sobre su pecho, relajada, escuchando el crepitar del fuego, recuperándome del aluvión de sensaciones que acababa de sentir, y percibiendo claro el palpito fuerte de su corazón vivo, él me acariciaba la espalda con las yemas de sus dedos, dejando al paso la piel erizada y ansiosa de más.

Y pensaba en la plenitud que albergaba en mi interior mientras notaba como él se perdía en mi pelo, porque sé que le encanta enterrar sus dedos y deshacer las ondas revoltosas de mi melena salvaje. Y yo me contraigo cada vez que siento su tacto, su calor en mí. Porque quiero más de él. Porque creo que lo quiero todo. Quiero cada minuto, cada segundo de los que estamos disfrutando juntos, tal cual, para siempre. Y es *heavy* pensarlo.

Soy una jodida boba enamoradiza, sí, pero la realidad es que nunca nadie me ha hecho sentir los ejércitos de mariposas que ahora mismo tengo congregados en mi estómago, nadie ha

supuesto jamás semejante revulsivo dentro de mí, y menos en tan poco tiempo, y ya no a nivel sexual, que también, sino a nivel emocional.

Esa inmensa alegría que me inundó con la sorpresa, esas oleadas de placer que me avasallan cuando me besa, cuando me toca, esas convulsiones y esa locura desenfrenada que siento cuando alcanzo el éxtasis a su lado, de su mano, esas ganas de mucho más, de todo, asustan, pero me hacen poderosa, me reconvierten en una mujer fuerte, segura, muy lejana a aquella que llegó a Montaves rota, sin vida, agazapada bajo miles de corazas y sobre todo llena de miedos, de inseguridades y de tristeza. Y, en cambio, en este mismo instante pienso cómo ha cambiado el guion y, aunque sea de locos, me siento plena y creo que ni aun queriendo podría experimentar una felicidad mayor.

Y es que no hay nada como ilusionarse con algo para volver a tener ganas plenas de vivir. Y ahora mismo mi ilusión tiene nombre propio: Carlos. Y si me lo llegan a decir, con lo gordo que me cayó de primeras, no lo hubiera creído nunca. Pero a veces la vida nos sorprende y ¡de qué manera!

Está siendo todo tan bonito que da vértigo. Disfrutar de un encuentro salvaje en la oscuridad, iluminados en mil colores por las guirnaldas navideñas que crean un ambiente demasiado propicio y especial; o de un baño caliente lleno de espuma, juntos, mientras fuera no para de nevar; o de un masaje con crema de chocolate blanco y almendras con sus grandes manos recorriéndome de cabeza a los pies; o el simple hecho de ver una película en su ordenador, tirados en el sofá, abrazados, mientras me acaricia o me hace cosquillas. No hay nada mejor en el mundo.

No quiero salir de esta burbuja navideña, de nuestra burbuja. Porque aquí siento calor y fuera hará frío. Porque aquí lo tengo todo y cuando se vaya, y salga de esta ensoñación, lo necesitaré a él porque ya no tendré nada. Porque ahora no puedo estar sintiendo más cosas, pero después puede que no sea capaz de sentir ninguna. Porque tras estos días maravillosos, Nochebuena y Navidad, tengo la absoluta certeza de que me he enamorado del Gominas. De que los flechazos existen, de que un buen día te das cuenta de que has olvidado las penas, de que ya no sientes dolor porque el tiempo todo lo cura y de que estás preparada para sentir. Y conoces a alguien, por casualidad —o por cosas del destino—, y te atrapa, dando vida a tu existencia, para bien o para mal, como en nuestro caso, que todo ha sido un torrente de emociones, una intensidad desmedida desde que mis ojos se posaron sobre él aquel mediodía en la cooperativa.

Y sé que se irá, volverá a Madrid y se marchará de aquí, mientras yo me quedaré devastada, pero satisfecha por haberme dejado llevar y sobre todo por haber logrado superar todo y confiar en él. Porque es un juego peligroso este, con una fecha de caducidad corta como cualquier marisco, pescado o carne envasada, pero tenía que probarlo, disfrutarlo y saborearlo. Porque si no lo hubiera hecho, siempre me habría quedado con las ganas. Y eso hubiera sido peor. Mucho peor, sin duda, porque gracias a esto he redescubierto lo que es la pasión, el apetito sexual, el gozar de verdad, la intensidad de sentir, la fogosidad y el amor.

Aunque sea duro reconocerlo, he vuelto a saber lo que es querer a alguien. Y aquí no hay trampa ni cartón, no he necesitado meses de cortejo ni años de amistad ni nada para fiarme y dejarme ir. Aquí ha sido como ir al casino y lanzarse a jugar a la ruleta. Apostar al todo o nada. Y por ahora no he perdido. Porque lo tengo a él, a mi lado y me da paz. Tanta que cierro los ojos y lo huelo. Inspiro y me lleno de él. De su aroma. Y es lo que necesito. Ese todo que en unos días será nada. Pero me lo guardo para mí. No lo exteriorizo. No sé qué está sintiendo él y quizá sea mejor no hacer preguntas, no complicarnos más.

—Te brillan los ojos —me dijo anoche en el sofá mientras entrelazaba sus dedos a los míos y acercaba el dorso de mi mano para regalarme uno más de los miles de besos que ya me había dejado por todas partes desde que nos instalamos en el paraíso invernal que es ahora nuestra casa.

—Lo raro sería que no lo hicieran. Si estoy tan contenta que no quepo en mí... Además ¿de qué te extrañas? A ti también te brillan y no poco... —contesté, llevándome un trozo de turrón de almendras a la boca.

—La culpable eres tú.

—¿Y si esto es un sueño?

—Pues, por favor, que no nos despierten nunca... —suplicó, cerrando los ojos y yo le pellizqué en el brazo para hacer la gracia ante la magnitud e infinitud de sensaciones que se estaban agolpando en mi pecho.

Los dos nos miramos y rompimos a reír...

—Pero ¡qué bruta eres!

—Ea, había que comprobar si esto es real o si de verdad solo estábamos soñando.

—¿Y bien?

—¿Tú qué crees?

—Que estamos soñando, claro que estamos haciéndolo, pero despiertos. Y ¿sabes? Eso es lo mejor de todo.

—¿El qué es lo mejor?

—Tú. —Y me callé, me quedé con su palabra resonando en mi interior, feliz, sintiendo el momento mientras escuchábamos la nieve golpeando en los cristales y la chimenea chisporroteando frente a nosotros. Después hicimos el amor con toda la dulzura del mundo y nos quedamos dormidos abrazados, con los cuerpos enredados bajo las sábanas.

Es 26 de diciembre, el tiempo ha volado y hemos decidido abandonar por un ratito la burbuja para ir a la casona y pasar la tarde con nuestros amigos haciendo bombas de chocolate. A Alejandra le encantan y como está triste, porque no ha conseguido contactar aún con Martín tras la tragedia del accidente, mi amiga quiere animarla.



SORIANOS Y ADOPTADOS

Carlota:

¿Quién se apunta a una tarde de bombas de chocolate?

Laura:

Contad conmigo.

Natalia:

Conmigo también.

Fran:

Chavales, venid... será divertido.

Rubén:

Isa y yo no podemos, tenemos cosas que hacer

Carlota:

Sí sí, ya me imagino yo lo mucho que tenéis que hacer. ¡Que ya no estáis en Maldivas de luna de miel 😊!

Isa:

Las mejores vacaciones de mi vida. Para nuestra luna de miel de verdad repetiremos.

Mara:

Nunca he hecho bombas de esas, Carlos y yo iremos.

Fran:

¿Os quedan energías?

Mara:

Qué gracioso, Francisco. Recuérdame que me venga de ti cuando pueda.

Fran:

No te enfades, anda, si estás disfrutando como una enana.

Carlota:

¡Los romances navideños son la pera!

Mara:

¡Viva, viva!

Isa:

Mara, disfruta mucho... te lo mereces. ¡Y menudo sorpresón!

Rubén:

Marita, mira que ir a fijarte en el *engominao*! ¿No había más tíos en la comarca?

Mara:

Calla, rubiales, no vengas a joder la marrana.

Rubén:

Tú sí que estás jodiendo...

Mara:

Anda que vosotros...

Laura:

Aquí folla todo el mundo, menos yo...

Natalia:

Yo tampoco :-(

Laura:

¿Dónde hay que mandar las cartas para pedir un romance así?

Natalia:

O poned el texto íntegro de lo que pedís en los deseos navideños, para que lo copiemos y nos pase a nosotras dos.

Félix:

Igual no os pasa porque no miráis bien a vuestro alrededor...

Fran:

UUUHHH, toma dardazo, querida Natalia.

Carlota:

Salió el gordo a las 14:31

Félix:

Shhh

Laura:

Bueno, que luego nos vemos en la casona. ¿Llevamos algo?

Carlota:

Con vuestros cuerpos serranos es más que suficiente. Y ya sabéis...

Mara:

Sí, Carlota, lo sabemos: si llevamos *outfit* navideño nos comes los morros a todos, jaja

Carlota:

Me alegro de que lo tengáis tan claro.

Y así cerramos el plan y me quedo pensativa porque tal vez aprovechando el WhatsApp de Isa debía haberle preguntado si le molestaba que me hubiese enredado con su ex, pero, estando delante todo el mundo —su novio incluido—, no me ha parecido correcto ni el lugar más adecuado. «Cuando la vea lo hablaremos, pese a que no tiene por qué molestarle nada, ya que para ella Carlos no llegó a ser importante, no se enganchó a él, no así al contrario, ella sí que significó algo para mi *crush* navideño».

CAPÍTULO 40



CARLOS

Jamás de los jamases he disfrutado tantísimo de unas navidades. En familia, porque es en lo que se ha convertido toda esta gente para mí. Y luego está Mara. «La vida nunca dejará de sorprenderme». Y al final estas fechas son para vivirlas rodeado de seres queridos, ya sean amigos o familiares o un *mix* de ellos.

Llevamos cinco días en la cabaña, hoy es el sexto, y guau, está siendo espectacular, maravilloso, vamos, la hostia en verso, o como diría ella: MÁGICO.

Es 29 de diciembre, la semana está llegando a su fin y me pesa, no quiero pensarlo. Creo que no querré hasta que tenga que hacer de nuevo la maleta para marcharme a casa. «A casa». Es que ahora siento que mi casa está aquí, en esta cabaña de madera y piedra, al lado de ese huracán llamado Mara, por raro que parezca. Y digo huracán cuando podía decir ciclón, tifón o cualquier sinónimo que significase lo que ella ha supuesto para mí, para mi vida. El cómo le ha dado color, sentido y alegría es algo inusitado, algo tan increíble que hasta a mí me cuesta creerlo, que no sentirlo.

Llevamos cinco días haciendo el amor a todas horas, sintiéndonos en todos los aspectos, rebozándonos en chocolate para después lamernos, viendo pelis mientras nos metemos mano como jovencitos, embobándonos en todos los rincones de nuestras pieles y descubriéndonos a fondo, sin límites.

120 horas de juegos y placer, pero también de conocernos y profundizar en esto que estamos viviendo, aunque ninguno le haya puesto nombre ni haya verbalizado nada al respecto. 7200 minutos sin separarnos, sin cansarnos el uno del otro, sino al contrario, deseando más. Queriendo más. Jornadas llenas de preguntas y respuestas, de confianzas, de contarnos nuestras vidas, nuestras mayores alegrías y nuestros peores temores. Vida y vivencias. 432 000 segundos ¿enamóranos? «¿Más aún?».

—Tu color es el rojo, ¿verdad? —le pregunté la otra noche cuando volvimos rebozados de chocolate de la casona, de jugar con bombas llenas de cacao y nubes junto al resto de la familia.

—¿Lo dices porque he teñido de rojo mi chocolate?

—No, lo digo por tu esmalte de uñas, tus labios... siempre tan rojitos y apetecibles.

—Me gusta como quedan, alegres, intensos...

—Como tú.

—Y tu bomba, ¿por qué azul?

—¿Y por qué no? Creo que es un color que me da paz, que aporta serenidad... ¿No te pasa que miras el agua de la piscina en verano y te calma, te relaja?

—Me encanta sentarme en el borde a contemplarla, meter las piernas hasta las rodillas y chapotear.

—Ja, ja, ja, te pega. Sí, Lunática..., en el fondo vas de tía dura, pero eres como una niña.

—Y eso ¿es bueno o malo?

—Es perfecto, como toda tú, ya sea en rojo, en azul o multicolor.

—Para ti, mejor azul, que te queda de muerte con los ojazos que tienes. Con la camisa del otro día tenías un morbo que no veas...

—¿La azul de puños oscuros?

—Esa, la de ejecutivo... agresivo... rollo pijo empotrador.

—Vaya, si te da tanto morbo, habrá que ponérsela más a menudo en lugar de tanto jerseicito y gorrito rojo de Navidad.

—Así también me gustas, me pareces entrañable.

—¿Qué quieres que te diga? Prefiero darte morbo que parecerte entrañable...

—Oye, va, en serio, que con el gorro de Papá Noel también tienes tu puntito...

—Qué pasa, que te veo con hambre y apetencias. ¿No te tengo satisfecha?

—Lo que me tienes es siempre con ganas de más... —bromeó, para después tirarse encima de mí y jugar con mi boca, empleándose a fondo en mis orejas, que es algo que a mí me chifla, pero a ella más todavía.

—¿Cuál es tu comida favorita? —quise saber yo un rato después, porque sin duda nos quedaba mucho camino por recorrer y también conocer esas pequeñas cosas era importante.

—El *pescaíto* frito.

—Eso es un topicazo andaluz, demasiado predecible, preciosa.

—¿Y qué quieres que haga? Me gusta... como el salmorejo, las tortillitas de camarones o el ajoblanco. Es como si tú me dices que tu comida favorita son los churros madrileños.

—Te llevaré a tomarlos, si vienes a verme, a una pequeña chocolatería que es muy famosa en Madrid, llevan desde 1902...

—¿San Ginés?

—No no, esos tienen la fama, pero mis preferidos son otros... ya lo descubrirás —le dije convencido.

—Y me llevarás al parque del Retiro, a pasear espero, y a ver los pavos reales, la rosaleda tan llena de color y alegría.

—Color y alegría los que tu desprendes, pero sí, por supuesto, cuenta con ello, y también visitaremos a los pavos reales si quieres; e iremos a la plaza Mayor a tomar un bocata de calamares, como a ti te gusta tanto lo típico, que no se diga. Y si quieres una foto en el Oso y el Madroño, te la haré encantado... —prometí, vacilándola, entre risas mientras me daba cuenta de cómo se iluminaban sus ojos y se encendía su rostro, a la par que me mostraba su mayor sonrisa porque estábamos haciendo planes. «Pero acaso ¿iba a venir a verme? ¿Queríamos/sería buena idea alargar esto? Podríamos hacerlo...».

—¿Qué es lo que más odias en el mundo?

—La gente egoísta, que tiene cero empatía, que va a lo suyo y no se para a pensar en el resto —afirmó, con una seguridad aplastante, muy propia de ella.

—Buena respuesta. Creo que coincido contigo, pero ¿sabes? Añadiría en ese *pack* a la gente superficial. La gente que vive a través de los filtros y es dependiente del qué dirán, de quedar bien, de enseñar a través de las redes sociales una vida falsa, de mentira... cuando lo que hay que hacer es vivirla para sentir, para disfrutar y no para enseñar y presumir de algo que en realidad no se tiene. Porque quien mucho presume, de algo carece, o algo así creo que dice el dicho.

—Te lo compro, pienso igual. Hay que saber disfrutar de esas pequeñas cosas que la vida nos regala a diario, aunque no sean instagrameables o para postear con mil filtros y dejar el chafardeo... Por ejemplo, un paseo mañanero con las peores pintas del mundo o el aire soplándote en la cara y despeinándote, incluso quedarte a gusto cuando discutes con tus más cercanos y sueltas cuatro burradas de las gordas, eso sí que es sin filtro.

—Que eso a ti se te da de lujo, reina —la chinché yo.

—Y tú no lo haces tampoco muy mal que digamos, ¿no?

—Yo soy más de dejarme llevar... dos no se pelean, ya sabes...

—Tú lo que estás haciendo es un *washing hands* en toda regla porque bien que disfrutabas provocándome y vacilándome. Y anda que no discutías, majo.

—No te equivoques, sigo disfrutando al provocarte —le solté, guiñándole un ojo, a lo que recibí un manotazo como respuesta, que fue el preludio a un ardiente encuentro cargado de complicidad, de risas y de varios jueguecitos de seducción. Y es que con ella, siempre es un no parar.

—Pero yo me refería a otro tipo de provocación, y lo sabes, Gominas, no quieras quedar por encima y callarme con tus besos y toqueteos guarrillos.

—Siempre prefiero debajo, nena... Ya deberías tenerlo bien interiorizado.

—Serááásss...

—¿Irresistible?

—O insoportable, como prefieras...

—Reconócelo, te encanta que te lleve la contraria porque te pone como una moto el discutir conmigo. Eres demasiado guerrera.

—Y tú ¿qué eres? Porque vacilón un rato...

—Vacilón sí, risueño, diría que divertido, no sé...

—¿Pervertido?

—Qué tonta eres... me has oído perfectamente. No quieras negar mis virtudes.

—Cuéntame, ¿cuáles más tienes? —preguntó ella, curiosa.

—Pues me considero sincero, sencillo, un hombre normal, un tanto sensiblón y romántico, y, antes de que te burles, sí me gustan las comedias románticas; además, ya lo sabes.

—Dicen que eres don Perfecto... amable, detallista, vamos, un partidazo.

—Si ser detallista, tratar bien a la gente, hacer sentir cómoda a la otra persona es ser un partidazo... Pues sí, puede que entonces lo sea —bromeó derritiéndome.

—¿Y lo de ayudarme a poner el abrigo o retirarme la silla para que me siente? ¿Lo haces con todas o solo conmigo porque quieres quedar bien?

—Soy así, ¿te parece mal? ¿Acaso eres de esas a las que no les gusta que se preocupen por ellas?

—Siempre he pensado que eso es un pelín antiguo, ¿sabes? Rollo, ejemplo, lo de que el

hombre tenga que pagar en una primera cita, ¿por qué? Es como una norma no escrita con la que yo desde luego no comulgo.

—Yo siempre suelo hacerlo —la corté.

—¡No jodas!

—¿Algún problema?

—Como nunca hemos tenido una cita, me ha pillado de sorpresa. Pero lo cierto es que te pega. Mucho.

—Mmm, ¿quieres que tengamos una cita? ¿Ves como en el fondo eres un bollito romántico?

—Por supuesto, una dos o cien, las que quieras... Ea, ¿quién no querría una cita con su chico favorito?

—Vaya vaya, ¿soy tu chico favorito?

—Bueno...

—Ahora no quieras renegar de tus palabras, Lunática. Lo dicho, queda. Pero siento desilusionarte... Creo que no tenemos tiempo para tanto...

—Tienes razón, y además si las tuviéramos no te dejaría invitarme. Me parece un tanto de pensamiento rancio, siendo sinceros... porque yo trabajo, gano dinero, no tienes por qué invitarme por el hecho de ser hombre.

—¿Y si no lo hago por ser hombre, sino porque me apetece tener un detalle?

—¿A que si sales con un amigo a cenar no invitas?

—¿Y por qué no habría de hacerlo?

—Lo normal es pagar a pachas, ¿no?

—Bueno, también existe aquello de una vez tú, una vez yo...

—Seguro que eres el típico que deja pasar a las señoras mayores en el súper, en la cola...

—Si me sobra tiempo, sí, no tengo problema, aunque la verdad es que luego corren que se las pelan para colarse...

—¡A que sí!

—Afirmativo, pero no cuesta nada, por ejemplo, ayudar a las vecinas mayores, como cuando fui con Maritere a la cooperativa...

—No jodas, Gominas, sé que fuiste por mí. No trates de disimular ni de camuflar... Mira que valerte de la señora porque te morías de ganas de verme...

—Vale, pillado. Necesitaba disculparme, tan malo no es. Y ella enseguida se ofreció. Me sentí como un colegial, lleno de nervios e inseguridad. Pero lo otro, en general, lo hago...

—Volviendo a lo que dicen por ahí sobre ti, ¿por qué eres tan perfecto?

—No lo soy.

—Pues lo pareces.

—Eso es lo que tú opinas... veo que ves con buenos ojos a tu chico favorito.

—Mi trabajo me ha costado, no te creas que no. Pero no soy solo yo, tu fama te precede, bonito.

—Vaya, me alegro.

—Venga ya, algún defecto debes tener.

—Pues como todo el mundo, ¿acaso tú no?

—Sí, pero en ti no los veo evidentes, por eso quiero que me los cuentes...

—Ya lo descubrirás por ti misma...

—Me temo que para eso tampoco queda mucho tiempo —«Boom, dardo directo al centro de la diana»—, salvo que te ate a una silla y no te deje marchar hasta que sueltes la lengua.

—Mi lengua está a tu disposición siempre que quieras. No hace falta secuestro, me dejo encantado —provoqué, con éxito, pues en menos de lo que cantó el gallo la tenía cabalgando sobre mi cintura, con sus manos recorriendo y llenando de cosquillas mi cuerpo, mientras su lengua asaltaba mi boca, jugueteando con mis labios, succionando, con sus dientes mordisqueándome suavemente y tras coger un preservativo, terminó clavándose en mí con celeridad y en pocos movimientos, elevándose al séptimo cielo sin billete de vuelta...

Y es que Mara es así. Sencilla. Natural. Sin artificios. Loca. Divertida. Placentera. Espectacular. Un regalo del cielo. «¿Un regalo de Navidad? ¿Mi regalo de Navidad?».

Al día siguiente, nos despertamos tarde y nos quedamos en la cama remoloneando toda la mañana. Y no solo entre polvos, sino entre risas y confidencias, como siempre hacíamos para continuar descubriéndonos.

—Me encanta tu olor —le dije inhalándolo como si quisiera emborracharme de él.

—A mí me chifla la cara que pones cuando estás a punto de despertar.

—¿Me espías cuando duermo? Estás locaaa. —Me reí.

—Los monumentos hay que contemplarlos, ¿no? —vaciló, pícara.

—Confieso que yo también te he observado mientras duermes, y deja que te diga que haces cosas raras.

—¿Cosas raras?

—Sí, balbuceas y pones morritos como si hablaras, pero no se entiende ni media y pones posturas... ya sabes.

—¿Posturas?

—Sí, levantando el culete o abriendo las piernas. Digamos que sugerentes.

—A lo mejor estaba soñando contigo en ese momento... quién sabe.

—¿Tienes sueños conmigo?

—Húmedos y calientes, lo reconozco.

—Mmm, eso es demasiado interesante —le dije, llevando la mano a mi entrepierna mientras sentía como iba despertando.

—Es tu culpa... contigo siempre quiero más y más —contestó metiéndose bajo las sábanas y llegando al punto donde ya se la estaba reclamando a gritos.

—Joder, Lunática, eres la hostia —exclamé, sin contenerme, mientras me tocaba.

—Eres todo un romántico, ¿eh? —ironizó, con gracia—, pero me encanta.

—A mí me encantas tú, toda tú. Y ahora, no pares, por favor, que no creo que pueda aguantar mucho...

—Lo que yo decía..., un romántico. Te ha faltado decirme... cómemela rápido, que tengo prisa.

—Mira que eres bestia...

—Y bien que te pone...

—Loco, tú me pones loco. Como una jodida moto.

Hacía demasiado frío fuera y calor dentro. Nosotros estábamos en el paraíso. Decidimos movernos solo para ir a la casona, ya que esa tarde se celebraba el típico concurso de repostería

navideña y nos apetecía mucho participar para atiborrarnos de dulces. En mis planes entraba saborear todo lo que cocinara la señora Maritere con sus manos mágicas, pero lo cierto es que al final terminamos hinchándonos de todo lo que se preparó allí esa tarde: *pinobrownies*, bizcochos con formas de abeto y de calcetín, galletas estrelladas de mantequilla, o de jengibre con canela y naranja, tortitas de colores, turrone, semifríos, roscón de Reyes, *pudding* navideño, *cupcakes* con caritas de reno, con árboles, o brochetas de muñecos de Navidad, el famoso tronco de selva negra... Todo acompañado de unas buenas tazas de chocolate caliente repletas de *marshmallows*. Otro paraíso, otra iniciativa de Carlota que era un gran reclamo para los huéspedes y una actividad con la que los más pequeños disfrutaron una barbaridad, y que a Mara y a mí nos valió para salir de allí con más azúcar en sangre de la que ya teníamos de por sí.

Hicimos pareja para cocinar y fue tan divertido como excitante el meternos en la cocina y jugar allí, ajenos a las miradas del resto, presos del morbo, sabiendo que en cualquier momento podía entrar alguien y sorprendernos con las manos en la masa, embadurnados de grasa y harina hasta las pestañas, despeinados, con la ropa descolocada y con restos de azúcar en los labios, sin cortarnos en cada beso, derrochando caricias y toqueteos furtivos, tanto que creo que nuestros dulces fueron los peores de la tarde, cosa que por otro lado nos dio igual porque habíamos disfrutado como canijos.

Y nos habíamos encendido demasiado, pero eso lo solucionamos al llegar a la cabaña, donde al igual que la noche anterior nos quitamos el chocolate y los restos de azúcar el uno al otro en esa bañera llena de espuma, bordeada por una cadena de luces que nos dejaba una iluminación perfecta para esos ratos que alargábamos hasta que el agua se quedaba fría, creando los fotogramas, los instantes más eróticos que nunca había vivido, porque deslizar mis manos mojadas sobre su piel ardiente era algo de otro mundo, y sentir cómo se erizaba entera ante mi contacto era lo puto mejor del universo.

Esa fue la primera tarde que coincidí con Isa y todo fue un tanto extraño. Por mi parte no sentí nada, o tal vez una ligera nostalgia de otros tiempos, pero sí que me hubiera gustado que la conversación no se limitase a un «¡Cuánto tiempo!» como sucedió. Demasiado frío todo, como si no nos conociéramos de nada. Tal vez no era el momento, o no estábamos preparados, o nos cortamos... ella debía de creer que yo no querría ni verla, pero no era así. Ya no. Y no me pensaba ir del pueblo sin hacérselo saber. Ese fue el único rato del día que me dejó con mal sabor de boca, cosa que dejé pasar para no estropear mi tiempo posterior con Mara.

El día después, 28 de diciembre, nos sorprendió en un abrir y cerrar de ojos, e igual que llegó se fue porque pasamos la jornada entre besos, caricias y risas entre la cabaña y la casona, en el karaoke navideño y fue lo más divertido y loco del mundo.

Ver a Fran y Carlota ataviados de Navidad de la cabeza a los pies, como el resto de la familia, cantando a dúo *Hacia Belén va una burra rin rin*; a Mara con su salero de siempre improvisando e inventándose todo lo que quería con su arte y su gracia, espumillón al cuello y jersey navideño puesto, el cual no veía la hora de quitarle a mordiscos para disfrutar de su tez desnuda, de su tersa y firme piel, de sus pechos respingones y contentos, adaptando su villancico preferido de Siempre así, como no podía ser de otra manera; a Isa con su dulzura disfrazada de angelito, micrófono en mano; o a mí mismo, que me planté el gorro que siempre elegía y que tanto morbo le daba a ¿mi chica?, ¿mi lío navideño?, junto a un jersey rojo y me arranqué con un villancico de Luis Miguel, al cual aquí escuchaban mucho, y que lo cierto es que se había convertido en un imprescindible en las fiestas. «Siempre lo asociaría a ella».

*Frente a la chimenea, nos vamos a enamorar
Escuchando villancicos, mientras comienza a nevar...*

Y se la estaba cantando a Mara, mientras me dedicaba su mayor sonrisa y sus mejores guiños llenos de complicidad. Y qué bien me sentía, joder, pese a estar haciendo cosas que jamás hubiera hecho, como estar participando en un karaoke navideño, en concursos de cocina o pintando cuadros con acuarela, lo cual me recordaba que tenía pendiente entregarle el cuadro que hice de ella, pero no había encontrado aún el momento ideal. «Tal vez en la despedida...».

El caso es que ahí, en ese pequeño pueblo alejado de la gran ciudad, todo resultaba la bomba, divertido, especial y me daba pena que llegase la hora de partir.

Para hoy día 29, viernes, había una excursión programada para la tarde, pero si bien la mañana había amanecido gélida pero soleada (y nos ha permitido a Mara y a mí pasear por el pueblo bien abrigados, recorriendo las calles cogidos de la mano, parándonos a cada paso que dábamos o tienda en la que entrábamos, para comprar cualquier detalle —como los famosos chocorreznos de la zona a mi familia—, hacernos selfis o para tontear como dos quinceañeros, sin más, antes de ponernos las botas de carne a la piedra en un asador cercano tras un aperitivo en El refugio; luego), después de comer se ha liado el temporal y el plan se ha tenido que cancelar.

Eso sí, hemos pasado una tarde espectacular jugando a diferentes juegos de mesa —como solían hacer ellos en tardes así en el pueblo, según contaron—, tomando chocolate caliente, galletas caseras, turrón, figuritas, villancicos, echando partidas de cartas, asando brochetas de nubes...

Al anoecer, por fin, sí he podido cruzar unas palabras más con Isa cuando, de forma casual, hemos coincidido en la chimenea para asar nuestras esponjitas.

—Me alegra verte tan bien, se te ve muy contenta con él —expreso levantando la vista hacia su chico, Rubén, al que yo había saludado con normalidad cuando nos habíamos encontrado un rato antes, pese a que en el pasado hubo demasiada tirantez entre nosotros las pocas veces que coincidimos, como en la despedida de solteros de Fran y Carlota o en la boda de ellos.

—Gracias, estoy muy bien. La verdad es que nos va fenomenal.

—Te lo mereces —contesto sincero, porque ya no queda rencor y no le deseo nada malo.

—A vosotros se os ve genial, ¡menuda sorpresa! ¿Eh?

—También lo ha sido para mí... ¿Sabes? No sé qué es, pero sienta de lujo.

—Normal, venías de vacaciones..., pero es guay vivir algo así, ¿no? Lo cierto es que nunca se sabe lo que la vida nos tiene preparado. Hay veces que se escapa de nuestras manos...

—Y ya ves, increíbles vacaciones sí. Es una chica estupenda... —corto, dudando si llevar la conversación por donde intuyo que ella va, pero prefiero cerrarlo así.

—Lo es, tenlo claro —afirma ella, sincera—. Carlos, lo cierto es que yo quería...

—Yo también —la interrumpo, sabiendo a lo que se refiere, a que nos debemos una charla desde hace tiempo—. Me gustaría que pudiéramos hablar de manera tranquila algún rato que saquemos.

—Sí, y a mí... —responde ella, instante en el que me percató de que esos ojazos que me vuelven loco nos están observando desde una distancia prudencial y, por el gesto de malas pulgas, sé que no es el momento de seguir aquí de charleta con mi ex.

—Sacaremos un hueco, si te parece, antes de marcharme —le prometo, mientras me incorporo para ir hacia donde está una atenta y seria Mara.

—¿Qué?! ¿Recordando viejos tiempos? —me espeta ella, contrariada.

—Uy, uy, uy, que no sabía yo que eras celosilla, eso no me lo habías contado... —le rebato, con humor.

—Celosa ¿yo? ¿Y por ti? ¡Un huevo de pato!

—Ja, ja, ja, qué graciosa eres.

—No te confundas, chato... ¿Te hace gracia? ¡Pues vuelve con ella y sigue divirtiéndote!

—Ey, mírala como se pica. Uy, uy, qué sorpresa... no te imaginaba tan posesiva, Lunática.

—¿Picarme yo? Tú deliras...

—Pero por ti, claro que deliro... ¡Cómo no iba a hacerlo con lo preciosa que eres y con lo sexy que te pones cuando sacas el genio!

—Sí, vaya, ya lo veo...

—Anda anda, no digas tonterías, que solo tengo ojitos para una chica andaluza con unos arrebatos difíciles de predecir y una lengua sin seguro que mata moscas a cañonazos pero que me vuelve loco, aunque sea una celosa de manual.

—Que no estoy celosa, Gominas, ¡coño ya!

—Bueno bueno, no saques a la fiera... Olvídate de Isa, aquí y ahora solo estamos tú y yo.

—¿De verdad? —pregunta frágil.

—¿En serio lo dudas?

—Bueno... —titubea, sin querer mirarme a los ojos.

—¿No me crees? —le insisto, levantando su barbilla en mi dirección.

—Sí, te creo —asegura, aunque no sé hasta qué punto es cierto. A Mara la han jodido bien y eso no es algo que se olvide en dos días. Por no hablar de las inseguridades y desconfianzas que alberga gracias al cabronazo que le partió el corazón y le hizo polvo la vida.

—Eso está mucho mejor, que me creas y te fíes de mí como yo lo hago de ti —le digo, antes de darle un abrazo y un suave beso en los labios, con el que trato de disiparle cualquier duda que pueda quedarle.

—Qué fácil es decirlo.

—Y más fácil aún no complicarse e irse a lo malo por defecto. Hay que tratar de pensar bien, quedarse con lo bueno, con el ahora. Si todo lo malo llega, no hay que anticiparse... —le advierto en tono desenfadado, para destensar.

—Cómo se nota que a ti no te han dejado casi en el altar.

—Por suerte no, pero me han jodido como a todos, y al final... o lo superas y empiezas de cero o estás jodido.

—Pero es inevitable que los demonios aparezcan en según qué momentos...

—Mejor dejarlos guardados, ¿no te parece? Y más cuando no hay motivo para traerlos...

—Sí, lo sé, si tienes razón, pero yo... ¡Me pueden las inseguridades!, y bueno... ¡Jo, soy tonta! Te he visto con ella, y la verdad es que no me ha gustado.

—Claro que no eres tonta, solo un tanto celosilla, pero sin fundamento porque a mí no me gusta Isa.

—Ahora, pero antes...

—Pero el antes es eso, antes, pasado. Y que yo sepa estamos en el presente.

—Y el presente es este.

—El presente somos ahora mismo tú y yo. Nosotros.

—Nosotros... Y yo aquí estropeando el poco tiempo que nos queda...

—No has estropeado nada. Solo tienes un poquitín de miedo.

—Un poquitín bastante.

—¿Y qué puedo hacer yo para que ese miedo se vaya?

—Lo que estás haciendo, ni más ni menos, ese creo que es el camino perfecto.

—Un camino que no es recto...

—Y que es un tanto complicado.

—Muy difícil.

—Y duro.

—Eh, pero aquí estamos para divertirnos, ¿no? ¡Pues que se note! —La cojo por la barbilla y la beso de nuevo, como si con mis labios quisiera borrar de un plumazo sus temores e inseguridades. Y ella me corresponde deseosa de mí, como siempre, y temerosa como nunca.

Creo que este es el momento en el que más claro hablamos sobre nosotros, sobre lo que está pasando entre los dos y lo que ambos estamos sintiendo, más allá de una historia navideña de unos cuantos días que está llegando a su fin. Porque sin duda es mucho más que eso. «Pero ese camino que ella quiere seguir... ¿es también el que quiero yo? Demasiado difícil todo».

Y por la noche, al llegar a nuestro lugar feliz, dormimos abrazados y hacemos el amor. No es sexo. No es lo ardiente de siempre. Es dulce, tierno, tranquilo. Nos degustamos. Nos sentimos de todas las maneras. Nos cuidamos. Nos protegemos. Nos aferramos el uno al otro, sin palabras, ya que no hacen falta. Porque en el fondo ambos sabemos que esto está llegando a su fin. Que el tiempo se acaba y con ello... nosotros.

—No se me ocurre un lugar mejor que pasar la noche entre tus brazos. No me sueltes, ¿vale? —me pide, anhelante de cariño y seguridad.

—Claro que no lo haré —respondo, firme y tajante—. Tampoco hay un lugar mejor para mí que estar aquí, pegado a ti, acariciándote, besándote, cuidándote y viendo como haces ruiditos mientras sueñas conmigo.

—No flipes, Gominas. Hoy no pienso soñar contigo.

—Entonces, tendré que hacerlo yo cuando me quede dormido. Seguir soñándonos.

—Eso, sigue soñándonos, Carlos, a ver si consigues alargar esta ensoñación para que no termine.

Silencio.

—¿Por qué no puedo tener esto para siempre? ¿Por qué tienes que marcharte? No quiero —balbucea con su cabeza reposando sobre mi brazo y su espalda pegada a mi cuerpo, creyéndome dormido.

No tardo en acercar más mi nariz a ese hueco reservado para mí e inspiro, jodido, llenando mis pulmones con su aroma.

«Ojalá». Y agotado como estoy, me dejo llevar por Morfeo.

CAPÍTULO 41



MARA

Son las dos de la mañana. Ya es 30 de diciembre y mañana 31 es cuando todo saltará por los aires, cuando el hechizo se acabe. Él se irá y yo me quedaré más tirada que una alpargata vieja.

Acabamos de hacer el amor otra vez de una manera demasiado especial y yacemos en la cama en silencio, cada uno sumido en nuestros propios pensamientos. «¿Qué se le estará pasando a él por la cabeza?».

Después del momento intenso que hemos tenido en la casona, al llegar aquí ha sido como un cuento de hadas. No ha parado de llamarme celosilla, celosona... Es cierto que verlo con Isa me ha hecho sentir algo que me ha comido por dentro, pero no eran celos, sino temor. Inseguridad. Miedo a que estos días hayan sido un espejismo y que en realidad Carlos no haya olvidado la relación que tuvieron, ni a ella. ¿Que tendría que darme igual porque una vez que se marche en Nochevieja lo «nuestro» se quedará en nada? Pues sí, puede ser, pero, oye, una no es de piedra y ahora él y yo tenemos algo que es solo de los dos. Y ahí ella no tiene cabida. Y me he asustado al verlos sonreírse, me he sentido vulnerable y, por un instante, por loco que parezca, he visto que lo perdía, que se escapaba como lo hace el agua por los agujeros de un colador.

Mis malditos miedos, mis odiosos temores. Creía que estaban superados desde que fui consciente de que mi ex había salido por fin de mi vida, porque, además, estos últimos días me he sentido tan arropada, tan protegida, tan fuerte al lado del Gominas, que por un segundo he visto que ese castillo de naipes volaba por los aires porque frente a mis ojos estaban ellos, entre risas y miradas cómplices y yo... yo ahí no pintaba nada. Sobraba. Eso es lo que he sentido. Que todo esto era una fantasía sin sentido.

Es exagerado, lo sé... porque nosotros no somos nada, no tenemos nada más allá que lo que estamos viviendo de manera efímera, pero yo sí lo siento un poquito mío. Y no quiero perderlo. Quiero esto que estoy viviendo, pero en mi día a día. Y lo cierto es que sé que es imposible. Esa es la realidad.

Me he enamorado perdidamente de él y verlo con ella me ha devuelto a otros tiempos, ha sacado a pasear los viejos demonios pese a que en ningún momento ha sucedido nada, ni iba a

suceder porque Isa es feliz con Rubén, pero Carlos... él parecía tan cómodo en la chimenea, tan tranquilo a su lado, mirándola, que me he acojonado. Pese a que él no ha hecho nada para que yo me sintiese así, ni me ha demostrado nada parecido, al contrario, enseguida ha venido a mi lado y me ha envuelto entre sus brazos, dándome esa calma, esa tranquilidad y esa seguridad que tanto necesitaba. Y me he aferrado a él como lo hace cualquier estudiante al rezo antes de un examen final, con ansia, como si fueran a quitármelo, como si con mi agarre fuese a impedir que se marchara de mi lado.

Y nos hemos entendido porque he sentido demasiadas cosas desde que hemos puesto un pie aquí, en nuestra guarida, en nuestro submundo, en esta burbuja que nos acoge y que quedará para siempre en mi memoria. Porque aquí han pasado muchas cosas entre nosotros. Aquí nos hemos acercado aún más y, en mi caso, aquí he terminado de enamorarme de él. Pero ¿y Carlos?

«¿Sentirá por mí lo mismo? ¿Se estará dando cuenta de que esto es mucho más allá de un sexo trepidantemente bueno y unos días llenos de juego, de lujuria y de placer?».

Justo esta noche me ha hecho el amor como nunca. Puede que muchas otras veces hayamos follado como locos, echado polvos del quince, de esos que no se olvidan, pero lo de esta noche no ha sido así.

Me ha cuidado, me ha demostrado toda su ternura, me ha tratado con toda la delicadeza del mundo, como si yo fuera de mantequilla y pudiera deshacerme.

Me ha querido y me ha hecho vibrar entre sus brazos de una manera electrizante, de la forma más dulce que pueda existir. Cubriéndome de besos sin dejar nada al azar y entre mil caricias, a cada cual más especial, me ha hecho la mujer más feliz de la tierra. Y he estado en el cielo, he subido varias veces, me he dejado llevar sintiendo cada beso en lo más profundo de mi corazón, cada caricia como si fuera la última cada vez que ha recorrido mi cuerpo, he temblado debajo de él, y con cada roce he experimentado como mi piel ardía y le reclamaba más. Sentir su boca deleitarse en mis pechos, sus dedos pellizcando mis pezones, verlo pasear su lengua por encima de mí con esa dedicación, saberlo entregado solo a satisfacerme, haciéndome disfrutar a mí, y encima notar su dureza contra mi abdomen; dejarle hacer para solo sentir una y otra vez latigazos de placer, llamaradas de fuego, me ha hecho explotar como lo hace un volcán en erupción, imparable soltando lava.

Y al terminar me ha abrazado y ha seguido cuidándome, dándome cariño, regalándome más caricias y una noche de amor preciosa, incomparable y única. Un verano en pleno invierno. Y me he sentido floreciendo, cual flor en primavera, he revivido, he vuelto a ilusionarme y a sentirme poderosa, guapa, igual de imparable que todas las sensaciones y sentimientos que me ha provocado. En resumen... he flotado. Me ha hecho soñar despierta y ahora tengo miedo de dormirme porque cuando despierte pegada a él será un día más que poder pasar a su lado, pero también un día menos para nosotros. El último.

Hemos cerrado los ojos y solo podía oírse el fuerte latido de nuestros corazones, alterados, acelerados, desenfrenados, al unísono, mientras se calmaban nuestras respiraciones entrecortadas.

—¿Por qué no puedo tener esto para siempre? ¿Por qué tienes que marcharte? No quiero —le susurro cuando creo que ya no puede oírme, limpiando de mi mejilla una intrépida lágrima que se ha escapado y ya corría en dirección a su brazo, sobre el que descansa mi cabeza, ya que estoy tumbada con mi espalda reposando en su pecho, escuchando su latir y sintiéndolo tan mío que me asusta.

Cierro los ojos tratando de no pensar, para solo dedicarme de nuevo a sentirlo. A recordar

cada segundo de esta mágica madrugada. Cada palabra, cada gesto, cada todo. Y sonrío porque recordar es revivir. Y vuelvo a ser feliz. Vuelvo a soñar despierta. Percibo su respiración fuerte, intensa, en mi cuello. Me giro. Inspiro su olor como si quisiera embriagarme de él, como si quisiera grabarlo a fuego en mi sentido y, con cuidado de no despertarlo, dibujo con las yemas de mis dedos un «Te quiero» sobre su corazón, mientras lo acaricio una y otra vez con mi mano, esa que descansa sobre su cuerpo, y que no quiero dejar quieta, porque necesito sentir su piel bajo la mía siempre. A mi cabeza viene el momento de cine en el que Julia Roberts le confiesa a Richard Gere que lo quiere, a escondidas, cuando creía que él estaba dormido a su lado. Solo que esto no es *Pretty Woman*... él ya está frito como un tronco, se va a ir y no va a volver a por mí como pasa en las novelas románticas.

Caigo rendida y cuando despierto, bien entrada la mañana, él no está en la cama. Su lado está vacío y el nórdico revuelto. Tampoco está en el baño, observo al abrir la puerta. Ni en la cabaña.

Vuelvo enseguida, preciosa.

Eso reza la nota que encuentro sobre la mesa, al lado de una taza de café y unas galletas dispuestas en forma de corazón dentro del plato. También me ha preparado unas tostadas y un zumo de naranja.

«Es tan mono y tan detallista».

—¿Dónde se habrá metido? Igual es momento de aprovechar, Torrija, para ir a dar un paseo.

—A ti también te llevamos, Donete —añado, dirigiéndome a la pequeña bola de pelo.

Y sin más, tras vestirme y acunar en brazos a la pequeña, salgo con los animales de la cabaña en dirección al pueblo, cogiendo el sendero.

Y cuando llego a la altura de El refugio, creo estar viendo visiones. Pero no. No son visiones. Lo que veo es, literal, lo que tengo frente a mí. Y me parto en dos. Siento como el suelo de adoquines tiembla bajo mis pies, como si se resquebrajara por culpa de un terremoto. Y me aferro fuerte a Donete, necesitando ese consuelo como el beber agua estando a cincuenta grados en medio del desierto del Sahara. Solo que estoy en Montaves, en plena calle, el 30 de diciembre, y no habrá ni un grado de temperatura.

CAPÍTULO 42



CARLOS

He querido levantarme temprano y aprovechar para dejarla dormir tranquila. Anoche nos quedamos fritos tardísimo y la he sentido inquieta, dando vueltas en muchos momentos de la noche, como si algo no la dejara descansar.

Sentí entre sueños como me acariciaba, como sus dedos dibujaban un te quiero en mi piel, pero me faltó valor para darme por enterado y hacerle saber que me había enterado. Porque tampoco hubiera sabido qué contestar en esos instantes. Y aunque me desvelé, continué haciéndome el dormido... medité gran parte de la noche y cuando empezaba a hacerse de día, he saltado de la cama como alma que lleva el diablo.

Está claro que nos hemos enganchado como dos locos, sin remedio, pero también es obvio que cada uno tenemos nuestro trabajo en un punto de la geografía española y nuestras vidas equidistan mucho. Quizá por ello tal vez lo mejor fuese dejarlo estar. Dejarlo en lo vivido, lo disfrutado y no complicarnos la existencia, pero lo cierto es que no es tan sencillo porque el vínculo que hemos creado en apenas unos días es sin duda mucho más fuerte, intenso y verdadero que el que he podido tener antes, por ejemplo, con la propia Isabel.

La pena es que no se puede tener todo en esta vida, las circunstancias son las que son... aunque tras darle bastantes vueltas creo que no sería ninguna tontería dada nuestra conexión, nuestro gran *feeling*, nuestra compenetración, ver qué sucedería si siguiésemos conociéndonos aun en la distancia, creando momentos juntos, disfrutando vivencias, organizándonos para vernos, viajar juntos... Por eso, tras prepararle el desayuno y dejarle una nota, he salido de la cabaña en dirección al pueblo.

He escrito unas líneas para ella, unas líneas que quiero hacerle llegar acompañadas de algún obsequio que pueda recordarle a mí, a nosotros, a estos días...

Adoro estas noches que estamos pasando juntos al calor de la chimenea, adoro cuando mordisqueas bombones rojos con forma de corazón mientras vemos películas de amor para pasármelos después a mí, adoro cuando te inflas de dulces navideños y de chocolate con

nubecitas a mi lado, adoro ver nevar fuera, envueltos en mantas mientras nos manoseamos sin parar; adoro ver tus ojos iluminados, resplandecientes, por la tenue luz que proyectan las guirnaldas; adoro saber cosas sobre ti, adoro tus ocurrencias, adoro verte con esos jerséis navideños y esas diademas saltarinas; adoro tu sonrisa que me vuelve loco, adoro escucharte tarareando villancicos en la ducha, pero sobre todo adoro que nos hayamos atrevido a vivir esto a lo que ni siquiera nos hemos preocupado de poner nombre, porque es mucho más que cualquier denominación que queramos darle. Eso seguro.

Por eso he venido al pueblo, para encontrar ese algo que quiero para ella. Y tengo suerte, porque saliendo del supermercado me choco con Isa.

—Pero bueno, ¡vaya sorpresa! —exclama ella.

—Y que lo digas.

—¿Qué haces por aquí a estas horas en vez de estar invernando con Mara?

—Pues igual es raro que te comente esto, pero ya que nos hemos encontrado... estaba buscando un detalle para ella y lo cierto es que no sé a dónde dirigirme.

—Puedo acompañarte y echarte una mano. Esta mañana no tengo demasiado que hacer y, si te parece, después podríamos tomar ese café que tenemos pendiente.

—Hecho, te lo agradezco porque aunque estas cosas no se me dan mal...

—Carlos, lo sé...

—Tienes razón, perdona.

—No pasa nada, hombre. Al revés, me parece precioso que quieras hacerle un regalo a Mara. ¿Te vas mañana entonces?

—Sí, me marcho.

—Pensé que igual... lo retrasabas.

—No puedo retrasarlo más. Llevo aquí varias semanas, ya sabes, el trabajo...

—Nada, claro... Solo que se os veía tan bien el otro día, que bueno, ya sabes que yo soy un pastelito andante y ya os imaginaba juntos, felices y derrochando corazones y purpurina por todas las calles de Montaves.

—Acabamos de conocernos...

—Eso no tiene nada que ver, los flechazos existen.

—Qué me vas a contar a mí... la idea que quiero proponerle es que sigamos conociéndonos, pese a la distancia... Es complicado, pero tal vez pueda salir bien.

—La distancia es un fastidio, no sé...

—Yo tampoco lo sé, pero he llegado hasta aquí y solo me queda jugármela, por mucha locura que sea todo esto que nos ha sucedido.

—Dicen que todo pasa por algo...

—Empiezo a creerlo...

—Y más en Navidad.

—No empieces tú también con eso.

—Pero es verdad... piénsalo.

—Lo que vamos a pensar es qué comprar y dónde, y luego ya nos sentamos a tomar ese café porque aquí parados nos vamos a congelar, este pueblo es maravilloso y precioso, pero ¡la leche! hace un frío que pela.

—Tienes razón, vamos.

Y la suerte es haberla encontrado de casualidad y haber contado con su ayuda, porque

enseguida tenemos entre manos un juego de bolas de Navidad transparentes con motivos navideños. Una de ellas lleva dentro un abeto, otra un Papá Noel, otra está llena de nieve y la cuarta tiene dentro una cabaña de madera que simula una escena navideña. «Es nuestra burbuja y me ha parecido un regalo perfecto, que sé que le encantará como recuerdo de estos días». Y yo estoy como un niño pequeño frente a una *pizza* o frente a un Happy meal, deseando dárselo y ver la carita que pone. Pero también me apetece sentarme a charlar con Isa. Y lo hacemos. No tardamos en llegar a El refugio donde nos pedimos unos *capuccinos* para entrar en calor.

—Tal vez no sea necesario que hablemos de nada en concreto, total llevamos toda la mañana...

—Yo sí creo que lo es —confirmo, muy seguro—, porque necesito que sepas que no te guardo rencor ninguno.

—Gracias por querer decirlo. Me sentía mal, muy mal por ti, pero me pesó más el ser sincera contigo, y dejar lo que estábamos comenzando, a haber continuado sabiendo que yo no había olvidado a Rubén, sobre todo cuando fui consciente de que nunca podría hacerlo.

—Siempre agradeceré esa sinceridad, aunque no te voy a negar que entonces me dolió. Y mucho. Porque yo estaba ilusionado, te veía tan yo, tan para mí... que quise creer que acabarías olvidándote de él por encima de todos.

—En el corazón no se puede mandar. Era lo que más hubiera querido en aquel momento, poder pasar página, pero me habría engañado porque siempre supe que Rubén era mi destino.

—Está claro que no te equivocabas, hoy sois muy felices.

—Lo somos, y me sabe mal decírtelo tan claro, pero es así.

—Que no te sepa mal, yo me alegro de que estés así de pletórica, de contenta... se te nota.

—Muchas gracias por perdonarme.

—No había mucho que perdonar. Uno tiene que guiarse por lo que siente.

—Ya, pero tal vez yo no debí aceptar iniciar nada hasta no...

—A mí me hiciste muy feliz tratando de intentarlo, pese a que saliese mal. Quizá en su momento no lo entendí y por eso te lo reocriminé y lo pasé mal después, pero ahora lo comprendo y, créeme, todo está olvidado.

—Nunca quise engañarte. Pero entre Rubén y yo siempre ha habido una fuerza sobrenatural y aquella noche, no pude resistirme a que pasara algo. Tampoco quería, pese a que sabía que no era lo correcto, por ti.

—Nosotros no habíamos tenido nada aún... no te sientas mal. Al final todo pasa.

—Eso dicen.

—Míranos, aquí estamos, charlando tan amigos.

—Es lo que espero que podamos ser a partir de ahora.

—Pues claro, así será. Borrón y cuenta nueva.

—Es la mejor época para perdonarse y seguir adelante.

—Y dejar cualquier mal rollo atrás. Olvidar el pasado, los daños y avanzar.

—Exacto. ¿Amigos entonces?

—Por supuesto que sí. Amigos.

—Y ahora corre y llévale ese regalo a mi amiga... Mataría por ver su reacción. Seguro que le encanta.

—Ya te la contaré, pensaba despedirme de todos mañana en la casona antes de marcharme.

—Genial, allí estaremos.

—Muchas gracias por todo, Isa. Con tu ayuda ha sido más fácil.

—Gracias a ti por entenderme. Siento un alivio, es como si me hubiera quitado un peso de encima.

—Vaya, ni que fuera una losa...

—No, hombre, pero ya me entiendes.

—Lo sé, lo sé... era broma. ¡Hasta luego! —me despido, porque quiero llegar a la cabaña cuanto antes y pasar el resto del día sin salir de ella, con Mara y solo con ella.

Llevo la nota en el bolsillo, a resguardo de la nieve, para antes de entrar pegarla sobre la caja que me han preparado y que llevo oculta en la mochila. El paquete ha quedado precioso. He pedido que el lazo fuera rojo, para ella, y solo espero que le encante.

Y me lanzo a caminar mientras empieza a nevar fuerte porque al final he pasado fuera bastante más tiempo del que tenía previsto, pero regreso satisfecho por haber aclarado las cosas con Isa. He entendido lo que decía de la losa, porque en el fondo yo también me sentía mal con ella. El frío me da en la cara y el airazo que hace remueve mi pelo. Me siento demasiado bien. Sé que cuando regrese a Madrid echaré mucho de menos todo esto.

«Ya podía haber cogido el coche, porque llevo los pies que no los siento...», pienso por el camino, mientras cojo el sendero en dirección a la casona.

CAPÍTULO 43



MARA

Siento como el mundo se para a mi alrededor y la tierra empieza a girar bajo mis pies. Por un momento todo se detiene, no oigo nada, no siento nada, solo puedo contemplar con tristeza y contrariedad lo que tengo frente a mis ojos mientras estos se llenan de lágrimas: ahí está Carlos abrazando a mi amiga Isa, a su exnovia, en la puerta de El refugio. De primeras no doy crédito, no tiene sentido, pero una sensación de frío me invade de golpe, dejándome petrificada en el sitio. Es como si se hubiese metido dentro de mi cuerpo. Me tiemblan las piernas. Mucho.

—¿Qué hacen juntos? ¿Habían quedado en verse? ¿Por qué no me lo dijo? Lo hubiera podido incluso acompañar..., pero ¿¡qué pollas estoy diciendo!? ¿Qué pinto yo ahí? NADA. Está claro como el agua. —La rabia me come por dentro. Y no debería, pero es algo que no puedo evitar.

No me gusta en absoluto lo que veo, pero nada de nada, de hecho, odio cómo me estoy sintiendo al verlos ahí, juntos, tan alegres y sonrientes, entre abrazos y parloteo mientras yo me quedo chafada no, lo siguiente. Solo tengo ganas de llorar y salir corriendo, además de abrazar con todas mis ganas a Donete, buscando consuelo en el pequeño animal que llevo acurrucado entre mis brazos, y es lo que hago a la par que aferro con fuerza la correa de Torrija. Sin que lleguen a verme, doy media vuelta y regreso por donde he venido con los dos y la cabeza echando humo como una olla *express*.

Mis ojos parecen mares, el llanto no cesa, me castañetea los dientes y la tristeza ha llegado para quedarse, se ha instalado en mi interior y dudo que me abandone. En la garganta se me ha hecho un nudo difícil de deshacer, parece como si llevara ahí dentro una pelota de pimpón incrustada. Y camino rápido, lo más deprisa que puedo mientras la maldita instantánea no deja de venir una y otra vez a mi cabeza. Ellos. Ellos abrazados. Ellos sonriendo. Y yo contemplando la escena masoca perdida y agazapada en la distancia como una fugitiva, como si estuviera haciendo algo malo. ¡Tócate las narices!

—¿Por qué he tenido que verlos? ¿Por qué he tenido que presenciar eso? ¿Para eso ha salido temprano de la cabaña? Para verla a ella... Isa le importa... y yo, pues eso, lo de siempre. No pinto nada.

Otra vez esa sensación apoderándose de mí. Esa maldita sensación tomando el control de mi persona. Y duele. Demasiado.

—Que esto sean celos, que sean celos... —pido, deseándolo, entre sollozos, a sabiendas de que no es así, porque Isa nunca haría nada con Carlos. Esto es lo de siempre...

Y lo jodido es que no, no estoy celosa. No son celos lo que estoy sintiendo; bueno, igual en el fondo un ligero puntito de decir es su ex..., pero es la inseguridad la que me ha asaltado de golpe al presenciar ese abrazo, esas risas, toda la escena en conjunto. Y no por ella, porque efectivamente, mi amiga es su ex, sino por el acto en sí. Porque podría hacerlo con cualquiera en cualquier momento e irse, dejarme, apartarse de mí, de la misma manera con Isa o con fulanita o menganita. Porque nadie es de nadie e igual que vienen las personas van. El problema es el de siempre. El cómo he sentido que ya no era mío. Que yo no significaba nada. El pensamiento de que podían volver, cuando yo misma sé que Isa jamás dejaría lo suyo con Rubén porque están profundamente enamorados. La creencia de que sí. El autoconvencimiento. Los pensamientos jodidos apoderándose de mí de nuevo.

El miedo ha vuelto a hacer acto de presencia y me está partiendo en dos. Miedo a que descubra que no siente nada por mí, que todo ha sido un espejismo, un lío en navidades y nada más. Que no la ha olvidado. Que ella le importa más. Miedo a desconfiar de él —o de cualquiera— a cada paso. Miedo a sentir esa sensación de pánico a cada rato. Miedo a no poder confiar nunca en nadie de verdad, sin sustos ni sobresaltos. Miedo a no poder avanzar. Y no puedo evitarlo, pero la cruda realidad es que es así.

—¿Nunca voy a conseguir superar esas mierdas en mi puta vida o qué? ¿Siempre el miedo va a poder conmigo? ¿Me va a seguir fastidiando la existencia? ¿Nunca voy a tener seguridad, a darme a valer y dejar los temores atrás para lograr vivir?

La pena me inunda, me siento con una mezcla de decepción y enfado difícil de delimitar. Me da rabia lo que he sentido al observarlos. Pero no es con él. Es conmigo misma por dejar que algo así me afecte, porque no debería. Hasta mañana Carlos está conmigo, debería darme igual el resto. Pero tristemente no es así. No solo me afecta verlo con ella, con cualquiera, sino que me duele. Todo está en mi cabeza. Ese es el tema. «Parece que nunca podré pasar página y rehacer mi vida. No voy a ser capaz de tener una vida normal con ningún hombre», me lamento en mis pensamientos.

Por más que diga que todo es pasado, que lo que me pasó está más que enterrado, no es cierto, joder, no es cierto, porque la maldita inseguridad siempre acaba saliendo a flote. Es como cuando lanzas algo al mar, que siempre regresa a la orilla. Vuelve el temor y se atrinchera dentro de mi cuerpo. Y los miedos que se hacen fuertes en mi mente. Y en apenas unos segundos, dejo de ver la vida con alegría, en colores, para pasar a ver cómo se apaga, como vuelvo a estar dentro del agujero oscuro y profundo en el que me quedé cuando me sentí traicionada, engañada, vapuleada por mi ex y mi mejor amiga. Ahora lo veo todo negro porque, ante todo, soy realista y consciente de que así no puedo avanzar ni continuar nada con Carlos.

Por eso nada más cruzar la puerta de la cabaña, de nuestra burbuja, preparo mi pequeña maleta con las cuatro cosas que traje, mientras las lágrimas no dejan de brotar y descender, imparables, por mis mejillas.

En un *trolley* más pequeño que los de cabina caben todas las ilusiones y todo lo vivido estos días, que me lo llevo de recuerdo para siempre, grabado a fuego en la memoria y por supuesto en el corazón, donde él, pese al poco tiempo que hemos pasado juntos, sé que siempre tendrá un lugar importante.

Lo espero para marcharme, jamás me iría a la francesa, al revés, necesito verlo por última vez. Cuando llega, tan guapo como es él, tan arrebatador, tan sexy, tan repeinado, con esa mirada que embruja y esa sonrisa bajabragas que tiene. En cuanto abre la puerta me busca con la mirada y me dedica su sonrisa, amplia y reluciente, lo que me parte aún más el alma. Viene tan contento... y en cambio yo no puedo estar más triste y desolada. No se la devuelvo porque no tengo ganas de sonreír y aunque quisiera tampoco me saldría de dentro. Pero tengo que ser fuerte y continuar con lo que he decidido. «No puedo ser débil, no vale aflojar».

Se acerca hacia mí con los ojos puestos en la maleta. Su rostro se torna a serio, a contrariado. Parece no entender qué ocurre y yo estoy a un tris de largarme, salir corriendo sin explicar nada, porque no quiero romperme. No puedo, sería demasiado contradictorio. No es el mensaje que quiero transmitirle.

—¿Qué pasa? ¿A dónde vas con esa maleta? Aún es pronto para recoger... nos queda tiempo... —pregunta, tomándome entre sus brazos.

—No, Carlos, no nos queda tiempo —respondo soltándome, evitando el contacto porque si empieza a besarme, a abrazarme, no sería capaz de salir de aquí.

—¿Cómo que no? ¿Qué dices? No entiendo nada.

—Pues lo que has oído. Lo he estado pensando y, bueno, creo que es mejor dejarlo todo aquí. Ha estado genial, han sido unos días de lujo y diversión, pero hasta ahí. Es mejor que nuestros caminos se separen ya —le atizo, viendo como su rostro se ensombrece.

—¿Unos días de lujo y diversión? —replica contrariado—. Ambos sabemos que no solo ha sido eso. ¿Qué te pasa? Explícamelo, porque no te entiendo.

—No hay mucho que explicar, es solo que creo que lo vivido, vivido está, y ya no da más de sí.

—Ayer no pensabas así. Y por supuesto que da más de sí. Todo lo que queramos. Mira, yo quería..., bueno, lo he estado pensando y creo que podría funcionar...

—Pero ahora sí pienso así —le corto, evitando que siga con lo que presumo que iba a decir y me lo ponga aún más difícil.

—Eras tú la que hablaba del camino que querías recorrer conmigo...

—Y tú el que no respondió a aquello. Y ahora, simplemente, lo he pensado bien y he cambiado de opinión.

—¿Y a qué se debe el cambio? Estos días estabas feliz, lo estábamos los dos.

—Venga ya, date cuenta de que todo esto no era real —digo, restando importancia—. Nos estábamos engañando, y nos hemos creído esta fantasía, este mundo irreal. Asúmelo.

—¿Cómo que no era real? Por supuesto que sí lo es, por lo menos para mí.

—En cambio, yo creo que simplemente nos hemos dejado llevar por todo: el ambiente, esta atmósfera que nos ha envuelto, la atracción que hemos tenido desde el principio, las ganas, pero ya está. Ha estado bien, sí, pero ya.

—No, perdona, lo hemos pasado bien y ya no. ¿Dónde queda el resto?

—No hay resto que valga.

—No te lo crees ni tú. ¿Por qué me estás diciendo estas cosas? ¿Qué pasa?

—Repito, no pasa nada. Es solo que creo que se nos ha ido de las manos el rollito, nos hemos venido arriba y nos hemos equivocado.

—¿Rollito? ¿Perdona? Hablas como si te importase todo una mierda... esa frialdad no es propia de ti.

—Tú no sabes lo que es propio de mí, no me conoces.

—Claro que te conozco, más de lo que crees.

—No, solo conoces lo que has visto estos días en mitad de los mundos de Yupi. Pero despierta, chato, la vida real es otra cosa. No son días de polvos, navidades, champán y chocolate caliente.

—La vida real es lo que me gustaría seguir descubriendo a tu lado, conociendo lo que no conozco..., pero no comprendo qué te está pasando, por qué de la noche a la mañana estás así, como un bloque de hielo, diciendo tantas sandeces que ni tú misma te entiendes.

—Si no quieres creerme es tu problema —me reafirmo, tajante, deseando terminar la conversación.

—Es que es imposible creerte, joder. Tus besos, tus caricias, tu forma de mirar... hasta hace apenas unas horas decían lo contrario —contesta, paseando por la estancia cual león enjaulado, nervioso.

—Eso son sensaciones que cada uno interpreta como quiere...

—No me jodas, ¿sensaciones?!

—Sí, o tal vez yo te he transmitido erróneamente cosas que no son, o tú me has entendido mal... —trato de engañarle, sintiendo que voy a desfallecer y tirar la toalla en cualquier momento.

—Sigo sin creerte. No puedes negarme que tú no has sentido lo mismo que yo aquí —dice señalando y llevando la vista hacia la cama en primer lugar, para después mirar la bañera, el sofá, la alfombra de delante de la chimenea, deshecha aún, y la miro, y por un segundo pasa una ráfaga de imágenes, como la que dicen que pasa por tu cabeza antes de morir, la vida resumida en fotogramas en pocos instantes.

—Eso es problema tuyo, no mío. Yo solo te estoy diciendo la verdad, si no quieres aceptarla poco puedo hacer yo.

—No se trata de querer aceptar o no, se trata de que no me la cuelas. Que algo pasa. Tu semblante es triste, ¿ha ocurrido algo? ¿Es eso?, ¿es tu familia?

—No, no es mi familia ni es nada. No tiene que pasar nada para que una cambie de opinión. Me gustas, sí, estás bueno y eso, pero ya está. —Trato de sonar fría y distante, como si todo me importase medio huevo—. Hemos estado estos días juntos, hemos follado, lo hemos pasado de puta madre, nos hemos reído, pero todo lo que empieza acaba y cada uno a lo suyo, ¿no? Lo teníamos claro.

—¿Por qué no me dices la verdad?

—Porque esta es la verdad.

—¿Por qué no te creo entonces?

—Porque no quieres creerme, cuando estoy siendo sincera contigo y diciéndote la verdad.

—No estás siendo sincera, puedo verlo.

—¿Y qué ves según tú?

—Pues veo como la Mara que tengo delante no es la de estos días, ni la de hace un rato, que me estaba diciendo con las yemas de los dedos que me quería, que no quería que me marchase... —suelta dejándome de una pieza en el sitio. «Agüita, estaba despierto».

—Tampoco es la que me besaba como si le faltara tiempo —continúa, atento a mi reacción— o la que se subía encima de mí, sonriente y feliz para matarme a cosquillas. No es la Mara alegre, dicharachera y bruta que conozco. No es la lengua viperina que me conquistó. No es mi Lunática.

—Por favor, no sigas —le imploro—. Parece que estés describiendo una historia de amor y no

cuatro polvos bien echados —recrimino, engañándole, rota por dentro.

—Creía que era eso lo que habíamos iniciado..., pero ya veo que para ti ha sido solo sexo.

—No es malo, somos adultos y sabíamos lo que había, lo que era esto y a dónde nos llevaba.

—No es verdad, ambos sentíamos cosas, demasiadas...

—Aparte de los orgasmos poco más sentía, por lo menos yo. Lamento decirte que esto no es ninguna de las comedias románticas navideñas que hemos visto estos días... aquí no había cabida para finales felices ni enamoramientos fugaces —afirmo con dureza, tratando de que se acabe ya esta conversación que nos está reventando por dentro, más aún.

—¡Cuánta frialdad!, ¡qué pena!

—Perdona, pero es lo que hay —me disculpo, porque sé que estoy decepcionándolo y haciéndolo polvo. Debe de estar sintiendo que una vez más lo han engañado, que han jugado con él, pero si supiera que no, que me gusta más que los cucuruchos de camarones de la feria o el rebujito, pero por desgracia no puede ser, no estoy preparada para estar con nadie porque no soy capaz de confiar y solo sé hacerme daño y torturarme. Y de paso se lo haría a él. «Es mejor así».

—Yo sí que lo siento, siento haberme acercado a ti, haberme quedado... ¿por qué me pediste entonces que pasara la Navidad contigo? Unas fechas que se supone que eran especiales...

—Porque lo estábamos pasando bien, nos estábamos acostando y era divertido —miento con descaro.

—¿Me querías aquí solo para acostarte conmigo?

—Sí. —Y si le quedaba alguna duda, con esa afirmación lo remato.

—Qué desilusión. No sabes cuánto me arrepiento de haber venido, de haber dejado que entraras en mi vida y te colaras en ella, porque claramente no lo merecías Eres igual que el resto. Si buscabas un maromo, haberte ido a cualquier club.

—Tampoco es así.

—Claro que es así, ahora no quieras arreglarlo. Más mentiras no, Mara. Ya bastantes han sido, ¿no te parece?

—Lo siento.

—¿Qué sientes? ¿Haberme engañado? ¿Eso sientes? ¿Haberme hecho creer que te gustaba? ¿Que estábamos viviendo lo mismo?

—No...

—¿Entonces?

—Siento todo esto, no quería hacerte daño...

—Pues enhorabuena, porque me lo has hecho y mucho. Me arrepiento de haberte conocido. Ojalá no volviéramos a vernos nunca. Te diría que ha sido un placer, pero, lo siento..., no puedo —lamenta mirándose fijamente, antes de coger a Donete, para salir de la cabaña sin volver a mirar atrás.

—No te vayas, quédate, abrázame, ayúdame a seguir, enséñame a confiar de nuevo —suplico solo para mis oídos, llorando como una magdalena, doblándome de rodillas en el suelo como si eso pudiera aliviar la opresión que siento en el pecho y el dolor, las punzadas en el corazón.

»Me he enamorado como una idiota y lo acabo de echar de mi vida sin contemplaciones, pero es lo mejor para él —me aseguro, autoconvenciéndome a mí misma entre gimoteos, limpiándome las lágrimas de las mejillas para salir de allí cuanto antes, puesto que no soportaría volver a verlo odiándome, como ya debe de estar haciendo.

CAPÍTULO 44



CARLOS

Apenas puedo creer lo que acaba de suceder. Es como un mal sueño, una cruel pesadilla.

—No, no, no, joder..., otra vez nooo —me lamento, mientras paso repetidamente las manos por mi pelo, perdido, desubicado, sin saber qué hacer tras salir de la cabaña que hasta hace unos minutos era nuestro refugio.

Venía tan contento, tan ilusionado, tan dispuesto a decirle que quería intentar que siguiéramos conociéndonos, pese a la distancia, pese a todo; y lo que he encontrado ha sido la peor de las sorpresas.

—Iluso de mí, me había creído que había surgido algo especial, que no era atracción sexual ni simple química. Estaba convencido de que ella sentía también más allá de todo lo físico, me lo había dibujado en la piel, me lo había dicho entre líneas... y en cambio ahora, ¿por qué todo esto? Se ha reído de mí sin escrúpulo alguno. Me ha tomado el pelo sin miramiento por tener con quien acostarse.

»Y yo tan tonto comprándole regalitos para que conservase un recuerdo de estos días tan maravillosos, un recuerdo mío, nuestro —me lamento, triste y arrepentido, contemplando el paquete que no he tenido ocasión de darle. «Como tampoco pude entregarle la pintura que le hice». Y ahora me alegro de no haberlo hecho, de no haber hecho más el ridículo ante ella.

Sin saber qué hacer observo el paisaje cubierto de nieve, mientras la ventisca estampa los copos en mi cara y comprendo que no puedo estar aquí mucho más tiempo porque cada rincón de este pueblo ya no son mis amigos, ni el encanto de sus calles, ni las actividades navideñas de la casona, ahora es ella. Todo es ella. Y me acaba de dar la patada echándome de su vida y sin siquiera haber llegado a entrar.

Otra vez lo mismo. Una más. Igual que las anteriores chicas. No, igual no, porque por lo menos las otras veces me engañaron, sí, me fallaron, pero tenía una relación, y aunque me pusieran los cuernos y hubiera infidelidad con otras personas, al cabo del tiempo, por lo menos sé que me quisieron, aunque se les acabase el amor, aunque pasaran mil cosas, me da igual. En el caso de Isa sí fue diferente, pero eso sí que está sanado. Pero es que ahora Mara... Mara me ha

hecho polvo, porque ni siquiera sentía nada por mí. Eso dice... Solo ha sido sexo, una diversión, un lío para ella mientras yo, idiota de mí, no lo he visto venir, no me he dado cuenta, cegado como estaba por ella, por su alegría, por su desparpajo, por su sonrisa... me he dejado llevar y he ido enganchándome poco a poco como un imbécil. «Joder».

Necesito marcharme de Montaves y alejarme de ella, de esta historia y echar tierra encima. Ya. «Tal vez nunca debí haber venido. Nunca tuve que hacer este jodido viaje ni hacer caso a Ricardo ni a los que me dijeron que necesitaba vacaciones. Nunca tuve que poner mis ojos en esa mujer. Unas vacaciones que iban a ser la leche y que al final me han complicado la vida sin poder remediarlo. Y ahora toca pasar página, olvidar... enterrar lo sucedido, cueste lo que cueste. Maldita sea».



—Me estás dejando loca —responde Carlota, cuando termino de narrarles lo acontecido entre nosotros—. Es que no puedo creérmelo. Te aseguro que he visto a Mara ilusionada como no la había visto nunca. Le brillaban los ojos y estaba resplandeciente. Igual que tú.

—Pues está claro que no era por mí, sino por todo lo que nos rodeaba. Vosotros, el ambiente, la fiesta... de mí lo único que le interesaba era el sexo.

—Eso es imposible, Carlos.

—Me lo ha reconocido ella misma, con sus palabras.

—Os ha pasado algo, no sé... ¿has hecho algo que pueda haberle dolido? Mara, aunque no lo parezca, es muy sensible...

—Nada, joder, no ha pasado nada. Y permite que dude lo de que es sensible... Al final sí que ha sido un rollo navideño, ni siquiera ha llegado a ser romance, como vosotros lo llamabais de primeras...

—Ya, pero no cuadra, tío. Según dices todo era perfecto, ibas a decirle que podíais continuar... —analiza Fran, tan desconcertado como yo.

—¿Quieres que vaya a hablar con ella? —se ofrece Carlota.

—No, por favor, no hagas nada. Déjalo como esta. No quiero saber nada de esa persona ya —le pido, aturdido—. Solo he venido a despedirme de vosotros. Me vuelvo a Madrid. Es lo mejor.

—No puedes irte así, macho. Estás hecho una mierda. Quédate aquí, por lo menos hasta mañana, o hasta el 1 y pasas la Nochevieja con nosotros.

—No no, no soportaría volver a verla sabiendo que todo ha sido una mentira.

—Tampoco te ha dicho que sea mentira, según dices, lo ha tildado como un lío sin importancia con el que lo habéis pasado bien.

—Carlota, no quieras defender lo indefendible, por favor. Para ella no ha sido nada, no ha significado nada, porque solo buscaba disfrutar. Y me ha utilizado para eso, está claro.

—Bueno, vamos a ver, utilizar es una palabra fuerte. Dos no follan y lo pasan bien si uno no quiere, ¿eh?

—Tienes razón, perdona. Tal vez no fue intencional, no fue a usarme, vale, te lo compro, pero el mensaje es el que es. Sé que es vuestra amiga, pero no se ha portado bien conmigo.

—Qué mal que todo haya terminado así... —lamenta Carlota, pensativa—. Yo os veía tan bien, derrochabais complicidad por los cuatro costados, esa química no era por echar un polvo. ¡Qué raro!, me choca tanto... Mara no es ese tipo de mujer. Si apenas había levantado cabeza

después de lo que le pasó. Ella no es de ir buscando polvos fáciles.

—Pues ya ves, no todo es lo que parece y las personas, como la vida, a veces nos dan sorpresas. Y no para bien. Yo pensaba igual sobre ella, sobre nosotros, lo sentía incluso, y mira la hostia que me he llevado. Si vierais cómo me arrepiento de haber venido.

—No digas eso, macho. ¿Acaso no has disfrutado?

—Venga, coño, Fran, claro que he disfrutado, pero sabes que eso no es lo importante para mí. Yo te hablo de lo que he sentido y siento, de lo ilusionado que estaba con ella y cómo creía que ella lo estaba conmigo. Que me ha triturado. ¿Para eso me hizo quedarme? Que vine a relajarme, a desconectar del trabajo y me voy jodido no, lo siguiente. Otra vez como cuando pasó lo de Isa... Vuelta a empezar. Definitivamente esto de las mujeres no es lo mío. Parece que tengo una mierda de imán y atraigo todo lo que no me hace bien y sí o sí va a hacerme daño.

—Tío, no te vayas así. Estás hecho polvo —trata de persuadirme Fran, sin éxito, porque tengo claro que necesito alejarme de aquí, poner distancia de lo que he sentido todos estos días y enfrascarme de nuevo en mi rutina diaria, en mi trabajo y no tener tiempo ni para pensar.

—No quieras convencerme, amigo, te lo agradezco y agradezco vuestra preocupación, pero esta noche duermo en mi casa.

—Come algo por lo menos, nos tomamos un aperitivo o un café, pero serénate —insiste Carlota.

—Toma, majo —se acerca la señora Maritere con una taza de chocolate caliente y un plato de galletas con forma de abeto navideño, de las suyas—, tómate esto. Te sentará bien —dice, mientras mis amigos se van a la cocina a por algo para picar todos.

—¿Ha visto? —me dirijo a la buena mujer, que está tomando asiento a mi lado—. Usted que estaba preocupada por si yo le hacía daño a Mara, me amenazó incluso si la hacía llorar, ¿se acuerda...? Y, al final, el que ha salido perdiendo con todo esto he sido yo.

—¡Cuánto lo siento! No te imaginas lo que me apena... Nunca lo hubiera pensado, porque para mí está claro que esa muchacha siente millones de cosas por ti, se le ve.

—Se equivoca, no siente nada. Nuestro acercamiento ha sido por pura «diversión», ya me entiende...

—¡Eso no te lo crees ni tú, hombre! —exclama la doña, totalmente convencida.

—Pues así es. Todo ha terminado cuando ella se ha cansado de jugar.

—Lucha por ella. Ya sabemos que esa mujer se te ha metido dentro, y no me refiero solo al cuerpo, sino al alma... hazme caso y lucha. No te des por vencido por cuatro palabras en mitad de una discusión.

—Usted no sabe todo lo que me ha dicho.

—Te he escuchado un poco desde la cocina mientras les contabas... —confiesa ella y, aunque estoy destrozado, el imaginarla con la antena puesta detrás de la puerta consigue arrancarme una ligera sonrisa.

—Lo suyo es increíble, qué gran espía se ha perdido el CNI.

—Bueno bueno, hay que saber para poder ayudar. Y ahora déjate de tonterías y vamos al lío —resuelve la muy tuna—. ¿No vas a hacer nada?

—No hay nada que pueda ni quiera hacer ya. Esto, si es que empezó alguna vez, se ha terminado.

—Ve más allá. ¿Y no has pensado que pueda pasarle algo? Terminar así de sopetón es cuanto menos extraño. Si te miraba con ojillos de cordero *degollao*, hombre. Tú hazme caso a mí.

—No, señora, no... esto no son las novelas románticas que usted lee. Aquí ya ha quedado

claro que no ha habido nada más allá de un «lío ocasional» y cuando se ha cansado del juguete, lo ha tirado a la basura.

—Estás dolido, hijo. Ofuscadísimo. No ves más allá de tus narices...

—Lo estoy, pero sí veo lo que hay. Y está todo claro. No hay más. Nunca lo ha habido. No quiero saber nada de ella a partir de hoy, ni intentar nada. Solo quiero volver a mi casa, a mi vida, y olvidarme de todo esto, de Mara, y hacer como si estas vacaciones nunca hubieran existido.

—Te vas a arrepentir si te marchas tan deprisa. Puede que ella se haya equivocado y se arrepienta más tarde, o venga a buscarte, alma de Dios.

—Me voy a marchar igualmente. Eso no va a pasar. Nadie va a buscar a nadie. Esas cosas no suceden en la vida real.

—Eso no lo sabes, a veces los milagros ocurren...

—Claro, y ahora va a decirme que en estas fechas todo puede suceder, ¿verdad?

—Verdad, no sabemos lo que pueda pasar.

—Lo que va a pasar es que dentro de un tiempo esa chica solo será un mal recuerdo en mi vida.

—Espero que no estés en lo cierto. Yo os he visto y más sabe el diablo por viejo que por diablo. Y ahí, entre vosotros, cada tarde, algo había. Especial y diferente. Hazme caso. Te lo digo yo, que sé de esto...

—Se lo agradezco, pero le pido por favor que no siga. No me haga falsas ilusiones... nos ha engañado, a usted y a mí. Ahí no había nada. Y por eso prefiero que no me hable más de ella —le pido, seriamente.

—Lo siento, no te enfades, cariño. Solo te lo digo porque me gustaría que fuerais felices.

—Con usted nadie podría enfadarse, Maritere. Quiero que sepa que ha sido lo mejor de mis vacaciones. Conocerla bien y sus galletas.

—No digas eso, muchacho. Ahora estás enfrascado en tus pensamientos, pero lo que has vivido esta Navidad es algo tan bonito y mágico que cuando se te pase el enfado, si para entonces no lo habéis arreglado, lo recordarás como algo especial.

—Sinceramente, espero que el tiempo me ayude a olvidar todo esto.

—Una pena...

—Muy grande —confirmo, abatido, viendo como la buena señora se levanta y se marcha a la cocina.

Regresa con una lata de galletas para mí, detrás de mis amigos.

—Millones de gracias, Maritere. Todos estos días cuando desayune me acordaré de usted. Creo que será lo único que recuerde con agrado.

—Venga, coño, no digas eso —me recrimina mi amigo—. ¿Y nosotros qué? Lo hemos pasado bien, aunque ahora se haya torcido la cosa.

—Entiéndeme, me ha encantado veros y pasar tiempo con vosotros, aquí. Todo esto es maravilloso, idílico y me he sentido en casa con mis amigos. Me voy enamorado —y nunca mejor dicho— de este pueblo, de sus gentes, de sus tradiciones y costumbres. Pero me marcho también con el corazón roto, lleno de tristeza y sabiendo que he fracasado de nuevo. Que otra vez he salido perdiendo y he hecho el tonto de manera colosal. Y me siento estúpido a más no poder.

—Tiempo, Carlos, tiempo... —me aconseja Carlota.

—Sí, tiempo y no pensar. Trabajo, trabajo y más trabajo —afirmo, sabiendo que voy a volver

a meterme entre mis carpetas y a no despegar la cabeza de ellas en cuanto llegue.

—Ey, eso ni lo digas... Nos vamos a presentar allí en Madrid, a verte, en cuanto pase la temporada alta del pueblo. Y no pensamos dejarte tranquilo hasta que nos saques por ahí... Avisado estás.

—Os espero encantado de la vida, eso ya lo sabéis. —Es mi última frase antes de despedirme con un fuerte abrazo a la familia, coger el transportín de Donete y subirme al coche.

Y entonces me acuerdo. Llevo los regalos que tenía para ella en el maletero. Y no quiero tenerlos. No quiero nada que me la recuerde una vez salga de aquí.

Abro la puerta, el maletero también y se los entrego a mis amigos.

—Nunca le llegué a dar la pintura y este detalle lo compré esta mañana para ella. Tiradlos vosotros, por favor..., yo no sería capaz si me los llevo.

—¿Cómo vamos a tirarlos?

—Haced con ellos lo que queráis —afirmo, y con un último abrazo, esta vez rápido, me despido finalmente. Subo al coche y arranco.

Y conforme avanzo, y voy dejando el pueblo atrás, recuerdo cuando llegué, las ojaladas en la carretera, lo tranquilo que venía a pasar las vacaciones, el cómo respirar aire puro me daba la vida, la primera visita a la cooperativa y lo accidentado de nuestro primer encuentro... y caigo en la cuenta de que ya empezó todo mal con ella, desde el minuto cero. «Y peor ha acabado».

No puedo evitar que las lágrimas se deslicen por mis mejillas cuando en la radio comienzan a sonar villancicos. Y es que, joder, la Navidad para mí no era importante, pero ahora, ya siempre será Mara. Y nunca volveré a verla, ni tampoco a vivir algo así, ni a disfrutar de unas navidades tan mágicas como lo han sido estas. Pese a cómo ha acabado lo nuestro... pese a que me siento roto por dentro y pese a todo.

Pero tampoco puedo decir que hayan sido una mierda de vacaciones, porque han sido las mejores de mi vida. Y las que más daño me han hecho también.

Y ella tenía razón, no he llegado al cartel de Montaves y ya estoy llorando.

CAPÍTULO 45



MARA

No sé qué hora es. Debí de quedarme dormida sin darme cuenta, pues cuando abro los ojos soy consciente de que sigo con la misma ropa puesta, todo está a oscuras a mi alrededor y no se oye ni una mosca. Debo de tenerlos hinchados como dos tomates porque me cuesta despegarlos, están cargados, me pesan una *jartá* y la cabeza me explota.

Me levanto, haciéndoseme un mundo, como si no pudiera tirar de mí, me dirijo a la ventana y veo que ya es de noche. Solo recuerdo haber llegado destrozada, el cómo no podía parar de llorar y la forma brusca en que me tiré sobre el sofá, donde me hice un ocho y me harté de pensar en él, en nosotros, en cuánto debía de estar maldiciéndome después de lo que le he hecho...

—Yo no tengo la culpa, no quiero ser como soy, yo querría ser como las personas normales que se lanzan a vivir sin miedos y sin historias raras, aunque ya he visto que en mi caso no es posible. Llevo una mochila demasiado grande, que pesa sobre mí como el plomo y que tendré que tratar de quitarme de cualquier forma. Quizá intentando de nuevo...

»No, eso sí que no —me respondo a mí misma—, porque para una vez que lo intento, ha sido un estrepitoso fracaso en el que no solo yo he acabado hecha polvo, sino que me he llevado por delante a una persona tan buena y noble como Carlos, que no querrá volver a verme en su vida, y con toda la razón.

Tengo el teléfono apagado, debió de quedarse sin batería mientras veía una y otra vez las fotos de estos días... y, tras conectarlo al cargador, cuando lo enciendo empiezan a saltar muchos, muchísimos mensajes de Carlota y, más tarde, del grupo.

Carlota:

Mara, cariño, ¿dónde estás?

Carlota:

Ya sé lo que ha pasado y no entiendo nada.

Carlota:

Tía, cógemelo, porfa..., solo quiero saber si estás bien.

Carlota:

Mara, joder, me estás asustando. Si no das señales me planto en tu casa a la de ya...



SORIANOS Y ADOPTADOS

Carlota:

Urgente, ¿alguien sabe algo de Mara?

Laura:

No, ¿por?

Carlota:

No aparece por ningún lado, no contesta llamadas ni mensajes.

Isa:

Tranqui, amiga, hoy están celebrándolo en la cabaña... te apuesto lo que quieras.

Carlota:

¿Por qué lo dices tan segura?

Isa:

Lo intuyo, esta mañana me encontré con Carlos en el pueblo, y bueno, tengo cierta info que vosotros no tenéis...

Carlota:

No, la cabaña está vacía.

Laura:

¿Ha pasado algo?

Isa:

Mara tiene el teléfono apagado, acabo de llamar y sin señal.

Carlota:

Maaaraaa de mis amores, contesta o ¡me presento en tu casa ahora mismo!

Isa:

Venga, vamos, te acompaño... es raro, Carlos tenía una sorpresa para ella. ¡A ver si ha sucedido algo!

Félix:

**Mira que sois alarmistas, hostia... dejad a la chavala, que
estará trincándose al Gominas sin parar.**

Fran:

Cierra el pico, Félix.

Laura:

Yo no puedo acompañaros, chicas, trabajo...

Natalia:

**Os acabo de leer, contadnos, porfa, que yo tampoco puedo
acercarme.**

—Genial —farfulto para mí, como es costumbre, cuando leo todo, porque doy por hecho que no tardarán en aparecer por la puerta y, aunque lo agradezco, lo cierto es que preferiría estar sola por lo menos hasta que este año de mierda termine por fin. «Gracias que queda bien poco».

Y dicho y hecho. El timbre suena y recibo a mis amigas envuelta en una mantita, ya que estoy helada de frío, llorando a lágrima viva, pañuelo en mano y con cara de culo. No es la mejor de las bienvenidas, pero no tengo ganas de visitas ni de tener que explicar los motivos que me han llevado a tomar la decisión que tomé. Pero son mis chicas, me quieren y las quiero, y aunque no tenga ese ánimo de estar con ellas ahora, sé que mañana agradeceré que se preocupen por mí y hayan venido a apoyarme, que no a pedir justificaciones o razones para actuar como lo he hecho.

Las abrazo. Fuerte. Con ganas, necesitando sentir ese calor y esa cercanía que solo dan los amigos que son familia. Con los que no hace falta fingir. Y de nuevo me derrumbo, pero esta vez no lo hago sola, sino sobre los brazos de Isa y de Carlota.

—Tranquila, llora lo que tengas que llorar —dice la segunda mientras me acuna.

—Todo, sea lo que sea, acaba pasando... —recalca Isa, dulce como siempre, sin saber que su encuentro con Carlos ha sido el detonante de mi decisión.

No sé el tiempo que pasamos así, pero cuando parece que ya no me quedan más lágrimas por soltar, se hace el silencio. Estoy un poco más tranquila.

—Ya he puesto en antecedentes a Isa sobre lo que te ha pasado con Carlos, bueno, lo que él nos ha contado a Fran y a mí... porque la realidad solo la sabes tú —indica Carlota, dándome pie a hablar.

—¿Qué ha pasado, Mara? —pregunta Isa—. Esta mañana me encontré por sorpresa a Carlos, estuvimos hablando y te prometo que estaba superilusionado contigo...

—Entonces, ¿no habíais quedado? —indago, sorprendida porque mi cabeza directamente había asimilado que habrían quedado en verse. «Mierda».

—No no, para nada, fue por casualidad... nos cruzamos y ya aprovechamos para charlar. Espera... ¿cómo sabes que nos hemos visto?

—Os vi... de lejos, no quise acercarme, pero os vi en la puerta de El refugio —confieso, agachando la mirada, casi avergonzada de reconocer todo esto.

—Ay, mi madre, ¡¿no me digas que...?! —exclama Carlota, alzando la voz—. ¿En serio todo esto es...?

—No, para nada es lo que crees —la corto certera, sabiendo que está pensando que la bronca ha sido por celos de ese encuentro.

—Me estoy perdiendo. ¿Podéis explicarme de qué narices habláis? —pide Isa, desconcertada.

—Mara... Dinos que no has dejado a Carlos por celos, por Dios. ¿Estás loca?

—Espera, espera, ¿no te referirás a celos porque hayamos estado tomando ese café? ¿Celos de mí?

—No no, o sea, sí pero no, no es lo que pensáis. No de ti en concreto.

—¿¿Como que sí pero no?! ¡Ay, jolín, me siento fatal! —repite la pobre Isa.

—No, Isa, no tiene nada que ver contigo. Sí que es verdad que vuestra quedada o encuentro casual fue el detonante, pero no la causa, ni tú la culpable. Me hubiera dado igual que hubiese sido con cualquier otra. La única culpable de todo soy yo.

—¿Seguro? —inquire Carlota, sin estar convencida.

—Segurísimo, chicas.

—Nosotros solo estábamos cerrando el capítulo pendiente, Mara. Nos debíamos esa pequeña conversación. Yo no lo hice bien antaño, lo engañé y él tampoco reaccionó bien en su momento, cosa que siempre he entendido, pero ya pasado el tiempo, con las vidas rehechas, era justo que pusiéramos ese punto y final y pudiésemos ser al menos amigos.

—No fueron celos. No me gustó veros, es cierto, pero repito... no porque estuviera celosa, sino porque me produjo inseguridad. Sentí miedo, pánico a perder ese algo que teníamos, a no importarle, yo...

—¿Por ese instante que viste?

—Sí, por eso. Esos pocos segundos hicieron *click* en mi cabeza y fui consciente de que no iba a funcionar. No sé explicarlo, pero es lo que sentí.

—No lo entiendo, ¿por qué no iba a funcionar?

—Porque el problema —insisto— está en mí, soy yo. ¿No os dais cuenta? Lo vi con una de mis mejores amigas y ya me sentí horrible, lo pasé mal. Me pudo el miedo, era terror de que se fuera contigo, Isa, o con cualquier otra, cuando sé perfectamente que en este caso tú no quieres nada con él.

—Ni él con ella tampoco —afirma Carlota tajante. «Tiene toda la info por su parte».

—Es una movida que está en mí, en mi interior. Jamás voy a tener esa confianza en nadie, esa seguridad que hay que tener para estar con alguien, de manera tranquila, dejando esa libertad de hacer y deshacer sin sentirme afectada. Sin machacarme. Insisto, el problema soy yo.

—Si no lo intentas nunca lo sabrás.

—No he sido capaz de hacerlo. Quería, estaba deseando seguir con esto, pero a la larga hubiera sido peor. A la mínima me acojono, eso es así. Siento temor y eso no es sano. Ni lo sería para él tampoco.

—No tiene por qué pasar nada, estás exagerando, Mara.

—No, no estoy exagerando. Sé lo que sentí cuando os vi, Isa. Y me vino mi ex de vuelta a la cabeza. Los malditos fantasmas del pasado...

—Solo estábamos hablando, nos dimos un abrazo de amigos...

—Tal vez eso, el hecho de que ella sea su ex sí que te provocase celos —trata de hacerme ver Carlota, sin éxito— y no esa inseguridad de la que hablas. Piénsalo.

—No, porque yo sé lo que hay, y sí, no me gustó verlos juntos, que él no dijese nada de que se iban a ver... pero claro, si no lo sabía, si fue casualidad ¿qué iba a decirme? Aun así, independientemente de cómo se produjo el encuentro, no fue eso.

—Exacto, fue una coincidencia. Sin más. Él estaba ilusionado como un crío buscando un detalle para ti. Date cuenta, Mara, tal vez yo no debería decírtelo, no me corresponde, pero él quería seguir profundizando y conociéndoos... te compró un regalo precioso, quería que tuvieras

algo que os recordara estos días tan estupendos que habéis pasado juntos.

—No lo sabía, no me lo dio...

—¿Cómo iba a dártelo si lo largaste nada más entrar, mona? Nos dijo que estabas esperándolo con la maleta hecha. Ya te vale.

—Sí, ya lo tenía decidido. ¿No querías que dejase pasar más tiempo y que luego fuera peor? ¿Para qué alargarlo?

—¿Y si hubiera funcionado? ¿Y si hubierais hablado y todo hubiera ido a mejor, evolucionando?

—No te engañes, Carlota, esto estaba condenado al fracaso desde el principio... si ya empezamos con mal pie...

—Eso es una gilipollez. Estabais bien, contentos, ilusionados... Incluso cuando os conocisteis, tanta bronca chorra... era porque ya os atraíais. Se os veía fenomenal, no veo yo la condena. Eso solo está en tu cabecita.

—Pues sí... porque ¿acaso crees que con mis inseguridades hubiéramos llegado a alguna parte?

—Puede que sí o puede que no...

—Nunca lo sabremos, ya no.

—No digas eso, mujer. Mírate, estás fatal, llorando, no dejas de pensar en ello y eso es porque lo echas de menos, aunque no quieras reconocerlo.

—Sí, claro que lo echo de menos. ¿Cómo no iba a hacerlo después de estar con él 24/7? Además, me tortura el alma saber que le he hecho daño. Que se va a ir de aquí con una imagen pésima de mí y renegando de lo que hemos tenido.

—Ya se ha marchado. Esta misma mañana. Estaba deshecho, Fran le insistió para que se quedase pero no ha querido —me informa Carlota, y en mi garganta vuelve a formarse ese nudo que me ahoga.

—Quizá sea lo mejor, pero me duele pensar que se estará arrepintiendo de lo que ha sentido por mí. No soporto esta sensación... y se ha largado deprisa y corriendo.

—Cariño, si alguien lo ha largado, esa has sido tú y de sopetón. ¿Qué querías que hiciera?

—Nada, no quería nada, pero saberlo... no sé... veo que se ha dado por vencido sin más. «Como es normal». Quizá ni siquiera le haya dolido tanto y encima estoy yo pasándolo mal y haciéndome pajas mentales con haberle hecho daño para nada.

—Mara, tesoro, deja de hacer conjeturas y de prejuzgar a la gente y a ti misma. ¡No pretenderías que viniera a buscarte después de todas las monadas que le has soltado! Pero eso no significa que no se haya ido hecho pedazos. Se ha creído todo. Y estaba hecho polvo.

—¿Qué le has dicho exactamente? —pregunta Isa.

—Pues, en resumen, que todo ha sido sexo, que no he sentido nada más allá y que ha sido un lío sin importancia fruto del momento, del deseo...

—Pero ¿cómo le haces eso?!

—No sé, chicas, es lo que mejor vi para acabar con esto. Sabía que eso lo espantaría, pero ahora no sé si hice lo correcto, porque al final todo es una mierda. Me he hecho daño a mí, a él...

—Es curioso porque has organizado este desastre porque ibas a pasarlo mal, a sufrir, y fíjate ahora... muy contenta no es que estés. Te has jodido a ti, le has jodido a él, los dos lo estáis pasando fatal; y mírate tú... hecha una piltrafa, con los ojos hinchados como un besugo, destrozada porque lo quieres y rabiosa porque ya no lo tienes —me hace entender mi amiga con más razón que un santo.

—Espero que él esté mejor, aunque siendo sincera, teníais que haberlo visto. Se ha ido destrozado —confieso.

—¿Él? Está hecho una mierda. ¿Cómo quieres que esté? Carlos es un romántico, enamorado, se ha colgado de ti y estaba convencido de que tú lo estabas de él...

—No me digas eso, Carlota.

—Tengo que decírtelo porque soy tu amiga y aunque te duela es la verdad. Creo que te has equivocado, solo que ahora tú no te das cuenta porque estás cegada con tu idea de que no puedes estar con él porque no confías y por tus miedos e historias crees que le harías más mal que bien. Y estás siendo cobarde. El miedo a sufrir de nuevo, a pasarlo mal, te está paralizando.

—Claro que no soy cobarde —me defiendo, como una leona—. Esto no es cuestión de valor o cobardía.

—Eso es cierto, Mara. Carlota tiene razón. Todos lo hemos pasado mal, a todas nos han hecho daño y también lo hemos hecho nosotras. Mira si he llorado yo con Rubén... y confiaba, desconfiaba... pensaba unas cosas y hacía las contrarias... y vale, a mí no me hicieron lo que a ti casi a punto de casarme, pero una traición duele en cualquier situación. Nadie nace confiando, pero poco a poco se gana esa seguridad, esa confianza en la otra persona...; aunque claro, hay que dejar la cobardía y echarle valor a lo que viene. Quedarse agazapado pensando en el mañana, sufriendo el hoy no sirve de nada.

—Exacto. Fíjate yo con mi marido —añade Carlota—: me engañó, o me ocultó información, sí, pero al final, volví a confiar, a creer en él; y mira que me costó lágrimas, pero lo entendí... Si me hubiera negado a mí misma todo por miedo a sufrir, cuando ya de por sí estaba sufriendo, como tú, y hubiera actuado como lo has hecho tú, hoy no sería feliz. Y déjame decirte que estás en tu derecho, es tu vida, pero estás cometiendo un gran error. Carlos se ha enganchado a ti como tú a él. Os habéis enamorado como dos quinceañeros. Ambos sabéis que ha sido un flechazo, una locura como dices tú, pero no ha quedado ahí y date cuenta de que todo pasa por algo, ya sea destino o casualidad, pero ¿quién te dice que no podría ser él?, o que podría salir algo realmente bonito si te dejaras de miedos y te atrevieras a vivir este sueño navideño, a prolongarlo en el tiempo y que para vosotros siempre fuera Navidad.

—Ay, ¡jalá siempre fuese Navidad! Pero esto es la vida real y, por desgracia, mis miedos acabarían con todo.

—Eso no lo sabes. Todo se arregla hablando, sacando lo que se tiene dentro, lo que te daña. Se busca ayuda. Se hace el camino lento pero seguro. Y querer es el mejor ejercicio de confianza.

—Le torturaría, lo acabaría cansando...

—O no, es lo que te ha dicho Isa, poco a poco aprenderás a hacerlo. Y más aún cuando veas tan cristalino como nosotras lo que siente Carlos por ti. ¿A que no habéis hablado de manera clara?

—¿De nosotros? No... poco... bueno, yo sí he dejado caer chilindrinas... él también dijo que le gustaba, que le encantaba. Yo... igual, y además se lo dibujé en la piel cuando creía que no estaba despierto.

—Ah, mira, qué valiente...

—Estaba cagada, disfrutando, pero jodida porque era la cuenta atrás y necesitaba soltarlo.

—Hablar es fundamental, es el pilar de todo. Charlar, comprenderos, saber el punto en el que estabais..., si no, cómo vas a confiar, ni tu ni él ni nadie, ni vas a tener seguridad en algo que no se define.

—Estoy segura de que los miedos acabarían por irse, y la inseguridad se evaporaría si lo tuvieras a tu lado, disfrutando de lo vuestro, descubriéndoos..., y te olvidarías del resto del mundo, de lo que te sucedió con el cabronazo de tu ex, de cómo te marcó y de todo.

—Bueno, no lo tengo tan claro...

—Qué cabezona eres, joder, Marita.

—Es la realidad, chicas, lo siento, soy una cansina. No os enfadéis, pero desde fuera parece tan fácil. Solo veis la historia de amor. La parte del dolor, del miedo, de la angustia... no la tenéis en consideración y es la que más pesa...

—No nos enfadamos porque es tu vida, y tú decides cómo vivirla. Claro que vemos tus miedos, tu dolor, pero somos tus amigas, te queremos y si nos damos cuenta de que vas mal por este camino, hemos de decírtelo porque en caliente uno mismo no ve más allá de lo que cree —afirma Isa.

—Y sí, en este caso —continúa Carlota— creemos que lo estás haciendo mal contigo, con él... No podemos callarnos, él no merece esto y tú tampoco. Bastante habéis sufrido ya, ¿no crees que es el momento de pasar página, cerrar ese capítulo de la boda, del dolor, de tu ex y toda la mierda y apostar por ser felices?

—Yo creo que las oportunidades como esta solo pasan una vez en la vida. La felicidad no te la dan en el súper ni se compra por internet, no todo el mundo tiene algo así al alcance de la mano; y tú estás dejando que se te escape de entre los dedos porque estás asustada, muerta de miedo porque no quieres volver a pasarlo mal. Pero ¿y si no lo pasas mal, sino maravillosamente bien? Un hecho pasado no puede condicionar tu existencia de esta manera —apunta Isa, realista.

—Nunca lo sabremos ya —me lamento compungida dudando de mí misma y de mis jodidas decisiones.

—Porque no quieres. Piénsalo... Hombres como Carlos no se encuentran así como así.

—Ya sabes que los monumentos, los cañonazos y encima legales y tan perfectitos no abundan...

—No tengo nada que pensar, ya se ha marchado y es lo mejor.

—¿Para quién es lo mejor? ¿Para ti? Permíteme dudarlo.

—Puede que para mí no, porque duele, ya que sé positivamente que me he enamorado de él hasta las trancas, pero sí para Carlos. Para él es mejor que haga su vida sin meterme a mí en ella, sin una persona tóxica como yo que a la mínima se raje, se acojone y se aparte, sin nadie que le complique la vida y la existencia con sus dudas y mierdas...

—Tú no eres tóxica, solo estás cagada y siendo cobarde porque te paraliza el miedo, el pánico a volver a pasar por lo mismo, a sufrir, a que te vuelvan a dañar, pero por desgracia eso es algo a lo que todos estamos expuestos, porque por eso vivimos, sentimos... pero no dejamos de hacerlo en prevención.

—Y si él quiere estar contigo, ¿quién eres tú para negárselo y apartarlo así sin darle opción a decidir lo que quiere hacer o lo que quiere complicarse? Es egoísta por tu parte decidir por los dos. Echarlo de tu vida de buenas a primeras, como un *kleenex* de usar y tirar que lanzas a la basura después de sonarte los mocos.

—La vida no es fácil para nadie, pero hay que dejar decidir a cada uno dónde quiere estar y sobre todo al lado de quién. Apartarlo así, cuando además está claro que lo quieres, es cobarde.

—¿Te das cuenta de que lo que has hecho es decidir por él? Solo mirar tu ombligo y negarte, negaros la oportunidad.

—Era por su bien, lo hice por él...

—Pero igual no era lo que él quería porque él iba a apostar por lo vuestro, por ambos... y tú le has mentido.

—Y me odia, ¿verdad?

—Bueno, ahora con todo tan reciente, digamos que no quiere saber de ti ni verte.

—Me lo merezco.

—Y duele, ¿a que sí?

—Mucho.

—Porque en el fondo esperabas que viniera a convencerte, que luchara por lo vuestro cual caballero andante, ¿no?

—No, no es cierto.

—Esperabas que no se rindiera y diera la batalla, pero tú le quitaste las armas y él aunque quisiera no podría haberlo hecho. Se las arrebataste y lo hundiste esta mañana.

—Yo no quería hacerle daño, no quería que lo pasara mal y no quiero que me odie, ni se olvide de mí así, pensando lo peor —sollozo, derramando millones de lágrimas de nuevo, repitiendo una y otra vez el mismo argumento.

—Siempre puedes arreglar el desaguisado que has hecho.

—Claro, él estará dolido, pero nadie olvida en un día, en horas...

—No, chicas, esto no tiene arreglo y mejor así. Cada uno en su sitio, con su vida y todo lo que ha pasado quedará en un recuerdo... —«El mejor de mi vida, el más bonito e increíble cuento de Navidad. Pase lo que pase, siempre permanecerá en mí el haber vivido algo así».

—Entonces, para ti, todo quedará en unos cuantos polvos navideños, ¿verdad? —pregunta molesta e indignada Carlota.

—No, no solo ha sido eso. ¡Ni lo digas! —contesto enfadada.

—Pues es lo que le has transmitido con tu actitud, chata. Y tristemente es en lo que quedará cuando el tiempo pase, porque pasará y Carlos acabará conociendo a alguien, haciendo su vida, siendo feliz, y quedándose con la vivencia de estas vacaciones archivada en su ser, y ahí sí que tú quedarás relegada a un simple polvo navideño, mientras tú sigues aquí, encerrada en tu casa, con Torrija, sola, pero, eso sí, con tus inseguridades y miedos acompañándote. Esos mismos que no te dejan vivir ni disfrutar de la vida... —afirma con dureza Carlota, antes de levantarse para marcharse.

—Piensa en todo lo que hemos hablado —me recomienda Isa—. Él es una persona maravillosa, noble, generosa... de los que están ahí para todo, de los que cuidan... todo un buenazo. No dejes pasar este tren porque puedes arrepentirte. Estas cosas solo ocurren una vez en la vida. Es la magia, las personas especiales no abundan y cuando conoces a una, o la vida te la pone en bandeja de plata, mejor no perderla.

—Igual ya ni se acuerda de lo que hemos hablado, ya se le habrá pasado el disgusto, si es que lo ha tenido, o ni siquiera le importo...

—Vuelves a no confiar en él y a prejuzgar, o tal vez prefieres pensar eso porque te alivia la conciencia, amiga.

—No soy tan maquiavélica, ni tan egoísta... Si lo fuera no me pasarían estas cosas, eso seguro.

—Por si dudas sobre si le importas, toma —me espeta Carlota, abriendo su bolso y sacando de él una caja con un lazo rojo y una pintura envuelta en celofán en la que aparezco yo haciendo manualidades navideñas rodeada de los más peques de la casona mientras él me observa. «Qué bonita. Es suya».

—¿Pero esto...? —acerto a preguntar, ya que no doy crédito.

—Eso es para que te des cuenta de lo mucho que le importas. De cómo te colaste en su vida, en su corazoncillo desde el principio. De cómo os conocisteis y vuestros mundos cambiaron. Porque con vuestras disputas, vuestros piques, os metisteis el uno bajo la piel del otro... Piénsalo, anda, y decide si quieres ser feliz porque está en tu mano. Déjate de miedos y de tonterías, que la vida es una —añade antes de salir por la puerta, seguida de Isa, dejándome sola, tirada en el sofá con los regalos. SUS REGALOS. PARA MÍ.

«El me dibujó. A mí. No sé cuándo ni por qué... pero es precioso. En el dibujo salgo feliz, en mi salsa, rodeada de críos y al fondo, sentado en una esquina de la imagen, aparece él, contemplando la escena, fijando su mirada en mí. Y también hay una gran sonrisa pintada en su cara».

Me da pavor abrir la caja. Siento que no es el momento de tener nada más suyo. La pintura me ha alegrado por un rato, pero también me ha dejado inmensamente triste, sintiéndome la villana del cuento de príncipes y princesas. Porque yo lo he roto todo. Yo he dinamitado lo que habíamos construido. He soplado como lo hizo el lobo sobre las cabañas de los tres cerditos, y, en efecto, todo ha saltado por los aires. ¿Por qué? Pues porque en el fondo estaba cogido con pinzas.

—No hubiera salido bien ni queriendo, ni poniendo todo de nuestra parte. La distancia, el no vernos, las tentaciones, los viajes de Carlos y yo misma... todo estaba en contra de algo como lo que él iba a proponerme esta mañana.

»Y no le dejé ni seguir al empezar a hablar, cuando días atrás soñaba con esa declaración, con que me dijera que se había enamorado como un tonto y quería intentarlo.

Me dejo caer, derrotada, acabando en el suelo, abrazada a la pintura, mientras mis pensamientos chocan con las palabras de mis amigas, que resuenan con fuerza en mi cabeza, llevándome a pensar si no me he columpiado, si no me he equivocado apartándolo de mi vida de esta manera sin haber siquiera comenzado.

—¿Y si de verdad era él? Parafraseo la canción de Alejandro Sanz... No. Lo hecho, hecho está.

Y tal y como preveía, tras haber pasado gran parte del día dormida, por la noche me cuesta horrores conciliar el sueño.

Como diría Malú... enamorada, tejiendo lunas en la madrugada... así me encuentro yo. Y no solo es esa melodía la que me acompaña. También poco después lo hace Luz Casal con su *Te dejé marchar*:

*Después de la última noche
yo te dejé marchar.
Yo te dejé marchar...*

Y es que yo lo eché, lo aparté de mí, me deshice de él de la peor manera. Y con cada letra vuelven los miles de instantes que hemos compartido, de principio a fin. Todo es una sucesión de pensamientos y escenas recreadas en mi mente. Y lo echo demasiado de menos. Maldigo al desgraciado de mi ex a cada instante por el daño que me hizo y me torturo a mí misma cuestionando mis decisiones y culpándome de cada una de las frases dañinas que solté por mi boca ayer con el fin de apartarlo de mí.

Cause you`ll be in my heart,

*Yes, you`ll be in my heart
From this day on
Now and forever more
You`ll be in my heart*

Las palabras de Phill Collins, un rato más tarde, tan certeras, se quedan resonando en mi mente hasta que, agotada, me dejo vencer. Porque él, como dice la canción, siempre estará en mi corazón.

CAPÍTULO 46



MARA

Ya es 31 de diciembre, última jornada del peor año de mi vida, y aunque podría viajar a casa para ver a mi familia, es lo último que me apetece.

—Torrija, no necesitamos a nadie para pasar la Nochevieja. Lo importante es que estamos juntitas para despedir este puto año que tantas lágrimas me ha traído. Pero también alegrías.

Y es entonces cuando diviso el otro regalo sobre la mesa, el que no he tenido valor de abrir. Una caja con un gran lazo rojo brillante, a juego con mi árbol de Navidad lleno de bolas del mismo color, y lo cojo entre mis manos, acariciándolo, como si con eso me sintiera un poco más cerca de él, que está lejos no, lo siguiente, y no solo por la distancia —los kilómetros que separan Montaves de Madrid—, sino porque ya han pasado veinticuatro horas, ya se habrá calmado, y con la lejanía y la cabeza fría solo podrá pensar en la cabronada que le he hecho.

Temerosa de lo que voy a encontrar en ella, retiro el envoltorio con mimo y deslizo la tapa con mi corazón palpitando feroz. Y entonces las veo: son cuatro bolas de Navidad llenas de significado. Mi cuerpo se paraliza y de nuevo las lágrimas hacen acto de presencia. Joder, todo es tan nuestro. Todo lo que querían recordarme esas cuatro esferas —en palabras de Isa— viene a mi memoria en cuanto las veo, lo que entiendo que quería decirme a través de ellas. El árbol, la cabaña, el chocolate... toda nuestra historia, nuestra primera y única Navidad juntos; nuestra navidad de película... y me la estaba obsequiando para que la recordara siempre, para que lo tuviera presente a él e hiciera esos momentos eternos.

—Si hubiésemos decidido continuar con todo y tirar hacia delante tal vez el año que viene las colgaríamos juntos en nuestro árbol... ¡Mierda!

Como si necesitase estos adornos para recordarlo después de lo que ha significado todo lo que hemos vivido: sus abrazos, sus besos, él al completo; cómo me cuidaba, me mimaba, lo mucho que discutíamos al principio y la *pechá* que nos pegábamos a reír recordándolo estos últimos días. Todo él era lo que necesitaba para ser feliz. Y ha sido efímero pero intenso. Breve pero verdadero. Corto pero eterno. En mí por lo menos. «Y ¿en él?».

Y aunque parezca una chorrada, ese gesto suyo tan bonito —y que tanto me ha hecho llorar de

emoción— me ha dejado el corazón temblando. Porque le importaba, porque quería demostrármelo, porque pensó en mí, en cómo dejar huella de lo nuestro, de lo vivido, en buscar algo que nos representase para que una vez que se fuese yo no lo olvidase y cada vez que viera la pintura o contemplase una de las bolas lo viese a él y recordase todos y cada uno de los instantes que nos hemos regalado esta Navidad. Porque eso es lo que ha sido: un regalo que la vida me ha hecho, o que me han mandado desde el cielo para compensar los mares que he llorado el resto del año.

Y siendo algo tan bonito, puro, real, no debería causar dolor, pero, como ya no está a mi alcance por decisión propia, la realidad es que sigo derramando lágrimas a troche y moche, lágrimas que brotan a borbotones y se deslizan imparables mejillas abajo, hasta terminar dejando una huella, un cerco de sal en mis pantalones.

En Sorianos y adoptados empieza el alboroto ante la fiesta de Nochevieja que se celebra después de las campanadas en la casona.

—Para fiestas estoy yo...

Me limito a decir que no me esperen por allí y hago una llamada a casa, para hablar con mi madre y mentirle como una bellaca, asegurándole que ya estoy preparando mi mejor modelito y los tacones para darlo todo baila que te baila en el cotillón del hotel de mi amiga Carlota. Nadie lo pone en duda. «Si supieran...».

Tras esto apago el teléfono, buscando tranquilidad y no saber nada de nadie. Solo lo enciendo unas horas después, cuando van a dar las campanadas, para dejar un mensajito de felicitación con un *gift* en el grupo. Bueno, y para mirar el chat de Carlos, que justo está en línea. El corazón me da un vuelco pensando en la posibilidad remota de que un mensaje suyo pueda llegar a mi teléfono, cosa que por lógica no sucede y las felicitaciones que recibo son las de la familia y amigos.

El reloj marca las doce, todo es alegría y jolgorio para el resto del mundo, mientras yo me siento como si estuviera en un funeral. Y decido que durmiendo la noche se convertirá en día sin enterarme y me ahorraré unas cuantas horas de lamentos y lloros, de tristeza, de recordar lo que pudo ser y no fue, de seguir viéndome como la bruja de Blancanieves y sobre todo de sentirme sola, más tirada que una colilla en la carretera.

—Menos mal que tengo a Torrija.

Y en efecto, el año nuevo llega de la misma manera en que se va. Se va el 1. Y el día 2. Y el 3, más de lo mismo hasta el mediodía. No salgo de casa. No hablo con nadie. Creo que no enciendo ni la tele. Me dedico a compadecerme y a lamentarme de lo que he hecho. También a preguntarme millones de veces si no me habré equivocado. Donde todo el mundo ve alegría y se felicita el año, yo solo deseo que sea mejor que el anterior. Que esto que estoy sintiendo deje de doler. Que esta sensación maldita afloje y pare de oprimirme el pecho. Que el nudo se vaya de la garganta y Carlos salga de mí, algo que desde ya sé que es imposible y que no va a suceder.

—Solo espero que poco a poco se diluya en el tiempo y deje de doler tantísimo como duele ahora —imploro a la gente que tengo por ahí arriba para que me ayuden, para que me guíen e iluminen, porque sola creo que no seré capaz de levantar cabeza.

Todo lo que veo me lo trae de vuelta a él. Todo lo que pienso es relacionado con él. Todo lo que recuerdo es a él. A nosotros. Cada vez que tengo entre mis manos la pintura que me hizo, me

vengo abajo. Llora de alegría pero también de pena. De emoción pero de rabia. Porque quiero, querría tenerlo junto a mí y no he podido superarlo. Superarme. Y entonces todo se torna a enfado.

Y cuando me acuesto observo al otro lado y no hay nadie. No está él. Miro igual que lo hacía en la cabaña, solo que ahí me encontraba con sus ojos contemplándome. Y su sonrisa resplandeciente dándome los buenos días. Y aquí estoy sola y sin vista alguna de que eso cambie. Y así, para empezar el día, es la peor sensación de todas. La de añoranza. La de echarlo de menos. Porque ¿cómo carajo en unos días una persona desconocida puede hacerse tan importante para alguien, tener tanta cabida en la vida del otro como para generar esa sensación de vacío? Se llama AMOR. Y es lo más grande. Pero también es lo que más quiebra, o una de las cosas que es más difícil sanar cuando hay dolor. Y es lo que tiene perder a alguien. Que te retuerce por dentro. Que su presencia, aunque no esté, te acompaña allá donde vayas. Y aparece en todas partes. Y en todas las cosas ves una vivencia, un momento sentido que te evoca a otro... Como la muerte, solo que en este caso no ha habido difunto, sino crimen. Porque la que se ha cargado a alguien o algo he sido yo. La asesina de lo nuestro, una servidora. Mara María de los Galanes Fernández de Blas, conocida siempre por sus grandes arrebatos, lengua desatada y pésimas elecciones y decisiones.

Y justo después de comer una sopa de picadillo, por llevarme algo a la boca para tomarme una pastilla que me calme el dolor de cabeza, me quedo frita en el sofá. Y de tanto pensar en crímenes, asesinatos y difuntos termino durmiéndome sin enterarme, agotada de aburrimiento y de sufrir, viviendo una pesadilla que me parte en dos y que me hace despertar sobresaltada, con un grito desgarrador y bañada en sudor. Era él, era Carlos, marchándose del pueblo destrozado, tal y como me narró Carlota, y en la carretera, por culpa de la nieve, perdiendo el control de su vehículo, estrompando su coche contra otro que circulaba a gran velocidad, «como lo que le pasó a la madre de Martín, el poder de la mente es alucinante». Y justo me veía después en un hospital, vestida entera de negro, pálida, tirada en el suelo, y allí me decían que no se había podido hacer nada por salvarlo. Pavor. Pánico. Dolor. Ahogo. Sufrimiento. Corazón roto. Desgarro interior. Aterrada. Así me estaba sintiendo. Y ahí es cuando abro los ojos.

—Joder, todo ha sido un mal sueño que he vivido como la más cruda realidad —afirmo en voz alta, con la voz temblorosa todavía.

El pánico me sigue inundando, tengo la horrorosa pesadilla metida en el cuerpo, el miedo me recorre de la cabeza a los pies y salto del sofá como si estuviera sentada sobre mil pinchos. Me desplazo por el salón una y otra vez, alterada, subiéndome por las paredes.

Es como si hubiera vivido de manera tan real ese sueño..., como si me hubieran dado esa noticia, he podido sentir como lo había perdido para siempre, como no volvería a verlo nunca, como jamás podría ser feliz sin él. Y he gritado y pataleado, sintiendo ese miedo arrebatador a no tenerlo. A que fuera verdad. He podido ver de cerca lo que es sufrir cuando no se puede hacer nada.

—NO, NO, NO. NO, JODER.

Si algo me ha quedado claro después de casi perderlo —imaginariamente— es que no quiero que eso pase.

—Necesito saber de él. Quiero hablar con él. Yo sí puedo hacerlo todo. Yo sí tengo la oportunidad de hacer que las cosas cambien. Aquí no está todo perdido como en mi sueño.

Y quiero hacerlo. No puedo permitirme el lujo de dejarlo marchar. Y si tiene que salir mal, que salga, pero que no sea porque yo me niego a vivirlo con él, porque no me lo perdonaría.

Porque no quiero seguir autoconvenciéndome de que hice lo correcto. Porque si tenemos que sufrir, sufriremos, como lo estoy haciendo ahora yo por tratar de evitarlo justamente. Porque si tiene que ir bien, irá bien.

Y si sale como el culo, pues ya lloraremos cada uno por su lado. Y si nos enamoramos, pues tendremos la vida entera por delante para recorrerla y avanzar juntos. Y si nos desenamoramos y descubrimos que esta Navidad solo ha sido un espejismo, pues nos separaremos y aquí paz y después gloria. Pero no voy a arriesgarme a perderlo de una, como en la pesadilla. O porque se vaya con cualquiera y rehaga su vida, cuando lo quiero a él en la mía. Viviendo la suya junto a mí. Y a tomar por culo la bicicleta. He tenido que dormirme un rato para despertar a la vida y salir del letargo.

—Yo que le había pedido al altísimo y a la virgen de la Macarena que me iluminasen por el camino correcto..., ¿será una señal del destino?

Y como dice Fonsi en su canción...

*Una señal del destino,
no me canso, no me rindo,
no me doy por vencido...*

Y no, no pienso darme por vencida ni renunciar. Ya no. He perdido todos estos días... Y mientras yo lloraba, él habrá estado echando pestes de mí y pensará que soy lo peor que se ha cruzado en su vida, por no hablar de que se habrá lamentado ochocientas veces de haberme conocido.

—Y a ver cómo narices arreglo yo el *embolao* ahora... Va a pensar que estoy como una jodida chota.

Decidida cojo su regalo de nuevo. Observo la acuarela. Y ya no lloro. Ahora sonrío. Y pienso en él, pero no con pena, sino con amor. Con arrojo y valentía. Con decisión. Pero también con miedo. Porque tengo claro que no lo voy a dejar escapar, pero todo esto asusta. Igual que lo hacía dos días atrás, solo que ahora voy a echarle cojones a la vida y a ver qué nos depara. Porque él me alegraba los días. Y las noches. Y cada rato que pasábamos juntos era mejor y más especial que el anterior. Y yo quiero todo eso en mi día a día. Vino al pueblo para llenar de color mis días grises, sin saberlo. Y lo consiguió. Y a su lado he vivido una auténtica historia de amor, corta, sí, pero intensa. Una historia de cuento, una Navidad de película. Y por eso voy a tratar de alargarla y que dure toda la vida, si es que él quiere. Una Navidad para siempre. Y si es que nos sale bien. Porque los temores siempre me van a acompañar, pero espero que él esté ahí para ayudarme en los malos momentos, para que los superemos juntos y crezcamos unidos.

Y hubiera dado todo porque no se terminara días atrás, pero no pude, y ahora voy a dar lo máximo de mí para recuperarlo y traerlo de nuevo junto a mí. Y por superar esas inseguridades. Porque ahora sé que sin él ya nada tiene sentido.

No he dejado de notar el vacío que me provocaba su ausencia. He añorado como una loca estos días pasados. Me he cansado de echar de menos sus abrazos, sus caricias. Su calor de hogar. Lo he extrañado hasta hartarme y ya no puedo más. Ya no concibo nada si no es a su lado.

«Está en tu mano», me resuena la vocecilla de Carlota. Y es que tiene razón. Siempre la ha tenido. Ella e Isa en todo lo que me dijeron.

Está en mi mano. Y necesito decirle lo que siento. Decirle que me equivoqué y que todo lo que le solté solo era una patraña fruto de mis miedos, un plan trazado, pero que realmente lo

único que quiero es a él.

Y en un arrebato, muy propio de mí, decido que ha llegado el momento de mover el culo, pese a que haya actuado de manera tan cobarde... pero también es de humanos errar y querer arreglarlo. Y más yo, que soy una experta en el arte de cambiar de opinión.



SORIANOS Y ADOPTADOS

Mara:

Chicos, perdonad mi ausencia. Me marchó unos días. A la vuelta, os cuento con pelos y señales.

Meto en una mochila cuatro cosas, entre ellas las bolas de Navidad y la pintura. Y entonces me viene una luz a la cabeza. Él me dibujó a mí y yo voy a decirle lo que quiero de la misma manera.

Y me siento en la mesa, decidida a sacar mis mejores dotes artísticas y con un bote de lápices de colores, en un trozo de cartulina de color hueso, plasmo lo que siento, lo que quiero decirle, lo que quiero que él vea. Ese algo que sé que va a llegarle y a llenarle, o eso espero.

Cuanto termino, satisfecha, solo me queda algo por hacer.

Mara:

Dame la dirección de Carlos, por favor. Voy a ir a buscarlo y a pedirle perdón.

Carlota:

Olééé, esa es mi amiga. Por fin reaccionas. Parecía que no querías ser feliz.

Mara:

Quiero serlo y con él.

**Carlota: ¿Y dónde quedó el miedo, el terror, la inseguridad?
:P**

Mara:

No se han ido, pero hemos firmado un pacto de no agresión y he decidido intentarlo.

Lo he visto claro en un sueño. Ha sido como una revelación, creo que por ahí arriba me han echado una mano...

Carlota:

¿Una revelación? Bueno, da igual, sea lo que haya sido que te ha abierto los ojos, te ha hecho un favor.

Mara:

Solo espero que valga la pena intentarlo.

Carlota:

Ea, tira. Con dos ovarios bien puestos. Ahora te la paso. Es 3 de enero, te doy dos días para recuperarlo, de ganduleo y folleteo en los madriles, pero os espero aquí para ver la cabalgata todos juntos el 5 por la noche, ¿eh?

Mara:

Ojalá. Deséame suerte.

Carlota:

No la necesitas, lo tienes en el bote.

Mara:

Pásame también la dirección de su oficina, por la hora a la que llegaré, quizá esté trabajando.

Carlota:

Eso ni lo dudes. Tu futurible es un *workaholic* de libro, muñeca.

—Torrija, mi vida, nos vamos a Madrid a ver a tu amiga Donete y al Gominas. Tengo que recuperar al amor de mi vida —le digo mientras monto el trasportín en mi coche y me subo para emprender el camino de Montaves a Madrid.

CAPÍTULO 47



CARLOS

Miércoles. Han pasado apenas tres días desde que regresé a Madrid y creo que nunca me he sentido peor anímicamente hablando. Hundido es la palabra. ¿Cómo dos semanas pueden darte tanto la vuelta? No me hallo. No me siento yo. Extraño el pueblo y sus gentes. Echo de menos todo lo que he vivido. Me falta ella.

Tristeza. Apatía. Vacío. Desolación. Ganas de nada, tan solo de olvidarlo todo. A mi cabeza no dejan de venir en todo momento *flashes* de lo que he vivido junto a esa mujer estas semanas. Desde que puse un pie en el pueblo hasta que me echó de su vida sin contemplaciones ni miramientos.

«Y yo que pensaba que era ella. Que había encontrado a mi posible media naranja... y nada que ver. Y lo malo del asunto es que por más que trato de borrar de mis pensamientos su imagen, sus preciosas risas, sus chascarrillos y respuestas espontáneas y alocadas, sus ojos brillando cuando se cruzaban con los míos, sus besos, su olor, su sabor... mi corazón sigue latiendo por ella, incapaz de dejar de sentir, de quedarse solo con la parte mala, y me recuerda de manera continua lo bonito que ha sido, pese al final».

¿Corto? Sí. Los flechazos existen. La atracción, la química... y todo eso lo teníamos nosotros a raudales. Y lo que surgió fue tan inesperado como increíble, tan pasional y salvaje, a la vez que tierno y romántico, tanto que al romperse no ha podido hacerme más daño. Porque me la creí. Me atrapó.

Me la jugué, valiente, ilusionado como un chavalín, y perdí. La perdí. Porque Mara lo ha roto todo, haciendo estallar mi vida en mil putos pedazos, tanto que mis ilusiones se esfumaron, mi alegría se quedó en Montaves y todo lo que sentía por ella... nah, eso sigue ahí, intacto, bien anclado, cual barco amarrado a puerto, y con poca probabilidad de zarpar. Porque dudo mucho que pueda olvidarla, aunque pondré todo de mi parte para lograrlo, porque si algo tengo claro es que no me merece. No merece que yo sufra por ella.

Aunque no se pierde lo que nunca se ha tenido. Y yo no la llegué a tener. Ella estaba, sí, en cuerpo, en mi cama, en el sofá, en todas partes de la cabaña, pero no en alma. Y yo no lo vi

venir, y por eso el golpe fue aún mayor. Porque sin darme cuenta fui involucrándome más y más, directo a una hostia gigante, justo cuando creía que íbamos ambos, flechados, incluso ella a más velocidad, por el mismo camino. El de enamorarnos mutuamente y decidirnos a vivirlo todo, sin dejarnos nada, sin miedos, sin reparos, con la vista al frente, y ver con qué nos sorprendía el universo, pero unidos. Solo que no era así. Mara iba por un lado muy diferente.

Para ella era diversión, sexo, solo cuatro polvos bien echados y para mí sentimientos creciendo a la velocidad de la luz sin darme cuenta o sin querer asumirlo. Porque si ella venía de sufrir, yo también lo había pasado mal. Y si ella era reticente, yo más.

Y estaba en lo cierto al no querer ni oír hablar de mujeres ni relaciones. Y con todo me dejé llevar. Me lancé al barro para dar la batalla, creyendo que iba a ganar y que sería la definitiva. Por eso el palo es como una losa en la espalda, porque cuando estás en mitad de una historia, que ni tú mismo te puedes creer porque es alucinante, como en las grandes novelas románticas, demasiado increíble, y que te hace sentir tantísimas emociones, tantas que te alegra la vida y la existencia; cuando el final se apresura, se presenta de manera imprevista y llega de manera que arrasa con todo y encima sin ser el esperado, es una sensación tan nefasta que duele hasta recordarlo.

Duele verla todavía con la maleta esperándome para largarme. Duelen sus palabras dañinas. Su frialdad. Duele tanto que nubla. Porque ilusionarse y que te engañen, mata. Porque engancharse y que te mientan, devasta. Porque sentir y que no sientan, hunde. Porque enamorarse y que te pisoteen, aniquila. Porque hacer el ridículo, jode. Porque todo es una puta basura. Porque ella solo quería jugar y yo pensé que el juego era otro, era de dos, pero aquí nos sumergimos en partidas diferentes a juegos distintos.

Y ella estará tan contenta como siempre, como si no hubiera pasado nada, y yo estoy metido en el fango hasta el cuello. No me veo capaz de superarla. No veo posible a día de hoy olvidarla y dejarla atrás, hacer como si nada hubiera sucedido. Y sigo sin creerme sus palabras, buscando excusas que justifiquen su comportamiento, buscando mil porqués sin encontrar ninguna respuesta clara.

«Porque no la hay. Porque ella vio en mí un rollito navideño mientras yo me hacía ilusiones como un tonto. Porque a ella le rompieron el corazón y ya no cree en el amor, mientras yo, aunque me coma los palos como los donuts, al final creo y acabo cayendo y tropezando con la misma piedra una y otra vez. Porque a ella la destrozaron y ahora le ha dado igual joderme a mí».

Menos mal que conmigo siempre tengo a Donete, a la que me aferro sin dudarlo en cuanto entro en casa cada noche; a mi familia, a los que dejé plantados en Nochevieja y Año Nuevo porque no me sentí capaz de celebrar nada cuando por dentro me sentía como si estuviera en un entierro, el de «lo nuestro», y que de nuevo el trabajo está siendo mi asidero en estos días en los que de buena gana no me movería del sofá de mi piso o del *gym* para desfogar.

Ojalá no te hubiera conocido nunca, de Muchachito bombo infierno, suena en la emisora de la radio *online* que tengo abierta en una pestaña del ordenador mientras trabajo.

*Ojalá no te hubiera conocido nunca
Ojalá no te hubiera conocido nunca
Para no amarte siempre
Para no verte sin verte
Para borrar tu recuerdo del que siempre me acuerdo*

Y nunca me deja en paz.

Me representa demasiado... qué puntería, sí, señor. «¿Cómo puede haber pasado todo esto? ¿Por qué tuve que conocerla y empezar ese jueguito con ella? ¿Por qué cojones di pie a todo lo que sucedió? ¿Por qué decidí dejarme llevar? ¿Por qué tuvo que tratarme de esa manera, como si fuera un perro? Y sobre todo, ¿por qué no consigo odiarla por más que quiero?».

Porque estoy enfadado con ella. Mucho. Y aunque inconscientemente las busco, no hay excusas que valgan a su comportamiento. Porque con la gente y con los sentimientos es demasiado sucio y rastrero jugar. Y ella lo ha hecho conmigo sin pararse a pensar más allá. Me pidió que me quedara para follar, no por mi compañía, no porque estuviese a gusto conmigo, no porque le gustase y quisiera ver qué pasaba. Me pidió que me quedara por mi rabo, solo por eso. Para tener con quién acostarse. ¡Manda cojones!

—¿Quieres hacer el favor de levantar de una vez la cabeza del papel? —me recrimina mi jefe entrando en la oficina seguido de nuestra asistente, sacándome de mis pensamientos—. Llevas desde que volviste de ese pueblo, según tú: tan encantador, pero que te ha sentado fatal, sin parar. Hazme caso y déjalo por hoy.

—El pueblo, para tu información, es la hostia y no, no pienso hacerte caso. La última vez que lo hice me cogí vacaciones... —contesto, jodido, porque si no hubiera ido a Montaves ahora no estaría hecho polvo y todo sería bien distinto. Porque no la habría conocido.

—¿Y acaso fueron mal?

—Prefiero no hablar de eso, si no te importa.

Y es que es cierto, no quiero hablar de las vacaciones, porque todo se resume en ella, en Mara, y paso de mencionar nada que tenga que ver con esa persona tan dañina que no ha tenido problema en utilizarme y mandarme a la mierda cuando se ha aburrido, dejándome más tirado que una cáscara de fruta en el cubo de basura.

—Pues sí, me importa cuando llevas esas ojeras y desde que te vi tienes esa cara de perro apaleado, por no hablar del entrecejo fruncido siempre como si estuvieras rabioso, molesto... y de la cantidad de borradores que has empezado y tirado a la papelera ya.

—Se me pasará. Déjalo estar... y no te preocupes, que el trabajo saldrá adelante.

—No me preocupa el trabajo, nos preocupas tú, ¿verdad, Sonia?

—Toda la razón. Te conocemos y sabemos que algo te ha pasado en estas semanas...

—¿Sabéis qué ha pasado? Que no me tenía que haber largado, me tenía que haber quedado aquí, preparando campañas, y no haberos hecho caso —les espeto, contrariado, dando un manotazo sobre las torres de carpetas que hay encima de mi escritorio.

—O te relajas o pienso obligarte otra vez a que te tomes unos días más para que descanses y duermas, que visto lo visto te hace falta, y vuelvas como nuevo.

—No lo necesito, no me toques los cojones...

—Y entonces, ¿qué necesitas?

—Que no os preocupéis por mí y me dejéis currar tranquilo, por favor —les ruego, paciente.

—Como quieras —acepta resignado Ricardo—. Yo tengo planes, así que ahí os dejo, juventud..., no trabajéis mucho —se despide, antes de recoger su maletín y salir por la puerta.

—Deja entreabierto, ya cierro yo, que también voy de salida —le pide Sonia, dispuesta para marcharse.

Nos quedamos a solas y soy consciente de que ahora viene el tercer grado por parte de esta, cosa que pienso esquivar a como dé lugar, sabiendo, además, el interés que siempre ha

demostrado en mí. No quiero explicarme, no quiero contar nada, solo quiero trabajar e irme a casa, meterme en la cama y tener una noche tranquila.

Pero las preguntas empiezan... y, aunque trato de resistir, termino aflojando algo porque es Sonia y me conoce. Aparte, nunca ha cejado en su empeño de que tuviésemos algo, de manera más sutil unas veces y otras más descaradamente. «Y hoy viene a por todas».

«¿Y si sucumbiera ante ella?», pienso mientras me habla, esforzándose por agradarme, proponiéndome diferentes planes para esta noche con tal de que acepte. «¿Me ayudaría eso a apartar a Mara de mi mente? ¿Conseguiría arrinconar todos esos *flashes* que no dejan de aparecer en mi cabeza? Quizá me vendría bien... Puede que sea la única forma de poder borrarla».

—Anda, vamos. —Tira de mí ella y yo me dejo levantar de mi silla.

La sigo. Solo que no llegamos muy lejos porque cuando estoy ayudando a Sonia a colocarse el pelo por fuera del abrigo para que no se lo pille y marcharnos juntos de la oficina, se oye un golpe a nuestra espalda y al girarnos no puedo creer lo que ven mis ojos.

«Ricardo había dejado la puerta abierta...».

«Debo de estar alucinando, joder».

CAPÍTULO 48



MARA

Como me imaginaba, el atasco a la entrada de Madrid es horrible. Yo soy provinciana, odio las prisas y las aglomeraciones, no podría con el ritmo de vida de los madrileños; y lo confirmo tras estar casi una hora en una retención, más lo que tardo hasta llegar al punto en que Carlota ha podido reservarme una habitación de hotel lo más cerca posible de la oficina del Gominas, en Gran Vía.

—Encima me voy a dejar medio sueldo, pero ¡ea!, todo sea por recuperarlo.

La primera parada es su casa y era obvio que allí no iba a encontrarlo, así que, acojonada perdida, me dirijo con rapidez hasta el edificio donde trabaja.

Cuando me veo allí, en la puerta, me entran los siete males porque el momento ha llegado. Mis piernas tiemblan, pese al frío estoy empezando a sudar... de los nervios. Y puede que, tal vez, más tarde me arrepienta de lo que voy a hacer, pero ahora es lo que me nace. Y es a lo que he venido... ¡Qué narices!

Echándole valor, entro en el colosal edificio de oficinas y cojo el ascensor hasta la quinta planta. Allí localizo cuál es la de Carlos y me sorprende encontrar la puerta entreabierta. Dudo si, aun así, llamar para que me abran y no entrar como un elefante en una cacharrería allá donde no he sido invitada, pero cuando pego la oreja a la puerta y escucho su voz, el corazón me da un vuelco y decido no esperar.

—¡Allá vamos!

El ansia me come y quiero verlo ya. Quiero decirle cuanto antes todo lo que he ensayado por el camino. Bueno, y todo lo que me salga de dentro hasta quedarme a gusto. El resto vendrá solo.

Voy decidida a darle la sorpresa de su vida, solo que en ese momento una voz femenina le da la réplica en el interior de su despacho, por lo que me detengo en seco, sin llegar a darme a vistas, y me paro a escuchar lo que hablan.

—A mí tampoco vas a contarme qué te pasa, ¿no? —Escucho que pregunta ella.

—Chica lista...

—Has vuelto de un seco y huraño...

—Ya ves, cosas que pasan. La gente cambia, hay épocas mejores que otras. Y esta... digamos que es mejorable.

«¿Hablan de mí, de nosotros?».

—¿Puedes ser un poquito más explícito?

—No lo veo necesario...

—¿Es algo de tu familia?

—No no, ellos están bien...

—¿Y entonces? ¿Qué te tiene así?

—Ya te he dicho que nada. Son momentos...

—¿No será un lío de faldas? —Y se hace el silencio.

«¡Mierda!, ¿qué estará pasando?».

—¡Es eso! ¿Has conocido a alguien? —vuelve ella al ataque ante la falta de respuesta de él—. ¿Y por un rollo sin importancia estás así? ¡Vengaaa ya, Carlos!

«¿Y esta qué coño sabrá? Ya podía darse un puntito en la boca».

—No ha sido un rollo sin importancia, ¿vale? Dejemos el tema, por favor.

Y con su frase, contundente, respiro.

«Por lo menos defiende lo que hubo, aunque piense lo peor de mí».

—Si necesitas hablar... —oigo que le dice la mujer—, sabes que yo estoy aquí para ti, a cualquier hora... Solo tienes que decirme ven y voy.

«Ja, mírala qué lista la muchacha... Esta va detrás de él...».

—Gracias, lo sé. No quiero que te preocupes por mí, estoy bien —contesta él.

«Vaya, qué suerte... yo estoy hecha un trapo de fregar cristales».

—No lo parece. Si te apetece podemos ir a tomar una copa —propone ella y a mí me sube la bilis a la garganta, porque quiere llevárselo al huerto, aunque parece que él se resiste poniendo excusas.

—No creo que sea buena idea, tengo mucho que hacer aún...

—En cambio, yo creo que es una idea genial.

—Ni siquiera he terminado y mira qué hora es.

—Es la hora de salir de aquí y despejarnos, cenar... Mira... Tomamos unas raciones o podemos ir al sitio que tu elijas, charlamos, nos reímos... y lo que surja. —Escucho detrás de la puerta y tengo que contenerme mucho para no entrar y trincarla por los pelos, porque la tía no se corta nada.

«¿Cómo que... y lo que surja? ¡Tú flipas, chavala! La señora esta va a por todas».

—No tengo hambre —le responde él.

«Bien por ti, mi Gominas».

—Pues nos damos un paseo, vemos las luces de Navidad, comemos unos churros con chocolate calentito en San Ginés, o vamos a patinar a Plaza de España en la pista del mercadillo. ¡Ánimate y hagamos algo, es Navidad todavía! —insiste la pava, pesada como ella sola. Ella no quiere churros de San Ginés, ella solo quiere comerse un churro, el que es mío...

«Ufff, señor, dame paciencia, porque como me des fuerza voy y le calzo una *guantá*».

—¿Tú no eres la que dice siempre que no quiere grasas? —rebate él, haciéndome gracia el rechazazo que le ha pegado.

«Es que Carlos además de encantador, atractivo, guapo, sexy, romántico, es taaan divertido...», pienso con la baba caída, al tiempo que vuelvo a la conversación que se está produciendo al otro lado de la puerta.

—Por ti lo que haga falta, cariño, como si quieres unas raciones de croquetas o unos bocatas de calamares. No consiento verte así por una tipa cualquiera.

«¿Una tipa cualquiera? ¿A que le meto? ¿Y esas confiancitas? ¿Cariño? Yo no llamo cariño a don Severiano... A ver si aquí va a haber tomate...».

—No es ninguna tipa... Déjalo estar.

«Olé, ese es mi chico. “Mi chico”. Pese a cómo me he portado, me defiende... no me lo merezco. No me ha olvidado. Vale, en tres días no se olvida a nadie, pero si me defiende es porque no me odia tanto como creía».

—Bueno, no te enfades. Venga, salgamos y te despejas... podemos pasarlo muy bien, ya me entiendes... —continúa provocando ella y a mí está a puntito de salirme urticaria por todo el cuerpo con solo escucharla.

—Quizá tengas razón y me venga bien airearme un rato —responde él, dejándome cara de idiota.

«¿En serio? ¿Perdona? ¿Se va a ir con ella? ¿De qué coño va esto? ¿Le gusta esta tía?».

—Pues claro que sí. Nos vendrá genial, que hace mucho que no salimos juntos. Dejemos que la noche nos sorprenda...

«Va a saco la muy asquerosa... ¿Hace mucho que no salimos? ¿Habrán tenido algo tiempo atrás? Y él... ¿se la piensa tirar o qué? Hombres. Todos unos *jodíos* cochinos».

—Créeme, no quiero sorpresas.

«¿Más aún, bonito? ¿Tú eres el que se fue hecho polvo de Montaves?». «¡Y un cuerno...! A los tres días ya está dejándose querer por la que tiene más a mano, claramente».

—Estás demasiado inapetente y desganado, grandullón. Dime cómo puedo hacer para que te animes —le dice ella, con un tonito de voz demasiado sugerente que me da ganas de vomitar, y de llorar también, pero eso no pienso hacerlo. No. Me niego.

—¿Sabes cómo se hace para no pensar y volver semanas atrás? ¡Ojalá no hubiera viajado por vacaciones!, ¿sabes? —JO-DER. «Él».

«Se arrepiente de todo. Se arrepiente de haber estado conmigo. Quiere borrarlo. Y lo peor es que me lo merezco por imbécil».

—Me temo que no, pero se me ocurren algunas ideas para hacer que se te pase rápido, evadarnos, relajarnos y disfrutar... —propone, de manera sutil y velada, pero vamos, hay que ser muy tonto para no darse cuenta de lo que le está proponiendo; y es que, joder, solo le falta quitarse el vestidito pijo que, seguro que lleva, y ofrecerse allí mismo, abrirse de piernas y pimpín, pa'lante.

—Sonia, somos compañeros... ya lo sabes —le repite él, sembrando una mínima esperanza de que se arrepienta de aceptar la proposición, y, sobre todo, de que sea porque sigue pensando en mí y no esté todo perdido.

—Eso no es un problema.

«Cállate, perra, que mi chico no es para ti». Si me valiera, entraba..., pero quiero escucharlo todo y aprovechar que no me he dado a vistas.

—Bueno, solo una copa... —«Él».

«Ha aceptado. Se marcha con ella. Todo a la mierda».

«¿Para qué coño van a ir a tomar algo? No les hace falta salir de la oficina, total, lo que van a hacer es echar un polvo y eso queda más que claro».

«Aquí no pinto nada, no tenía que haber venido. Debería haber supuesto que es un tío, y que si yo le mandaba a volar, por mucho que todas dijeran que él es distinto, no es verdad. Y se va a

ir con ella, y se van a liar... y yo estoy que me muerdo y me enveneno. ¿Qué hago, joder? ¿Qué hago ahora?».

Dudo por un momento si marcharme de allí echando hostias, sin que sepa que he venido a buscarlo... o plantarme frente a él, soltarle todo lo que tenía pensando, darme media vuelta e irme por donde he venido.

La Mara de hace tres días daría media vuelta presa del miedo, de la inseguridad tras haber confirmado que lo había perdido y verlo tonteando con otra mujer, y hubiera salido corriendo. Pero hoy es hoy. Ya no soy la misma y ahora quiero otra cosa. Lo quiero a él. Lo quería a él, porque tras lo que he oído me deja mucho que desear... Tan dolido no está, eso seguro. Y sí, esta vez estoy celosa como la que más. Ojalá la tía lo deje con las ganas, a medias, y se la tenga que cascar contra la pared.

—Una, dos copas... la noche es joven y nosotros también. Tú necesitas divertirte mucho más que yo, y, créeme, te vendrá bien. Y a mí me encantará poder ayudarte y hacer que lo que sea que tienes en la cabeza se vaya rápido. Confía en mí, tengo mis tácticas para hacerte olvidar... — Continúo con la oreja pegada a la pared.

«¡Qué asco, chaval! ¿Cómo se puede ser tan arrastrada y tan rastrera? ¿No te das cuenta de que vas a ser un polvo de una noche, bonita?». «Muchas relaciones empiezan así, Mara, con un buen revolcón».

«Será fresca la muy lagarta, vamos, que le falta subirse a la mesa, abrirse de piernas y enseñar el menú. Y eso sí que no... para algo he venido y voy a hacer lo que tengo que hacer».

Y antes de que se vayan, me cuelo por la puerta observando la escena, de espaldas a ellos. Y con toda mi mala baba, cierro de un portazo, adrede para hacer notar mi presencia.

Y cuando Carlos se gira y me ve se queda de una pieza. Mis ojos se anclan a los suyos y una culebrilla me recorre el cuerpo. Está sorprendido, se queda parado en el sitio, sin moverse —no esperaba que viniera a abrazarme después de echarlo como lo eché, pero algo más de movimiento tal vez sí— y sé que está tan nervioso como lo estoy yo, que siento que no voy a ser capaz de hilar ni una frase. «Mara, no se te ocurra trabucarte y hacer el risión frente a esta».

Creo que ni la voz me va a salir de dentro ante esta situación tan ridícula y humillante. Pero no voy a flaquear. A la vida hay que echarle pelotas. Y este mendrugo no se va a escapar de rositas. Y si quiere irse con ella a follar por ahí, que lo haga, pero tras escuchar todo lo que tengo que decirle. Que para eso me he hecho 300 kilómetros y voy a dejarme mi paga de este mes.

CAPÍTULO 49



MARA

—Buenas noches. Siento interrumpir esta bonita escena... —suelto nada más entrar, sin mirar a la chica, solo dirigiéndome a él, que tiene el rictus desencajado.

—¿Qué haces tú aquí? Esto sí que no me lo esperaba —me responde con frialdad.

—He venido para hablar contigo.

—No creo que tengamos nada de qué hablar. La última vez quedó todo claro.

—Por eso mismo estoy aquí, porque ya sabes que a mí me gusta hablar las cosas a la cara. Y no todo está tan claro.

—Pues, lo siento mucho, pero por mi parte no tengo nada nuevo que decirte ni tampoco me interesa lo que sea que tú quieras contarme.

—He venido para que charlásemos tranquilamente, pero ya he visto que te he pillado muy ocupado con aquí la señorita presente...

—¿Pensabas que me ibas a encontrar llorando por los rincones por ti? Pues para que veas, no. Si te removía la conciencia, ya has comprobado que estoy de lujo, por lo que puedes marcharte sin problema a joder a otros.

—¿Podemos hablar o vas a seguir en ese plan?

—Ni creas que tengo el menor interés en hablar contigo ni en escucharte. De hecho, íbamos de salida, a cenar...

—Ya he escuchado a tu amiga... churros, ¿verdad?

—O chocolate caliente, quién sabe. En Navidad es una opción más que apetecible... — responde, dañino.

—Por supuesto, por supuesto —afirmo yo, de manera irónica.

—Así que, si no te importa..., es tarde y no tienes nada que hacer aquí.

—¿En serio crees que no tengo nada que hacer aquí?

—Exacto, eso mismo...

—¿Tú estás tonto?

—Eh, para el carro. Ni por un segundo creas que voy a entrar de nuevo en tus estúpidas

batallas dialécticas. No tengo ganas de pelea, Mara. Es mejor que te marches y me dejes tranquilo. Olvídate de que existo.

—No pienso irme a ningún lado, Gominas. He venido para que me escuches, y te pongas como te pongas vas a hacerlo —le espeto, sin cortarme un pelo, ante su atenta mirada y la cara de sorpresa de la tal Sonia.

—¿Y esta tipa de qué va? —pregunta ella, indignada.

—Tranquila, la chica es así... un tanto peculiar en sus formas, ladra pero no muerde.

—Y tú eres un tanto gilipollas, lo sabías, ¿no?

—Yo sé muchas cosas, otras no te las imaginas ni te las esperas y al final te acaban sorprendiendo, para mal, claro. Te suena esto, ¿no?

—Yo...

—¿Tú qué?

—¿No querías hablar? Pues hazlo de una vez y lárgate. Tenemos prisa.

—Ya veo lo que te importa que yo esté aquí. Parece que tu prioridad ya es otra...

—Correcto, no veo por qué tendría que darte preferencia a ti después de cómo me trataste, pero, tranquila, ya está olvidado. Habla.

—Vaya, con qué facilidad olvidas tú, ¿no?

—La verdad es que cuando te mienten y te engañan resulta muy sencillo pasar página.

—Ya veo, ya —susurro, negando con la cabeza.

—Si queréis os dejo a solas —interviene la tercera en discordia.

—Te lo agradecería —le respondo yo.

—No tienes que marcharte, Sonia. Que diga lo que tenga que decir y se marchará igual que ha venido —contesta él, con desdén, haciendo que me arrepienta aun más de haber hecho el viaje para nada, porque está demasiado dolido conmigo y me lo está poniendo bastante difícil ya que se muestra cerrado, tan inaccesible que no parece él.

—No te esfuerces por hacer que te da igual, ya me ha quedado claro.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —me pregunta él, fijo en mí, dejándome leer que está tenso y que, por supuesto, está representando un papel de indiferencia que le queda más que grande, porque él no es como se está mostrando en estos momentos. Él es un buenazo y está dolido.

—Mira, te lo voy a decir solo una vez y no sigas comportándote como un puto niño o harás que me arrepienta de haber venido.

—Por mí, puedes hacer lo que quieras.

—Ambos sabemos que no es así... en cualquier caso, respeto que estés enfadado porque yo también lo estaría y no poco, pero te estás pasando, me estás tratando como una mierda, y si aquí hay alguna es tu actitud. Vengo directa del pueblo solo para hablar contigo y te encuentro aquí haciendo planes... cero dolido para el drama que hiciste y ¿sabes qué? Que me jode, porque yo llevo todos estos días hecha una mierda, pero ya veo que tú has estado mejor y más entretenido —le suelto con todo el sarcasmo del mundo y un tonito de retintín que me sale de dentro sin pensar. «Y que en este momento se merece por cochino».

—¿Acaso te molesta o te importa lo que yo haga? Porque en mi caso me es indiferente lo que tú hagas con tu vida.

—Pues mira, sí, me importa y mucho, pedazo de imbécil. Porque yo venía a pedirte perdón, a decirte que lo hice mal, quería explicarte tantas cosas... Y, en cambio, llego y la primera en la frente, te encuentro de zorreo en vez de sumido en la tristeza como supuestamente estabas. ¡No me jodas! Y, por si te lo preguntas también, sííí... estoy celosa. CE-LO-SA, ¿te enteras? —

añado, sacando toda la furia porque ya me he venido arriba.

»Peero ¿sabes qué te digo? Que si te ha costado tres días irte con otra, me alegro de haberme dado el viaje para darme cuenta de que no mereces la pena, que no eres el tío maravilloso que creía, sino uno más del montón que lo único que busca es meterla en caliente. Así que, ahí te quedas, que te aprovechen los churros y disfrutes mucho de todas las tácticas que aquí la amiga tiene para consolarte y hacer que te olvides de mí, aunque según tú, lo hayas hecho ya, y todo te de igual.

—Yo... —titubea él.

—No —le corto gesticulando con las manos—, ya no. No sigas. Ahora soy yo la que prefiere dejarlo estar. Ya he visto y oído todo lo que tenía que ver y oír. No quiero más. Sería una estupidez enfrascarnos ahora en una... ¿Cómo lo has llamado? Ah, sí, estúpida batalla dialéctica... un sinsentido, y déjame decirte que, por lo menos, me alegro de haber venido a tratar de arreglarlo, porque me ha quedado todo muy claro —reconozco dando media vuelta en dirección a la salida, con un nudo gigante apresando mi garganta y haciendo verdaderos esfuerzos por no romper en llanto.

—Ahh —me detengo, sacando de mi mochila la caja con las bolas de Navidad, y por un segundo dudo en qué hacer con la pintura que le he hecho, pero finalmente la dejo guardada—, esto es tuyo. Gracias por el detalle, pero yo ya no lo quiero —le digo, dejándolas con cuidado sobre la mesa que hay al lado de la puerta, para a continuación salir corriendo de allí, como si me persiguiera un cocodrilo gigante pisándome los talones.

Solo pienso en desaparecer, ojalá pudiera hacerme invisible después del numerito, pero qué carajo, encima que vengo me lo encuentro haciendo el gañán con la tía esa. Es que al final, todos son igual de básicos y primarios... y me ha jodido de una manera brutal verlo con esa petarda en actitud ¿cariñosa?

Bajo las escaleras despavorida y me meto en una Gran Vía atestada de gente, casi sin poder andar de la cantidad de personas que a estas horas abarrotan las calles para ver la iluminación callejera mientras se hacen fotos a cada paso con los arcos encendidos.

«Qué oportuno todo... ¿Puede toda esta gente quitarse de en medio de la calle e irse al diablo? Solo quiero llegar al hotel y desahogarme porque, aunque he hecho lo que me ha salido del moño, siento que venía a arreglarlo, y lo he empeorado todo de nuevo. Así de lista soy...».

CAPÍTULO 50



CARLOS

No soy capaz de reaccionar. No sé qué acaba de pasar. El corazón me va a mil dentro del pecho, tanto que parece que va a salirse por la boca en cualquier momento. Cuando me acerco a la mesa y cojo el paquete rojo, vuelvo a revivirlo todo y siento lo mismo que sentía cuando compré ese detalle para ella en Montaves. Me sudan las manos cuando deshago el lazo y quito la tapa con cuidado, casi sin atinar, por los nervios.

—Ha venido, ha venido... Es ella, «mi Lunática...».

—Sí, ha venido y se ha ido huyendo, ¿no te das cuenta? —me hace reaccionar Sonia, que pese a todo, se comporta como la amiga que es y no barre para casa.

—Se ha ido porque ha querido...

—Te has pasado, no sé qué te habrá hecho la pobre, pero a mí me llegas a tratar como lo has hecho con ella y ahí te quedas para siempre.

—Dios mío, con esta mujer todo es una absoluta locura, un puto ir y venir que te deja KO.

—Está enamorada de ti, ¿no te das cuenta? Eso que ella ha hecho solo lo hace una tía que está muy colgada de alguien. Le ha echado huevos a la situación y lo tenía complicado.

—No la entiendo, hace nada me echó de su lado con cajas destempladas y ahora viene, se presenta aquí, arrepentida y reclamando... Y ¿qué pretende que haga yo?

—¿Qué quieres hacer? ¿Tú la quieres?

—Sí, la quiero. Me enamoré de ella en apenas dos ratos. Es increíble.

—Entonces, ¿qué haces aquí? Corre, vuela a buscarla, Carlos..., se ha ido a punto de llorar. Y se ve que tiene carácter, así que, si no vas, la perderás.

—Puff, conociéndola ya estará pensando que tenemos algo tú y yo.

—Si lo piensa, tú tienes parte de culpa. Podías habérselo desmentido porque nos ha escuchado y te lo ha dicho...

—No he sabido reaccionar, me quedé noqueado. No lo esperaba para nada. Ha venido, joder... Ha venido.

—Desde luego que estás noqueado y atontado también, porque la vas a perder, se va a ir si no

sales ahora mismo y la encuentras.

—Estoy cansado ya de ir detrás de gente que luego solo sabe hacerme daño. La quiero, sí, pero esto ya es demasiado ir y venir.

—Nunca es demasiado si hay amor de verdad, del bueno.

—Yo ya no sé ni lo que hay.

—Pues ve y acláralo con ella, pero no la dejes largarse así. Espabila, tío, ¡¡¡échale narices como ha hecho ella!!!

—Tienes razón, tienes razón... ¿Qué he hecho? Soy tonto.

—Tira, anda, que mira cómo está la calle de gente. A ver si la encuentras. ¡Suerte!

Y salgo despavorido, bajando los peldaños de las escaleras de tres en tres, y cuando abro la puerta del edificio y veo la marea humana que hay por todas partes siento que dar con ella será como buscar a Wally.

Avanzo como puedo, abriéndome paso entre la gente, incluso confundiéndola un par de veces, pero con la maraña de personal que abarrota el centro de Madrid no hay forma de localizarla. Grito su nombre varias veces, pero no hay ni rastro de ella. Las personas que me rodean me miran como si estuviera loco, porque no saben que sí lo estoy, pero por ella.

—Mara, ¿dónde te has metido?

Corriendo, escribo en el grupo de WhatsApp que tengo con Fran y Carlota:



NOS CASAMOS Y TE QUEREMOS EN NUESTRO EQUIPO

Carlos:

Chicos, por favor, decidme dónde se queda Mara.

Fran:

¿?

Carlos:

Coño, en Madrid. ¿Hotel, pensión, Airbnb?

Fran:

¿Qué hace Mara en Madrid?

Carlota:

¿Qué ha pasado?

Carlos:

Que la he dejado escapar...

Carlota:

JODER. Hotel Mayorazgo.

Fran:

Me encanta ser el último en enterarme de todo.

Carlota:

Luego te pongo al día, *baby*.

Fran:

Suerte, campeón. ¡A por ella!

Pero suerte ninguna, porque en el hotel no está y no consigo dar con ella. Tampoco coge el teléfono, por lo que no me queda otra que volver a casa sin Mara. Pienso en pasar por la oficina porque he dejado el trabajo sin terminar, pero desecho la idea con rapidez, porque no tengo la cabeza para ponerme a laborar, ni para nada que no sea ella: Mara.

—¿Dónde te has escondido, Lunática? ¿Dónde? ¿Estará de camino a Montaves?

Entonces recuerdo todos los sitios que quedamos en visitar cuando ella viniera a Madrid e iluso de mí me acerco hasta el Retiro, que ya ha cerrado y, tras eso, voy hasta la chocolatería de la que le hablé. Sin éxito, claro está. Deambulo por los alrededores por si tengo suerte de cruzármela, pero soy realista y esto es Madrid, no el pueblo. La probabilidad es de una entre un millón. Puede estar en cualquier parte. Incluso me acerco también al bar que mencionamos, donde se comen los mejores bocatas de calamares de la ciudad. Obvio, no la encuentro allí tampoco.

No hay ni rastro de ella. No se ha puesto en contacto con Carlota, con la que me mantengo en comunicación.

Desesperado, hago una última intentona y llamo de nuevo al hotel donde se aloja, pero por allí no ha regresado, o eso me dicen al otro lado de la línea.

Abatido, triste y sintiéndome impotente, regreso a casa.

Carlos:

Déjame encontrarte, por favor.

Pero no hay respuesta. Me hallo mirando el móvil a cada rato, nervioso, esperando que la pantalla se ilumine y aparezca su mensaje. Cosa que no sucede en toda la noche.

CAPÍTULO 51



MARA

Mis impulsos y yo. Cuando he abandonado la oficina solo quería teletransportarme y esconderme en el hotel, pero en el fondo, aunque un tanto liberada, sentía un pesar.

Bueno, dos, que Carlos se fuese a ir con ella me daba rabia, impotencia, pero el no haber sido capaz de darle la pintura y decirle que me la jugaba por él, que quería que lo intentásemos, eso era lo que no dejaba de atormentarme. Pero en el momento, y con público inesperado..., pues eso. Habría que nacer dos veces para hacer las cosas bien.

Encima la calle estaba —y sigue estando— llena de humanos encandilados por la iluminación navideña, nos encontrábamos como sardinas enlatadas y entre el agobio, el pesar, los nervios y la angustia casi desvanezco.

Conforme avanzaba he visto un pequeño local, y ahí he aprovechado la oportunidad para salirme de la aglomeración. Necesitaba parar, respirar y procesar lo que había hecho.

Un té de nata con leche y una ramita de canela es lo único que me ha calmado un poco. Lo contemplo, meneando la cuchara en círculos, sin parar, sentada en una silla frente a una mesa bajita tipo tetería, como si no hubiera nada más a mi alrededor. Pero lo hay. Hay parejas babosas que no dejan de magrearse o de besarse frente a todos en la oscuridad. Y digo yo que para esas cosas podían irse a un hotel «como nos dijeron aquellos chavales a nosotros una noche en la plaza Mayor del pueblo».

Y me dan envidia, sana porque están felices, están juntos y seguro que se sienten imparables porque cuentan los unos con los otros, porque comparten cosas tan tontas como un batido con dos pajitas o una galleta a *bocaítos*. Y no es el qué, sino el cómo y el con quién.

Y yo, pese a mi enfado y a echar humo por las orejas, lo extraño a él. A Carlos, que ahora, si no les he cortado el rollo, estará con ella haciendo... lo que sea que estén haciendo, me da igual. «Mentira, no solo no me da igual, sino que me repatea el higadillo».

—Si por lo menos le hubiera dicho todo y no me hubiese guardado nada, me habría quedado a gusto, pero no lo estoy. Algo me hace notar un comecome por dentro. Total, había venido a soltar, no a quedarme con la mitad en la mochila... y no me voy a ir de vuelta al pueblo peor de

lo que estaba. Yo fustigándome por ser una mochuela y él tan contento por ahí, con esa... ¡Manda cojones!

»No, no... no es justo. Yo la cagué y por eso estoy aquí. ¿Que me ha tratado como si no hubiéramos tenido nada? Sí. Como a cualquiera que te importa un pimiento. ¿Que me está bien empleado? Pues sí y no. Sí porque yo fui la primera que me pasé y lo hundí, pero nadie se merece que lo traten así y con espectadores delante. Y boba de mí, he salido por patas en lugar de seguir cantándole las cuarenta por soleares.

Y conforme lo pienso, la idea de volver y hacerlo va cobrando cada vez más sentido en mi cabeza, tanto que, sin darme tregua de arrepentimiento, pago mi consumición y salgo del local, metiéndome de nuevo en mitad de la humanidad congregada que recorre la calle, pero esta vez en dirección contraria, porque voy de vuelta y me va a escuchar.

—Vaya si me va a escuchar, él y su amiguita, la que parecía que estaba viendo una película en el cine, vamos, que solo le faltaban las palomitas y el refresco al contemplar la escena.

Llego al edificio del que he salido un rato antes y no lo pienso dos veces. Me adentro valiente, aunque con una zozobra importante en el estómago, y subo como si me pisara los talones cualquier animal salvaje.

Esta vez la puerta está cerrada y, decidida, llamo al timbre. Solo que quien me abre tras unos segundos no es él, sino la tal Sonia.

«Mierda, encima tengo que verle el careto a la pava esta otra vez, cosa que me apetece tanto como volver a meterme entre la marabunta que inunda la calle», pienso y me suben los calores.

—¿Dónde está? Dile que salga, por favor —le pido, de buenas.

—¿Quieres pasar? —me pregunta ella, amable.

«A mí no me la das, maja».

—No, solo quiero hablar con él, sin testigos a poder ser.

—Pues no, no va a poder ser, se ha marchado hace un rato...

—Seguro que es mentira. ¿Os he pillado dándole al tema? ¿Es eso?

—Para nada, Mara. Pasa, por favor.

—Dile que salga, que no sea cobarde y dé la cara, que me he quedado con ganas de decirle cuatro cositas.

—De verdad que no está. Salió a buscarte —me dice, y al escuchar eso, mi cabeza hace un *click*.

«Vaya, eso no me lo esperaba».

—¿Cómo dices?

—Lo que has oído. Entra, y hablemos.

—Tú y yo no tenemos nada que hablar.

—Yo creo que sí...

—Suelta lo que tengas que soltar —le pido, rafitona, deseando perderla de vista, pero tras llevarme toda la información.

—Él... Él te quiere. Se ha enamorado de ti como un loco.

—No tienes que regalarme la oreja ni mucho menos. Ya he escuchado cómo te lo camelabas, chata. Ahora no me vengas con milongas.

—No estoy haciéndolo, solo te digo la verdad. Carlos me gusta, sí, tu misma me has escuchado, pero nunca hemos tenido nada. ¿Y sabes por qué?

—No, pero seguro que tú vas a contármelo, ¿verdad?

—Carlos nunca ha querido nada conmigo. Es la persona más íntegra que conozco y además,

mi amigo. Jamás hubiera fastidiado nuestra relación por un rollo pasajero. Él no es así y por mucho que se lo he puesto en bandeja, siempre me ha rechazado en ese sentido.

—Lo siento por ti.

—No te lo digo para que lo sientas, sino para que no te hagas ideas equivocadas. Nos has oído, pero te aseguro que él no tenía ninguna intención esta noche y no se merece que te enfades con él por una conversación tonta.

—No lo he visto yo muy tonto... Vuestros planes eran bastante claros.

—Más bien, era mi plan, ¿no crees?

—Él tampoco dijo que no.

—Lo hubiera dicho un rato después. Créeme, le conozco y sé que no habría hecho nada conmigo hoy si se hubiese venido a tomar esa copa, porque lleva días hecho una mierda y no sabíamos por qué. Hasta esta noche no he sido consciente de que lo que tenía era que estaba roto por dentro y, por supuesto, ya no hay duda: es por ti.

—¿Pretendes que te crea?

—Eso ya es cosa tuya y ahí no voy a entrar, pero si yo fuera tú, no dejaría escapar a una persona como él. Se ve que te le has metido bien dentro. Como él a ti. Nunca lo había visto como estos días, ni siquiera con su última ex.

—¿En serio? ¿Para tanto ha sido?

—Totalmente. Cuando ella lo dejó, él lo pasó mal, porque Carlos es de los pocos románticos y sensibles que quedan, pero realmente siempre pensé que no estaba enamorado de ella. No tuvo mucho tiempo... Se encerró en el trabajo, pero no estaba tan alicaído ni mustio como estos tres días, que no parece él, que ha perdido la alegría. Se ve que lo está pasando horrible y en tu lugar yo iría ahora mismo a por él.

—Yo no quería hacerle daño.

—Pues visto lo visto, se lo hiciste, pero es que las relaciones a veces son demasiado complicadas. Él nunca te lo haría a ti. Es un tío noble, un buenazo, vaya.

—¿Te ha contado nuestra historia, si es que puede llamarse así?

—No, Carlos es discreto como el que más, un caballero de los pies a la cabeza... y tampoco quería tocar el tema. Pero, de verdad, te aseguro que está fatal y esta noche no ha sabido comportarse ni reaccionar. Le ha pillado todo por sorpresa y se ha bloqueado.

—Pues mira que la sorprendida al final he sido yo. Y encima me ha tratado como el culo.

—Sí, no lo ha hecho bien, pero dale chance, no te esperaba, está dolido, y los hombres ya sabemos que en ciertas ocasiones actúan como niños rabiosos, tan básicos ellos... Se creen que por ignorar o irse con cualquier otra son superiores...

—Y me ha castigado con su indiferencia, ha elegido lo fácil —reconozco, meditando.

—Que claramente era fingida. Mira, yo a ti no te conozco, pero, si has vuelto, es por algo. Es porque lo quieres y porque...

—Quería echarle la bronca por portarse así conmigo, encima de que vengo a buscarlo... —la corto, rápida.

—¿Solo a eso? Sé sincera contigo misma... Le has pedido perdón a tu manera, se te nota que quieres estar con él, sino no te habrías plantado aquí ni estaríamos hablando ahora.

—Tendría que estar hablando con él, eso es cierto. Y de una vez dejar todo claro.

—Seguro que él lo está deseando. Ante todo, sed sinceros el uno con el otro y arreglad vuestras diferencias. No me gusta nada verlo así... y si no lo arreglas, tendré que encargarme yo de consolarlo —me dice, guiñándome un ojo, con media sonrisa cómplice.

—Eh, tú... no lo digas ni en broma. Él ya tiene quien lo consuele si hace falta.

—Me alegro de oír eso. Hazle feliz, merece serlo.

—¿Dónde está?

Es lo único que me queda por saber una vez aclarado todo. Porque tiene razón, no he venido solo a regañarle ni a pegarle cuatro voces. He venido porque me reconcomía haber acabado así. Y porque quería verlo de nuevo.

«Quizá me ha impulsado el punto cotilla de saber si se habían ido juntos». Y claro, porque lo quiero.

Y ahora, tras escuchar a esta mujer, me parece que pese a sus intereses, sus palabras han sido bastante sinceras y no voy a cegarme por pensar que se iba a ir con ella... Voy a arreglarlo de una vez.

—No lo sé, pero si quieres puedo llamarlo y preguntarle.

—No. No lo hagas. Quiero que no se lo espere. Ya la he liado antes y ahora, creo que me toca a mí currármelo y arreglar este desastre que yo solita he organizado. No he hecho nada más que meter la pata una y otra vez.

—Si puedo ayudarte... —se ofrece ella, mientras yo barrunto cómo sorprenderlo, cómo conseguir que vuelva a mí y me perdone por el daño que le hice y cómo lo traté. Recuperarlo de una y para siempre es mi objetivo, y voy a luchar por cumplirlo.

—Pues mira, igual sí... —cavilo.

—¿Qué estás pensando?

—Que esto es una agencia de *marketing* y tal vez podamos utilizar estas maquinitas tan chulas que tenéis aquí para hacer algo diferente, divertido y que Carlos no olvide nunca.

—Cuenta con ello...

—¡Vaya suerte tienen algunas, se va a caer de culo! —me dice un rato después, cuando hemos terminado de preparar mi loca idea.

—Y algunos también, ¿eh?

Y tras darle las gracias de nuevo y concretar que sea ella la que cite a Carlos mañana jueves, temprano, salgo de allí contenta y feliz, con el estómago invadido por mariposillas que revolotean sin parar, ansiosa por ver su reacción cuando vea la que voy a montar para él. Por él.

CAPÍTULO 52



CARLOS

Doy vueltas en la cama como si de una croqueta se tratase. Me atormenta la situación, no saber dónde está Mara. Me enfurece que haya venido a hablar conmigo como si nada para luego largarse sin hacerlo y más aún me jode que una vez más hayamos acabado peleando.

No la he tratado bien, no me he portado como debería, es cierto, he hecho lo posible por mostrarme frío, indiferente y he rayado en lo desagradable, pero he preferido armarme de una coraza sólida antes que dejar que me contara milongas para no dormir y que hiciera conmigo lo que le diese la gana. Esa mujer tiene ese poder sobre mí. A su lado no tengo voluntad. Para más inri, nos ha escuchado a Sonia y a mí y ha pensado... pues lo que pensaría cualquiera, «joder, qué mal, qué oportuna y qué feo todo».

Quizá sea lo peor de toda esta historia y de cómo hemos terminado, el que se crea que me iba a ir a la primera de cambio con otra mujer. En parte, aunque fuera por una décima de segundo, pensé en sucumbir a la tentación por si con eso podía liberar mi mente de ella, de su embrujo, y justo... maldición, llegó en ese momento. Una señal del destino...

Y no debería importarme lo que piense después de todo, pero desde que sé que está arrepentida, que sabe que lo hizo mal, uff, estoy con el corazón en vilo, por ella, por nosotros. Porque no sé cómo terminará este capítulo, pero solo deseo poder aclararlo todo, aunque sea por última vez, y conseguir pasar página y dar cerrojazo al asunto. Tengo miedo. Miedo a que sea un espejismo. Miedo por no saber a qué ha venido ni a lo que me enfrento. A lo que nos enfrentamos. Miedo a sufrir de nuevo.

Miedo de volver a los infiernos, miedo a que me tengas miedo, a tenerte que olvidar...

Miedo de quererte sin quererlo, de encontrarte de repente, de no verte nunca más.

Oigo tu voz siempre antes de dormir, me acuesto junto a ti aunque no estás aquí, en esta oscuridad, la claridad eres tú...

Eso es justo lo que me está pasando a mí, lo mismo que al que escribió esta jodida canción que suena, que parece que está sonando para mí.

Miedo, de M-Clan.

Pero para miedo, el mío, la hostia.

Sonia:

¿Te espero mañana a las 9 h en la ofi para terminar el trabajo?

—Genial. Lo que me faltaba... —murmuro para mí, mirando el reloj.

Carlos:

Allí estaré. Y perdona otra vez por dejarte tirada y por el numerito que te ha tocado presenciar.

Sonia:

Para eso estamos los amigos. ¿Vendrás con coche?

Carlos:

Ni loco, me lo comería para aparcar. Mañana, 4 de enero, está todo el mundo en la calle, para arriba y para abajo con las compras de Reyes. Cojo el metro 100 %.

Y, efectivamente, a las siete suena el despertador y he pasado gran parte de la noche en vela. Me levanto con el estómago cerrado, como si me hubiera inflado a napolitanas las últimas horas, y me espabilo con una buena ducha fría. Preparo un café tras vestirme y salgo en dirección a coger el suburbano. Menos mal que son pocas paradas, porque estos días los vagones apestan a humanidad, y conforme entro ya deseo salir.

«En cuanto termine lo que tengo pendiente con Sonia iré al hotel de Mara. Tal vez debería haberme presentado allí antes y obligarla a sentarse y charlar conmigo de una bendita vez, como dos personas civilizadas». Su imagen en mi oficina me ronda la cabeza, viene y va, como su gesto de enfado, lo celoso que se puso de Sonia... lo cual me reconforta porque soy un jodido masoca que sigo viendo romance y oportunidad donde solo hay cenizas. Parece que no quiero aceptar la realidad, coño.

«Pero ella ha venido... aunque realmente todavía no tengo claro a qué».

Una vigilante de seguridad del metro, bastante guapa, me para cuando he salido del andén al ir a atravesar los tornos de la estación.

—Perdone, ¿puede acompañarme?

—¿Algún problema? Oiga, yo no me he colado ni nada. Llevo mi billete...

—No se preocupe, por favor, no es nada de eso.

—Señorita, si es para alguna encuesta de calidad, elija a otro... tengo bastante prisa, voy tarde y, no lo entendería, pero no tengo el día.

—Será solo un momento, por favor —me convence, y, ¡qué remedio! la sigo, obediente.

Lo que pasa a partir de ahí es digno de guion de Netflix.

En su garita tiene un sobre, que me entrega con toda su amabilidad, guiñándome un ojo y

sonriendo.

«¿Y a esta qué le pasa? Ligoteos cero, fuera, Satán».

Abro el sobre y saco una tarjeta con un mensaje claro:



«¡¿Mara?!».

Alucino.

Y lo más importante: Mara pidiendo perdón de nuevo.

—No puede ser verdad, no me lo creo —digo para mí, contemplando y leyendo la frase cientos de veces, como un tonto, sin poder sujetar la sonrisita boba por la ocurrencia de la muy locaria.

—¿Dónde está ella, dónde? —pregunto a la chica, guardando el sobre como un tesoro, nervioso, mientras ella me mira feliz y divertida.

—Eso no lo sé, solo me pidió el favor... y bueno, no podía negarme cuando me contó... ya sabe, lo suyo.

—¿Por qué puerta se marchó? Dígamelo, esa mujer me está volviendo loco.

—Espero que para bien —responde ella, risueña, señalando hacia la entrada más cercana a mi oficina, por la que en breve voy a salir yo a buscarla, tras darle las gracias a su cómplice.

«Esta chica es totalmente imprevisible. Anoche se marchó encendida, más caliente que el cenicero de un bingo, y ahora... ¿hace esto?, ¡cualquiera la entiende! Esa inestabilidad emocional debería tratársela. Pero es tan increíble, con su genio, sus cambios de opinión locos, que no puedo enfadarme con ella, por mucho que lo haya intentado».

Y con ese perdón se revuelve todo dentro de mí porque sé de sobra —ahora sí— que esto no se ha acabado aquí. Lo de Montaves no fue un punto y final. Pero entonces, ¿por qué me echó de esa manera tan cruel de su lado? ¿Qué cable se le cruzó? Está chaladísima, y lo peor es que va a dejarme majara a mí también... pero me gusta tanto, me da tanta vida, aunque también me desquicie, que la dejo que haga conmigo lo que le apetezca que yo no me quejo. Anda que ya me vale... «Qué facilón soy».

—Mara, joder, ¿dónde te has metido ahora? ¿Para qué la notita y luego desaparecer?

Y conforme voy subiendo por las escaleras mecánicas, veo una pintada en el cristal de la estación que da a la calle que casi hace que me infarte.

GOMINAS, DESPUÉS DE ESTO TE DEJARÉ LLAMARME LOCA Y LUNÁTICA TODAS LAS VECES QUE QUIERAS.

«Mara, estás como una chota. Pero eres única», pienso mientras saco el móvil para hacer una foto al cristal, emocionado y tan sonriente como si me hubiera tragado un acordeón. La cara de tonto me tiene que llegar hasta Cádiz o hasta La Coruña, pero me da igual. Nadie ha hecho algo así, tan estrafalario y diferente, por mí y estoy que no quepo de alegría. Me gusta su juego, me gusta que se disculpe por lo de ayer, aunque tengamos mucho de qué hablar aún. Si es que se da a vistas... «¿Estará bien?, porque con poco, con lo bruta y deslenguada que es, si la han pillado pintando, pueden hasta haberla detenido por vandalismo... ¿Y eso se podrá borrar? Si pudiera me llevaría el cristal a casa».

Marco su número en mi teléfono, pero, como me suponía, no contesta.

Salgo a la calle, espero en el semáforo y cuando voy llegando a la acera de enfrente, aún en la parra, en mi propia nube, me quedo atónito.

Y lanzo una carcajada que se debe de oír hasta en Barcelona, porque la muy cabra loca ha empapelado las farolas y la calle con carteles que son impresiones en papel de la lámina que yo le pinté en el pueblo.

«Fran y Carlota se la dieron... y ella la ha conservado».

Y aquí estoy yo, a las nueve de la mañana, exultante como nunca, siendo el protagonista de la yincana de mi vida, y nunca mejor dicho.

«Me quiere, diga lo que diga, me quiere».

Ansío verla. Tenerla de nuevo entre mis brazos.

Miro en todas las direcciones, pero no hay ni rastro de Mara... me hace gracia ver cómo la gente que pasa a mi alrededor se detiene frente a los dibujos, los observan, unos se chotean, otros los miran sin más... y otros ni se inmutan y transitan de largo. En Madrid todo puede pasar. Y aunque fue un dibujo sin intenciones, lo hice fascinado por esa mujer, por lo que desprendía y, claro, para ella. Y eso está ahí plasmado. Y Mara lo ha visto también. El cómo yo la vi a partir de esa tarde.

«Bueno, realmente, desde el principio me conquistó».

Y aunque pudiera ser una insignificante pintura, es algo nuestro que ella se ha encargado de hacer más grande aún y llenarlo de significado. Para los dos.

No quito los carteles, me limito a seguir el rastro con el primero que arranqué de la farola en la mano, y como me temía, la hilera de dibujos llega hasta la misma puerta de mi oficina, ascensor, portería y recepción incluidos.

«La que ha liado».

Cuando me oye, Sonia abre y, por su gesto, sé que está metida en el ajo.

—Espera... te estás riendo... Tú lo sabías, ¿verdad? —la interpelo.

—Algo sé.

—¿Cuándo..., cuándo habéis fundido las impresoras?

—No preguntes, no quieras saberlo todo, y corre, creo que en Callao tienes alguna sorpresa —me dice, entregándome una bolsita brillante, y yo creo que de esta ya sí que voy a caer rendido a sus pies.

«¿Otra sorpresa?».

—¿Y esto?

—Ábrelo y lo sabrás —afirma, y claro que lo sé, porque en esa bolsa está el gorro rojo de papá Noel que tantas veces he usado estas semanas atrás en Montaves, ese que a ella le gustaba verme puesto, que decía que le daba morbo, el mismo con el que nos hicimos mil fotos los dos vestidos iguales con el jersey rojizo y el complemento puesto en la cabeza, y con el que paseamos por el pueblo, agarrados, disfrutando de nosotros, de lo nuestro, sumándonos al fervor navideño de aquel pequeño paraíso.

—Esta chica es maravillosa —afirmo orgulloso, incluso diría que un poquito abrumado por los detalles y las sorpresas.

—No la dejes escapar, Carlitos. Está enamorada de ti hasta el tuétano.

—No lo haré. Estaría loco...

Y tras darle las gracias por colaborar en este loco y surrealista plan que me tiene en vilo, con el corazón en un puño y lleno de nervios, salgo disparado hasta la plaza de Callao, donde por fin espero encontrarla.

Más que caminar, vuelo. Me paro en la esquina donde se ubica una famosa perfumería y trato de localizarla. Pero además de la maraña de gente que ya tan temprano abarrota la calle, no hay ni rastro de ella. En diagonal conmigo hay una casita roja, navideña, y llena de decoración que unos grandes almacenes ha ubicado durante estas fiestas. Delante han montado un tenderete real, y tres pajes de los Reyes Magos atienden a la fila de niños y padres que esperan para verlos.

La cola es enorme, tanto los mayores como los más pequeños, con sus cartas, aguardan su lugar por orden deseosos de entregar sus deseos a los emisarios de sus majestades de Oriente.

Paseo entre la multitud, buscándola con la mirada, tratando de ubicarla... y nada. Voy de un lado a otro de la plaza. Tampoco. Empiezo a desesperarme porque quiero verla, necesito saber dónde está. Y abrazarla. Y besarla. «Si se deja y está por la labor». Pero me lo está poniendo difícil. Y eso que ni en mis mejores sueños hubiera imaginado jamás algo así. Porque para un romántico como yo, esto es pura fantasía, tanto que levito. Si mis ojos fueran emojis de WhatsApp, ahora mismo serían dos corazones gigantes y muchas manitas aplaudiendo.

Y ahí, justo cuando estoy pensando en cursilerías, me aborda el paje de Baltasar:

—Venga, acérquese —me invita.

—No, gracias, ya estoy crecidity para estas cosas... y tengo prisa por encontrar a alguien.

—¿Se ve mayor para tener deseos? ¿O para pedirlos? ¿De verdad cree eso?

—No, bueno..., quería decir que esas cosas mejor para los críos... la parafernalia y tal, a eso me refería.

—No hay edad para soñar, señor. Si usted tiene algún deseo, pídalo.

—No, no.

—Hágalo, de verdad. Cierre los ojos y concéntrese —me insiste, y para que me deje en paz, acabo haciéndolo. Sobra decir que todo lo que deseo y pido es ver ya a mi Lunática, que aparezca, porque ella es lo único que ahora mismo tiene cabida en mi mente.

—¿Contento? —replico con retintín, abriendo los ojos.

—Yo sí, y ¿usted? —me devuelve la pregunta, mostrando una amplia sonrisa y un gesto cómplice que ni entiendo ni descifro hasta que me señala el bolsillo de mi abrigo. Y yo alucino cuando veo otro sobre dorado asomando... «Ella».

Y entonces me guiña un ojo.

—¡Aaamigo, que estás en el ajo, malandrín...!

—Soy un romántico, ¿qué le vamos a hacer? Guárdeme el secreto —contesta él, tras dedicarme un «suerte, amigo» que me hace ver lo afortunado que soy.

Y ahí donde me encuentro, parado en mitad de esa plaza, abro el sobre y la dicha me invade. Mi corazón palpita desorbitado. Mi pecho se infla y desinfla como un globo. No sé si ponerme a gritar, a saltar o abrazar al paje que me ha traído la misiva. Y cae la primera lagrimilla, y la segunda, y la tercera... soy un sentimentalón, ¿qué le voy a hacer?

Y con este detalle, que es más bien una declaración de intenciones, sería imposible no emocionarse y llorar todo el día y parte de la noche. Esto sigue vivo, muy vivo. Mi pecho se enciende aún más, vibra entre tantísimas emociones que no sería capaz de definir. Solo sé que ahora mismo podría comerme el mundo.

Observo la misiva. Contemplo el dibujo que tengo entre mis manos. Y entiendo el mensaje que me está dando a través de la lámina pintada. Sé lo que está queriendo decirme con esa pintura que mis dedos sostienen y que ella ha hecho para mí. «Es preciosa». Somos nosotros, juntos, en nuestra cabaña, en esa burbuja que creamos ajenos a todo, allí donde fuimos tan felices, y ahora, gracias a ella, seremos inmortales y eternos sobre este lienzo. Como quiere que lo seamos. Y ya no hay dudas. No hay nada que yo desee más.

Miro alrededor buscando por si se le ha ocurrido empapelar también Callao con las copias del dibujo, pero no, porque esa imagen es solo para nuestros ojos. Porque es el símbolo que me está entregando para decirme que se equivocó, o que ha cambiado de opinión, me da igual. Que ella también nos ve juntos. Y felices. Creo que es el mejor regalo que me han hecho nunca. Por el valor sentimental que atesora y por lo que significa y significará para nosotros de ahora en adelante.

Vuelvo a moverme sin dejar de adorar la lámina. Inspiro como si me faltara el aire. Mi pulso va arrítmico total, todo yo estoy acelerado perdido, tanto que si me tomaran la tensión, reventaría el aparato. Y entonces por delante de mí pasan un par de chicos con carteles amarillos de esos que les rodean el cuerpo con un mensaje en el reverso y anverso: «COMPRO ORO». Ellos suelen siempre deambular por el centro de Madrid. Y cuando se alejan unos pasos, me quedo ojiplático al ver que en sus espaldas llevan pegada nuestra imagen. ¡¡¡NUESTRA IMAGEN AHÍ!!! Y otra pedazo de carcajada sale de mi garganta. Quien me vea debe de pensar que estoy tarado.

«¡La madre que la parió! El ingenio que tiene..., pero ¡ella sí que está tronada!».

«Y yo pensando que era un símbolo romántico solo para los dos y ha visto el cuadro que me dibujó media ciudad en las espaldas de los chavales».

Y estoy seguro de que si busco más carteles amarillos encontraré más *pósters*, muchos más

dibujos... y así es. Se ha vuelto loca de remate, ¡¡¡pero por mí!!! Y no quepo en mí de gozo, porque por muchas películas que haya visto y novelas leído, esto supera las expectativas románticas de cualquiera. Es lo que tienen las personas especiales, que siempre te sorprenden dando lo mejor de sí.

Y yo no pedí un deseo aquella tarde en Montaves, pero la vida, o la Navidad, como seguro dirían en el pueblo, con su magia, me ha traído el mejor regalo del mundo. A Mara. A mi Lunática. Y tengo el palpito de que si lo conseguimos será para siempre.

Carlos:

¿Puedes salir del escondite ya? Me va a dar un infarto con tantas emociones. A cada paso que doy alucino un poquito más. Estás jodidamente loca y me vuelves completamente loco a mí, lo sabes, ¿no?

Mara:

Algo intuía, sí, pero había que asegurarse de que, tras las turbulencias, el avión no se hubiera venido abajo. O estrellado como el Titanic, y se estuviera hundiendo sin remedio.

Carlos:

El avión está en las nubes, por tu culpa. El piloto al borde del colapso por las ganas... y el barco ha salido a flote gracias a ti, a todo esto.

Mara:

Espero que puedas resistir un poquito más, Gominas.

Carlos:

**Si no te abrazo ya, voy a morirme.
Avisada estás.**

Mara:

¿Eso significa que me has perdonado y no me odias por lo que pasó?

Carlos:

Ni aunque quisiera podría odiarte, Lunática. Desde que te conocí, solo puedo quererte como un idiota.

Mara:

Si lo sé, no me esmero tanto en la reconquista... ¡Vaya un flojeras estás hecho!

Carlos:

**¿Dónde estás?
¿Por qué no sales del rinche y hablamos? Después de todo lo que has liado...**

Mara:

Porque aún queda lo mejor... ¿O es que no sabes que todos los *shows* tienen que terminar con un final apoteósico?, ¡por todo lo alto!

Carlos:

¿Vas a tirar fuegos artificiales, cohetes y a pedir mi mano de rodillas, vestida de burbujita dorada, mientras los pajes tocan el violín y nos tiran pétalos de rosas para después brindar con champán?

Mara:

Ya quisieras. Eres un cursi, Gominas. Se me han puesto los pelos como escarpas de solo pensarlo. Creo que de escucharte me sale azúcar por las orejas.

Se burla y yo sigo en las nubes, como un bobo.

Carlos:

No disimules, reina, que tú vas de dura y de dura solo tienes la fachada. Blandita blandita... eso es lo que eres. Un pedacito de pan del día, tierno, untado con azúcar también, aunque lo niegues, y que yo, por cierto, estoy deseando saborear hasta saciarme de ti, de tus labios...

Mara:

¿Ves? Un cursilón, lo que yo decía. Si hay alguien blandito aquí, eres tú, cariño.

¿O crees que no he visto las lagrimillas?

Carlos:

¿Me estás vigilando, malvada?

Mara:

Te estoy disfrutando y, bueno, pasándolo como una enana. Es la primera fase del plan.

Carlos:

¿Y si dejamos de alabarnos y nos vamos a casa a disfrutar de la siguiente fase?

Mara:

¿Y lo divertido que está siendo desesperarte?

Carlos:

Cabrona.

Mara:
Impaciente.

Carlos:
Me estás calentando...

Mara:
Esa es la gracia. Esto es como los preliminares.
¿No ves lo que mola alargar las cosas? Luego, cuando llega el
momento, se disfruta con más ganas y mucho más
intensamente.

Carlos:
Aun así, quiero verte, tocarte, besarte, abrazarte, acariciarte
y todo lo demás que acaba en arte. Y lo quiero ya. Sal y
vámonos ☺

Mara:
¿Y perderte el espectáculo? Créeme, no querrías. Ahora
viene la segunda parte del plan.

Carlos:
Va, en serio... vámonos. Aquí no hay nada que ver. Podemos
saltarnos esa parte.

Mara :
No podemos..., es en la que me toca hacer un poquito el
ridículo..., pero si quieres, nos vamos...

Carlos:
¿El ridículo? ¿Más que aquel día que te vi cantar
desgañitándote en el campo?

Mara:
Más que aquel día.

Carlos:
Ahhh, no, entonces nos quedamos. No me lo perdería por
nada del mundo, pequeña.

Mara:
Cretino. No me pillas en otra. Me pillaste sensible y mira la
que he montado, pero una y no más, santo Tomás. No te
acostumbres. ¿Intrigado?

Carlos:
Intrigado no, intrigadísimo. Pese a que aquí ahora mismo,
insisto, poco hay que ver.

Mara:

¿Poco? JAJA :P. Date la vuelta, anda, rey. Muriendo de vergüenza en tres, dos, uno...

Y cuando me giro la veo. Ahí está. Bella y resplandeciente como siempre. Porque ella eclipsa todo lo de alrededor. Es como si no hubiera nadie más, pero claro, no está sola. Va vestida igual que en el pueblo, con el gorro de mamá Noel en la cabeza, dejando asomar sus ondas por debajo, sus labios carnosos adornados con carmín rojo y está rodeada por tres o cuatro músicos. Me dedica una sonrisa que es un dardo directo a mi pecho. «Y un poco a la entrepierna también, no voy a negarlo».

Respiro, exhalo todo el aire que sin darme cuenta estaba conteniendo mientras intercambiábamos mensajes y esperaba que apareciera. Y me noto aliviado. Como cuando sabes que has hecho algo bien, que has logrado lo que tanto esperabas. ¡Qué paz me da verla ahí, a pocos metros de mí, currándoselo por mí, haciendo toda esta locura para mí, para nosotros, para ver si podemos arreglar los platos rotos! Y ya saber eso, me hace sentir pleno. Me reconforta como nada en este mundo sintiéndome poderoso no, lo siguiente.

Y es ahora, nos toca vivir el momento. Quiero saber qué lechugas hace ahí, qué está tramando, y disfrutarlo. La meta de la yincana ha llegado, el final de la pesadilla que nos ha devorado estos días atrás, y ojalá sea el principio de algo maravilloso, el comienzo de una nueva etapa en nuestras vidas, el inicio del camino que vamos a recorrer juntos.

«Si es que conseguimos ponernos de acuerdo, entendernos y salvar todas nuestras diferencias».

CAPÍTULO 53



MARA

Si me llegan a decir que en algún momento de mi vida voy a estar en la calle más concurrida de Madrid, de día, cantando a pleno pulmón, micrófono en mano, sin haber bebido, con cuatro desconocidos, hubiera apostado a que jamás podría ser verdad. Y habría perdido. Porque aquí estoy. Y lo hago por él. Por el hombre que me ha hecho perder la cabeza, la cordura y la vergüenza.

No, esto último no, porque debo de estar como un tomate con todo el mundo que se ha agolpado para vernos, como si fuéramos la atracción del día junto a los pajes reales. «Lo somos, no hay duda». Y mis compañeros son artistas alternativos un tanto *grunch*. Formamos una combinación cuanto menos curiosa.

Y es justo en el momento en el que las guitarras dejan salir los primeros acordes de la melodía cuando creo que voy a caerme desmayada en cualquier instante. Parece que las piernas no me sujetan por los nervios, no siento nada de cintura para abajo. ¿Cómo he llegado hasta aquí? Pero verlo a él con esa cara de felicidad, de ilusión, tan sonriente entre el público, me da fuerzas para hacer lo que he venido a hacer. Y cuanto antes mejor. ¡Al toro por los cuernos, con dos narices, Mara!

Si voy a declararme, a decirle que lo quiero, que quiero una vida junto a él, que quiero nuestra burbuja para siempre, tengo que hacerlo bien. Y vale, sí, canto fatal y él lo sabe, pero lo que cuenta es la intención, ¿no? Y si hago el ridículo, solo espero que sirva para que vea que no solo sé enfadarme y montar follones, sino que sé divertirme cuando toca. Como la que más. Y sobre todo que valore que esto es porque sé que lo hice mal. Y que merece que después de todas las barbaridades que le solté, me disculpe y reconozca frente al mundo que nada era verdad. Que fue un mal para un bien. Una mentira piadosa para protegerlo de mí, de mis miedos, de mis inseguridades. Un plan desastroso que en aquellos segundos de desesperación me pareció la mejor opción para ambos.

Y todo esto me ha traído hasta aquí, con la lección aprendida: no hay que decidir por el resto, hay que dejar que todo fluya y no poner puertas al campo. Porque en la vida, como dice el refrán,

lo que es para ti, ni aunque te quiten, y lo que no es para ti, ni aunque te pongan. Y a nosotros la vida nos ha colocado frente a frente y tenemos que aprovechar esa suerte que hemos tenido. ¡Que ya quisieran muchos!

Y hemos llorado, sí. Y lo hemos pasado mal. Pero de aquí en adelante no habrá lugar para lágrimas, salvo que sean de felicidad. Y procuraremos que todo sea alegría, risas y buenos momentos. Además de seguir descubriéndonos cada minuto, cada segundo que pasemos juntos, que serán muchos si todo sale bien.

Y es mi turno de empezar... «Todo puede ser que se lée a llover, pero allá voy».

—Esto es para ti, Gominas. Para que sepas que cuando quieras quiero. Que aquí estoy, a por todas, y no pienso irme si no es contigo.

Y lo apuesto todo a una canción, que canto sin dejar de mirarlo nunca, porque es para él, porque se la estoy cantando a él, y que lo sepa todo el mundo. Y Carlos mantiene sus ojos clavados en los míos, dándome ese soporte que me falta para la barrabasada que estoy llevando a cabo.

Y es que si me quiere, ha de saber que yo soy así. Que actúo sin pensar, pero con el corazón. Siempre. Que soy capaz de cantarle una canción con un montón de público, aun sin saber hacerlo. Que si hago mal o le hago daño, jamás será queriendo. Que me gustan las locuras, pero más me gusta su tranquilidad. Su serenidad. La paz que me aporta. Que me gusta improvisar y vivir la vida, pero ya solo si es con él a mi lado, acompañándome allá donde vaya. Y viceversa. Porque de eso se trata aquello de iniciar un camino, de la mano, para no soltarse.

CAPÍTULO 54



CARLOS

*En mi defensa diré
Que eres inevitable
Que solo fue verte sonreír
Y aceptar lo inaceptable
En mi defensa diré
Cuando el orgullo me pida cuentas
Que prefiero mil veces perder
Que dejar de morder tu lengua
Pero no se trataba de volver a verte
Se trataba de verte volver, que es diferente*

Y es que ella sí que es inevitable. Toda Mara resulta insuperable. La quiero, la quiero como sé que se quiere de verdad, con una intensidad que nunca había conocido antes y la quiero para siempre, a mi lado.

¿Cómo lo haremos? Como vaya surgiendo, sin hacer planes. Porque el único plan claro y presente somos ella y yo. Y lo que ha surgido entre nosotros, la oportunidad que el universo nos ha regalado. Y es que pese a su pasado, pese a lo mucho que ha sufrido, ahí está, dándolo todo, valiente, con cojones, guerrera... y pienso demostrarle que apuesto por ella, por nosotros dos y que saldrá bien.

Me derrito frente a ella, frente a sus ojos de tigresa, frente a esa voz que está sacando de no sé dónde, porque cuando la escuché en el campo tuve claro que entre sus muchas virtudes no estaba la de afinar, musicalmente hablando. Pero lo está haciendo tan especial, tan bonito, tan íntimo, incluso con público... que no soy consciente de que el tiempo vuela, se ha esfumado en un abrir y cerrar de ojos. Y cuando se quiere dar cuenta, con su gracia innata, su salero y su arrojo andaluz, se ha metido al público en el bolsillo, la gente entregada le pide otra canción. Y ella sin dudarle, se atreve.

—Esta vez, una navideña, ¿no? Que es lo que toca por las fechas que son... Esta también va por ti, Gominas. Ahora y siempre. Te quiero —vocea, dejándose llevar por el momento y por los aplausos mientras yo me dejo la garganta gritándole también que me tiene loco.

Las personas que tengo alrededor parecen estar viendo una peli, graban con sus móviles y lo cierto es que me da igual. De hecho me gustaría conservar todo esto en vídeo para enseñárselo a nuestros hijos en un futuro. Que vean lo valiente que fue su madre y lo feliz que hizo a su padre. Cómo se recuperaron sin haberse llegado a perder del todo. Y como a partir de un 4 de enero de 2023 iniciaron una vida juntos.

*Aunque la nieve no se duerma en el cristal
Aunque la estrella no sea mágica y fugaz
Si encuentro el camino
Si tú estás conmigo
Será Navidad
Aunque las luces ya no brillen volveré
Aunque los sueños no se envuelvan en papel
Sin fuego y sin frío
Si tú estás conmigo,
será Navidad.*

Y es que a su lado, ya sea enero, junio, agosto o diciembre, siempre será Navidad. Porque Navidad somos nosotros, Navidad es el amor, Navidad es la compañía, son las personas que nos rodean, la familia, el estar unidos, el disfrutar de las pequeñas cosas, de la ilusión y de la magia que nosotros mismos somos capaces de crear unidos. Las luces, el color, el chocolate caliente con nubecitas y las galletas de mantequilla, los villancicos, las cenas y comidas opíparas que a todos nos encantan, los regalos, eso es otra cosa. Eso es el complemento perfecto.

Y nosotros siempre seremos Navidad. Porque una Navidad marcó que nos conociéramos y de aquí en adelante, la magia es cosa nuestra, no de las fechas, por lo que siempre será Navidad en nuestra vida.

Y sin aguantar más, cuando la canción finaliza me lanzo hacia ella, en dirección a la felicidad, y ella deja el micro y corre también hacia mí. Y nos encontramos, frente a frente, y sin necesidad de decir nada, solo mirándonos a los ojos, que destellan y brillan como las estrellas en la noche, nos abrazamos. La envuelvo entre mis brazos, cobijándola, como si quisiera protegerla de todo y de todos.

Y ella se resguarda en mi pecho, feliz de volver a estar aquí, como si lo hubiera echado de menos demasiado, tanto como yo la he extrañado a ella.

Y a nuestro alrededor se ha improvisado un círculo humano que mira expectante y aplaude sin cesar.

—¡Que se besen, que se besen...! —gritan algunos.

—Perdónala, hombre —vocifera una señora.

—Pero qué bonito es el amor, si ella no te quiere, ¡vente conmigo, bombón! —chilla otra un poco más lejos.

Pero nos da igual, todo nos da igual. Lo que griten, lo que nos digan, lo que aplaudan... Porque ahora es nuestro momento, por fin, porque nos tenemos el uno al otro. Y eso ya no va a cambiar.

Me sonrío. Le sonrío. Me besa con el alma. Le devuelvo el beso dejando salir de lo más profundo de mí todo lo que ella provoca. Me agarra con fuerza y yo la atraigo de nuevo contra mí, queriendo tenerla siempre así y que no se aleje nunca.

—Ya hemos dado bastante el espectáculo, ¿no crees? —pregunta guasona.

—Vámonos de aquí —afirmo decidido, sacándola de la mano de esa plaza de Callao que ha sido testigo de nuestra reconciliación ante no sé cuántos pares de ojos, tres pajes reales, una cola de padres e hijos y algún que otro teléfono móvil encendido.

—Quiero que sepas —me para en mitad de la calle Carmen, frente a una famosa administración de lotería— que nada de lo que te dije era cierto. Te lo juro.

—Lo sabía, siempre lo presentí... solo que no entendía lo que pasaba —reconozco tomando su cara entre mis manos y besándola con ternura.

—Solo quería alejarte de mí —se aparta para explicarse—, por mis miedos, mis inseguridades... yo te vi con Isa... y mis fantasmas volvieron. Sé que llevo una mochila de pesares todavía, y jamás querría que mis movidas te afectaran. Es lo que hay..., ¿lo tomas o lo dejas?

—No quiero que me expliques nada. No necesito esas razones. Con Isa estaba cerrando un capítulo. Nada más. Tus movidas y todo lo que te afecte son también ahora las mías y, pase lo que pase, lo resolveremos juntos. Pero siempre, hablémoslo. Sin tapujos. ¡Lo tomo, claro que lo tomo!

—El tiempo... seguro... nos ayudará.

—Exacto, poco a poco, sin prisa, con el alma puesta en todo lo que hagamos. Y podremos con ello, pero juntos.

—¿Me perdonas? ¿De verdad?

—No tengo nada que perdonarte.

—No es verdad. Te hice daño y no sabes cómo me arrepiento.

—Te perdono solo si tú me perdonas a mí lo de anoche.

—Tampoco hay nada que perdonar, Gominas. Anoche no pasó nada.

—Cómo extrañaba que me llamaras Gominas, aunque parezca mentira —bromeo, volviendo a abrazarla.

—¿Me quieres?

—Como un bobo.

—¿De verdad?

—De la buena. Me enamoré de ti sin darme cuenta, entre nuestros piques y reconciliaciones.

—Todo ha sido como una jodida película de Antena 3.

—Siempre tendremos una buena historia que contar a nuestros *niños*.

—¿Tendremos hijos?

—Hombre, es un poco pronto para saberlo, pero ¿por qué no?

—Desde luego, al ritmo que ha ido lo nuestro..., no descarto nada.

—Y dime, ¿estás feliz?

—Como nunca, y venía muerta de miedo. Pero ¿sabes?, ya no lo tengo. Porque te tengo a ti a mi lado, y me das esa fuerza para comerme el mundo y lo que venga.

—Nos lo comeremos juntos.

—Por supuesto, hagámoslo. Vivámoslo todo sin dejarnos nada.

—Eso significa que tú también estás loca por mis huesitos, reina. Ya te lo dije yo al principio de los tiempos... que si el monumento, el cañonazo... Siempre lo supiste, te gusté desde que me

viste y te volviste loca. Y como no te daba bola, me montabas esos pollos, Lunática.

—Ay, di lo que quieras, pínchame lo que quieras, porque hoy no pienso entrar al trapo. Y ¿sabes qué?

—Dime, ¿qué pasa?

—Que yo moría por volverte a escuchar llamándome Lunática.

—¡Esa es mi chica! Y ahora dejemos de hablar, que tenemos muchos sitios a los que ir y muchas cositas por hacer.

—¿Follar?

—Esa también es mi chica, bruta y basta como ella sola —suelto incrédulo, carcajeándome por su poco romanticismo. «Así es ella, es su esencia».

—Anda, míralo, el señorito pijo... que luego, cuando quieras meterme mano, no pienso dejarte, que lo sepas.

—No te lo crees ni tú, Lunática. Estás deseando...

—Eso es verdad, me has pillado.

—Y aprende algo: yo esta noche... y mañana... y pasado y siempre que pueda querré hacerte el amor. No follarte.

—No seas moñas, anda.

—¿Tú no estabas pillada por mí hasta el fondo?

—Lo estoy, sin remedio. Me has vuelto loca, me has hipnotizado, no sé qué carajo me has hecho, pero ahora no concibo la vida si no es a tu lado, peleándonos y reconciliándonos, queriéndonos, follándonos y haciendo el amor, pero, sobre todo, estando juntos, que es lo fundamental.

—Pues eso, reina, tendrás que acostumbrarte a mis moñerías, a que te haga el desayuno y te lo lleve a la cama, a que te regale flores cuando quiera o peluches de corazones, san valentines a medida, a que te prepare cenitas románticas a la luz de las velas o te lleve de viaje por sorpresa los fines de semana.

—Si solo es eso, creo que podré soportarlo —bromea ella seria, para a continuación ensanchar su sonrisa lo máximo posible—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por hacerme feliz sin haber empezado.

—Te equivocas, preciosa, esto empezó hace semanas, en el mismo momento en que nuestros ojos se cruzaron en Montaves.

—Creo que la *moñiga* nos dio suerte... eso dicen.

—Dicen también que los que se pelean se desean...

—Pues debe de ser verdad, porque yo te deseo y no sabes cuánto.

—Muero porque me lo demuestres... tenemos todo el día por delante.

—Me parece un plan perfecto. Vámonos a casa, ya no puedo más —repito, mientras ella se sube a mi espalda, trepando, y se agarra decidida, bordeando mi cuello con sus brazos, a caballito, para salir tirando de allí, entre risas cómplices y ganas acumuladas, con su aroma inundando mis fosas nasales y su calor haciendo arder mi cuerpo y en una carrera, sorteando obstáculos, llegamos a mi piso.

Y allí, fuegos artificiales y de fondo la mejor melodía. Nos desnudamos con prisa. Nos admiramos y nos volvemos locos cuando nos tenemos delante. Nos empotramos contra la pared y recorremos las estancias rápido, como si no hubiera un mañana. No somos capaces de sujetar nuestras manos, que vuelan anhelando el contacto del otro. Respiraciones entrecortadas. Jadeos.

Los dedos, raudos y veloces, que conquistan territorios prohibidos subiéndonos al cielo a la velocidad del rayo.

Las lenguas, juguetonas, poniendo el toque más sensual y ardiente. Juegos picantes. Creamos necesidades que después paliamos con frenesí. La música de nuestros besos, nuestros labios recorriendo nuestras pieles —de gallina— con pasión y con devoción. Nuestros gemidos que lo llenan todo. Sus aullidos de placer cuando la toco y mis gruñidos roncós cuando se pasea por mi cuerpo como Pedro por su casa haciéndome estremecer. Cuando me hace suyo galopándome, cabalgando sobre mí con su piel perlada de sudor y yo siento que estoy en el paraíso; y cuando yo la hago mía, adorándola, haciéndola sentir con todo mi ser. Gritos, jadeos... Frenesí. Locura. Y no solo una vez, ni dos ni tres. Porque ya somos el uno del otro, y no hablo únicamente de lo físico.

Y aunque nos queda mucho por saber a ambos, muchas teclas por tocar, muchos defectos por descubrir y muchas virtudes que alabar, esto es solo el comienzo de todo lo que está por llegar. Lo de estos días ha sido un paréntesis que hemos de olvidar y dedicarnos solo a sentir. Esta jornada es un pequeño anticipo, una fiesta en la que solo estamos invitados los dos. Y nos centramos en nosotros, en disfrutarnos, en consentirnos, en gozarnos y, en definitiva, en seguir aprendiendo a querernos como cualquier pareja que empieza la casa por el tejado. Sin límites.

Como nunca teníamos que haber dejado de hacer. Como nunca llegamos a hacer, aunque los miedos nos jugasen una mala pasada y nos robaran horas, días, que sin duda vamos a recuperar, porque esto, amigos, es solo el principio y tenemos todo el tiempo del mundo para nosotros.

—¿Y si pasa el tiempo y vemos que no funciona? ¿Que todo ha sido un flechazo y nos estamos dejando llevar por el subidón del momento, de lo que ahora sentimos?

—¿De verdad crees que eso puede pasar?

—Es una posibilidad que está ahí.

—Pues si pasa nos quedaremos con la satisfacción de lo que hemos vivido y de haberlo intentado.

—¿Y si no?

—Pues tendremos que ser felices y ser la envidia de todos, Lunática.

—Eso ya lo somos, porque más de uno y una querría vivir una Navidad como la nuestra, piénsalo: nos hemos conocido, peleado, atraído, enredado y, poco a poco, entre chocolates, galletas, manualidades y villancicos descubierto y enamorado. Supera eso.

—Para mí lo insuperable eres tú y nada más. Y lo que has hecho hoy me ha demostrado que no me he equivocado, que el corazón es listo y sabe elegir, y el mío sin duda te ha elegido a ti, a la increíble mujer que eres, para ser mi compañera de vida. Siempre que tú quieras. No tengo ninguna duda de que irá bien. Contigo al fin del mundo desde ya. ¿Te apuntas o qué?

—Si no me apuntara sí que sería de juzgado de guardia. Me has vuelto loca y pienso dejar que lo sigas haciendo cada día.

—Y yo lo haré encantando, y que el Señor me dé paciencia para lidiar con tus broncas y arrebatos, con tu lengua deslenguada, con tus corajes y tus celillos...

—Sí, soy celosa, Gominas, ¿pasa algo?

—Que con esa furia en la cara y encorajinada, estás preciosa.

—No me hagas la pelota; lo que tienes que hacer es no darme motivos...

—Nunca me voy a aburrir contigo, ¿verdad?

—Nunca, y si te aburres, siempre podemos montar una buena tangana y vuelta a empezar, que eso se nos da de lujo.

—Estamos locos, no creas que no.

—No, no estamos locos. Somos valientes.

—Valientes por habernos lanzado, por habernos atrevido a vivir una historia, un flechazo, y dejarnos llevar con lo que venga.

—Que presiento que será mucho, muchísimo, porque a tu lado siempre querré seguir descubriendo la vida, el mundo.

—Y yo querré seguir descubriéndote a ti porque tú y solo tú, eres mi mundo.

FIN

EPÍLOGO



CARLOS

Os preguntaráis cómo fue todo a partir de aquella fría noche de enero en la que nuevamente nuestros cuerpos y nuestras almas se fundieron en uno.

Ella me había preparado una yincana para, con la sorpresa, pedirme perdón, y yo le preparé, improvisando, una maratón navideña que a día de hoy aún recuerda.

Estuvimos juntos muchas horas, en casa, mimándonos, entregándonos al placer, reencontrándonos, y cuando terminamos, exhaustos, de noche, estábamos tan sobreexcitados y eufóricos que no quisimos que el día acabara y por ello no nos dejamos vencer por el sueño.

Si por ella hubiera sido nos habríamos quedado vegetando en el sofá, pero no la dejé. Era mi turno de sorprenderla. «Para lo demás ya tendríamos tiempo, toda la vida si queremos», le dije. Solo había una Navidad al año y esa era la nuestra, pero estaba terminando. Había que aprovechar y dejarnos encandilar por el fervor que la ciudad desprendía en esas fechas.

Nos vestimos con nuestros atuendos navideños, muy al estilo Montaves, gorros incluidos, porque quería salir a la calle y pasear nuestro amor bajo el alumbrado navideño. Hacer todo lo que en su día le prometí que haríamos cuando viajase a Madrid a verme, solo que bajo la proyección mágica de miles de colorines y villancicos populares sonando en un marco que quedara en su retina para siempre.

Quise llevarla calle por calle para que se maravillase no solo con las luces de Navidad, sino con el ambiente que se respiraba en la urbe esos días —y que yo no había podido disfrutar por estar llorando por los rincones—, con sus gentes y con cada uno de los lugares que recorrimos, a cada cual con más encanto. Porque Madrid enamora. Casi tanto como ella. Necesitaba hacérselo especial, una noche para el recuerdo. Una velada única e irrepetible para que no olvidase —olvidásemos— nunca. Porque ella es de esas personas agradecidas, disfrutonas, que lo contemplan todo extasiadas y que se dejan llevar por el momento, sintiéndolo de verdad. Y quiero hacerla disfrutar, vivir y sentir lo máximo, siempre.

Moría por besarla en cada arco iluminado en un color diferente y en cada avenida amplia, callejuela estrecha o callejón del centro de Madrid. La llevé a Plaza de España a ver el colosal

abeto verde encendido, y nos subimos en unos patines para deslizarnos de la mano por la pista de hielo, sin picarnos como semanas atrás hicimos en aquel pueblo.

Saboreé de nuevo un chocolate caliente a su lado, de su boca, y fue la rehostia. Lo juro. Cada beso con ella es como si fuera la primera vez. Quise recorrer ese mercadillo navideño, callejear y acabar en la plaza Mayor, en el otro árbol y que contemplase el que se convirtió en su favorito, porque ese estaba iluminado en rojo pasión, su color, ese que le he arrancado en sus ropas y me he comido de sus labios tantas veces. Quise que descubriese también el abeto que alumbraba en un dorado resplandeciente engalanando Sol. El dorado se reflejaba en el agua de la fuente y ver su cara ahí, con sus ojos brillando igual de intensos que el pino, fue una pasada.

Y visitar con ella la bola frente al edificio Metrópolis fue otro mundo. Parecía una niña pequeña, ilusionada, radiante, descubriendo una ciudad llena de vida y color, tanto como lo que desprende ella, que es la que pinta de colores mis días. Quise también que soñase con el brillo y la elegancia que desprendían las miles de luces que ornamentaban la plaza de Canalejas, que conociese la galería del mismo nombre, e immortalizarnos en la esquina del Four Seasons tan famosa todos los años por su espléndida decoración navideña. También caminamos bajo los arcos con forma de corazones —también rojos— ubicados en la calle Preciados, cual adolescentes en su primera cita, entre besos y caricias jugueteos y muuucha gente alrededor, que en realidad era como si no existiese y solo estuviéramos nosotros en nuestra burbuja transparente.

Flotamos por la Carrera de San Jerónimo. Y soñamos recorriendo un mágico Retiro, paseando entre los árboles encendidos en azules, rosas y blancos que proyectaban una luz preciosa en mitad de la oscuridad. Demasiado especial todo. Inolvidable. Vivencias para la eternidad. Al final sí que caímos rendidos, pero rebosantes de felicidad porque sentimos que estábamos dentro de un sueño del que no queríamos despertar.

—Si esto es un sueño, déjame vivirlo siempre, no me despiertes nunca, Gominas —balbuceó al caer en la cama, y ahí me enamoré un poquito más de ella, de su inocencia, de su naturalidad, de su sensibilidad y de todo lo que irradiaba su ser.

—Tú sí que eres mi sueño. Y tampoco quiero despertar jamás.

Porque me contagiaba su alegría, sus risas... y todo era un derroche de diversión y fantasía a su lado. Mi corazón latía fuerte, agitado, y yo me sentía poderoso al contemplarla dormida a mi lado. Se me caía la baba y sabía que eso sería para siempre. Como nosotros. Que pasara lo que pasase, ya seríamos eternos.

A media mañana, tras un nuevo despertar juntos, quise llevarla a un trocito de cielo en Madrid: al encantador hotel Rosewood Villamagna para desayunar al calor de la chimenea un chocolate caliente suizo con bollería recién horneada, entre guirnaldas de luz amarilla, en un lugar precioso y superacogedor, de madera, ambos cubiertos por mantitas de lana alpina, viendo como la gente patinaba a nuestro lado, en el exterior, en una pequeña pista de hielo iluminada en colorines mañana, tarde y noche mientras un hilo musical dejaba escuchar lentas versiones de villancicos, lo que le daba un toque de calidez que nos encantó.

Quería aprovechar el tiempo a su lado; y vaya si lo hicimos, hasta que después de comer, agotados pero sin poder contener la dicha por lo felices que estábamos, regresamos juntos, enamorados e ilusionados al pueblo. Para el viaje, le compré churros teñidos de rojo con forma de corazón de mi churrería preferida, a la que prometimos volver cualquier mañana de invierno. Pero ese 5 de enero por la noche queríamos pasarlo en el lugar donde nos conocimos y ver la cabalgata de Reyes con nuestros amigos. Una noche mágica para recibir a SS. MM. los Reyes

Magos de Oriente, y, por supuesto, celebrar el amor en compañía de los que hicieron posible que a día de hoy sigamos como el primer día, nuestra familia de Montaves.

Y eso sí que fue el paraíso. Un momento imborrable. Regresar al lugar que vio nacer lo nuestro, a esas calles en las que nos dijimos de todo, a esa plaza Mayor donde descubrió quién era yo y donde me volcó el chocolate encima de la ropa en un arrebató de los suyos, a esa cooperativa donde entré perdido y oliendo a mierda, y días después supe que salía enganchado de ella hasta la médula.

A ese mercadillo navideño que también recorrimos como adolescentes, a la casona que nos albergó tantas horas entre actividades navideñas, villancicos y galletas de mantequilla. Donde hicimos bombas de chocolate que nos dieron mucho juego después para paladearnos. Allí donde nos cantamos villancicos y yo la dibujé con esmero rodeada de enanos felices a su vera.

Y volver a nuestra burbuja, a la cabaña en la que terminamos de descubrirnos y enamorarnos. Donde nos sentábamos al lado del árbol a contarnos anécdotas y vivencias. Donde nos acurrucábamos frente a la chimenea y brindábamos por nosotros. Donde nos dábamos baños a la luz de las velas mientras fuera no paraba de nevar. Y de la que no salimos en todo el finde. Pudimos habernos instalado en casa de Mara, pero ese lugar, esa casita de fantasía, ya tenía un significado para nosotros, y es que nos debía un final de cuento, feliz, que borrara el cómo me marché la última vez y ese, el de verdad, el bueno, es el que escribimos juntos aquel fin de semana. Pero con un punto y seguido. Porque nuestra historia seguimos escribiéndola día a día.

Fue demasiado increíble sentarnos en una vieja mecedora de roble y rafia trenzada, con ella sobre mí, en el porche aquella noche de Reyes tras regresar de la cabalgata y de abrir los regalos —que compramos esa misma mañana— en la casona, con el frío que hacía. Nos envolví en una manta de cuadros, atrayéndola todo lo que pude contra mi pecho para sentirla lo más cerca posible después de esas horas rodeados de gente, pudiendo percibir el fuerte latido de su corazón al compás del mío, mientras veíamos la nieve caer sin dar tregua. Brindamos con champán al son del amigo Luis Miguel, por nosotros, mientras la ventisca nos atacaba con miles de copos que impactaban contra nuestros cuerpos enredándose en su pelo.

*Frente a la chimenea, nos vamos a enamorar
Escuchando villancicos, mientras comienza a nevar...*

Estaba preciosa. Toda ella. Reluciente. Irradiaba luz y felicidad por todos los poros de su piel. Casi tanta como lo hacía yo, que no cabía en mí de gozo. Aquello sí que fue una escena de película. Me sentí el hombre más afortunado sobre la faz de la tierra. Ni en mis mayores ensoñaciones hubiera imaginado nunca vivir algo así, algo como lo que vivimos esa Navidad de 2023.

—Apenas puedo creer que volvamos a estar aquí, juntos, así...

—Créetelo, nena, esto no ha hecho nada más que empezar.

—Si me lo dice alguien no me lo hubiera creído jamás...

—Y eso ¿por qué?

—Porque si me llegan a contar que aquel tío que conocí en la cooperativa restregando sus zapatitos de marca llenos de *moñiga* de vaca...

—Y al que echaste con cajas destempladas de allí —la corto.

—Eso también, sí. Ese hombre iba a ser del que me enamorara perdidamente, no hubiera dado ni dos duros.

—Tan romántica como siempre, tú, ¿eh?

—Ea, carajo, es la verdad.

—Pues que sepas, que pase lo que pase, aquí y ahora, yo apuesto al 100 % por nosotros. Porque sé que tú eres ese amor que tanto he buscado, que tanto idealizaba y que no conseguía encontrar.

—Y mira a dónde has venido y te ha sorprendido, con la guardia baja.

—Y tanto que sí. Justo cuando menos esperaba, cuando no buscaba nada. Por eso quiero que sepas que no pienso dejarte escapar de nuevo.

—No quiero que lo hagas.

—Quiero que esto dure para siempre.

—Y yo, quiero que dure lo que tenga que durar y que lo vivamos a tope, sin límites, gozando de la vida, de nosotros y que no nos cansemos nunca. Bueno, que tú no te canses de mí cuando me ponga intensita, ya sabes...

—Nunca podría cansarme de ti, Mara. Eres lo mejor y lo más bonito que me ha pasado en la vida.

—Tú sí que eres una bendición en la mía. Te quiero, Gominas.

—Yo sí que te quiero, Lunática. Y pienso demostrártelo siempre para que no se te olvide nunca.

—Jamás podría borrar nada de todo esto, al contrario, solo deseo seguir viviendo momentos como este junto a ti.

—Los viviremos, igual no tan idílicos como ahora, porque míranos, joder... en este porche, todo tan jodidamente perfecto, la nieve, la musiquita, el champán, pero los viviremos. Unos mejores, otros peores... Da igual, todo lo que venga a partir de ahora, lo afrontaremos juntos.

—¿Me lo prometes? —dijo levantando su copa de champán.

—Te lo prometo, princesa —contesté yo, brindando con la mía.

—Ya salió mi cursi y relamido, Gominas.

—No estropees el momento, Lunática —le pedí, y tras haber dado un trago volví a besarla, sintiendo su sabor burbujeante en mi boca, que fue como probar el néctar de los dioses. Ese fue el preludio de lo que nos esperaba.

Y la noche volvió a hacerse día, nos recibió el amanecer entre infinidad de besos, multitud de caricias y millones de sensaciones a cada cual más brutal, porque cuando Mara me toca vibro, vuelo, levito, pero sobre todo sueño despierto, y es que soy consciente de la suerte que tengo de tenerla en mi vida, de haberla conocido y de que me dejase colarme en la suya.

Y es la puta gloria abrir los ojos y verla a mi lado, relajada y en paz. Tranquila por fin, sin miedos, sin fantasmas del pasado y poco a poco descargando esa pesada mochila de temores que la acompañaba. Pero mejor aún es contemplarla cerrarlos, exhausta, después de cada noche de amor que nos dedicamos desde entonces. Y crecer juntos. Ir caminando el uno al lado del otro en la misma dirección, sumando momentos que recordaremos siempre.

Añadiendo capítulos a nuestra historia, a cada cual mejor, siempre que podemos, cuando viajamos, cuando ella viene un finde a Madrid o yo viajo a Montaves y teletrabajo desde allí unos días.

Calmados, continuamos avanzando, porque somos realistas y lo nuestro se fraguó rápido, sí, pero todos estos meses hemos preferido ir descubriendo la vida del otro, poco a poco, y disfrutándonos con calma, de manera pausada, porque no tenemos prisa ya que el tiempo es

nuestro mejor aliado. Y ya va a hacer medio año de toda esta locura que nos devolvió a la vida. A ambos. Porque los dos estábamos rotos por dentro, solos, y vacíos, y únicamente necesitamos una Navidad mágica para volver a soñar despiertos y despertar todas las mariposas que yacían aletargadas en nuestros estómagos, deseosas de levantar el vuelo y no dejar de aletear en nuestro interior.

¿Que ha sido jodido despedirse cada domingo por la tarde o lunes por la mañana sabiendo que había una semana por delante alejados? Mucho. ¿Que hemos vivido pendientes del calendario? En todo momento. ¿Que arañamos horas al reloj en cada viaje? Por supuesto. ¿Que de lunes a jueves nos hemos dedicado a quemar el teléfono y Vodafone nos ha hecho clientes *premium*? No cabe duda. ¿Que vivimos acumulando ganas para volver a vernos y que cuando lo hacemos el mundo se para? Siempre. ¿Que quiero una rutina con ella? Para siempre. ¿Que hemos podido confirmar todo este tiempo que no nos equivocamos en dejarnos llevar porque lo que sentimos es un amor inmenso y cada vez más profundo? Sí, sí, sí... mil veces diría de nuevo que sí a vivir lo que estamos viviendo. ¿Que quiero despertarme a su lado cada mañana? ¿Alguien lo duda?

Pero habrá que hacer algo para eso, ¿no? Y sí, esta vez, eso es cosa mía. Estamos en verano ya. Hemos cuadrado las vacaciones para pasarlas en Andalucía, primero en Barcelarrubia, con su familia, y después vamos a perdernos en alguna playa solitaria, en una cala cristalina de esas que tanto le gustan, de arena fina y perdida de la mano de Dios; y es allí donde voy a pedirle que demos ese paso adelante y vivamos juntos en Montaves. No voy a dejar mi trabajo, porque, ante todo, es mi vida también.

—Si, soy un *workaholic* de libro, como dice Mara, solo que no sabe que si de verdad tengo adicción a algo es a ella, pero volviendo al curro, he acordado con Ricardo teletrabajar y viajar a reunirme con mis clientes todas las veces que haga falta. Ella ni se lo imagina.

Y es que ya no quiero un día más sin mi chica al lado. Y, por supuesto, en mis objetivos diarios está el luchar por hacerla un poquito más feliz a cada paso que damos, si es que se puede, porque seguimos en una nube desde aquel 4 de enero. Y si algo le agradezco al universo, es que mi jefe me obligase a coger esas vacaciones de Navidad porque me cambiaron la vida y me hicieron saber lo que es vivir el amor verdadero, ese que solo se vive una vez.



MARA

Ver a Carlos junto a mi familia, ganándose sin remedio el favor de mis progenitores, especialmente de mi madre a la que se mete en el bolsillo en un abrir y cerrar de ojos, adulador como es él, no tiene precio. Me encanta ser testigo de esos primeros momentos familiares que siempre quedarán en mi memoria, aunque los años pasen y sigan sucediéndose.

Observarlo disfrutar de los sitios en los que yo he crecido, de los lugares que han sido escenario de mi vida, de los bares que tanto he frecuentado, me deja el corazón repleto y bien calentito. Recorrer las calles a su lado, de su mano, frente a todos los que tanto comentaron sobre mí que no podría superar el plantón de mi ex me reconforta, así como saber que tanto sufrimiento no sirvió de nada porque la relación tan idílica que iniciaron mi examiga y él duró poco.

—Ya sabéis, el morbo de lo prohibido... —No diré que me alegro porque no le deseo mal, pero ojalá haya aprendido la lección y no vuelva a jugar con nadie.

Tampoco mencionaré demasiado la cara que puso cuando coincidimos una noche en una terraza de la localidad, muy cercana a mi casa. Disfrutábamos en familia, estábamos brindando y Carlos y yo resumíamos nuestras peripecias, entre caricias y besos, cuando de lejos lo vi observarnos atónito. Como si hubiera visto un fantasma.

—En el pecado llevó la penitencia —afirmó mi madre y no pudo ser más certera aplicando el dicho.

—¡Que le vaya bonito! —respondí yo, ajena al resto del mundo y centrándome en mi Gominas, que cada día está más cañón y más *resalao*.

«Qué suerte he tenido. Algo tuve que hacer bien en el pasado para que la vida me haya premiado de esta manera».

Y bueno, para terminar os cuento que si ya estábamos bien, a raíz de ese viaje, no puedo estar más feliz. Es que no quepo en mí y ahora sí, que como diría mi amiga Isa: si me pinchan saldría purpurina. Me estoy volviendo una moñas, como mi novio.

Carlos preparó una especie de pícnic en la playa con todo lo que a mí me gusta. Se hizo con una botella de Cartojal, unos cucuruchos de marisquito y de *pescáito* frito, tortillitas de camarones, patatillas fritas y de postre: tocinillo de cielo, que me vuelve loca.

Estábamos tumbados al sol, tostándonos, porque si a mí me gusta la playa, no veáis qué bien le sienta el morenito a mi Gominas y lo mucho que disfruta viajando; cuando de pronto, se levantó como una exhalación, me cogió en volandas y me llevó al agua. Y ahí, entre juegos y chapoteos, hizo que me enroscara a él —no para lo que estáis pensando, o bueno, también, pero eso vino después— y tras darme el beso más apasionado, tierno y eterno del mundo me pidió que viviéramos juntos en Montaves. Lo miré y remiré. Me dejó atontada porque no lo esperaba. Le

caían unas gotitas de agua del pelo mojado, que bajaban por su rostro y acababan en su pecho. Tenía frente a mí a la perfección en carne y hueso. Al tío más atractivo, guapo y sexy del mundo. El hombre de mi vida. Enredé mis dedos en él, recolocándoselo, y después le regalé mi mayor expresión de felicidad, mi mejor sonrisa para que supiera que estaba pletórica.

—¿Eso es un sí?

—Hay preguntas que no necesitan respuesta, Gominas.

—Entonces, ¿aceptas soportarme todos los días de tu vida?

—No solo acepto, lo estoy deseando.

—¿Y tú aceptas soportar mis arrebatos, malos humores y locuras?

—Hay preguntas que no necesitan respuesta, Lunática. —Y me abrazó atrayéndome contra su fuerte torso mojado, contra toda su dureza que me reclamaba a voces, besándome con desesperación y lujuria para acto seguido hundirse en mí y demostrarme una vez más lo bien que encajamos, cómo nos complementamos, cómo sabemos hacernos sentir y disfrutar, pero sobre todo la plenitud y el éxtasis que alcanzamos juntos, no solo en el sexo, sino en la vida queriéndonos, a cada paso que damos cogidos de la mano para no soltarnos nunca.

Y así lo celebramos, dando rienda suelta al desenfreno, al deseo y a toda la pasión que derrochábamos en todo momento por todos los poros de nuestras pieles. Esa que no se agotaba nunca y que avivaríamos de por vida. Y me hizo la mujer más feliz y plena del mundo. Desde entonces, hasta el día de hoy, y estoy segura de que seguirá haciéndolo todos y cada uno de los días que nos queden juntos.

AGRADECIMIENTOS

GRACIAS

Podría extenderme dando gracias, pero esta vez seré práctica y no me repetiré.

Mis agradecimientos más profundos y sinceros siempre son para vosotros, lectoras y lectores, gracias por el apoyo que me dais comprando mis novelas y a través de RRSS; y por supuesto porque sigáis leyéndome con el mismo entusiasmo y ganas desde el principio. Gracias a todo eso yo continúo escribiendo historias que os hagan sonreír y pasar buenos ratitos.

Porque ese es mi objetivo con Carlos, Mara y su amor de película: el hacer que viváis, os sumerjáis y disfrutéis de una Navidad dentro de otra a través de las páginas de este libro que tenéis entre las manos.

En resumen, millones de gracias por seguir ahí y bienvenidos a l@s nuev@s que ahora estáis descubriendo este pequeño universo que es Montaves♥.

Y como siempre digo, os agradecería infinito si dedicáis un minuto de vuestro tiempo y me ayudáis dejando vuestras estrellitas en Amazon ☺.

Sígueme en redes: [@atenea_winter_escritora](#)

PLAYLIST

Disfruta de las canciones que acompañan a esta lectura:

[Tú, mi Navidad de película en Spotify](#)

Si no has leído mis anteriores historias y te ha picado el gusanillo, te cuento:

¿Quieres saber todos los detalles de cómo fue la relación que mantuvieron Carlos e Isa? ¿O Isa y Rubén?

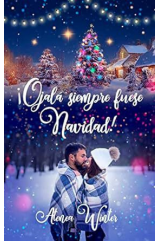
Descúbrelo en [*Siempre has sido todo lo que nunca quise ver.*](#)

¿Te apetece conocer cómo se fraguó el romance navideño de Fran y Carlota?

Solo tienes que sumergirte en la lectura de [*¡Ojalá siempre fuese Navidad!*](#)

¿Te has quedado con ganas de más chocolate caliente, galletas de mantequilla, de mercadillo navideño y amorcito del bueno en navidades? ¿Quieres adentrarte en la relación de Alejandra y Martín? Abre el libro de [*Magia es una Navidad contigo*](#) y déjate llevar...

¡OJALÁ SIEMPRE FUESE NAVIDAD!



Una chica. Carlota. Una casita rural en mitad del campo, alquilada para pasar la Navidad en familia, con vecina cotilla incluida. En el mismo lugar, un chico. Fran. ¿Destino o casualidad?

Se conocen en la época más bonita del año y no empiezan con buen pie. Parece que se odian, pero también se atraen irremediabilmente...

Mucho chocolate con nubecitas al calor de la chimenea, galletas y dulces navideños, bolas de nieve, bragas de renos y lucecitas de colores... ¿Idílico, verdad?

Y mientras saltan chispas entre ellos, Fran tiene que tomar una decisión. Carlota no lo sabe.

Él oculta algo que ella no se imagina... Lo que sí sabemos todos es que las mentiras tienen las patitas muy cortas... ¿Podrá la magia de esas fechas acercar a Carlota y a Fran?

Puede que para arreglar los platos rotos necesiten, incluso, más de una Navidad...

Como lectora, ante todo, he querido crear una historia romántico-erótica con todos los ingredientes que para mí ha de tener un libro para poder disfrutarlo. Os invito a descubrirla y espero que la disfrutéis tanto como yo lo he hecho escribiéndola. Y por supuesto... ¡Ojalá siempre fuese Navidad!

MAGIA ES UNA NAVIDAD CONTIGO



Alejandra es una chica valiente, decidida, alegre y muy perseverante, además de una enamorada de la Navidad. Desde niña, siente que el dueño de esos ojos claros y esa sonrisa perfecta será su media naranja algún día.

Martín es dulce, tierno, romántico, algo mayor que ella... y cuando se conocen, aprende a vivir y a disfrutar de las tradiciones navideñas a su lado. Y de algo más...

Ella ve la vida en colores, mientras que él vive entre el gris y el negro.

Martín tratará de resistirse al influjo de la hermana pequeña de su amigo Javi, pero esto puede llegar a ser algo demasiado complicado conforme van pasando los años y se van acortando las distancias.

¿Conseguirá Ale acercarse sin que él la rechace? ¿Logrará Martín marcar las distancias y alejar de su vida a su mayor tentación? Y todo en un entorno tan maravilloso como Montaves... Quizá el destino —o la magia de la Navidad— tenga que hacer de las suyas para encauzar el desenlace de este cuento navideño rebosante de chocolate caliente al calor de la chimenea, nieve, villancicos, películas, actividades navideñas, salseo, amistad, familia y amor.

SIEMPRE HAS SIDO TODO LO QUE NUNCA QUISE VER



Isa es dulce, tierna, romántica y desde que tiene uso de razón vive enamorada de su Ken particular, como ella lo llama. ¿Adivinas por qué?

Rubén es todo lo contrario a un príncipe de Disney. Guapo, atractivo y sexy a rabiar. Resulta el típico canalla con sonrisa perfecta que enamora a cualquiera. Sincero y directo, demasiado en ocasiones...

Han crecido juntos en Montaves, queriéndose, hasta que un buen día cruzan esa fina y delgada línea que separa la amistad del resto, prometiendo que nada cambiará entre ellos. Solo que no saben que ya nada volverá a ser igual.

Ella quiere una relación, pero no lo dice. Él no busca nada y lo deja claro. Una cree en los cuentos de hadas y el otro se ríe de todo lo que considera moñas. Rubén vive el hoy sin pensar más allá, mientras Isa sueña con un mañana junto a él.

¿Lograrán salir del bucle sin que alguno de los dos acabe lastimado? Puede que para recomponer los pedazos de su resquebrajada amistad necesiten, además de mucho pegamento, ver pasar los años ya sea juntos o separados.

¿Qué me dices? ¿Acompañas a Isa y Rubén en este viaje a través de su vida que está repleto de salseo, encuentros y desencuentros, sucesos inesperados que equilibran la balanza a uno u otro lado y, por supuesto..., buenas dosis de azúcar y un poquito de picante?

[\[1\]](#) Inglés, significa: adicto al trabajo.